



Encontrando
a
Silvia

ELÍSBET BENAVENT

De la autora de *En los zapatos de Valeria*

se

Y tú ¿serías capaz de ignorar lo que te dicta el corazón?
Silvia necesita estar al lado de Gabriel, saber que está bien.

Pero Gabriel no cree en el amor; no como Silvia.

Silvia tiene problemas con Álvaro cuando recibe una oferta irrechazable.

Silvia busca señales; desea encontrarse.

Pero el lado oscuro de la fama y una personalidad autodestructiva la pondrán a prueba.

Elísabet Benavent, autora de la exitosa saga Valeria, completa en Encontrando a Silvia esta historia en la que la verdadera pasión, el amor, los impulsos y las decisiones que cambian vidas se entremezclan con la soledad de la fama, con las malas compañías y con las drogas. Un relato maravilloso acerca de lo que significa amar sin límites que te hará perseguirte y encontrarte, y volverte a enamorar de nuevo.



Elísabet Benavent

Encontrando a Silvia

Silvia - 2

ePub r1.2

sleepwithghosts 28.09.15

Título original: *Encontrando a Silvia*

Elísabet Benavent, 2014

Diseño de cubierta: Compañía

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.2



Al mar Mediterráneo y a todo lo que dejé en sus orillas.

PRÓLOGO

A PARTIR DE AHORA TODO ES PRESENTE...

Estos días en Ámsterdam me han venido bien. Dormir abrazada a Gabriel no tanto. Tengo más que decidido que no puedo dejarme llevar y arriesgar nuestra relación. Él no cree en el amor y ya lo ha dejado claro muchas veces. Al menos no cree en el amor como lo hago yo. De ahí solo podrían salir problemas y no quiero tener que alejarme de él por haber cedido a la tentación de meternos en la cama. Necesito estar a su lado. Necesito saber que está bien. Le necesito a él.

Estos dos últimos días hemos paseado por los canales y hablado bastante sobre lo que queremos en la vida. Él insiste en que mi trabajo no me deja crecer y que me tiene enjaulada, pero las cosas hay que hacerlas a conciencia.

Él quiere ser mejor; así me lo dice siempre. Y cuando lo hace, con las cejas arqueadas y los ojos brillándole de ilusión, yo también quiero que sea mejor, pero consigo mismo. No quiero que se haga daño. No quiero que sea infeliz. Y la parte más egoísta de mí misma también quiere ser parte de esa mejora. Quiero ser el catalizador a partir del cual Gabriel viva de otro modo. ¿Es posible cambiar de vida en realidad? Me lo pregunto tanto respecto a él como a mí.

Y por las noches nos abrazamos. Intento hacer de ese gesto algo que no signifique mucho más de lo que sería si fuera Bea en lugar de él, pero es imposible. Su olor, el tacto de sus manos en mi cintura, su respiración en mi nuca, su nariz paseando por mi cuello, sus labios besándolo. Cuando me dice que me quiere tanto que le duele... yo le creo. Pero es tan complicado dar nombre a lo que estamos sintiendo que ya no sé qué más puedo hacer.

La despedida ha sido dura. No sé bien cuándo volveré a verle. Depende de tantas cosas que ya prefiero no planteármelo y que cuando ocurra, sea una sorpresa. De lo contrario, pasaría los días demasiado pendiente del calendario.

Gabriel se ha puesto muy pesado con lo de la gala de los American Music Awards. Dice que va a hacer el ridículo al ir solo una semana después del numerito de los EMA.

—Van a pensar que ya me has dejado —me refunfuñó antes de despedirnos en el aeropuerto.

Cuando se pone en ese plan, me parece muy tierno, pero no le hago caso. Tiene que acostumbrarse a que, a veces, va a recibir negativas. No se le puede decir que sí a todo porque sea Gabriel el cantante y porque su cuenta bancaria esté llena de ceros. Es reticente a entender ese tipo de cosas, porque creo que se ha olvidado de lo que es depender de algo que no sea tu propia voluntad.

Pero no me voy enfadada. Al revés. Me hace mucha ilusión que insista, a pesar de que no puedo acceder a su petición. Eso quiere decir que me va a echar de menos tanto como yo a él. Ay, por Dios, qué moñas es todo. Pronto vomitaremos arcoíris y lloraremos purpurina.

Y aquí estoy, de nuevo en casa. Aquí también empieza a hacer bastante frío. Me parece mentira que haga casi seis meses que Gabriel y yo nos conocemos. Ha sido todo tan intenso que parece que han pasado años. Y para terminar de hacerlo un poco más dramático, ahora no me quito de la cabeza el hecho de que es evidente que Gabriel es una persona de voluntad débil, con una naturaleza melancólica, un historial de vicios y ganas de morir joven. Pero no puedo tomar decisiones dejándome llevar por sentimientos como esos. Al menos no decisiones tan importantes como el rumbo que va a tomar mi vida. Él quiere mejorar, ¿no?

He ido a ver a mi madre y me ha sorprendido mucho encontrarla de tan buen ánimo. Parece ser que un par de vecinas han ido a su puerta con la murga de que si «tu hija es famosa». Ahora soy una estrella en el barrio y creo que esperan de mí, no sé, que vaya siempre con gafas de sol en plan famosa trasnochada o que alguien me lleve el bolso. Y mi madre feliz, porque Toñi y Lourditas están que trinan porque he salido guapísima en la tele y porque me he casado con un hombre de bien y con dinero que me trata como a una reina.

Sé que mi madre no es tonta, así que deduzco que ella misma ha bloqueado en su cabeza los aspectos menos atractivos del mundo del espectáculo, y no seré yo quien le diga que ese hombre de bien y con dinero que me trata como a una reina tiene un historial de consumo de drogas apabullante y que ha intentado suicidarse al menos una vez. En lugar de eso, le he dicho:

—Te van a decir cosas horribles de él, mamá. La gente es así. Tú no hagas caso. Solo fíate de si a mí me ves bien.

Al menos creo que el numerito de feria que montó Gabriel en los EMA ha servido para desviar la atención de mi madre y que se le olvide un poco lo preocupada que está, que es mucho. Pero mamá siempre ha sido mujer de pocas palabras. Mis hermanos y yo debemos de parecernos a mi padre, pero eso es un suponer, porque sobre él solo he escuchado silencio.

A pesar de ello, mamá me dice, mientras ve las repeticiones, que estamos muy guapos, que tiene cara de buena persona y que tendremos hijos preciosos. Ay, Dios... ¿cómo se lo explico?

Durante el camino de vuelta a casa he ido pensando en que, siendo sincera, lo que más miedo me da es la reacción de Álvaro a lo de la gala. Sí, eso de subirme al escenario y arrodillarse delante de mí con un anillo de compromiso enorme frente a no sé cuántos miles de espectadores de todo el mundo no suena muy discreto. Y Álvaro no es amigo de ese tipo de circos. No le gustan los numeritos ni los dramas. Nadie lo diría, porque los dos hemos protagonizado unos cuantos. Hasta me he parado a pensar en si me compensaría distanciarme de Gabriel para que funcione lo nuestro. Pero... ¿no es mucho suponer que lo nuestro vaya a funcionar? De todas maneras, nunca lo haría. Esa es la conclusión a la que he llegado. No podría «abandonar» a Gabriel a su suerte después de todo lo que sé ahora. No podría quitármelo de la cabeza. Pero no es por eso solamente, es porque Gabriel se ha convertido en alguien muy importante para mí. Que no sepa darle nombre al tipo de amor que siento por él no significa que no exista. Existe y crece cada día que pasa. Es AMOR de verdad. Pero... no sé qué tipo de amor.

Llamo a Bea para marujear y para contarle bien y de viva voz todo lo que me ha pasado. Aunque nos hemos estado mandando mensajes, quiero contárselo con pelos y señales porque sé que le gustará.

—¿Sabes lo increíblemente perfecta que estabas? —responde al primer tono.

—¿Qué me vas a decir tú? ¿Que parecía un orco?

—Si lo hubieras parecido, te lo habría dicho en un mensaje esa misma noche: «Niña, pareces un orco de Mordor, de los que tienen escondidos en las minas de los feos que son». ¡¡¡Ay!!! —se pone a lanzar grititos, a aplaudir (con qué estará cogiendo el teléfono, me pregunto)—. Tengo una corazonada, Sil, ese Gabriel es lo mejor que te ha pasado en la vida.

—Bueno, bueno...

—¿Qué «bueno, bueno» ni qué niño muerto? Me muero de ganas de ver ese anillo. Fue lo más romántico que he visto en mi vida, y ya sabes que esas cosas me dan alergia, pero... ¡¡¡Silvia!!! ¿Viste los ojos con los que te miraba? Y el beso. ¡¡¡El

beso!!! Me has devuelto la fe en el amor, cerda. ¡Qué bonito! ¡Se notaba la electricidad entre vosotros hasta en casa! Cuando te estábamos viendo aquí todas, ¡hasta Andrea lloró de envidia! ¡¡¡Y encima con ese vestido de Elie Saab!!! ¡Por el amor de Dios! ¿Es que quieres matarnos?

—¿No se me veía barriga de preñada sin la faja? El puñetero Martin *el nazi* me ha dejado tocada...

—¿Estás preñada? Porque si te has tirado a Gabriel y no me has contado con pelos y señales cómo calza, no vuelvas a llamarme en toda tu jodida y glamurosa existencia.

—Claro que no. Bueno, le toqué un poco el rabo, pero...

—¿Cómo? —grita fuera de sí.

—Nos pusimos muy tontos al día siguiente en el hotel... Dijo cosas preciosas y me pidió que le tocara. «Quiéreme, Silvia», me dijo. ¿Es o no es para comérselo?

—¿Y por qué no te lo llevaste a la salvaje tierra del polvo maratoniano? ¡¡¡Silvia!!! —se queja.

—Porque... Bea... yo... a veces tengo miedo.

—Eso es amor de verdad, del de las películas. Lo sabes, ¿verdad?

—No lo sé. No es eso. O sí, yo qué sé. Joder... —Me froto la cara—. Estoy cagada. Gabriel no para de decirme que lo deje todo, que me vaya a vivir a Estados Unidos con él y que me quiere.

—¿Dónde está el problema?

—¿Cómo me va a querer alguien que no cree en el amor, que no cree en la monogamia a largo plazo y que vive en Los Ángeles?

—Lo de vivir en Los Ángeles no tiene sentido en esta frase, pero aun así... ¿de verdad crees que no te quiere, Silvia?

—No. Siendo sincera sé que me quiere, pero no confío en que dure. Y además... no dejo de pensar en si...

—Si vas a nombrar a Álvaro, mejor cállate. Me irritas —contesta molesta—. Me niego a pensar que ese tío vaya a estropear la historia más bonita que has vivido jamás.

Me callo. No quiero contarle lo de las drogas ni lo del intento de suicidio. Es todo tan «drama» que ni siquiera yo puedo llegar a creérmelo. No quiero que ella juzgue a Gabriel por eso. Tengo un revoltijo de sentimientos encontrados en el estómago.

—Creo que necesito dormir —digo al fin.

—Duerme. Ya me paso esta semana por tu casa con una botella de Bollinger para brindar por tu épica historia de amor.

—No puedes pagar una botella de Bollinger, flipada. —Me río.

—Yo no, pero tú muy pronto sí, zorra adinerada.

Le deseo buenas noches y colgamos. Yo no puedo dejar de reírme cuando pienso en Bea, en su casa, dando palmaditas y grititos de ilusión. Cree a pies juntillas en lo que me dice. Después me pongo el pijama y me meto en la cama, mirando de reojo la maleta a medio deshacer. No me apetece ordenarlo todo, así que mañana será otro día. Mañana, lunes... voy a ver a Álvaro por primera vez en una semana, después de que pudiera verme en la MTV con Gabriel besándome y poniéndome un anillo que...

Me miro el anillo que llevo puesto en el dedo anular de la mano derecha. Dios. Es enorme y tan caro que está asegurado. Con lo que vale este anillo podría comprarme un estudio en Madrid, sin exagerar. Cuando lo pienso, me entra vértigo. Las cantidades de dinero que se mueven en este mundillo me parecen desorbitadas y yo, de repente, soy dueña de un anillo de doscientos mil dólares y de un piso en Venice, Los Ángeles. Y no tengo ni que preocuparme por cuestiones de impuestos, porque Gabriel se ocupa de todo.

¿Cómo sería trabajar para él? ¿Cómo sería ceder a la tentación y fingir que somos una pareja al uso? Besarle de verdad, sin tener el miedo constante a no poder parar. Querernos. Sentirlo sobre mi cuerpo. Hacer el amor con él. Follar con él. Reír con él. Vivir con él. Sé que no puede ser, pero... ¿entonces por qué suena tan puñeteramente tentador?

Apenas he dormido. No dejo de darle vueltas a todo y tengo el estómago estrangulado, pensando en volver a ver a Álvaro. No sé qué reacción esperar. No sé si será silencio, si serán gritos en su coche, si va a reprocharme algo o si ya ha perdido la fe en que haga las cosas a su manera. La cuestión es... ¿por qué sigue importándome tanto? ¿Lo merece?

Cuando entro en la oficina, la mujer barbuda me mira de soslayo. Está recibiendo a una visita para el director de marketing; si no, me iba a enterar de lo que es el acoso mediático. Así que me escabullo corriendo por el pasillo hasta llegar al perchero, donde dejo el abrigo. Me atuso la blusa blanca entallada y la meto bien por dentro de los pantalones capri negros. Respiro hondo y camino hasta mi silla con el bolso en la mano, haciendo resonar mis zapatos de tacón. Álvaro ya está en su despacho, pero tiene la puerta cerrada, por lo que respiro un poco más tranquila; voy a tener tiempo de hacerme a la idea.

Mis compañeros empiezan a llegar en goteo cuando yo ya me he terminado el café. Alguno me mira de reojo más de lo habitual, pero ninguno se anima a decirme algo

abiertamente. La mujer barbuda viene haciendo temblar el suelo técnico que hay bajo la moqueta. No es que sea un mamut, es que pisa muy fuerte.

—Déjame ver ese pedrusco, hija de la gran puta —dice con voz estridente.

La madre que la parió.

Le tiendo la mano con miedo y ella gime cuando lo ve, y vuelve a insultarme. Una, dos, tres veces. No se cansa. Y mientras, yo aguanto estoicamente el ataque, fingiendo una sonrisa que no puedo evitar teñir de vergüenza. A pesar de que siempre he sido un poco *drama queen*, todo esto me viene grande. Quizá debía haberme quitado el anillo y haberlo guardado en algún sitio seguro. No puedo pasearme por Madrid con el equivalente a un piso en mi barrio puesto en el dedo. Lo miro. Es tan absolutamente hermoso... y me odio por decir «hermoso». Pero es perfecto e increíble y de pronto representa todas las cosas buenas que quiero para nosotros dos. No puedo despegarme de él, porque me recuerda a Gabriel y a la sensación de estar en casa cuando me abraza.

—¿Os vais a casar en España? Dime la verdad, ¿estás preñada! Oye, qué fiera, cuéntame..., ¿la tiene grande? ¿Como un trabuco?

Abro los ojos de par en par, y cuando estoy a punto de sucumbir y explicarle que no somos un matrimonio al uso y que, si no es por concepción divina, es imposible que esté embarazada, Álvaro abre la puerta del despacho y se nos queda mirando. Y cómo nos mira. La mujer barbuda se amedrenta y parece que se encoge.

—¿Qué es este griterío? —dice con voz calmada pero muy ronca.

—Manuela ya se iba —contesto yo y vuelvo a mi ordenador.

—Luego me lo cuentas todo —murmura ella antes de salir corriendo hacia la recepción.

Y de lo único de lo que estoy segura es de que voy a estar entrando y saliendo de la oficina por la puerta lateral hasta que se le olvide que existo.

—Silvia, ¿puedes venir a mi despacho un momento? —Y Álvaro usa ese tono de voz ronco y oscuro que tanto sigo temiendo. Después, se mete de nuevo en el despacho.

Todos mis compañeros me miran y yo no tengo más narices que ir. A estas alturas, es imposible que no imaginen que aquí hay una historia personal, aunque bueno, no sé si imaginarán cosas más grotescas aún. El porno les ha dejado una mente muy enferma.

Al cerrar la puerta del despacho me encuentro a Álvaro de pie frente a su mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parece que no va a gritar, pero con él nunca se sabe. No es que sea una caja de sorpresas, pero últimamente sus reacciones me

dejan un poco descolocada. Todo se pega menos la hermosura.

—Di algo —le pido después de una pausa que me parece demasiado larga.

—No te he llamado para mirarte en silencio, la verdad —murmura bajando la mirada hacia el suelo, con un suspiro—. Va a ser la última vez que te llame a mi despacho por temas personales, te lo prometo.

—Estás cabreado por lo de la gala —digo yo apoyando la espalda en la puerta.

—No sé si tengo por qué, pero no es plato de buen gusto verte ahí besándote con él y diciendo que quieres... —Mira mi anillo y frunce el ceño, perdiendo el hilo de lo que está diciendo. Cuando vuelve a hablar, empieza una nueva frase—. Lo llevas puesto.

Me miro la mano y asiento.

—Es un regalo y es especial. Para mí significa cosas.

—Necesito saber si estáis enamorados.

—No. —Niego con la cabeza, aunque no tendría por qué contestarle y ni siquiera sé si le estoy mintiendo—. Al menos no en el sentido tradicional.

Prefiero no decirle que no lo sé. Prefiero decirle que no. Álvaro resopla.

—Tenía la esperanza de que me dijeras que os habíais enamorado y que es de verdad. Pero... es otro de tus numeritos. —Eso me hiere y agacho la cabeza. Siempre me hace sentir ridícula—. Hemos terminado, Silvia. No quiero saber nada más de esto.

Y al contrario de lo que creía, no me duele. No me duele en absoluto, porque para ello tendría que creerlo. Y me enfado y me arde la sangre en las venas, porque estoy harta de que me agite como si quisiera quitarse migas de encima. Estoy harta de estar a merced de sus idas y venidas. Respiro, con los ojos cerrados.

—Espero que al menos esta vez sea verdad —contesto.

—¿Cómo? —responde Álvaro con tono beligerante.

—Siempre estás con estas mierdas, ¿sabes, Álvaro? Incluso cuando estábamos juntos tratabas de utilizar lo jodidamente colgada que estaba de ti para tener siempre la sartén por el mango, bajo amenazas constantes. Y el mundo no es así. Yo ya no soy así. Si quieres olvidar esta historia, ¡bien! Porque es agotador moverme constantemente en la fina línea que separa tu «estoy enamorado de ti» y el «olvídame».

—El mundo tampoco es un escenario para jugar a ser mayor y tomar decisiones como casarse con un desconocido —masculla entre dientes—. ¡Te has casado con otro, Silvia!

—Dime la verdad, Álvaro, ¿qué es lo que te pasa? Si se ha acabado, adiós. —

Levanto la mano y le digo adiós—. Estoy harta y cansada.

Y casada, pienso.

—Yo también estaría harto y cansado de darse el caso.

—¿Qué caso? —Y levanto la ceja izquierda, previendo que voy a saltar verbalmente sobre él para despedazarlo en cuanto conteste.

—El caso de ser un inconsciente, como tú.

—Te lo voy a decir sin gritar... —digo con una expresión de placer maligno, saboreando el momento y con un tono de voz muy suave—. Me casé con Gabriel tan borracha que casi no me acuerdo de la mitad del *show*, porque fue un *show*, te lo aseguro. Aun así, fue mucho mejor decisión que haberlo hecho contigo.

—¿Por qué?! —grita de pronto—. ¿Porque su anillo es tres veces más grande que el que yo te compré?! ¿Porque él puede vestirse de pasarela y besarte en la televisión?!

—Nos van a escuchar —murmuro, desconcertada por su estallido de ira.

—¡¡¡Me da igual!!! —vuelve a gritar, esta vez más fuerte, y da un puñetazo contra el armario.

—Pero ¿¡qué coño te pasa!?! —grito también—. ¿¡Es que has perdido la puta cabeza!?

Señala el tatuaje que se ve en mi muñeca y hace una mueca sarcástica.

—Hasta te ha marcado. Eres de su propiedad, ¿no? Ha pagado por ello. —Y mira mi anillo.

Tengo ganas de pegarle. Aprieto los puños tan fuerte que me estoy clavando las uñas en la palma de la mano. Pero es que tengo ganas de pegarle y esta vez sin besarle después.

—No puedes entenderlo —le contesto—. Al hablar de ello, lo conviertes en algo perverso y sucio, y ¿sabes por qué no puedes entenderlo? ¡Porque jamás has sentido nada de verdad! Hubo un día en el que pensé que me querías, pero no puedes haberlo hecho y estar llamándome puta a la cara con la saña con la que lo estás haciendo. Gabriel es bueno, Álvaro. Ojalá pudiera decir lo mismo de ti.

Respira hondo, esconde la cara en sus manos y, después, las deja caer a los lados, inertes.

—Vete —me pide.

—No vuelvas a mencionarlo —pido con rabia.

Y sin más, doy media vuelta y voy hacia la puerta, porque no quiero mirarlo más, porque a pesar de lo cansada que estoy sigue existiendo ese hilo que tira de mí, desde dentro, deshaciéndome y contrayendo mi vientre. Y cuando estoy a punto de irme, él

vuelve a llamarme.

—¿Le quieres? —Y el tono de su voz tiene algo desconocido al decirlo. Por primera vez, Álvaro parece desvalido.

No sé qué me empuja a salir por la puerta sin contestar y a dar un portazo mayúsculo. Voy a por el bolso y, tras coger el paquete de cigarrillos, salgo a fumar al patio interior. Todos mis compañeros me miran con los ojos abiertos de par en par. Y yo no puedo más. No puedo más...

Esto empieza a ser demasiado...

1

CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA

Martes, 20 de noviembre de 2012

Llevo toda la mañana trabajando como una autómatas. Ni las bromas de mis compañeros entre sí, mentando a todas sus madres y al oficio más antiguo del mundo, me hacen reír. Y no es que esté triste que te mueres y que quiera tirarme desde lo alto de la catedral de la Almudena, sino que estoy asqueada y no me apetece nada más que acurrucarme con Gabriel, escuchar música, olerle y olvidar todo lo demás.

Podría echarle la culpa a Álvaro por enésima vez, pero a decir verdad creo que las discusiones con él ya ni me agotan. Solo me aburren. Es el cuento de nunca acabar y yo ya estoy empezando a pensar que es un sinsentido siquiera tratar de hablar con él. No me entiende y tampoco hace un esfuerzo por intentarlo.

Vale, sí, me fui a Los Ángeles dejando en el aire la posibilidad de arreglarlo con él y al volver resultaba que me había casado en plan jijí jajá en Las Vegas con Gabriel que, por si fuera poco, es famoso, está forrado y ha estado enganchado a las drogas. Ole, ole y ole. No es la demostración de madurez que Álvaro esperaba, supongo.

Pero todo eso ya lo sé. Entonces ¿por qué estoy tan asqueada?

Los dedos siguen volando sobre el teclado mientras voy dibujando logaritmos y voy cerrando códigos. Álvaro entra en el departamento y, solo por el ruido de sus pisadas sobre la moqueta que cubre el suelo técnico, sé a ciencia cierta que está que echa humo. Supongo que no le ha mejorado el humor después de la bronca de ayer. Y aunque me he propuesto no mirarlo, soy incapaz de evitarlo, porque viene hasta mi mesa y deja caer cuatro revistas encima. En realidad no las deja caer, las tira con una mala hostia que debería arruinar su karma de aquí a su séptima reencarnación.

—Toma —dice con rabia.

Ya ni siquiera me llama a su despacho para montarme el pollo. No sé qué le estará

pasando por dentro, pero lo está volviendo mucho más atrevido con estas cosas. Todos los compañeros nos miran; la tensión podría cortarse ahora mismo.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Son revistas. Sales en todas.

Tira de la esquina de una y la abre. Maldita sea la coincidencia, porque se abre por una página en la que Gabriel y yo estamos posando para los fotógrafos en la alfombra roja.

—Qué guapa, Silvia. Se os ve tan felices... —masculla sarcástico.

—¿Y a ti qué te importa? —contesto en el mismo tono.

—Eso mismo me pregunto yo... ¿a mí qué coño me importa ya?

Después, pisando con la misma fuerza, se mete en su despacho y el portazo hace vibrar hasta las placas de pladur del techo. Mis compañeros han dejado de teclear y me miran. Pobres, no han hecho nada, pero van a pagar las consecuencias de todo mi cabreo. Me levanto, les tiro de malas maneras las revistas, que revolotean como pájaros cayendo sobre las mesas, y, mientras voy hacia la salida, digo:

—¡Tomad carnaza!

Miércoles, 21 de noviembre

Hemos tenido mal rollo durante buena parte del último año, pero siempre lo dejamos aparcado antes de las reuniones de planificación. Esta vez no ha sido así. El Álvaro frío y previsible se está resquebrajando por momentos. Tiene unas marcadas ojeras bajo los ojos e incluso juraría que está más delgado. Ya no puede ni disimular lo agriado que tiene el carácter. Debe de pasarle como a mí, que la rabia me carcome y, además, me quita hasta el apetito. Las damiselas de los libros románticos se sienten desfallecer de pena y su apetito languidece por culpa del desánimo. A mí es la rabia pura lo que no me deja espacio para nada más.

Nuestros compañeros no sé si identifican la fuente del mal rollo, pero desde luego notan que el ambiente está cargado de electricidad. Y no es ese tipo de electricidad que nos recorre cuando nos deseamos pero no podemos tenernos. Es algo maligno. Me están carcomiendo los nervios. Me imagino a mí misma tirándole por encima de la mesa la silla en la que estoy sentada, cuando normalmente lo único con lo que fantaseo en estas reuniones es con tirármelo a él. O con que me abrace contra su pecho desnudo y yo pueda dibujar espirales con la yema de mis dedos sobre su piel. Saber que aún sería capaz de hacerme flaquear me indigna. Es posible que a él le pase

lo mismo.

—Miguel y Julio, encargaos de cerrar el proyecto del gestor de contactos, por favor.

En ese momento, despierto de mi sopor.

—Con todos mis respetos, ese proyecto es mío —respondo.

—Ya no. —Y ni me mira al decirlo.

—¿Cuánto le queda a esta reunión? —pregunto.

—¿Por qué?

—Por si puedo pedirles a mis compañeros que nos dejen solos un momento o tengo que montar el cirio con todos delante.

Álvaro levanta los ojos de sus apuntes por fin y me sostiene la mirada. Yo no me amilano, debería saberlo. El puñetero proyecto me importa dos pimientos, como el resto de las cosas que pasan encima de esta horrible moqueta azul, pero es una cuestión de principios. Ahora mismo le arrancarí la cabeza con mis propias manos.

—No llevas el ritmo que necesito con el proyecto, así que es mejor que delegues en dos personas con muchísima más experiencia que tú en trabajos importantes. Esto te viene grande, acéptalo.

Los pobres Miguel y Julio tragan saliva y miran hacia otro lado.

—Y una mierda —contesto entre dientes, y hago que todos mis compañeros contengan el aliento—. Esto es algo personal.

—No hay nada personal entre tú y yo, Garrido.

—Mira, Álvaro..., me importa una mierda que estés rabioso de celos. Me importa una mierda que ahora quieras mantener el control y que decidas que hacerlo con el trabajo es la mejor decisión. Pero por ahí vas mal, porque tengo más cojones que el caballo de Espartero y no me da la gana. Coge las putas revistas y métetelas por el culo o hazte pajas con ellas, me la suda, pero no me toques la moral. —Se hace el silencio y ni siquiera se escuchan carraspeos—. A lo mejor ahora decides que sí es buena idea que mis compañeros vayan saliendo de la reunión —digo con placer.

—No. —Y paladea las letras mientras me aguanta la mirada—. Prefiero que se queden para que comprueben lo que pasa cuando se es tan inconsciente como tú. La que te vas eres tú, pero suspendida de empleo y sueldo durante una semana.

A eso no sé qué contestar y él empieza a escribir cosas en sus apuntes con la pluma Montblanc que estoy imaginando que le clavo en el corazón.

—Si no te vas en un minuto, llamo a seguridad —dice sin mirarme.

Me levanto y me voy. El portazo suena en el pasillo. Cuando salgo del edificio siento tantas cosas malas dentro de mí que no me reconozco. No me reconozco,

Jueves, 22 de noviembre

Suspendida de empleo y sueldo durante una semana... Él sabe de sobra que necesito el cien por cien del dinero que cobro, porque vivo al día. Tengo que pagar el alquiler de este piso que, aunque él me consiguió a buen precio, sigue siendo más caro que el anterior y muchísimo más que vivir en casa de mi madre. Y no quiero volver. No puedo volver.

Ayer no le quise decir nada a Gabriel cuando me llamó, a pesar de que me preguntó un par de veces si estaba bien, pero hoy no aguanto más. Necesito desahogarme y no me vale hacerlo con Bea en este caso, porque lo más seguro es que ella reaccione aún peor que yo. Necesito que me aplaquen, que me apaguen un poco la ira que brilla detrás de mis ojos y que lo vuelve todo rojo. Gabriel es la persona indicada y, además, desde ayer no pienso en otra cosa: tumbarme sobre su pecho desnudo y acariciar su piel dibujada; calmarme con el ritmo de su respiración regular. Cojo el teléfono que me dio para llamarle (y de cuya factura también se hace cargo) y marco su número. Ni siquiera he pensado que allí deben de ser las cinco de la mañana hasta que contesta con la voz tomada por el sueño.

—¿Qué pasa, mi amor? —susurra.

Lo de «mi amor», lo confieso, me ha dejado fuera de juego. Nota mental: no contárselo a Bea si no quiero estar probándome vestidos de novia a los cinco minutos.

—Álvaro me ha despedido durante una semana. Me habrán abierto un expediente y, además de que no puedo volver hasta el miércoles, no voy a cobrar el veinticinco por ciento de mi sueldo de este mes.

—¿Qué... qué dices, Silvia? —contesta sorprendido.

—Digo que Álvaro...

—Cariño, te he oído, pero... ¿me lo estás diciendo en serio?

—¿Cómo iba a inventarme una cosa así?

—Yendo borracha, por ejemplo.

—Estoy demasiado deprimida para beber —le respondo mordiéndome el labio inferior.

—A ver... cuéntamelo bien...

Durante diez largos minutos lo único que hace Gabriel es carraspear y asentir a lo que yo le voy contando. Le oigo levantarse de la cama y respirar hondo un par de

veces. Le imagino de pie junto a la ventana de la habitación, en su casa de Toluca Lake, mirando hacia el exterior, que ya debe de brillar bajo los primeros despuntes del alba. Quiero abrazarle. Necesito abrazarle.

Como tengo muy buena memoria, se lo cuento todo con pelos y señales, incluido el dato de lo que yo llevaba puesto (un vestido negro con botones dorados en la espalda) y de qué color era el traje que llevaba Álvaro (gris azulado, de ojo de perdiz). Cuando termino, Gabriel resopla.

—¿Por qué resoplas? ¿Crees que me pasé?

—Nunca he trabajado en una oficina, no sé si ese es el tono normal de una de las broncas habituales entre jefe y subordinado o si te has pasado diez pueblos... lo que sí te digo es que no entiendo cómo aguantas ahí un día más. Eso es insoportable, cariño.

—¿Y qué quieres que haga? —le replico—. ¿Tú sabes cómo está el paro aquí?

Su resoplar ahora es mucho más fuerte y de pronto entiendo por qué me lo está diciendo. Le atajo.

—Gabriel, por enésima vez...

—No, Silvia, por enésima no, escúchame aunque sea una maldita vez. Si me despiertas a las cinco de la mañana espero al menos que oigas lo que tengo que decirte.

—Siento haberte despertado. —Me tapo los ojos cuando lo digo.

—Que me despiertes es lo de menos. Sabes cuánto te quiero, Silvia. ¿Qué necesidad tienes de aguantar mierdas? ¿Crees de verdad que esa situación tiene vuelta atrás? Y voy más allá... Si la tuviera, ¿crees que no soy capaz de mejorar tus condiciones y tu futuro? ¿Crees que te lo ofrecería si no fuera así?

Cierro los ojos. Es tentador, pero no es lo que necesito que me diga.

—Pero no quiero huir.

—Bueno, mi vida, ya sabes lo que hay. Si te interesa...

Mi vida. Quiero ser su vida. Quiero que él sea la mía.

—Déjame que... que lo piense.

Viernes, 23 de noviembre

No puedo dejar de darle vueltas a lo que me dijo ayer Gabriel sobre mi trabajo y el que me ofrece él. Es posible que tenga razón en algunas cosas, como que esta situación no va a mejorar de verdad.

Puede mejorar aparentemente, porque Álvaro y yo podemos llegar a un acuerdo y

firmar otra tregua, pero... ¿no es lo que hicimos allá por el mes de marzo de este mismo año? Pues ha durado ocho míseros meses. O ni eso.

Bea me ha dicho que no sabe por qué narices me lo estoy pensando tanto aunque, claro, yo he omitido el hecho de que me llame «mi amor» y que algunas de mis dudas nazcan del pasado de Gabriel con las drogas. Imagino que ella lo sabe, porque es una forofa de los cotilleos y ya se habrá informado bien, pero supongo que piensa que es una de esas estrellas que resurgen de sus cenizas con más fuerza que antes. Y no digo que no, pero yo conozco a Gabriel y sé que su naturaleza es melancólica por definición. ¿Tenerme allí con él le vendrá bien o terminará por contagiarme? Además... ¿quiero dejar aquí a mis amigas, mis hermanos y mi madre? Creo que nunca, jamás, había tenido que tomar una decisión más importante que esta.

Decido hacer una cosa muy loca y llamo a mi hermano Óscar. Aunque no lo parece, se le dan bien las personas porque es psicólogo. Sí, es psicólogo y tiene un bar de copas. Él defiende que es una cosa consecuente, porque para tratar con los borrachos hay que tener mucha psicología. Varo, por su parte, estudió contabilidad. En fin, cuando eligieron sus carreras... ¿en serio estaban siendo realistas? Aunque, claro, creo que las universidades aún no ofertan estudios de *fucker*.

El caso es que, cuando llamo a Óscar, lo pillo en la cama. Son las doce de la mañana y supongo que ayer cerraron el pub tarde, de modo que no le recrimino que esté sobando como un oso en periodo de hibernación.

—Hola, Óscar.

—¿Qué haces en tu casa a estas horas? ¿Estás enferma o te han despedido?

Miro el techo de mi salón. En esta familia tenemos una manera muy particular de comunicarnos.

—Álvaro me ha mandado a casa una semana sin empleo y sueldo.

—¿Qué has hecho? —espeta mientras sé que se estará levantando de la cama.

—Le dije de todo menos guapo en una reunión de equipo, con todo el mundo delante. Por un tema profesional, que conste. No me puse a gritar en plan amante despechada. Aún.

—Ajá. Oye, espera. —Le oigo tapar el auricular y, amortiguado, escucho el sonido de su voz—: «Cariño, es mi hermana, necesita terapia. Si me haces un café, sigo con eso cuando termine».

Oigo algunas risitas y, de pronto, Óscar vuelve a carraspear. Qué asco.

—Ya. Dime —dice.

—¿Quién es?

—No la conoces —contesta rápido.

Pongo los ojos en blanco. Seguro que es alguna de mis amigas. Sé que varias de ellas han cogido un pedo mayúsculo en su pub y han acabado jugando al kamasutra con Varo o con él. Al menos espero que siempre haya sido con cada uno por separado. Bea nunca me lo ha confirmado, pero sé a ciencia cierta que una vez Varo y ella se dieron un meneo que dejó a mi hermano completamente fascinado.

—Oye, en realidad... quería consultarte una cosa a la que le estoy dando vueltas —le digo.

—¿No es porque estés de bajonazo por lo del despido?

—No. Y sí. Bueno... el caso es que Gabriel...

—¿Quién es Gabriel? —pregunta.

—¡Mi marido! —respondo con voz de no dar crédito a que gente como mi hermano sobreviva con esa capacidad de retención de datos...

—Ah, ya sí. Claro. Sigue.

—Gabriel lleva tiempo ofreciéndome un trabajo.

—Si te paga por comérsela, te conviertes en puta, da igual cómo lo adorne —responde.

—No es por comérsela, imbécil —me enfurruño—. Me ofrece ser su mano derecha. Algo así como su asistente, el nexo entre él y su mánager y... ya sabes. La persona que le acompaña a todas partes.

—¿Cuánto te paga?

—Pues la verdad es que no he ahondado en esas cuestiones, pero seguro que más de los mil euros al mes que cobro en esta maldita y pútrida empresa. Nunca le he tomado demasiado en serio como para preguntárselo.

—¿Por qué? —Y ahí está, de pronto, el Óscar psicólogo...

—Pues porque... siempre me dio la sensación de que yo era el nuevo juguetito y que un día se cansaría y me haría desaparecer de su vista. Y entonces yo me quedaría sin nada.

—Hablas en pasado. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Han pasado ya casi seis meses desde que nos conocemos y cada día insiste más. Yo... nosotros... tenemos algo especial. Además..., Óscar, él es una persona que necesita a alguien que le cuide en algunos aspectos de su vida.

—¿No te da miedo que al tratar de solucionar esos asuntos suyos salgas tú perjudicada y te veas metida en esa espiral?

—Sabes de lo que hablas, ¿verdad?

—Supongo que hablamos de drogas, de alcohol y de fiestas.

—Más o menos. Se supone que ya está curado pero... es tan melancólico.

—A ver, Silvia... Nunca tienes que tomar decisiones pensando en los demás en lugar de en ti. Es como lo de ese máster que ibas a hacer y para el que estabas ahorrando que, al parecer, el perfecto Álvaro te quitó de la cabeza.

—Pero es que no sé si es buena idea...

—¿Quieres mi opinión sincera?

—Claro.

—Tienes que largarte del trabajo o eso va a terminar como el rosario de la aurora. Varo me lo decía el otro día... ya estábamos pensando en hacerte un hueco en el pub. Esa situación es insostenible. Da igual lo que tú creas. Ya no hay marcha atrás y ahora encima me llamas desde casa, adonde te han mandado sin empleo y sueldo por pelearte con él... Silvia, por Dios...

—Pero eso no me aclara si es buena idea tomar en serio la proposición de Gabriel, eso solo es una bronca. Para una vez que te pones serio, podría ser para darme un buen consejo, no para reñirme como si fuese un perro que se ha comido tus revistas guarras —me quejo.

—Es que no sé qué consejo darte; nadie lo sabe. Irte con Gabriel puede ser la mejor decisión que tomes en tu vida o la peor. No lo sé. Pero es que las decisiones debes tomarlas tú sola y hay dos cosas que te polarizan. Una es que Gabriel te despierta algún tipo de instinto de protección. La otra es que no quieres dejar de verle la cara a Álvaro todos los días porque, en el fondo, ninguno de los dos queréis darle de verdad carpetazo y hacer real la ruptura.

Joder. Puto Óscar. ¿Por qué cojones le habré llamado?

Lunes, 26 de noviembre

Álvaro ha tardado más de lo que pensaba en venir a hablar conmigo. Pensé que ese mismo día aparecería en mi casa con el rabo entre las piernas justo después del trabajo, buscando una solución a un problema que ya ha pringado hasta nuestra vida profesional. Pero no, ha sido muy digno y con esa dignidad aparece aquí plantado en la puerta de mi casa, cinco días después. Debe de estar mucho más rabioso de lo que pensaba.

Nota mental: Silvia, no folles con él.

Le dejo pasar y mis ojos se van directos a su culito; no lo puedo remediar, es superior a mis fuerzas. Me encanta cómo se mueve cuando camina. Es como si sus hombros marcaran un ritmo macarra, mientras las piernas siguen andando con

elegancia. Cuando llega al centro del salón, se quita el abrigo, lo deja perfectamente colocado en el respaldo de una silla y, después, mete las manos en los bolsillos de su pantalón de traje. Qué gesto tan suyo.

—Creo que tenemos que hablar —dice.

Y yo no puedo evitar, porque soy imbécil y porque llevo demasiado tiempo sin echar un polvo, que la saliva se me arremoline en la garganta cuando me fijo en lo guapo que está con su traje negro, el jersey de cuello de pico del mismo color y la camisa gris clara. Miro hacia la silla y veo asomar parte de la corbata del bolsillo de su abrigo.

—Tú dirás —logro contestarle.

—He hablado con Recursos Humanos y no van a abrirte un expediente. He aclarado que ha sido un momento de calentón entre los dos y que mi reacción fue desmedida, de modo que al menos hemos atajado eso. Desde luego se te va a descontar la parte proporcional a...

Me está hablando como si lo hiciera sobre una cartera ministerial. Como si yo fuese uno de sus puntos pendientes en la lista de *to do's*. Me enerva y le interrumpo de malas maneras.

—¡Di lo que has venido a decirme y lárgate, joder!

Me lanza una mirada que me hiela, pero finjo que no siento escalofríos recorriéndome la espalda.

—Esto no puede seguir así, Silvia. Es evidente que uno de los dos va a tener que tomar la decisión de alejarse, pero por más que busco, ahora mismo no hay más trabajo que el que tengo. No te voy a pedir que hagas tú el esfuerzo de marcharte, porque imagino que, en tu situación, incluso será más complicado.

Trago bilis por no romperle la mesa de centro encima. ¿En mi situación? Ah, claro, que yo soy una pobre diabla que no tiene su magnífica formación.

—¿Y entonces?

—Irme me iré, pero has de tener paciencia. Sé que no te apetece nada verme la cara, pero debes ser paciente y comportarte. —Me paso la mano por debajo de la nariz y después me siento en el sofá. Él sigue hablando—. Tengamos el mínimo trato posible, ¿vale? Solo el estrictamente necesario. Incluso puedes reportarle los avances de tus proyectos al jefe de equipo, sin tener que hablar directamente conmigo.

Cierro los ojos y me remuevo el pelo. Se me ha hecho un nudo en la garganta horrible pero, a pesar de todo, no tengo ganas de llorar. Me ha convertido en una persona gris que apenas puede ni llorar; como él. Entonces tomo una determinación. He de hablar con Gabriel en serio sobre lo que me propone. No quiero ver cómo esto

termina de deshacerse.

—No te preocupes, Álvaro. Estoy en trámites de encontrar otra cosa.

Él levanta las cejas, sorprendido. Eso no se lo esperaba, el muy cabrón. Jódete.

—¿Otra cosa?

—Sí, te daré detalles cuando sepa más. Pero antes de que te vayas, quiero decirte algo. Va a ser algo así como un monólogo, pero creo que no será de esos en los que te partes el culo de risa. Necesito que me dejes terminar. —Ninguno de los dos dice nada. El silencio se extiende, y cuando se vuelve demasiado denso me doy cuenta de que no puedo organizar las palabras en mi cabeza y de que tendré que improvisar—. No sé qué ha convertido esto en odio. No lo sé. Supongo que ha sido... Gabriel. Pero tienes que comprender que yo también lidié con otra persona en tu vida y en ese caso era diferente, porque otra te besaba, otra se acostaba contigo y... tú y yo apenas habíamos roto días antes. —Suspiro—. El caso es que por mucho que me afectara, que fue bastante, no lo mezclé con el trabajo. Te pinché las ruedas del coche, sí, pero no lo hice como parte del equipo del que eres responsable, sino como tu exnovia cabreada. Tú, desde tu posición de jefe, me has quitado una parte del sueldo que necesito para pagar un alquiler que siempre he pensado que me puedo permitir a duras penas. El que no está siendo ni sensato ni maduro eres tú, Álvaro. Para mí no es fácil. Yo también quería arreglarlo y, ¿sabes?, habría solucionado lo de mi matrimonio loco en Las Vegas si tú hubieras reaccionado de diferente manera. Pero estoy harta. Y aunque sé que tienes razón en desesperarte porque me he casado con él y por el numerito de la gala de los EMA, has tenido tan poca razón en el resto de cosas que... no puedo más. Yo te quiero, Álvaro, y nunca me ha dado miedo decírtelo. Tú también me quieres; si no, no haríamos estas cosas. La diferencia es que tú nunca te has atrevido a decírmelo porque, probablemente, eso lo haría más real o, no sé, pondría de manifiesto que te importa más lo que piensen los demás que lo que tú mismo sufras. Mírate, Álvaro... —Levanto la mirada—. ¿Por qué crees que te mereces estar pasándolo así de mal? ¿De verdad crees que esta ruptura fue lo mejor? O quieres demasiado a tus padres o es que no te quieres nada a ti mismo... El caso es que nunca me había tomado en serio la posibilidad de irme de Ruiz&Ruiz porque no quería dejar de verte. Pero ya no puedo hacer nada por evitarlo. Es cuestión de tiempo. Solo... deja que lo arregle todo.

Álvaro me mira con los labios levemente apretados, el uno con el otro. Si no lo conociera tanto, diría que tiene los ojos vidriosos y que le cuesta tragar saliva. Asiente de pronto. Se gira, resopla y se pasa las manos por la cara.

—Nunca he conseguido no hacerte sufrir. Hasta queriendo protegerte... mírate,

eso es lo que hago contigo. Y conmigo. —No le contesto—. Aprenderemos a hacerlo. No te vayas a ninguna parte.

Saca la cartera del bolsillo interior de su chaqueta, coge doscientos cincuenta euros y los deja sobre la mesa; la parte proporcional de mi sueldo que he perdido con esta lucha de poder. Da un par de pasos hacia la salida pero vuelve la cara ligeramente hacia mí y me dice:

—Perdóname, Silvia...

Eso sí que es nuevo. ¿Me sirve?

2

OFERTA POR UNA NUEVA VIDA

Gabriel está tan contento que casi no puedo convencerlo para que no venga a por mí al día siguiente.

—Solo quiero sopesar todas las posibilidades. Quiero que redactes un documento con las que serían mis obligaciones, mis derechos, mis...

—¡Vale, vale! —me dijo ayer emocionado.

Y hoy alguien me ha hecho llegar un sobre a mi trabajo. Mis compañeros se revuelven cada vez que me llega algo por correo. Ya están todos puestos al día de la que creen que es mi situación sentimental. Lo que no sé es dónde ubican las peleas que ya han visto entre Álvaro y yo, aunque es posible que el porno hentai ocupe tanta superficie de su cerebro que ni siquiera se lo planteen.

El hecho es que arman tanto revuelo a mi alrededor que tengo que irme al baño a leerlo. Y aquí estoy, sentada en la taza del váter, con las piernas cruzadas, abriendo el sobre. Encuentro un par de folios de papel verjurado con el membrete de un despacho de abogados. Empiezo a leer.

Estimada doña Silvia Garrido Utrera:

Por petición expresa del señor don Gabriel Herrera Vilches (a partir de este momento, el Artista) le hacemos llegar el presente documento, carente de validez legal, que ha sido redactado con carácter informativo.

Por la presente, se pasa a describir el puesto de Asistente Personal que le es ofertado.

OBLIGACIONES:

La responsabilidad del Asistente Personal supondrá la supervisión de los aspectos de los negocios del Artista que le sean asignados, consejo y asesoramiento en temas profesionales y en la toma de decisiones personales que puedan afectar a su carrera.

Otras obligaciones del Asistente Personal serán proporcionar apoyo administrativo al Artista con el objetivo de ayudar a reducir la carga de trabajo relacionada con procedimientos de índole administrativa y de relaciones públicas.

Por otro lado, el Asistente Personal se comprometerá a asistir al Artista en la gestión de su agenda y su

tiempo, así como en la atención a requerimientos telefónicos, correspondencia, viajes, organización de proyectos diversos, etcétera.

El Asistente Personal tiene como obligación acompañar al Artista a eventos de índole profesional, tales como galas, conciertos benéficos, giras, presentaciones, promoción, sesiones de fotos, fiestas promocionales y todas aquellas ocasiones en las que se estime oportuno que el Artista vaya acompañado.

A cambio de llevar a cabo estas tareas, percibirá un sueldo mensual de 50.000 dólares.

DERECHOS:

El Asistente Personal tendrá derecho a:

- Un fin de semana al mes para la gestión de su vida personal.
- Usar según su conveniencia los periodos de descanso o faltos de trabajo del Artista.
- Compartir alojamiento y traslados con el Artista, pudiendo reclamar alojamiento individual de la misma categoría que este en cualquier caso.
- Un presupuesto diferenciado de su retribución de hasta 10.000 dólares mensuales para gastos varios invertidos en su imagen personal o acomodamiento (tarjeta VISA a nombre de Silvia Garrido Utrera).
- Un profesor de inglés nativo.
- Cuerpo de seguridad.
- Un asesor legal.

Queda abierta la posibilidad de negociar los puntos anteriormente descritos.

OTROS:

Al tratarse de la cónyuge del Artista, compartirán domicilio en la casa que este posee en Toluca Lake, Los Ángeles.

Puede disponer de la propiedad situada en Venice Beach a su consideración.

El traslado de todas sus pertenencias quedará bajo la responsabilidad de una empresa de mudanzas internacionales y su coste será asumido por el Artista.

Se le facilitará un coche a su nombre en el momento en el que su traslado sea efectivo.

Todo lo expuesto anteriormente puede estar sujeto a negociación.

Madrid, 30 de noviembre de 2012

Me cagüenla...

Voy a mi mesa con las rodillas temblorosas y busco en el bolso el teléfono para llamar a Gabriel. Miro el reloj. Hoy está en Alemania, de manera que es la misma hora que aquí.

—Dime, princesa... —contesta con su voz susurrante—. ¿Te ha llegado el documento?

—Sí.

—Lo redactó un contacto madrileño de mi abogado y...

—Gabriel... se han debido equivocar.

—¿Con qué? —pregunta inquieto de pronto.

¿Por dónde empiezo?

—El sueldo. Me parece una barbaridad. No te digo que me ofrezcas una cosa mediocre como lo que tengo ahora, pero no sé qué haría yo con diez mil dólares al mes. Ni siquiera se me ocurre en qué gastármelo. No creo que haya tiempo en un mes para gastar tanto dinero.

—Gustándote tanto los zapatos, me sorprende mucho esa afirmación, pero déjame que te pida que vuelvas a leer el documento, porque me enviaron por correo electrónico una copia esta mañana y yo no leí esa cifra.

Más tranquila, vuelvo a repasar esa parte. Pestañeo. Vuelvo a leerla. Cincuenta mil dólares mensuales. Eso pone. No diez mil. Cincuenta mil.

—Estás loco... —digo con un hilo de voz inaudible.

—¿Silvia?

—Pero... ¿¡tú estás loco!?

Todos se me quedan mirando y yo miro hacia el despacho de Álvaro, donde él, apoyado en la mesa, me mira también. Cierro los ojos y trato de tranquilizarme mientras oigo a Gabriel parlotear sobre la calidad de vida en Los Ángeles, mis necesidades y mi futuro.

—Gabriel..., ¿no te das cuenta de que es una brutalidad de dinero?

—Eres la única persona que conozco que se queja porque le han ofrecido un sueldo elevado en un nuevo empleo. —Se ríe.

—Es que... no creo que sea... sostenible.

—¿Estás diciéndome que no podré pagarlo? Esto no depende solo de mí, Silvia.

—No. Bueno... no lo sé. Tienes que comprender que me parece una cantidad desorbitada de dinero.

—¿Quieres saber cuánto dinero líquido tengo en el banco? ¿Es eso lo que te preocupa? Solo líquido...

—No, no quiero saberlo. —Miro hacia la mesa, jugueteando con un lápiz.

—Tengo negocios en los que he invertido parte de mis ganancias con los discos y las giras y...

—Gabriel, que no quiero saberlo.

—Con lo que tengo en el banco puedo pagarte yo solo durante más años de los que vas a vivir, te lo aseguro. Y no porque vayas a morir joven, sino porque...

—¡Que lo dejes estar, leñe! —me enfurruño. No es una cuestión de dinero—. Me parece abusivo a no ser que me exijas por contrato darte a todos mis hijos en sacrificio.

—No me alimento de niños, aunque algunos digan por ahí que bebo sangre... Cincuenta mil está bien. Me parece una cantidad justa de dinero.

—¿Qué voy a hacer con tanto dinero, Gabriel, cariño? —Veo que varios de mis compañeros me miran, sorprendidos.

—Invitarme a cenar de vez en cuando no estaría mal —bromea—. Y por nuestro aniversario puedes llevarme de viaje.

—Lo digo en serio —bajo la voz.

—Te dije que te lo daría todo. Y te doy todo lo que está en mi mano. Hago muy pocas promesas, pero las pocas que hago las cumplo.

Me quedo callada mirando el papel. No sé qué hacer y se lo digo.

—Aceptar —contesta él—. Cuanto antes. Quiero que seas feliz ya mismo.

—Tengo que pensarlo, Gabriel... No sé si...

Él chasquea la lengua contra el paladar. No está acostumbrado a que le den largas o a que le hagan esperar; es algo con lo que tendré que lidiar si decido aceptar.

—Silvia, ¿puedo decirte algo? Es muy personal.

—Creo que todo lo nuestro es muy personal... —le contesto en un murmullo, tocándome nerviosamente el lóbulo de mi oreja derecha.

—Por lo único que sufro en el caso de que aceptes es por que yo te decepcione, pero si nunca me esfuerzo por no hacerlo, estaré derrotado de antemano... y además, sé que es por ese por quien no quieres venir ya. Y no se lo merece. Te ha tratado como le ha venido en gana. Es hora de que hagas tu vida lejos de él. Y tu vida ahora está conmigo.

Dirijo la vista hacia el despacho de Álvaro y lo descubro mirándome.

—Dame un par de días.

—Vale. ¿Eh? —llama mi atención antes de que cuelgue—. Te quiero, ¿te acuerdas?

—Y yo. —Cierro los ojos.

¿No empezaré a quererle demasiado como para aceptar la proposición? Sigo siendo una kamikaze emocional, no hay duda.

3

LA BALANZA

Han pasado dos días desde que hablé con Gabriel y, aunque este mediodía me ha llamado antes de volar hacia Estocolmo, no ha mencionado el tema. Creo que quiere darme tiempo para pensarlo bien, de verdad. Eso significa mucho para mí.

—Es la oportunidad de tu vida, *monguer* —me dice Bea con los ojos brillantes, mientras me sujeta los antebrazos—. No estás hecha para estar encerrada en una oficina. Esa no es tu vida. Tú eres más. Más que todo eso y más que todos nosotros. A ti te esperan otras cosas, Silvia.

—Bea... él tiene problemas.

—¿Y quién no? —responde—. ¿Sabes lo que me cuesta decirte que te vayas? Eres mi mejor amiga. Mi hermana.

Miro al suelo. Cuando se pone así, no puedo... es mi talón de Aquiles. Daría todo lo que tengo por esa pequeña hija de fruta. Y cuando me dice estas cosas, no soporto la presión. Un nudo me aprieta fuerte la garganta y resoplo.

—Ya lo sé —intento pararla.

—Sabes las pocas veces que te lo digo, pero te quiero como la hija de la güija que eres, y rediós que me cuesta animarte para que te largues a las Américas, pero chocho...

—¿Y qué voy a hacer allí?

—Vivir tu historia de amor, ser la genia que eres y preparar el terreno para un futuro brillante que, por supuesto, me incluye a mí comiéndole el cimborrio a Adam Levine.

—Tengo que hacer algo con esa enfermiza obsesión tuya de comerte la minga del cantante de Maroon 5. Hace mucho tiempo que no me hablas de ningún hombre. ¿No serás capaz de estar «reservándote» para tu futuro marido famoso...?

—No, esa creo que eres tú, que te estás cerrando de piernas como escondiendo el anillo de los Nibelungos. ¿Te has puesto velcro ya?

Me río y la tomo por loca. Ella se acerca, me da un beso en el brazo y, apoyando la cabeza en él, me dice:

—Lárgate con Gabriel, Silvia, pero no te olvides de que tu otra mitad soy yo.

Ayer comenté con mi madre la posibilidad de marcharme mientras cenaba con ella. Y lo hice tan bien que creo que he envejecido un par de años. Mi naturaleza me empuja a decir las cosas a bote pronto, mal y con un centenar de palabras malsonantes cuidadosamente repartidas en el discurso, pero anoche lo hice como una persona adulta, normal y aburrida.

—Gabriel me ha pedido que trabaje para él en Los Ángeles. Me ofrece un trabajo bastante creativo y dinámico que a priori me parece interesante y, la verdad, está muy bien remunerado. Me pagaría en un mes más de lo que yo ganaría aquí en dos años. Todos los meses.

Ella me miró con cara de susto. Sabe tan bien como yo que es demasiado dinero para sonar a negocio honrado. Supongo que vuelve a estar asustada por si voy a convertirme en pilingui de lujo y estoy tentada a decirle que esas cobran menos de cincuenta mil al mes, pero tampoco estoy segura. Después me dijo que ella entendía que, si Gabriel era alguien digno de mi confianza, debía pensar en que puede mejorar mi vida porque me quiere. Ella es muy inocente, o eso me ha parecido toda la vida. No sé si puedo seguir su consejo como una directriz fiable.

Él dice que me lo dará todo, pero... ¿entre todas esas cosas no puede haber también disgustos y mala vida? No lo sé. No sé qué hacer.

Es la hora de comer y Álvaro sigue metido en su despacho, pero tiene la puerta abierta. Yo tampoco me he movido de aquí; estoy mirándole mientras él está absorto en la pantalla de su ordenador. Desde aquí veo el reflejo de la luz del ordenador en sus ojos y cómo sus dedos martillean la mesa, nervioso. No sé si es por mí, no sé si es por el trabajo, pero creo que Álvaro está al límite.

¿Qué pasaría si me voy? ¿No sería como empezar de cero? Alejarme de él supondría algunas ventajas. No verlo todos los días facilitaría las cosas; él estaría de acuerdo con esto. Mis hermanos, Gabriel, Bea... todos tienen razón en que poca vuelta atrás hay en esta situación.

De pronto, me levanto sin apenas pensarlo mucho y voy hacia su despacho. Me apoyo en el quicio de la puerta y él levanta los ojos hasta mí. Cuando sus labios dibujan una sonrisa fugaz, el corazón empieza a bombearme con fuerza. ¿Estoy segura de lo que voy a hacer? ¿Completamente segura?

—Dame un segundo —susurra.

Sus dedos vuelan por encima del teclado mientras él clava sus ojos grises en la pantalla. De pronto le da un clic al ratón y me mira con expresión amable. Me invita a sentarme.

—No sé si tendrás tiempo ahora —digo temerosa.

—¿Has comido? —me pregunta.

—No, aún no.

—¿Quieres que salgamos a comer algo y aprovechas para comentármelo?

Me muerdo el labio inferior y niego con la cabeza.

—Va a ser mejor que no.

—¿Es personal?

—Tanto personal como laboral. —Álvaro levanta las cejas y me da la sensación de que se queda lívido en un segundo. Pestañea, se frota los ojos y después me da pie a que siga—. He recibido una oferta de trabajo que... que no puedo rechazar.

—¿Y quieres aceptarla?

—No sé si quiero, pero sé que debo.

Resopla, apoya las manos en la mesa y mira sus dedos mientras se muerde el labio superior.

—¿Es por lo que te dije el otro día?

—En parte tenías razón. Estamos atándonos aquí por razones equivocadas. La situación es... insalvable.

Álvaro niega con la cabeza.

—No, no lo es. No te vayas.

—¿Habla el Álvaro jefe o el Álvaro exnovio?

—Los dos —dice mirándome muy fijamente—. Da igual cuánto te hayan ofrecido. Lo igualaré. Hablaré con Recursos Humanos y...

—No puedes igualar la oferta, me temo.

Frunce el ceño.

—¿Cuánto? —pregunta.

—Cincuenta mil.

—¿Cincuenta mil anuales? Joder, Silvia... ¿dónde?

—Cincuenta mil mensuales... —Y espero su reacción.

No se extraña. Solo asiente.

—Vaya, Gabriel... —murmura.

—Sí.

—Pues tienes razón. Contra eso no puedo hacer nada.

Nos quedamos en silencio y él pierde la mirada en su mesa. Siento presión en el pecho y apenas puedo respirar. Estoy dejando mi trabajo.

—No lo hagas —me pide sin mirarme—. No lo hagas, por favor. Me he equivocado muchas veces en la manera de darte consejos. He intentado imponerte mis ideas, pero esta vez apelo a tu sentido común, Silvia. Ha tenido problemas con las drogas, salió demasiado pronto de esa clínica, por no hablar de los episodios violentos y los intentos de suicidio.

—Tú no lo entiendes.

—Haré un esfuerzo por entenderlo si me lo explicas. —Me mira de pronto tan a los ojos que me abruma.

—Solo dices un montón de cosas que no tienen que ver con la persona a la que yo conozco. Gabriel no es así y... le quiero —digo de sopetón.

—Le quieres, sí, pero no le quieres como me quieres a mí.

Eso me deja K. O. y miro al techo, suspirando.

—Silvia...

—Me voy. Está decidido.

—¿Te vas? ¿Lo dejas todo?

—Me mudaré a Los Ángeles en año nuevo —decido en el momento—. Así que en quince días causaré baja en la empresa. Te ruego que le hagas llegar mi petición a Personal para que puedan prepararlo todo...

Álvaro no da crédito.

—Si es para hacerme reaccionar... —Se levanta y viene hacia mí—. Ya lo he hecho, Silvia.

—No es por eso. Quiero irme. Por favor, arréglalo para que pueda firmar el finiquito cuanto antes. —Trago saliva con dificultad.

Se pasa las manos por el pelo. En todas las broncas que hemos tenido en nuestra vida, nunca habíamos llegado a ese límite: dejar el trabajo. Silvia... estás dejando tu trabajo.

—Silvia... pide una excedencia. Tienes hasta dos años para volver y...

—Es que no quiero volver. No quiero irme pensando en que, si algo sale mal, puedo correr hasta aquí a lamerme las heridas —me quejo—. ¿No lo entiendes? Lo que quiero es empezar de cero.

No, no lo entiende. Cierra los ojos.

—Por favor..., pide una excedencia, aunque no vuelvas jamás. Hazlo por mí...

—¿En qué cambia eso el hecho de que me voy?

No contesta.

—¿Ni siquiera puedes verme? —pregunta—. ¿Te hago daño incluso desde mi despacho?

Abro la boca para soltarle una bordería, pero me doy cuenta de que ese camino no nos lleva a ningún sitio. Creo que es verdad que estoy creciendo y, aunque buena parte de esto es gracias a él, necesito irme. Lo sé. Y decido sincerarme.

—Me haces daño solo con mirarte, porque estás lejos y no me quisiste para siempre.

Parece que eso le duele más que si le hubiera soltado una fresca, pero tampoco era mi intención. Él baja la cabeza.

—No te vayas —susurra. No puedo verle la cara cuando lo dice, pero su voz...

—Tengo que hacerlo.

—Por favor... Por mí, por nosotros..., no te vayas...

Me levanto del sillón con las rodillas temblorosas.

—Por favor, Álvaro..., te lo pido por favor... Déjame marchar...

Álvaro se encierra en su despacho hasta las cuatro, y cuando sale, lleva su abrigo y su maletín. Se va a casa.

Dos días después me llaman de Personal para decirme que me acerque cuando pueda a firmar los papeles de mi excedencia. Excedencia. Joder, Álvaro... ¿hasta el final?

4

LA DESPEDIDA

Hoy ha sido mi último día en la oficina y mis compañeros parecen tristes de verdad. He invitado a unos refrescos y a ganchitos, como en los cumpleaños infantiles, y ellos me han regalado un cómic sobre mí que han estado preparando estos últimos quince días. Es genial. Me han dibujado como una especie de superheroína *trendy*, con un montón de cachivaches chulos, como un pintalabios láser, con los que me ayudo para salvar la oficina de un monstruo mutante que se parece sospechosamente al jefe de Álvaro. Además, han hecho una reproducción de la portada en tamaño póster para que me la cuelgue en mi despacho de mi casa en L. A. Mi casa en L. A. Aún no me lo creo. En el dibujo estoy yo, muy bien conseguida, con un vestidito vaporoso, corriendo por un pasillo con los melones botándome, unos tacones monstruosos y los labios pintados de rojo. La velocidad a la que voy hace que se me levante la falda por detrás y se me vean unas bragas con corazones. Me encanta, porque al final del pasillo se atisba a Gabriel apoyado en la pared, con una guitarra junto a él. Seguro que también le gusta.

Esta noche saldremos de copas para celebrar como Dios manda que me largo de esta oficina maligna. Así que esto es la antesala de lo que será la despedida de verdad. Ahora solo quiero que todo sea así, ingenuo y amable. Esta noche ya me pondré pedo, jugaré a hacer apuestas que no puedo ganar y diré cosas que los hagan sentir incómodos, como que me voy a quitar las bragas para que me las firmen.

Mi casa está llena de cajas que, según me han dicho, pasarán a recoger la semana que viene, antes de las fiestas de Navidad. Ropa de verano, libros y todas esas cosas que no voy a necesitar por ahora. Verlas me da tristeza. Despedirme de mis compañeros me da tristeza. Tener dos semanas aquí sin nada que hacer más que ir diciendo adiós a todo el mundo, me da tristeza. Quiero irme ya.

Álvaro no ha salido a brindar con nosotros. Está en su despacho, y cuando algunos de mis compañeros han querido ir hasta allí para insistir, les he pedido que no lo hicieran. Lleva dos semanas casi sin dejarse ver. Llega antes que nosotros y se va después. Solo cruza el *staff* para ir a comer, y lo hace como una exhalación. Llevo dos semanas sin hablar con él pero por cómo lo he visto mirarme algún momento, no está enfadado. Creo que hemos empezado nuestra desintoxicación personal, aunque sé que nos falta la despedida.

Cuando mis compañeros plantean la posibilidad de mantearme, de pronto suena mi móvil, lo que me salva de volver a atravesar el pladur con la cabeza. Es Gabriel y me aparto para contestar de espaldas a ellos, para que no vean cómo sonrío como una tonta. Desde que decidí que me voy, ha sido lo único que me hace sentirme así; todo lo demás me da ganas de hacer pucheros. Bea la que más, pero también el resto de la pandilla, mamá, Óscar y Varo..., Álvaro. Todo me da pena.

—¿Qué pasa? —le pregunto con alegría.

—Quería asegurarme de que has cumplido tu palabra y que hoy, efectivamente, te estás despidiendo de tu oficina para siempre.

Para siempre... Eso espero, aunque no le he contado que en realidad el finiquito que he firmado es por una excedencia de dos años como máximo. Si no vuelvo en ese tiempo, adiós, pero si las cosas salen mal...

—Estoy brindando con tristes refrescos sin alcohol ni nada. —Me río—. No me parece la mejor de las despedidas, pero...

—Ya lo veo —susurra.

Levanto la ceja. Curiosa elección de palabras. El silencio se instala a mi alrededor y veo que Álvaro sale por fin de su despacho y mira detrás de mí, sorprendido. Me giro despacio y veo cómo Gabriel se guarda el teléfono móvil en el bolsillo del vaquero deshilachado.

Y está tan guapo que por un momento creo que estoy teniendo visiones. Sus vaqueritos oscuros caídos de cintura, su jersey negro, su chupa, sus ojos color caramelo brillando a través de los mechones negros de su pelo. Solo llego a ver los tatuajes de sus nudillos. Así, parece un buen chico que no ha roto un plato en su vida.

Corro hacia él y me cuelgo de su cuello. Me levanta y gira, envolviéndome con sus brazos y besándome en los labios. En los labios. Cuando me deja en el suelo veo que mira a Álvaro y eso no me gusta, así que lo obvio.

—Pero ¡si tienes un concierto esta noche en Milán!

—Quería verte. —Se acerca, me besa otra vez y susurra—: Gracias por hacer esto. Nos separamos y miramos alrededor, yo un poco avergonzada; él saludando con

un movimiento de cejas. Álvaro no se acerca, se queda allí, apoyado en la pared.

—Me tengo que ir ya —hace un mohín y después mirando hacia el final de la oficina dice subiendo la voz—: Pero acércate, Álvaro.

Todos miran alucinados de que sepa quién es Álvaro, y más aún cuando él, con paso bastante vago, se va acercando a nosotros.

—¿Qué haces? —le pregunto entre dientes.

—Darle una lección.

Álvaro le tiende la mano con una expresión indescifrable y se dan un apretón mientras yo me aparto.

—¿Has venido a recogerla, Gabriel? —le dice con un tono de voz muy tirante.

—No, a darle una sorpresa. Vuelo a Milán en un par de horas.

—Entonces tendrás que irte ya, ¿no?

—¿Tienes prisa?

—En absoluto. Ven, Silvia, deja que tu jefe se despida de ti...

Álvaro tira de mí y me apoya en su pecho. Se me corta la respiración cuando sus brazos me aprietan contra él y me da un abrazo que deja mudo al personal. Su nariz recorre mi cuello, oliéndome, y cuando llega a mi oído, me dice que me echará de menos. Cuando aparta la cara miro hacia arriba, buscando sus ojos, pero algo me da un tirón suave hacia atrás.

—Te agradecería que no sobaras a mi mujer —dice Gabriel en un tono que no suena a broma.

—Ah, pero ¿también es tu mujer para esto? Tenía entendido que solo la llevabas de paseo y de tiendas. Ya sabes, algo así como el amigo gay.

—No hagáis esto... —ruego en voz baja.

—Soy su marido para todo lo que te puedas imaginar, incluido velar por su felicidad. Algo que por lo visto aquí no había nadie que hiciera.

Tiro de la muñeca de Gabriel, esperando que se calle.

—Espero que veles por su felicidad y no solo por la tuya —murmura Álvaro, queriendo terminar con la conversación.

—No tienes por qué preocuparte. Tú y yo no nos parecemos en nada.

Álvaro, que ya iba de nuevo hacia su despacho, se gira violentamente. Todos mis compañeros, que creo que empiezan a unir cabos, se apartan un paso.

—Más te vale que no le pase nada, que sea feliz y que no derrame ni una lágrima.

—Te repito que puedes estar tranquilo, pero de todas maneras, si quiere llorar, le pondré el hombro, no la presionaré ni la haré sentirse débil por ello.

—¿Quieres decirme algo, Gabriel? —Y entrecierra los ojos, como si estuviera

calculando la distancia que los separa para lanzarse sobre él.

—Muchas cosas. Si quieres te las digo en la calle.

Trago saliva y trato de empujar a Gabriel hacia la salida.

—No me hagáis esto, joder... —y noto que me tiembla la voz.

Mis compañeros están tensos y más de uno come ganchitos compulsivamente. Yo haría lo mismo si pudiera.

—¿Me estás amenazando? —responde Álvaro.

—No me hace falta amenazarte. —Sonríe con malicia—. Ya está, déjalo estar. Ella se viene conmigo y tú te quedas aquí. El tiempo pone a cada uno en su lugar.

—En eso estoy de acuerdo. Lo que me preocupa es que ella acabe como tú, abrazada a una pipa de crack.

Ya está. Durante las décimas de segundo que Gabriel tarda en reaccionar, escucho cómo le rechinan los dientes. Cuando se mueve, lo hace con celeridad, mientras le oigo blasfemar. Coge a Álvaro de la camisa, pero este también le agarra a él. Se zarandean y, cuando creo que van a empezar los puñetazos, mis compañeros los separan.

—¡¡¡Vale, vale, vale...!!! —escucho gritar a uno de ellos.

Gabriel y Álvaro bracean tratando de soltarse y yo me muero de vergüenza. Me pongo entre los dos, miro a Gabriel rojo de rabia y le cojo la cara.

—Mírame, mírame, Gabriel..., cariño... —Él despega los ojos de Álvaro a regañadientes y me mira con el ceño fruncido—. Vámonos.

Gabriel se suelta y se coloca bien la chupa de cuero, muy digno.

—Si esto fuera un bar ahora mismo estarías escupiendo sangre —rumia.

Álvaro también se coloca la americana.

—Si esto fuera un bar estarías borracho tirado en la barra o en el baño, preparándote un tiritito.

Gabriel se mueve otra vez, pero le doy un pequeño empujón.

—¡Ya! —le digo a Álvaro gritando—. ¡Ya has hecho suficiente! ¡Haz ejercicio de conciencia de una puta vez! ¡Déjanos vivir! ¡Déjanos en paz!

Cojo el bolso, el regalo de mis compañeros y le pido a Gabriel que me saque de allí. Me tiemblan las manos, pero él me rodea con el brazo y me acerca hacia su cuerpo, infundiéndome tranquilidad.

—Nos vemos esta noche, chicos —le digo a algunos de mis compañeros, que me están mirando alucinados.

Cuando entramos en el coche en el que nos está esperando Volte, me giro hacia Gabriel y la emprendo a golpes con su brazo.

—¡Joder! ¿Por qué has hecho eso!? ¿Por qué!?

—Perdóname..., perdóname... —me susurra en el oído, agarrándome.

—¡¡¡No vuelvas a hacer eso nunca más!!!

Entonces Gabriel me besa en la boca. Y me besa de una manera que hace que se me olvide por qué estoy temblando. Intento rechazar su beso al principio; recuerdo vagamente que estaba muy enfadada... pero cuando su lengua entra en mi boca y la invade, agarro su cuello y me dejo llevar. Le devuelvo el beso mientras me coloca a horcajadas sobre él en el asiento de atrás, con un tirón que seguro me ha dejado la marca de sus dedos en la cadera. Nos besamos como si se acabara el mundo, apretándonos, lamiéndonos. Su saliva sabe tan bien..., ¿cómo pude olvidarlo?

Me quito la chaqueta y la tiro, Gabriel hace lo mismo con la suya y, sin pensar que Volte está fuera, a cuatro grados, esperando para poder entrar, nos dejamos llevar. El sonido húmedo de los besos salvajes llena el coche y da el relevo a los suspiros. Las manos de Gabriel se han separado y dibujan un mapa opuesto en mi cuerpo; la derecha sobre mi pecho, la izquierda apretándome el culo y pegándome más a él. Las mías, sin embargo, se están deleitando con los mechones de su pelo deslizándose entre los dedos. Gabriel termina el beso, dejándome jadeante y confusa, y me mira con intensidad.

—Eres mi mujer —dice—. Con todo lo que significa eso.

—No —niego—. Sabes que no es así.

—Pues habrá que ir pensando en hacer que lo seas.

Gabriel se estira, da un toquecito en el cristal y mientras yo me acomodo junto a la ventana, Volte se sienta frente al volante. Nos cogemos las manos, que quedan unidas en el centro del asiento y nos miramos de reojo.

—Yo te quiero, Silvia —dice—. Pero te quiero entera y de una sola vez, no por partes.

Y es que, sin saber muy bien cómo, Gabriel y yo vamos acercándonos peligrosamente a la frontera que separa lo nuestro de una relación de pareja. Por mucho que me resista; por mucho que trate de postergarlo. A los besos le seguirán las caricias descaradas, después nos devoraremos con los labios, con la lengua, con los dientes, para terminar haciendo el amor. El principio del fin..., ¿no? ¿O es una limitación que me he autoimpuesto?

Me despido de Gabriel dentro del coche. Lo veré el día 2 de enero en Los Ángeles cuando venga a recogerme al aeropuerto y, según me ha prometido, todas mis cosas estarán ya instaladas. Solo tendré que llevar en una maleta la ropa que no haya querido empaquetar. Y cuando voy a salir, me pide que le bese. Me inclino con miedo

y dejo los labios sobre los suyos. Mientras ese beso crece, Gabriel me acaricia el pelo, las mejillas, la garganta, y cuando baja por mi cuerpo, soy yo la que me aparto. No quiero estropearlo.

—No puedo —le confieso—. No mando sobre mi cuerpo, Gabriel, y empieza a ser duro.

—Te lo voy a dar todo —me dice con la frente apoyada en la mía—. Todo, Silvia. Es cuestión de tiempo.

Subo a casa y me deprime verla tan llena de trastos. Cojo la correspondencia y la voy abriendo. Quiero dejar todos los temas de facturas solucionados antes de irme. El otro día intenté hablar con mi casero por enésima vez para ver cómo quiere que hagamos el cierre de todos los asuntos del piso, pero solo pude dejarle un mensaje de voz. Por eso no me llega a sorprender demasiado encontrar una carta suya entre las demás. No tiene sello, de manera que me imagino que ha pasado por aquí esta mañana. En la nota que hay dentro del sobre me lo confirma.

Hola, Silvia:

Me he pasado porque pensaba que ya no tenías que ir a la oficina, pero no importa. Dile a tu marido que ya me he puesto en contacto con su abogado y que estamos acelerando todo lo posible el papeleo para poner el piso a tu nombre. Dile también que recibí el cheque de la entrada y que el resto, si queréis, podéis hacérmelo llegar también de ese modo.

Sin más, mucha suerte. Espero que seas muy feliz.

Vale. Gabriel ha comprado el piso para mí. No puedo decir que me sorprenda. Voy a la «habitación de pensar» y vuelvo a colgar todos los cuadros. La dejo decente otra vez y aparto a un lado las cajas. Esta ya es mi verdadera casa y la tendremos aquí para cuando queramos venir a ver a mi familia. Porque... querremos venir los dos, ¿no? ¿Seremos ese tipo de pareja de verdad? Mi vida ha cambiado tanto en los últimos seis meses que apenas le encuentro sentido a las cosas.

Cuando me presento en el pub en el que he quedado con todos mis ya excompañeros, los encuentro bebiendo en la barra. Como siempre, soy la única mujer y me reciben con los honores propios. La música está alta, pero puedo escucharles vitorearme y silbar. Yo, olvidándome del mal rollo de la despedida en la oficina, doy un poco el espectáculo y me uno a ellos con saltos y gritos de ardilla.

Invito a una ronda de copas y soy manteada por ello. Gracias a Dios aquí el techo está lejos, porque no es pladur. Son unas bestias pardas, pero los voy a echar de

menos, con su porno, con sus alargapenes y sus bromas superfrikis sobre *Juego de tronos* y *Bola de dragón*.

Bailamos. Bueno, yo bailo con un ritmo decente y ellos, engorilados, se agitan y gritan. Invito a otra ronda y aunque aparentemente estoy muy contenta, echo en falta a alguien. Evidentemente no confío en que venga.

La tercera ronda la pago yo también, que por algo voy a ganar más de seis millones de pesetas al mes. Todos están contentos. Todos beben. Todos ríen y me preguntan cosas sobre mi nueva vida. Me hacen un corrillo alrededor y yo les cuento de qué voy a trabajar y dónde voy a vivir. Están muy impresionados. Cuando estoy contándoles lo horripilante que es conducir por las autopistas de acceso a L. A. alguien me toca el hombro y, al girarme, encuentro a un Álvaro que no reconozco. Está desencajado. Roto.

—¿Podemos hablar? —me dice, acercándose.

—Eh... —dudo.

—Solo te robaré un momento.

Asiento y les pido a los demás que esperen un momento.

—¿Quieres una copa? —le pregunto.

—No.

Vamos a un rincón de la sala y siento los ojos de todos los *australopitecus* con los que hasta hoy trabajaba clavados en mi nuca.

—Lo primero... —empieza a decir Álvaro—. Perdona por...

—No pasa nada. —Le hago un gesto para que dé por zanjado el tema.

Sus manos, grandes y suaves, me cogen la cara y me acercan a él. Apoya su frente en la mía.

—No te vayas, por favor, no me dejes.

Cierro los ojos. Joder. No me hagas esto, Álvaro. Ya no puede ser. No hay marcha atrás. Y me aparto porque me violenta esa proximidad tan íntima con él. ¿Qué me está pasando?

—Este no es sitio para... —le digo.

—Vámonos —me pide—. Necesito hablar contigo.

Chasqueo la lengua contra el paladar. Le señalo dónde he dejado el abrigo y voy a despedirme de mis compañeros. Sé que esto irá para largo. Todos se quedan un poco alucinados, sobre todo porque nos han visto acercar nuestras cabezas después de todas esas cosas que han pasado esta mañana. Deben de estar flipando en colores.

Álvaro me espera en la puerta del local y me ayuda a ponerme el abrigo.

—¿Podemos ir a mi casa? —dice.

—Mejor a la mía.

Álvaro corre con su coche por las calles de Madrid, que a esas horas de un viernes no están lo que se dice vacías. Serpentea por los carriles, evitando el tráfico, en silencio. Ni siquiera lleva la radio y no hay nada que me distraiga del pensamiento de que probablemente sea la última vez que me lleva a casa en coche.

Cuando llegamos a mi portal, me pide que baje y me dice que va a buscar aparcamiento. Le hago caso y subo a mi piso. Cuelgo el abrigo, saco una botella de vino y dos copas y las coloco en la mesita baja del salón. Después pongo la calefacción y me siento a esperarle.

Tarda bastante. Mi calle debe de estar a tope de coches. Cuando entra en casa, sigue teniendo esa expresión desencajada que no le conocía. Me cuesta situar a este Álvaro en mi vida. Me cuesta situar este momento en mi vida en general.

—¿Quieres un poco de vino? —le digo, señalando la copa.

Se encoge de hombros, mientras se mordisquea nervioso el labio superior. Se quita el abrigo, lo deja tirado sobre uno de los dos sillones que franquean el sofá y, después, sigue de pie, frente a mí. Acabo de descorchar la botella cuando le oigo pedirme que no me vaya.

—Ya está hecho, Álvaro.

—No puedes irte —dice.

La voz se le ha roto al final de su escueta frase y le miro a la cara, para descubrir que aprieta los labios porque le tiemblan y que no parpadea porque tiene los ojos húmedos.

—Álvaro... —susurro sorprendida.

—Te quiero —gime.

Después, Álvaro, el mismo Álvaro por el que he vivido y sufrido durante los últimos cuatro años de mi vida, se desquebraja y, tapándose la cara, solloza. Solloza. Y hasta en ese sonido tan emocional, suena masculino. Me quiere. Quiero volverlo a escuchar.

—Te quiero —repite, como si pudiera leerme la mente.

No sé qué hacer ni siquiera con mis manos. Sin darme cuenta he dejado la botella y el sacacorchos sobre la mesa y ahora, vacías, no saben adónde ir. Van de mis vaqueros a mi cara, de ahí a mis pulseras...

—Me voy —le digo y me sorprendo de que aún me salga la voz—. Ya lo sabes.

Deja caer las manos. Los ojos claros de Álvaro están enrojecidos y muy húmedos.

—Lo sé —contesta con el ceño fruncido, mordiéndose el labio, conteniendo las lágrimas—. Pero tenía que... ¿es tarde?

—Sí. —Asiento.

—Pero te quiero —vuelve a decirme, con las cejas levantadas—. Y no soy nada sin ti, Silvia.

Podría contestarle que eso debería haberlo pensado antes y, de paso, habérselo dicho a su madre, pero no soy yo mucho de hacer leña del árbol caído. Y la verdad, si no me quedo es más por cabezonería que por el hecho de que sea demasiado tarde para nosotros dos. Es tarde, pero yo también le quiero... ¿o le quise? Estoy tan confusa que me duele. Las he pasado putas. No, voy a empezar de nuevo.

—Sabes que yo también te quiero, pero que no podemos seguir así.

Álvaro se acerca e, inclinándose hacia mí, trata de besarme. Me aparto en un primer momento sin pensar. Y si algo aparece en mi cabeza, es Gabriel.

—Por favor..., quíereme. No me lo merezco, pero quíereme...

Si fuera un dibujo animado, me habría convertido en un montón de plastilina, blandengue y medio derretida. No pueden hacerme esto. No pueden jugar conmigo, darme forma y después calor porque, al final, olvido cómo soy yo misma.

Se apoya en mi hombro y llora. Álvaro llora porque me quiere y porque me voy. El que un día me pareció inalcanzable y demasiado frío para entender por qué se necesita llorar, está sollozando, pidiéndome que le quiera. Y yo ya le quiero pero no puedo llorar.

Le miro. Sus labios se han hinchado un poco por el llanto, me acerco y le beso, pero me sabe raro y tengo que dirigir el resto a sus mejillas, con cariño. Son besos húmedos y salados por las lágrimas. Él me aprieta contra su cuerpo.

—Lo entiendo —susurra—. Tú no tenías por qué cambiar. El mediocre era yo.

—Yo no... —Yo no creo que Álvaro sea mediocre, creo que está encerrado en sí mismo.

Álvaro se separa, coge el abrigo que ha dejado tirado y va hacia la puerta. Le sigo, y cuando llega a la puerta, le retengo. Ya calmado, se seca las lágrimas, me mira en silencio y empiezo a hablar.

—Me acuerdo todos los días del primer beso que me diste. Desde el principio, lo nuestro fue brutal, demasiado eléctrico. Como cuando te miré a los ojos por primera vez. Ese día me condené de por vida, Álvaro. No pasa un día sin que me acuerde de tu cara mientras duermes o de cómo nos besábamos cuando hacíamos las paces después de una bronca. Recuerdo cómo me seguías con la mirada cuando aún no éramos pareja y lo reconfortada que me hiciste sentir aquella vez cuando te presentaste en mi casa y atendiste a la policía. Sabría describir con pelos y señales todas las veces que hemos hecho el amor, porque las tengo todas guardadas aquí. —Llevo la mano

hacia mi pecho—. Y todo lo que recuerdo de ti, hasta lo que me duele, me lo llevo conmigo. No concibo no acordarme de ello cada día que pase, esté donde esté, porque me ha hecho ser la persona que soy; pero un día tú dijiste que, llegados a este punto, ya no podíamos estar juntos. Teníamos que hacer hueco para otras personas en nuestra vida, no concentrarnos en hacer otra cosa mucho menos sana. Has tardado tres años en decirme te quiero y yo ahora tengo que irme. Tienes que entenderlo.

Al principio creo que no contestará y que se irá, pero al final entreabre sus labios y empieza a decir:

—Me acuerdo todos los días de la sensación de abrazarte debajo del agua de la ducha y de esa cara que pones después de tomarte un café, como si todo lo demás careciera de importancia ya. No pasa un día en que no me arrepienta de haberme callado cuando mi madre te faltó al respeto. Creo que te dejé porque sentía demasiada vergüenza por ello. Eres la medida a partir de la cual mido las cosas; las que me pasan, las que siento, hasta la intensidad de la luz. Estoy tan enamorado de ti que me dueles por dentro. Inevitablemente, todas las noches me acuerdo del brillo que la lámpara de mi mesita de noche daba a tu pelo cuando hacíamos el amor. He tardado tres años en decirte te quiero porque soy imbécil y tú demasiado buena para mí, así que tengo que dejarte ir. Pero no me pidas que no espere que vuelvas.

Significa tanto para mí lo que acaba de decirme que estoy a punto de flaquear. Pero no. Sonrío. No nos besamos y él abre la puerta para irse. No me desea buena suerte, ni buenas noches. Solo baja las escaleras despacio. Ya está en el portal cuando me animo a cerrar por fin.

Antes de acostarme, recibo un mensaje suyo en mi móvil.

«Cogeré un avión e iré a por ti el día en que atisbe un mínimo indicio de duda. Mientras tanto, te escribiré cada semana. Te quiero».

Después de esto, ya puedo irme.

5

LA NUEVA VIDA

Para: Silvita GU

Fecha: miércoles, 2 de enero de 2013, 15:20

De: Álvaro Arranz

Asunto: Buen viaje

No he tenido los cojones de acercarme a ti en el aeropuerto para darte un abrazo antes de que te fueras. No sabía cómo iban a reaccionar tus hermanos y, a decir verdad, tampoco sé si tú lo querrías; pero sé que me has visto.

Estás preciosa, Silvia. Te brillan los ojos y se te ve ilusionada. Es extraño sentir que me alegro por ti a la vez que espero que salga mal y vuelvas pronto. Soy mala persona, ya lo sabes.

Te acabo de ver desaparecer entre la gente del control de seguridad y ya te echo de menos. Échame de menos tú también.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Cuando bajo del avión, el aire acondicionado de la terminal me sorprende. Claro, da igual que sea 2 de enero, ahí fuera deben de estar a unos veinticinco grados. Enseguida me sobran la chaqueta vaquera y el jersey de cuello alto. Me quedo con un suéter liviano de manga tres cuartos y los pantalones vaqueros. Debo de estar hecha un asco porque apenas he podido dormir en el vuelo y eso que, como siempre desde que Gabriel está en mi vida, he viajado en primera. Pero es que estoy nerviosa. Esto ya no es un viaje de placer. Vengo para quedarme.

Mientras estoy esperando a que salga la maleta que facturé en Madrid, siento un nudo en el estómago. Gabriel ya debe de estar fuera esperándome y, aunque lo imagino tal y como lo vi la última vez que me recibió en el aeropuerto, habrá algo nuevo: la alianza que luce en el dedo índice de su mano izquierda. La alianza que yo llevo igual, porque estamos casados. Y recuerdo que me dijo que solo es cuestión de

tiempo que nuestra relación se haga real.

No soy muy de pensar estas cosas, pero, claro, he venido todo el vuelo con la cabeza puesta en todo lo que la gente a quien quiero me ha dicho al despedirse. Mis amigas, que esperan que me ponga gorda como una foca y que termine moviéndome por el paseo de la fama con una de esas sillas motorizadas para gente con obesidad mórbida. Son tan majas. En realidad, aunque van de que me odian porque me tienen una envidia a muerte, sé que todas piensan que soy una valiente. Las voy a echar de menos, con sus ideas de bombero. A María, que le gusta rodar como una croqueta por el suelo cuando se pone ciega; a Aurora, con sus «xuxi, no te enfades». A Laura, Vega, Jazmín, Paula, las Marías...

Bea, por su parte, me dijo en un mensaje, justo antes de subir, que espera mis instrucciones para poder hacerse la encontradiza con Adam Levine, tropezarse y tragarse su rabo. Yo, de verdad, a veces tengo miedo... Pero sé cuánto ha llorado y reconozco su mérito a la hora de apoyarme en esta decisión.

Cuando me acuerdo de mi madre y de los cafres de mis hermanos, el nudito de la garganta se aprieta un poco más. Mi pobre progenitora, siempre tan calladita, como si no se enterara de nada, ha sonreído y, con las lágrimas mojándole las mejillas, me ha dicho que me cuide.

—Cuídate, que siempre has sido muy valiente, hija.

Parece que no se entera de nada, pero no es así. Óscar y Varo dicen que es de ese modo porque el imbécil de mi padre la dejó plantada con cuatro hijos y, a pesar de que siempre pagó puntualmente la pensión compensatoria hasta que cumplimos los dieciocho, nunca dio ninguna explicación. Por eso ella no se las pide a nadie; al menos desde que somos mayores de edad.

Varo y Óscar me han dicho un montón de barbaridades de las suyas cuando me han dado el abrazo final antes de pasar el control de seguridad:

—Préñate, no seas tonta. Tú ábrete de patas, que seguro que lo tienes ensayado, y ale, bombo. Con un bombo de ese, tienes la vida solucionada, pánfila —me ha dicho Óscar.

—Lo que tienes que hacer es hacerte putilla de lujo. Una escoda de esas...

—Se llama *escort*... —le he respondido yo.

—Me da igual cómo se llamen. Hínchate a comer rabos, pero que te lo paguen bien.

Así es como ellos se enfrentan al hecho de que su hermana pequeña se vaya a vivir a 10.141 kilómetros de distancia. Mi otro hermano, el gilipollas, me llamó anoche para desearme suerte y pedirme que no lo nombre en ninguna entrevista. Hasta

ahí le llega el amor de hermano.

Veo aparecer mi maleta y en ese mismo momento atisbo por el rabillo del ojo que un hombre vestido con uno de esos horribles trajes con raya diplomática de la gorda me tiende la mano y me sonrío mostrándome unas relucientes carillas de porcelana. No soy dentista, pero he visto muchas veces *Tu estilo a juicio* y otros programas de cambio estético como para saber distinguirlas. Le sonrío también y estrecho su mano, porque irá fatal vestido, pero yo sigo siendo una señorita de bien.

—Bienvenida a Los Ángeles, señora Herrera —dice en español con un cerrado acento americano.

—Muchas gracias.

—Su marido la espera fuera. Si me acompaña, saldremos por un sitio más discreto. No se preocupe por su maleta.

—Está aquí. —Tiro de ella a lo bruto desde la cinta con un grito de forzado de circo y la saco.

Un chico la carga en un carrito, junto con la de mano, y yo los sigo.

Intentan darme conversación, pero estoy demasiado nerviosa. Atravesamos pasillos y puertas y, de pronto, una puerta de cristal se abre al detectarnos y nos da acceso al exterior, donde brilla un sol de justicia. Y allí está Gabriel, apoyado en el coche con una sonrisa macarra muy sexi dibujada en los labios.

Él y el desconocido del pijama a rayas se saludan, intercambian un par de frases cortas a las que no presto atención, y el chico del carrito carga mis maletas en el Mustang de Gabriel. No puedo dejar de mirarle. Está tan guapo...

Cuando nos dejan solos, me abalanzo sobre él y siento cómo sus brazos me ciñen fuerte la cintura. Sus labios besan con fuerza mi cuello.

—Dios..., no puedo creérmelo. Estás aquí —dice.

Le miro, asiento y, nerviosa, le toco el pelo, apartándole algunos mechones de la cara. Quiero besarle. Quiero besarle como me besó él cuando nos despedimos en el coche, a la puerta de mi casa.

No lo pienso y me lanzo. Gabriel, como ya me imaginaba, no me rechaza. Mis brazos se ajustan alrededor de su cuello y encajo mis labios en los suyos, que se abren muy pronto, dejando paso a su lengua. Como siempre, entra y lo revuelve todo, invadiendo mi paladar de su sabor. No quiero que este beso acabe nunca.

Él tampoco hace amago de imponer espacio entre los dos. Nos besamos, comiéndonos. Gabriel se apoya en la carrocería de su coche, atrayéndome hacia él y apretándome contra una erección que es imposible ignorar. No me aparto, porque me gusta y, rozándome, atrapo sus labios entre los míos, dejándolos escapar húmedos y

paseando mi lengua alrededor de la suya.

Sus manos bajan hasta mi pantalón vaquero y me soba el culo mientras de su garganta sale un gemido ronco que me excita. Mi beso se vuelve más violento y Gabriel me acompaña, siguiendo el ritmo. De pronto estoy tan caliente... Necesito desnudarlo y sentirle metiéndose en mí. Necesito que me la meta. Y ya no es nada romántico del tipo «oh, Dios, soy una kamikaze emocional y me estoy enamorando de él». No. Es que le necesito a un nivel primario y animal que no había sentido nunca. Ni con Álvaro. Quizá sea por él, por cómo terminaron las cosas.

Ahora sí doy un paso hacia atrás. No sé cuánto tiempo hemos estado besándonos. Tiene los labios rojos, me imagino que los míos están igual. Siento vergüenza. Pero ¡Silvia! ¿¡Qué haces!?

—Perdón —me disculpo y apoyo la frente en su barbilla—. Es que estoy un poco nerviosa.

Él me levanta la cara con un dedo y vuelve a besarme. Esta vez da la vuelta y soy yo quien se apoya en la carrocería del coche. Y sus manos van de mi espalda a mi trasero con violencia y velocidad..., me está gustando demasiado. Me aparto.

—No... no... Gabriel..., para.

—Joder... —gime—. Vale. Vale.

Entro en el coche y él lo rodea por delante para meterse en el asiento del conductor. Le veo pasar la mano por encima de su erección, como si quisiera mandarle bajar. Le comprendo.

Cuando entra me mira y sonrío.

—¿Preparada para ir a casa?

Me río a carcajadas. Dios, qué nerviosa estoy.

—¡Es que no me lo puedo creer! —digo con voz estridente.

Después, aprieto los puños y lanzo un gritito de ardilla.

Cuando entro en casa, siento que lo hago por primera vez. Aunque conozco cada rincón, es la primera vez que la miro con los ojos de quien mira su hogar. Ahora son mi zaguán, mi salón enorme y acogedor a la vez, mi cocina, mi despacho, mi dormitorio... Mis cosas están ya instaladas, como él me prometió. El vestidor está relativamente lleno con mis cosas. Bueno, en realidad es tan enorme que está relativamente vacío con mis cosas dentro. Me paseo por allí y me sorprende no ver mis prendas de abrigo.

—¿Llegaron todas las cajas que numeré? —pregunto.

Gabriel entra con un refresco para él y otro para mí. Asiente mientras le da un trago y después responde:

—Las cosas que faltan las empaquetó Frida, que es una de las chicas que se ocupa de la casa, porque no creo que vayas a utilizarlas aquí. Lo estuvimos organizando y decidimos que aquí nunca hace tanto frío.

Lo miro todo de nuevo. Parece tan vacío.

—Creía que tenía más ropa —susurro.

—Ay, qué pena. Tendrás que ir de compras. Toma.

Me giro y me pasa una tarjeta de crédito.

—Esta es en la que tienes que cargar lo que te gastes en ropa y todas las chufas que te compres para ti. Tienes crédito de diez mil dólares mensuales. Me han confirmado que ya se te han ingresado los cincuenta mil de este mes en tu cuenta.

—Pero ¡si no he trabajado aún! —me quejo.

—Pero vas a empezar a hacerlo.

Me da una palmada en el culo y guardo la tarjeta en el bolsillo trasero del vaquero. Él se me queda mirando y me atrae a él.

—¿Sabes que esos vaqueritos ceñidos te quedan muy bien?

—¿Cuánto? Regálame los oídos —le pido.

—Mucho. Muchísimo.

Gabriel roza la punta de su nariz contra la mía y deja apoyada la frente sobre la mía, agachado.

—Cada día que pasa estoy más seguro de que casarme contigo ha sido la única idea lúcida de toda mi vida.

—¿Y si ha sido la más inconsciente?

—Tienes razón. Ser feliz es una inconsciencia —se ríe.

Después, sale del vestidor, llama a Tina y le pide que prepare unos sándwiches para comer y unos zumos de tomate.

—Comeremos en la habitación de Silvia; tendrá que echarse un rato.

Salgo y le digo que no quiero dormir, que quiero trabajar. A decir verdad, ya he empezado a ponerme al día con mis funciones desde España. Mery me hizo llegar algunos apuntes y hemos estado enviándonos correos electrónicos. Ella ya está poniéndome en copia en todos los que envía y le dice a la gente que, si necesitan contactar con Gabriel, lo hagan a través de mí.

Pero él insiste en que hoy no es día de trabajar y que empezaremos mañana. Me tengo que poner con las fechas de los conciertos de la gira estadounidense y, como no sé cómo se llaman la mitad de los estados, estoy agobiada.

—Mañana —repite él—. Hoy cama, nena. Cama y tú y yo.

Mira tú por dónde, ya no llevo bragas. Mi fuego interior acaba de calcinarlas y

convertirlas en polvo.

Deshago la maleta, eso sí, pero porque me hace ilusión. Y también acomodo mis cosas en el baño. Si hoy no voy a trabajar, estaría genial salir a gastar un poco de ese dinero que voy a ganar todos los meses. Gabriel frunce el labio cuando se lo propongo, pero dice que me acompañará si duermo un poquito de siesta con él. El miedo que me da es acostarme y no levantarme hasta que haya entrado la primavera, peluda como un oso.

Los sándwiches son de aguacate, queso y hojas de espinaca cruda. Están buenísimos. Gabriel se come el suyo con desgana, como siempre, y bebe una coca-cola mientras yo me bebo su zumo y el mío. Después nos comemos unas galletitas rellenas de crema de cacahuete. Cuando terminamos, quiero quitarme esta ropa y ponerme cómoda.

Salgo del vestidor (mi vestidor, ojo al dato) con un pijama de tirantes y short que me compré en Victoria's Secret en mi anterior viaje. Es de color gris perla, con tirantes finos que se cruzan en la espalda y con encaje blanco en el escote y en la parte delantera del pantaloncito, que casi podría llamarse braguita. Se me salen un poco las mollejas del trasero, pero no siento pudor ninguno de que Gabriel me vea así.

Me recojo el pelo mientras le cuento la despedida que me hicieron mis amigas y percibo que los ojos de Gabriel no están posados en mi cara. La verdad, no le culpo. Tendremos la relación amorfa que tenemos, pero él es un tío y yo una tía con dos tetas bastante prominentes que ahora andan al asomo, marcando pezón en el satén del pijama.

—¿Me estás mirando las pechugas? —le digo interrumpiendo mi narración.

—Sí, perdona.

Baja la mirada hacia la cama, donde me espera tumbado, y tengo ganas de quitármelo todo, subirme a horcajadas sobre él y deslizarme su erección dentro mientras aprieto los dientes y gimo. Me pregunto si la tendrá como me la imagino. Grande, gorda e imponente.

Pero no lo hago, claro. Subo a la cama, a su lado, y me dejo caer. Las sábanas están fresquitas y suaves al contacto con la piel y muevo las piernas y los pies, acariciándome con ellas. Le miro removiéndome con placer y él se sienta en el borde a desanudarse las zapatillas, que deja caer con un sonido seco. Se levanta, de cara a mí y se quita la camiseta. Su pecho tatuado... Lo he echado de menos... y me enciende. Una mezcla perfecta entre deseo y hogar.

Después, sus manos van hacia los botones de su bragueta y los despacha de un tirón. Se queda en bóxers negros, baja la persiana casi hasta abajo y vuelve a mi lado

en la cama. No lo puedo resistir... Me subo a horcajadas sobre él y le acaricio el pecho de abajo arriba. Él me mira con intensidad.

—Me encanta verte así.

—¿Así?

—Encima de mí, acariciándome. Feliz.

—¡Oye! Aquí tienes otro espacio en blanco —bromeo—. ¿Qué haces que no lo llenas con algún otro tatuaje?

—Estaba esperándote a ti. ¿No quieres volver a tatuarte algo?

Asiento y sigo paseando mis manos por encima de su piel. Lo que quiero tatuarme ahora son sus dientes en mi hombro, mientras me folla con fuerza. Y juraría que algo está despertando debajo de su ropa interior.

—Tienes que prometerme que nunca te tatuarás el cuello. —Dibujo una línea imaginaria sobre sus clavículas—. Nada que suba de aquí.

—Te lo prometo —contesta.

Me acomodo y, claramente, vuelve a estar empalmado. Debería bajarme y dormir, pero dejo que me acaricie los muslos y las nalgas, porque me gusta esta sensación. Tiene las manos suaves. Siento el irrefrenable deseo de removerme sobre él, dibujando un pequeño círculo imaginario con mis caderas. Lo hago y Gabriel gime con los labios apretados, manteniéndome la mirada.

—Sigue —pide con voz ronca.

Vuelvo a hacerlo y siento su erección acomodándose bajo mi sexo, alcanzando a presionar ese punto tan sensible... Me dejo llevar un poco más y sigo moviéndome. Lo hago como si en realidad estuviéramos haciendo el amor. Me agarra de la cintura y marca una fricción continua entre su sexo y el mío; siento placer y echo la cabeza hacia atrás.

—Quiero verte desnuda —dice en un susurro.

La saliva pasa a duras penas por mi garganta.

—Algún día —respondo con un hilo de voz.

—Algún día no, ahora.

Y acabo de llegar. ¿Vamos a poder evitar esto durante mucho tiempo?

—Gabriel, no creo que sea buena idea.

—Te quiero —me dice suavemente.

—Y yo.

Me agacho hasta él y nos besamos cándidamente en los labios; al menos el primer beso es cándido, porque lo que viene después no es definible con esa palabra. Su boca se abre, húmeda, templada y con ese sabor que me calienta y no puedo evitar

que mi lengua la explore. Me dejo caer a sulado, con las bocas aún unidas y mi pierna izquierda enredada entre las suyas. Gabriel me coge la cara con una mano y sigue besándome, pero su mano va bajando por el cuello y por mis hombros hasta llegar a mi pecho. Lo aprieta, lo soba y después tira de la tela y lo deja salir. Sus labios van bajando por mi barbilla y adivino que el final del recorrido es mi pezón, que ahora mismo está que podría tallar brillantes.

—Gabriel... —consigo decir, mientras me remuevo.

—Silvia, yo lo necesito... —susurra—. Y si no es contigo, siento que te engaño.

¿Si no es contigo, siento que te engaño? Pero... ¿dónde está ese que decía que no creía en las relaciones monógamas?

—Puedes acostarte con quien quieras —digo acariciándole la cabeza, sin poder parar el recorrido de sus labios húmedos por mi escote.

—Pero con quien quiero es contigo.

—Sabes que mañana puede que quieras con otra y eso...

Sus labios pellizcan por fin mi pezón. Gimo como nunca lo he hecho con él y me retuerzo. Gabriel aprieta sus dientes, cubiertos por sus labios, alrededor del pezón y tira de él suavemente.

Lleva mi mano a su erección y le acaricio. Madre de Dios santísima. Su boca sigue devorándome el pecho, pasando la lengua por la punta endurecida, soplando sobre él. Me arqueo cuando una mano se mete entre mis piernas y me toca por encima de la ropa interior. Si me vuelve a tocar creo que me correré.

Seguimos besándonos. Nunca había sentido su lengua tan salvaje. Sube encima de mi cuerpo y se acomoda entre mis piernas, frotándose. Gimo y él también lo hace. Tira del top de mi pijama hacia arriba y lo aparta en la cama. Nuestros pechos desnudos se pegan y, agarrándome una nalga por dentro de la pernera del short, me aprieta más contra su erección.

—Oh, Dios... —gimo.

—Nena...

Damos la vuelta y Gabriel se incorpora para lamer uno de mis pechos. Me levanta, sujetándome por la cintura, para seguir con su lengua a lo largo de mi estómago. Y justo cuando pienso que hemos llegado al punto de no retorno, me aparto como una autómatas y, jadeando, me tapo cuanto puedo.

—Gabriel... ¿qué hacemos?

—Pero... —se queja.

—Me vas a hacer daño. Y no me refiero a que me perfores algún órgano con eso que tienes entre las piernas, sino que me hagas daño emocionalmente. No empecemos

un juego que no podremos parar.

Y por dentro mis hormonas me están diciendo de todo menos bonita. Estoy húmeda, tengo la respiración agitada y los pezones duros. Gabriel también respira agitadamente.

No decimos nada, al menos durante unos minutos. No sé si está pensando sobre lo que le he dicho o si está controlándose para no llamarme calientapollas. Al final, respira hondo y se deja caer en el colchón.

—Está bien —dice escuetamente.

Y yo me siento mal, porque me apetece, porque sé que a él también y porque, llegados a este punto de acumulación de ganas, me parece solo cuestión de tiempo. Pero es lo que debo hacer.

Gabriel gira la cabeza cuando me tumbo a su lado mirando el techo del dosel. Me mira con sus ojos avellana y me sonrío.

—Tendremos que aprender a jugar de otra manera.

6

JUGAR DE OTRA MANERA

Para: Silvita GU

Fecha: martes, 5 de febrero, 11:20

De: Álvaro Arranz

Asunto: Tres años

La oficina está demasiado tranquila sin ti, no me cansaré de repetirlo. Por fin se ha incorporado la persona a la que hemos contratado para sustituirte. Es una chica, aunque, siguiendo la tradición de esta empresa, lo sé porque se llama Merche, no porque lo parezca. Si la vieras... Es un cromo la pobre. Ayer era su primer día y ya tuve que llamarle amablemente la atención sobre su indumentaria. Te habría encantado estar aquí para verlo.

No sé si no contestas porque quieres olvidarme o porque estás tan ocupada haciéndote un sitio allí que no encuentras tiempo. Da igual el motivo que sea. Yo seguiré escribiendo. Sé que un día se te pasará un poco, flaquearás y escribirás. Y al mínimo gesto de duda, iré a por ti.

Pronto hará tres años que empezamos. Soy imbécil.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

El último mes ha sido duro y sé que lo ha sido porque me he aplicado un nivel de autoexigencia al que no estaba habituada en mi anterior trabajo. Soy minuciosa y curiosa. Quiero saberlo todo, controlarlo todo, poder manejarme en cualquier situación.

Ya me he puesto un poco al día con las finanzas de Gabriel. Mantuvimos una reunión con la persona que gestiona su capital y estuvo explicándome las inversiones y los fondos en los que Gabriel tiene su dinero. Me he tenido que implicar yo, porque parece que Gabriel se desentiende de todos estos asuntos. Ya he manifestado mis dudas sobre algunos de sus movimientos financieros y estamos empezando a evitar inversiones arriesgadas, pero tengo que estudiar un poco más el tema. Son cantidades de dinero tan absolutamente enormes que me pierdo entre tanto cero. Solo durante el

pasado año, Gabriel ingresó la friolera de cien millones de dólares. La casa está pagada, el piso de Venice también, y mi casa de Madrid y los coches... Gabriel no compra a crédito.

He estado yendo con él a cada compromiso profesional que ha tenido, porque quiero aprender a desenvolverme con fluidez, también con el idioma. Y ya he empezado a ejercer mi derecho a emitir consejos. Primera recomendación: Gabriel, córtate un poco el pelo. Ese *look* de *grunge* trasnochado está un poco pasado, y además, quiero que no se esconda detrás de las greñas. Los estilistas han hecho un trabajo excelente porque... ni para él ni para mí. Ahora es una mezcla entre los mechones desordenados de antes y el pelo corto y controlado que a mí me gusta. Y está tan guapo que es difícil soportarlo.

Tengo un teléfono de trabajo que no deja de sonar en todo el día. Creo que lo que peor he llevado es hacerme con su agenda y atender a todo el mundo que llama. Mi inglés ha mejorado ostensiblemente este último mes y ya mantengo conversaciones complejas sin tener que parar cada dos frases para preguntar cómo se dice algo. Pero llegar hasta aquí ha sido duro y la primera semana Gabriel tuvo que hacer un poco demasiado de intérprete.

Hemos estado en sesiones de fotos y me ha gustado verme en mi papel. Estoy allí, vigilante, lo miro, doy ideas y, cuando Gabriel empieza a resoplar, me levanto, me acerco al fotógrafo y, con una sonrisa, le pido que sea breve, porque tenemos muchos más compromisos, aunque sea mentira y lo que queramos es ir a casa.

Mi centro de operaciones está en la habitación de los premios. A Gabriel no le gusta, dice que es narcisista, pero a mí sí. Tiene mucha luz, es tranquila y fresca y tengo un ordenador con el que puedo organizarme muy bien, además de una foto tamaño póster de la portada de su anterior disco en la que..., *oh là là*, cómo está.

A veces estoy aquí tratando de coordinar algunas cosas de su agenda cuando Gabriel aparece, se sienta en un sillón, agarra una guitarra y me canta una canción. Cada día me emboya más y más segura estoy de que acostarme con él sería mi sentencia. Pero dormimos juntos cada día. Su habitación ha quedado totalmente en desuso; para lo único que sirve es como vestidor. Llega la hora de acostarse y Gabriel se lava los dientes en mi baño, se pone el pijama que guarda en una de mis mesitas y se acuesta en su lado de mi cama, donde voy a buscarlo para abrazarle. No sé si es que soy una masoquista o que me estoy entrenando para las Olimpiadas del Calentón, en las que seguro que conseguiré el oro. Hace un par de semanas me bajó la regla y quise echarle y mandarlo de vuelta a su dormitorio para poder estar tranquila con mis retortijones, pero él no quiso. Dijo que soy su mujer y que él tiene la obligación de

cuidarme. Esa noche me dio un masaje hasta que me dormí.

Situaciones de tensión como la del día en que llegué ha habido un par, no voy a mentir, aunque a lo mejor no tan directas. Nada de encontrarme mi pezón dentro de su boca, por más que fantasee con ello. Un día en la piscina me cogió en brazos y yo lo envolví con mis piernas... El comienzo de unos veinte minutos de besos, roces y algún gemido para terminar dándonos cuenta de que están muy lejos los días en los que con darnos unos cuantos besitos era suficiente.

Le he preguntado cuánto hace que no se acuesta con nadie. Me ha contado que cuando me marché en agosto se acostó con una chica en una fiesta, pero que luego no dejaba de pensar que me había hecho una cerdada.

—Yo sé que no sirvo para lo que tú esperas, que voy a ser una desilusión continua, pero aun así quiero hacerlo bien e intentarlo. Quiero que seas mi mujer... darte todo lo que puedo darte, incluido yo mismo.

Cuando me dice eso me confundo. No sé muy bien a qué atenerme. Somos como un matrimonio que no puede hacer el amor y que tiene muchas ganas. Yo empiezo a pasarlo fatal; no quiero imaginarme él.

Si no fuera por las largas duchas a solas, creo que habríamos empezado a tener poluciones nocturnas. Sí, estoy hablando de sexo con nosotros mismos. Y no es que sea evidente, es que además él me lo ha contado. Esa fue otra noche dura; Gabriel y yo, a oscuras en la cama, abrazándonos y hablando en susurros sobre cuándo nos masturbamos.

—Te imagino allí conmigo —dijo junto a mi oído—. Me toco bajo el agua caliente, pensando en que me tocas tú, en verte desnuda, en sentirte entera. Y cuando me corro, siempre me viene a la garganta tu nombre.

Y a mí me pasa lo mismo. Y me pregunto por qué puedo masturbarme pensando en él pero acostarme con él no.

Estoy pensando en esto mientras me arreglo para una fiesta. Mi primera fiesta en Los Ángeles. A decir verdad, es algo así como un acto promocional, dejarnos ver y hablar con alguna gente de la industria.

Gabriel entra en mi vestidor ya preparado y, apoyado en una de las estanterías, se me queda mirando. Llevo un conjunto negro de ropa interior de encaje y no sé qué ponerme.

—Joder, nena... —murmura después de darme un repaso.

Se acerca, me coge por la cintura y me besa el cuello. Cierro los ojos. Me quema el vértice entre los muslos cuando sus manos se resbalan por encima de mi vientre.

—No sé qué ponerme —digo para distraerme—. ¿Qué suelen llevar puesto las

chicas en este tipo de fiestas? ¿Un vestido de cóctel? ¿Vaqueros? ¿Bragas faja?

—Suelen ir vestidas de putas —susurra en mi oído, y hasta ese susurro me parece sexi.

Cojo un vestido de lentejuelas con una sola manga y se lo enseño. Sonríe.

—¿Tu vestido de novia?

Y como me encanta que se acuerde, tiro el vestido por los aires y me cuelgo de su cuello. Le beso de manera inocente, pero sus labios se abren enseguida. Las lenguas se nos enredan con violencia y, cogiéndome en brazos, me encaja a su cuerpo. Con lo delgado que está, me sorprende que pueda conmigo.

—Para, para... —le pido.

—Oh, Dios..., me vas a matar.

Me deja en el suelo y sale del vestidor. Sé que no está enfadado, pero que necesita respirar hondo un par de veces o tendrá que meterse en la ducha...

Me pongo el vestido, cojo unos zapatos de tacón *peep toe* que me compré la semana pasada en Jimmy Choo y salgo del vestidor atusándome el pelo. Gabriel está apoyado en la pared y sonríe. Está muy guapo. Se ha peinado como a mí me gusta, con el pelo apartado de la cara y lleva una camiseta muy bonita de Dior que le regalé, con unos vaqueros negros estrechos y unas Converse del mismo color con tachuelas. Veo la chupa a los pies de la cama.

—Me maquillo en un momento y ya estoy. —Y al pasar le doy un beso en la mejilla.

La fiesta es en una mansión increíble en Beverly Hills, qué típico. En el jardín se escucha la música y hay muchísima gente que, en grupos, charla y se ríe. Gabriel tenía razón, todas las mujeres van vestidas de putillas con vestidos casi invisibles que me recuerdan a los videoclips de los raperos de moda. Algunos vestidos no son más que tapapezones y a Gabriel se le van los ojos. Que me diga lo que quiera, le gustan más las tías que a un tonto un lápiz. O quizá es porque está hambriento.

Entramos en el salón, nos sirven unas copas y vamos a saludar al anfitrión, que es un productor muy conocido en el mundillo. Gabriel y él se abrazan y parecen cómodos charlando el uno con el otro; me sorprende verle tan sociable. Los dos hablan animados sobre el próximo trabajo de estudio de Gabriel y adivino que es por eso por lo que él ha querido venir. Tiene que moverse si no quiere desaparecer.

Hablan de temas nuevos que ha compuesto Gabriel y del montaje que va a llevar en su gira americana, que por lo visto es el no va más. La mujer del productor se une a nosotros y nos presentan. Es una cuarentona increíblemente guapa y en forma (creo que podría matarme atrapando mi cabeza entre sus muslos) que le pide permiso a

Gabriel para llevarme a la zona divertida.

Como empiezo a no tener vergüenza de hablar en inglés, charlo con ella y con las otras chicas que me presenta. Todas son acompañantes de otros artistas que han venido y que, cómo no, están hablando de negocios. Pero nosotras también hablamos de negocios... de los nuestros. Al final, me voy con tarjetas de tres conocidas relaciones públicas de la ciudad, una *personal shopper* y la dueña de una boutique de diseño.

Encuentro a Gabriel hablando con un chico y una chica en una de las barras que han montado en el jardín. Sostiene un vaso chato con hielo y algo que creo que es whisky o bourbon. Me acerco, lo cojo por la cintura y le robo el vaso para dar un trago. Definitivamente es whisky. Qué asco.

Él me besa la frente y me presenta. El chico es Rob y... sin paños calientes, está buenísimo. Gabriel y él se conocen porque van a las mismas fiestas, se relacionan con la misma gente y se mueven en el mismo ambiente, pero por la actitud de Gabriel entiendo que no son amigos. Es amable, pero no familiar. Rob tiene el pelo castaño, como los ojos, y no sé qué tiene, pero es algo muy excitante. Creo que también trabaja en la industria, pero no tiene pinta de ser cantante. Al final averiguo que es coreógrafo de una estrella del pop que en España aún no es demasiado conocida pero que aquí está muy de moda.

La chica que lo acompaña es Sandra y es muy guapa. Nos cuenta que quiere ser cantante; Rob la ha llevado para que haga amistades en el mundillo. Pobre, carne de cañón. Lo más probable es que termine siendo algo muy distinto a lo que ella quiere y seguro que a él no le importa lo más mínimo. Parece ofensivamente joven, pero cuando le pregunto la edad me dice que tiene veinticuatro. Como no me lo creo me enseña su carné de conducir. Tiene el pelo lacio y rubio y dos ojos verdes muy grandes, a conjunto con sus dos melones, que como no se los dio Dios, los ha debido de pagar a precio de oro.

A pesar de que Rob y Sandra han venido juntos, ella no le quita los ojos de encima a Gabriel y él se deja querer, coqueteando con la mirada. Y no los puedo culpar a ninguno de los dos. Él está muy guapo y... si yo no quiero acostarme con Gabriel, tendrá que buscar otras opciones. Aunque no es que no quiera es que... Bah, da igual. No viene al caso.

Después de un rato de charla a nosotras nos duelen los pies por los zapatos de tacón alto y nos removemos inquietas, así que Rob nos propone seguir hablando dentro, en una zona donde podemos sentarnos. Cuando ya he cogido el bolso de mano y voy a seguirles Gabriel deja la copa y les pregunta que por qué no nos

dirigimos a nuestra casa.

Vale, hoy alguien va a follar.

Gabriel y yo nos despedimos de la pareja que ha organizado la fiesta apenas dos horas después de haber llegado. Rob y Sandra nos seguirán en su Audi mientras nosotros volvemos con el BMW. No me siento muy cómoda con el asunto.

—Gabriel... —digo dentro del coche, en voz baja.

—¿Qué?

—¿A casa? —Y me giro extrañada para mirarle.

Dibuja una sonrisa.

—¿No quieres jugar de otra manera?

Un nudo me estrangula la garganta. Niego con la cabeza. No quiero verme inmersa en intercambios de pareja ni en cosas raras. He leído mucha novela erótica en mi vida como para no conocer esas fiestas privadas en las que al final una termina siendo follada por dos tíos mientras otra espera el turno. No, no quiero. No quiero salir de una relación frívola para meterme en otra sexual.

Gabriel me acaricia la rodilla para tranquilizarme, pero hasta ese pequeño gesto produce una reacción física y animal que empiezo a no poder soportar.

—No... no me toques, por favor.

Él se gira y asiente y vuelve los ojos a la carretera, con los dedos de su mano derecha serpenteando aún en mi rodilla.

—Hay que solucionar esto o reventaremos.

Cuando llegamos a casa, me relajo al ver que nos instalamos en el salón y nos servimos unas copas. Nada de ir a una habitación oculta tras una falsa pared con una inmensa cama redonda y millones de condones y botes de lubricante. Hablamos distendidamente de la vida en Hollywood, de Toluca Lake, de lo extraño que es encontrarte a la prensa cuando sales del supermercado y todas esas situaciones que se producen cuando intentas que no te pillen sacando la basura en pijama.

Nos bebemos otra copa. Sandra habla de las novatadas de la universidad en la que estudió y de las hermandades. Yo estoy muy interesada en saber si es verdad lo que pintan las películas.

Con la tercera copa, necesito ir al baño y me escapo corriendo descalza por el pasillo. Cuando estoy subiéndome la ropa interior alguien llama a la puerta. Abro pensando que encontraré a Gabriel, pero quien está allí esperándome es Sandra, que me sonrío y me pregunta si puede pasar.

—Yo ya he terminado. Me lavo las manos y me voy.

Ella entra y cierra la puerta. Yo arqueó una ceja.

—Oye, Silvia. —Y mi nombre en su boca suena rarísimo—. Dime una cosa, ¿Gabriel y tú sois uno de esos matrimonios abiertos, verdad?

—Sí y no —le digo secándome las manos con una toalla—. Somos un matrimonio atípico. Más amigos que otra cosa.

—Entonces, os acostáis con otras personas. —Y no parece sorprenderse de nuestra extraña relación.

—Sí, supongo que sí.

—Ah, vale.

Se ríe infantilmente y sale del baño por delante de mí, correteando también descalza. Cuando llegamos al sofá se tira sobre Gabriel a horcajadas y el vestido se le sube.

Miro a Rob sorprendida, pero él me mira a mí también sin ninguna expresión concreta en la cara. No sé qué hacer, me siento incómoda, pero Gabriel me pide que entre y cierre la puerta. Lo hago manteniendo las distancias.

Sandra se acerca para besar a Gabriel pero él aleja la cara y me mira, como pidiéndome permiso.

—Silvia... —susurra con voz grave.

—Creo que me voy a dormir... —Y fuerzo la sonrisa más incómoda que he tenido que esbozar en mi vida.

Sandra se inclina y besa a Gabriel en el cuello, que cierra los ojos. Me doy cuenta de que Rob me mira muy fijamente. Trago saliva.

—¿Puede besarme? —me pregunta Gabriel.

Contengo la respiración y, al imaginarlo, un montón de bilis me sube hasta la garganta.

—No —decido en voz alta.

Ella se deja caer al suelo, entre sus rodillas, tira de los botones de la bragueta del vaquero y se lo desabrocha.

—¿Quieres acercarte? —me pregunta él.

Doy un paso hacia ellos, no sé por qué, pero me paro al ver que Rob se hace a un lado, dejándome claramente un sitio junto a él. Miro a Sandra y la veo arrodillada y muy concentrada en manejar sus manos con pericia dentro del pantalón de Gabriel. De pronto, este gime. Me pone los pelos de punta escucharle.

Todo esto está pasando demasiado rápido.

Cuando quiero darme cuenta ella tiene la erección de Gabriel en su mano derecha y la acaricia rítmicamente de arriba abajo. Es tal y como la imaginaba. Grande, gruesa e imponente. Se recoge el pelo hacia un lado y la mano de Gabriel se lo agarra,

acercándola a él. Y ella la engulle con rapidez dentro de su boca que, a juzgar por el sonido, debe de estar muy húmeda. Rob me mira con intensidad y me pregunta si no quiero sentarme con él.

—Ven... —Y acaricia el sofá a su lado.

Doy un paso más con el corazón ensordeciéndome por dentro, pero vuelvo a pararme cuando Sandra se yergue e intenta besar a Gabriel, que se aparta sin dejar de mirarme.

—No. Solo beso a mi mujer —susurra.

Sandra me mira y vuelve a deslizarse entre sus piernas. Traga y lame. Se gira para mirarme y me pregunta si quiero acompañarla; ni siquiera puedo contestar. Gabriel empuja su cabeza hacia él otra vez, mientras se muerde el labio inferior y yo no puedo dejar de mirarles. Rob empieza a desesperarse.

—Oye, nena, si prefieres, podemos solo mirar —me dice.

Cojo aire. No puedo pestañear, ni moverme. No puedo dejar de mirar cómo una chica está comiéndole la polla a Gabriel delante de mí y de otra persona. Esto no me gusta.

Rob finge perder interés en mí y, sacándose del bolsillo un saquito pequeño, distribuye una cantidad de polvo blanco sobre la superficie de cristal de la mesa.

—¿Alguien quiere?

—Yo —dice Sandra sonriente.

—¿Gabriel? —pregunta Rob mientras dibuja unas rayas ayudándose de una tarjeta de crédito.

Le miro acongojada y él me devuelve la mirada; veo su nuez viajar arriba y abajo.

—Gab... —pido con un hilo de voz.

—No, no quiero —dice mientras niega con la cabeza.

Rob me ofrece a mí pero imito a Gabriel sin abrir la boca. ¿Es esto a lo que me voy a tener que acostumbrar? ¿Qué estoy haciendo?

Gabriel se acomoda la ropa interior mientras ella corretea hasta la mesa para inclinarse después y esnifar su raya. Luego se toca frenéticamente la nariz y roza con la yema de los dedos sus dientes.

—Está fuerte —dice.

Es la primera vez que veo a alguien hacerse una raya. Es la primera vez que veo a dos personas practicar sexo delante de mí.

—Oye, Gabriel..., si tu chica no se anima..., no te importa que me una, ¿no?

No lo pienso. Cuando recupero la movilidad, me doy la vuelta y subo las escaleras hacia mi habitación a toda prisa. No estoy enfadada. No es que esté celosa (que lo

estoy). Por una parte, estoy muy aliviada. Esto sitúa nuestra relación en un marco más concreto, ¿no? Pero por otra..., esto me está pareciendo sumamente desagradable.

Voy al baño, me desvisto, me desmaquillo y me recojo el pelo con las manos temblorosas. Cada vez que cierro los ojos, los veo allí.

Cuelgo el vestido y dejo los zapatos en su sitio, y al salir hacia la habitación, escucho ruidos que vienen de abajo. Bueno, no son ruidos, son gemidos. Me acerco a la puerta. Son gemidos femeninos. Los imagino a los tres follando y, la verdad, tengo curiosidad por cómo lo habrán hecho al final. Creo que Gabriel también se lo monta con tíos, pero me cuesta imaginarlo.

Voy hacia la cama y empiezo a ponerme el pijama. No sé si quiero dormir con él hoy. No sé si vendrá. Y cuando llevo puesto solo el short, abre la puerta y entra. Está despeinado, aún lleva el cinturón desabrochado y me mira interrogante. De fondo, siguen los gemidos.

—¿Qué...? —consigo decir, tapándome el pecho.

Gabriel se acerca a grandes zancadas, me aparta los brazos en los que me refugio y me besa. Me besa de una manera tan sensual y electrizante que estoy a punto de dejarme caer encima del colchón. Después, me acuerdo de que ha tenido otra boca encima de la polla hace unos segundos y me aparto.

—Solo te quiero a ti —me dice con expresión ceñuda—. Solo a ti.

—Sé que quieres hacerlo, pero no quiero verlo —le contesto.

Coge mi cara entre sus manos.

—No quiero hacerlo si tú no quieres que lo haga.

Respiro y apoyo la frente en su hombro.

—No podemos hacer voto de castidad porque no queramos estropearlo acostándonos nosotros. A decir verdad, ni siquiera creo que tú dejases de hacer estas cosas si estuvieras conmigo.

Él me obliga a levantar la cara y me mira a los ojos, como si quisiera traducirme en una sola palabra y entenderme.

—¿Crees que necesitaría algo que no fueras tú? Eso —señala con la cabeza en dirección a las escaleras— no es más que un mal sustitutivo. Es una paja en la ducha, Silvia.

—Ve. —Sonrío tanto como puedo, que no es mucho—. Pero no les beses. Ni les...

—¿Estamos imponiendo normas? —Me abraza.

—Creo que sí.

—No les besaré. ¿Algo más?

Dios. No puedo evitar tener la sensación de que estoy prestando algo que no es mío. Niego con la cabeza y me besa de nuevo.

—¿Quieres saber una cosa? —dice—. Tus besos me excitan más que sus lametazos en la polla. Solo tendrías que pedirme que me quedara para que yo no siguiera con esto. Lo importante eres tú. Eres la primera y solo tienes que pedirlo para ser la única.

—Pues quédate —le digo con un hilo de voz.

—Si me quedo, es para solucionarlo, Silvia.

Nos imagino besándonos, tocándonos, desnudándonos del todo por fin y arqueándonos para permitir que me penetre. Imagino la intensidad, los gemidos, las yemas de mis dedos recorriendo su espalda.

—¿Y después? —le pregunto—. ¿Qué haremos después?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Estoy tan perdido como tú. O más.

Lo pienso. Pienso realmente si quiero hacer esto, complicarme la vida con una relación con alguien como él, que es complejo, problemático y melancólico. Es alguien al que conozco desde la posición que tengo ahora, pero que no sé cómo se comportaría como pareja. Puedo arriesgarme y poner en peligro todo esto o puedo ceder y dejar que él eche un polvo sin más. Que se folle a la rubia que hay abajo; que dé cuatro empujones, se corra y después vuelva a mis brazos a quererme con la seguridad de lo que sí conocemos. Y es cobarde, pero creo que por el momento estoy más preparada para asumir que él se acueste con otra que para hacerme cargo de todo lo que se despertaría entre nosotros si llegáramos a la siguiente fase de nuestra relación.

—Ve, Gabriel. No puedes esperar aquí toda la noche a que yo me decida.

—Esperaré toda la vida si es necesario.

Es lo más bonito que me han dicho nunca y me sobrepasa. Niego con la cabeza y le pido que baje y siga con lo suyo. Respira hondo. Parece decepcionado. Creo que preferiría quedarse aquí dentro, terminar en mi interior, corriéndose conmigo. Pero al fin asiente y se va; vuelve hacia abajo, donde siguen los gemidos.

Esta noche Gabriel no viene a dormir conmigo. Le oigo subir las escaleras poco más de una hora después de haberme acostado. Solo. Ya se han marchado. Los sonidos me dicen que duda en la escalera si seguir hacia el que ya es nuestro dormitorio o volver al suyo hoy. Decide ir en dirección contraria a mí, porque soy yo la que le ha empujado a ello. Y yo me pregunto si estoy hecha para esto y si no será que soy imbécil y que termino por amoldarme a las necesidades de los otros sin importarme las mías. O si solamente soy una cobarde que teme enfrentarse al amor

más intenso de toda su vida.

7

HASTA AQUÍ

Para: Silvita GU

Fecha: jueves, 21 de febrero, 6:10

De: Álvaro Arranz

Asunto: Sin ti

Hoy es un día raro. Me acaban de llamar a la Blackberry para decirme que la Momia ha muerto. Pobre hombre. Hasta el último día al pie del cañón. Se lo han encontrado en su despacho las de la limpieza del turno de noche. Y me he acordado de cuando quisiste hacerle bailar la conga contigo en aquella fiesta de Navidad... Ojalá cerrara los ojos y, al abrirlos, otra vez fuera entonces. Iba a hacer las cosas de una manera muy diferente. No te marcharías si yo tuviera la oportunidad de volver a empezar.

Me pregunto cómo te irá, si te gustará tu trabajo y si Gabriel te tratará como te mereces. A decir verdad, me pregunto también si te acuestas con él y si te hace arquear la espalda de placer, como lo hacías cuando estábamos juntos. Te echo tanto de menos... Por favor, di algo...

¿Cómo es posible que cada día te eche más de menos? ¿Es que no me acostumbraré nunca?

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Leo el email de Álvaro antes de irme a dormir, cuando estoy revisando los últimos detalles para la puñetera gira americana, que empezará relativamente pronto. Me siento débil y creo que debo contestarle. Hace dos meses que escribe y que nunca tengo el ánimo suficiente de hacerlo, pero hoy...

Para: Álvaro Arranz

Fecha: jueves, 21 de febrero, 22:15

De: Silvita GU

Asunto: Re: Sin ti

Hola, Álvaro:

Siento mucho lo de la Momia y espero que no haya sido como consecuencia de una angina de pecho que le provocara yo en su día.

Todo va bien aquí. Mi trabajo me gusta mucho, muchísimo. Nunca encuentro la hora de desconectar. Si no fuera por Gabriel, me pasaría el día entre papeleos, llamadas de teléfono y correos electrónicos. Parezco profesional y todo. Y como no tengo máquinas de *vending* en casa, no se me quedan los brazos atrapados dentro. Seguro que recuerdas aquello...

Sobre él... Aunque Gabriel y yo no queremos estropearlo, es solo cuestión de tiempo, Álvaro. Tienes que hacer tu vida.

Espero que no sea muy duro lo de hoy, aunque no quiero pensar en ti si te vas de entierro, porque el negro siempre te sentó especialmente bien.

Y si te lo preguntas, yo tampoco me acostumbro.

Silvia

No espero a ver si Álvaro contesta. Apago el ordenador y me voy a mi habitación. Gabriel me pregunta desde abajo, a gritos, como un crío, si quiero algo de la cocina.

—¡Sí! —le contesto a gritos también—. Un crep de chocolate con plátano.

Evidentemente estoy bromeando. La última vez que Gabriel intentó algo en la cocina, Tina tuvo que pedir que nos volvieran a pintar el techo. Flambeado de Gabriel, le llamaba él. Yo lo llamé infierno, directamente.

Me quito las zapatillas y los vaqueros y cuelgo la ropa en el armario. Voy al baño y me lavo los dientes, la cara, me recojo el pelo..., ¿por qué tarda tanto Gabriel?

Cojo el pijama de debajo de la almohada y me lo pongo. Es un camisón de satén cortito de Victoria's Secret también, fucsia con encaje negro. Por detrás es muy escotado y por delante... por delante también. Además llevo las braguitas a conjunto.

—Gab... —le llamo—. ¿Cariño?

Como no contesta, bajo las escaleras, un poco asustada por si ha entrado alguna fan y lo ha apuñalado en un momento de subidón. Yo qué sé. Hay gente muy pirada en el mundo. En la cocina hay luz y se oye trastear, además de la campana extractora. Pero ¿qué...?

Al entrar, me encuentro a Gabriel muy concentrado cortando un plátano en pequeñas rebanaditas.

—¿Qué haces?

Salta, sobresaltado, con el cuchillo en la mano y me echo a reír. Él también.

—Joder, qué susto, chinche —me dice. Me llama chinche porque dice que le pico debajo de la ropa.

—¿Que qué haces? —repito.

—Un crep con chocolate y plátano —responde como si fuera una obviedad.

Me asomo. Tiene el crep desplegado en un plato. Bueno... imagino que es un crep, porque la forma es algo monstruosa. Trato de no reírme y me tapo la boca. Él se

gira diligentemente, abre un armario y saca un bote de chocolate líquido y le echa un porrón por encima. Eso mejora su aspecto. Lo guarda y después deja caer los trocitos de plátano, lo cierra y me lo da.

—Toma. Tu crep.

—Pero... ¡Gabriel! ¡Estaba de broma! —me descojono.

Yo dejo el plato sobre la isla de la cocina y él me coge la cara entre sus manos.

—Te dije que te lo daría todo. Todo. ¿Por qué no me crees ya?

Le miro a los ojos. Lo dice con una devoción que no conozco. Nadie me ha hablado así jamás. Me asusta sentir que dentro de mí guardo la misma devoción por él, por alguien a quien aún no hace ni un año que conozco, con el que me casé en una borrachera y con el que estoy muerta de ganas de terminar en la cama, para saber si esto que siento tirándome de las tripas es deseo, sexo o amor.

Cojo el crep con la mano y le doy un bocado. Me chorrea un poco de chocolate por la barbilla y me río. Seguro que tengo todos los dientes manchados, porque a Gabriel también le da la risa. Después se acerca y me besa la comisura de los labios, por donde se escurre el chocolate. Su lengua me limpia despacio y no puedo evitar gemir. Estoy tan caliente que no sé cómo no han venido a estudiarme de alguna universidad americana.

—Gracias —digo enseñándole el crep, poniéndolo entre los dos.

—Todo —me repite, con una sonrisa.

—Sabes que no puedes dármelo todo. —Arquea una ceja y le aclaro—: No puedes darme un orgasmo.

—Sí puedo, pero tú no quieres.

—Hay problemáticas que no estás teniendo en cuenta. —Cojo el plato, me chupperreo los dedos y voy hacia la escalera—. Voy a ir comiéndome esto. Dicen que el chocolate es un buen sustituto para el sexo.

Y Gabriel me mira enigmáticamente. Cuando sube al dormitorio, parece decidido a algo.

—Te he dejado el pantalón del pijama encima de la cama —le digo cruzándome con él, cuando voy al baño.

Gabriel entra detrás de mí; lo veo en el reflejo del espejo mientras me cepillo los dientes con vehemencia. Se quita la camiseta y después empieza a desabrocharse el pantalón. Arqueo la ceja izquierda con toda la boca llena de espuma de dentífrico. ¿Por qué se está desnudando aquí si le dejé el pijama encima de la cama? Después enciende el agua de la ducha. Ah... ya.

Se acerca a mí en ropa interior y me besa el cuello. Me inclino en la pila para

enjuagarme la boca y Gabriel se entretiene en besarme los hombros y parte de la espalda. Cuando me enderezo, nos miramos a través del espejo.

—Dúchate conmigo —me pide.

Y antes de que pueda contestar..., se desnuda del todo. No le veo, porque está detrás de mí, pero sé que está desnudo. Y me agarro con fuerza al banco de mármol con el corazón galopando en el pecho.

—Gab..., por el amor de Dios —gimoteo cuando su boca se abre sobre mi cuello.

Baja los tirantes por mis brazos, maniobra para que el camisón caiga cuando da un paso hacia atrás. Después desliza las braguitas por mis piernas y se vuelve a pegar a mí. Siento su sexo en mis nalgas.

—Es solo una ducha —susurra.

Me gira y nos miramos a los ojos, como si nos diera vergüenza bajar la mirada hacia el resto del cuerpo, desnudo. Pero en realidad... ¿qué importancia tiene esto cuando ya has desnudado tu alma delante de alguien?

Me coge la mano y tira de mí; los dos andamos hacia la ducha y desaparecemos tras la mampara. Allí el agua caliente nos salpica y, por primera vez, los ojos de Gabriel se deslizan por encima de todo mi cuerpo. Le siguen las manos. Cuello, hombros, pechos, cintura, vientre, caderas y entre mis muslos. Me agarro a sus brazos cuando su mano cubre mi sexo y sus dedos curiosos me tocan. Le miro sorprendida y él me mira a mí; su dedo índice y su dedo anular me abren y el corazón me acaricia. Las yemas de mis dedos se hunden en su piel y gimo.

Me gustaría que hablase, que dijera algo que relajara la carga eléctrica del aire, pero el único sonido que llega a nuestros oídos es el del agua cayendo y nuestras respiraciones. Gabriel me abraza, sin parar de tocarme y no puedo evitar imitarle. Agarro su erección y siento cómo se estremece entre mis dedos. Gime en mi oído cuando, con su mano y la mía entre los dos, nos masturbamos despacio. Parecemos dos críos enamorados, impresionados por el hecho de haber llegado a la primera fase con esta naturalidad.

Su boca está sobre mi oído y la mía sobre el suyo; nos regalamos unos gemidos y apretamos el nudo del abrazo. Su dedo corazón se desliza entre mis labios húmedos y se cuela en mi interior; siento alivio. Busco su boca y él la mía. Nos besamos con necesidad y veneración. Con amor. Amor del de verdad, del que yo espero, del que él merece; ese tipo de amor en el que no cree. Sin embargo, Gabriel no tiene la boca llena de sexo cuando me besa. Es algo más..., puedo sentirle vibrar como lo hago yo.

La garganta de Gabriel emite un gruñido de pasión y aceleramos nuestras caricias. Echo la cabeza hacia atrás. Miro sus ojos cuando me corro, dejando que me sujete casi

por completo, desmadejada. Cojo aire y el amor se me convierte en una corriente sexual que me atraviesa, me quema, me hiela y me azota a la vez y con placer. Y sus sabias manos saben que deben dejar de ejercer presión poco a poco, hasta desaparecer. Mis dedos solo pueden sostener su erección. He perdido la fuerza. Me apoyo en los pequeños azulejos de la pared frente a él y su mano se posa sobre la mía y se mueve, agitando suavemente su piel. Me mira a mí y después a nuestros dedos, se muerde el labio inferior y acelera la caricia. Traga saliva con dificultad. Es suave y reacciona palpitando, irguiéndose más cuando ejercemos la presión adecuada. Su boca dibuja un río por mi cuello que desemboca entre mis dos pechos. Se hunde allí, me huele, aspira de mí. Cojo su pelo y lo atraigo hacia mi boca otra vez; nuestras manos, juntas en su erección, siguen moviéndose al compás. Cierra los ojos y gime con la respiración agitada, echando su cabeza hacia atrás. Palpita, sus dedos se crispan y dejo de mover mi mano para que sea la suya, sobre la mía, la que dirija la velocidad e intensidad. Explota con un «ah» que me revuelve entera y se corre pegado a mi estómago, manchándose con su semen. Descarga tres veces y deja caer la mano, exhausto y pegado a mí. Nos besamos y Gabriel sigue con los ojos cerrados, jadeando. Cuando los abre tiene el flequillo pegado a la cara y la boca entreabierta.

—Te amo —dice con la respiración suave—. Nunca sentí esto por nadie. Quiero morirte en ti.

Y nos envolvemos con los brazos, como en las películas, besándonos como si mañana fuéramos a morir.

La ducha es larga. Seguimos pegados, repartiendo jabón y besos por partes iguales. No podemos separarnos ni siquiera para secarnos. Lo hacemos con la misma toalla, abrazados, besándonos en los labios con desesperación.

Cuando nos tumbamos en la cama estamos confusos. Seguimos desnudos, sobre las sábanas; una vaga luz azulada entra tamizada a través de las cortinas; es la mezcla perfecta entre la luna y las farolas del jardín. ¿Y qué pasará ahora? Él me besa la mano en la que llevo la alianza y después la junta con la suya. Los dos anillos brillan.

—Esta va a ser nuestra noche de bodas —dice—. Déjame hacerte el amor.

Gabriel se coloca encima de mí. Sé que tiene que recuperarse del orgasmo de la ducha, de manera que no espero que vuelva a haber sexo en este momento. Pero él viaja hacia abajo y me abre las piernas. De pronto, su lengua se pasea entre la línea que separa mis labios. Me agarro a la almohada y contengo el aliento cuando él me lame despacio. Me parece tan íntimo...

—Quiero aprender a hacértelo también con la boca... —Y el susurro llega en forma de brisa a mi clítoris. Me humedece—. ¿Así?

Su lengua vuelve despacio pero contundente y se revuelve, dibujando círculos alrededor de la parte más sensible de mí.

—Sí... —gimo lastimeramente.

Uno de sus dedos entra y sale de dentro de mí. Después entran dos. Salen dos. Entran dos. Salen dos. Me retuerzo. Dos de sus dedos vuelven a entrar en mí y se arquean haciéndome lanzar un alarido de placer. Su lengua sigue jugando conmigo, humedeciéndome por completo.

—Para... —le pido—. Para.

Se incorpora y va a secarse los labios cuando lo abordo y le beso sin importarme que esté manchado de mí. Sabe a él y a mí. Es excitante, y cuando se acomoda sobre mí, noto que para él también lo es.

Abro las piernas y, sin más, la cabeza de su pene se cuele en mí en un balanceo suave. Mi carne tira para abrirse a él. Empuja un poco más y mi cuerpo cede. Me quejo y él se queda quieto un momento, hasta que me acostumbro a su tamaño. Entonces se mete en mí de una sola embestida que me pone la piel de gallina.

—Gabriel... —digo más allá que aquí—. Un preservativo...

Y entonces me doy cuenta de que él está casi más nervioso que yo. Niega con la cabeza.

—Quiero sentirte... quiero hacer esto contigo. —Gabriel cierra los ojos—. ¿Es amor? —me pregunta.

—No lo sé.

—Te quiero. ¿Te gusta cómo lo hago?

—Sí —asiento y él se adentra un poco más, en todos los sentidos.

Nos abrazamos y entra y sale de mí. Dos, tres, cuatro veces. Me penetra con cuidado, despacio. Le pido más. Quiero más y provoco el roce moviendo mis caderas, buscándole. Nos aceleramos y gemimos.

Nos miramos a la cara, nos avergonzamos, sonreímos y nos volvemos a dejar llevar. Susurramos cosas, como que nos queremos, que no deseamos que se acabe nunca y cuando menos me lo espero de mi garganta sale en tono desesperado:

—No me hagas daño, por favor.

Gabriel frunce el ceño, para el movimiento quedándose dentro de mí y me abraza. No dice nada, porque sé que duda de su capacidad para no hacerlo. Me acerco y nos besamos. Muevo mis caderas y le pido que siga.

—Necesito sentir cómo te dejas ir... —susurro.

Una embestida suave me revuelve la piel. Gimo alto. Gabriel me penetra acelerando el ritmo, sin parar y sin apartar los ojos de mí. Estudia mi cara y hasta

sonríe cuando me arranca un gemido de placer.

Le clavo las yemas de los dedos en la espalda y siento que me tenso entera. Oh, Dios. Lo aprieto en mí y siento que me hundo en una espiral... me corro con todo el cuerpo. Me corro como nunca me he corrido en la vida. Me corro con las manos que le acarician la espalda; con los labios que le besan; con toda la piel, que va volviéndose sensible a medida que la oleada de placer me recorre. Se me va la cabeza. Vuelo, apenas siento la cama, pero cada roce de su piel está amplificado. Grito y él explota dentro de mí, gimiendo también con voz ronca. Sale y parte de su semen me mancha los muslos. Vuelve a entrar y me siento llena. Llena de él... y confusa... y completa...

Me quedo mirando al techo, respirando fuerte, y Gabriel apoya su cabeza en mi pecho. Y aunque por costumbre quiero rodar en el colchón, apartarme y quedarme sola en posición fetal, no lo necesito. Me siento cómoda, protegida y llena. Le acaricio el pelo y, levantando la cara, me sonrío y me besa. Jamás le había visto esa expresión. Está relajado, feliz y... despreocupado.

—No sabes cuánto te quiero —me dice—. No sé qué me has hecho, pero por favor, que no acabe nunca.

—Siempre he sentido la necesidad de apartarme cuando se termina el sexo —confieso en voz baja, porque me da vergüenza—. Pero contigo no. ¿Por qué?

—¿Y si es amor?

—No crees en el amor.

—No soy una persona con mucha fe ciega en las cosas, pero cuando veo..., creo.

—Apenas sé nada de ti.

—Tenemos toda la vida para solucionarlo. Esto es solo el comienzo.

Cuando amanece seguimos tumbados en la cama, desnudos y abrazados. No hemos parado de hablar y es tan intenso todo lo que nos contamos que casi no pestañeamos; ni siquiera tenemos sueño. Gabriel está echado boca arriba y yo estoy apoyada en su pecho, acariciándole la piel del estómago y del brazo. Apenas quiero ni respirar, por miedo a que Gabriel se lo piense mejor y se calle.

—Cuando vine a Estados Unidos estaba solo. No tenía nada que perder. En España me queda familia que no conozco y a la que no me une nada. Tenía dos años cuando mis padres se marcharon a Escocia, así que no me acuerdo de mi vida allí. Solo un par de fotogramas... el papel pintado de una de las habitaciones de casa de mis abuelos, creo. —Gabriel hace una pausa y se incorpora un poco, dejándome aún

apoyada en su pecho. Alcanza el paquete de cigarrillos y se enciende uno. Después sigue hablando—. Mi padre tenía casi todos los vicios del mundo. Bebía, jugaba, se gastaba el dinero en putas..., una maravilla. Para lo que estaba, habría valido la pena que se marchara, pero el muy cabrón encima era una persona dependiente. Dependía de mi madre y dependía hasta de mí. Aprendí a conducir a los doce, imagínate... —Le beso la piel que tengo a mi alcance—. Mi madre siempre estuvo delicada de salud. Me pasé media vida temiendo que se muriera sin ni siquiera saber de qué y que me dejaran con mi padre. Murió cuando yo tenía diecisiete. El tiempo que tuve que pasar con él esperando a cumplir la mayoría de edad fue terrible y muy traumático; íbamos a pelea diaria, todas violentas y muy desagradables. El día que cumplí los dieciocho me hice el pasaporte y, al poco, me marché con una mano delante y otra detrás. Solo tenía para el billete, un par de noches en un hostel y el teléfono del primo de un amigo que se dedicaba a vender coca en los barrios chungos de Los Ángeles. —Gabriel da otra calada, suspira y me pasa el cigarrillo—. El resto ya lo sabrás. Al final la puta suerte me folló y... salió todo rodado. A veces ni siquiera me lo creo.

—Créetelo. Debió de ser el karma.

Le acaricio el pecho y me subo sobre él a horcajadas. Le paso el cigarro y, antes de que pueda decir nada más, espeta:

—Me enteré de que mi padre había muerto el día que te conocí. Me salvaste de no tener que pensar ni un segundo en él.

No sé qué decir, así que me agacho y le doy un beso sobre uno de los tatuajes de su pecho. Él apaga el cigarrillo, me coge de la cintura, me levanta y nos besamos en la boca.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —murmura con sus labios pegados a los míos.

Abro la boca y atrapo su labio inferior; sabe al humo del cigarrillo y a él. Se incorpora del todo y yo con él; los dos sentados sobre el colchón. Su lengua repasa despacio el interior de mis labios y después se hunde en mi boca. Gimo, porque besa con una desesperación que no puedo soportar y que conecta con mi sexo al momento. Y con el suyo, que ya presiona mi piel.

Sin mediar palabra, acomoda su erección en mi entrada, de manera que soy yo la que marcará el ritmo de la penetración, si es que quiero repetir. Pero, claro, sí que quiero. Muevo las caderas y le siento entrando en mí despacio, pugnando por dilatar mi cuerpo y hacerse un hueco en él. Estoy húmeda aún por el último orgasmo y no le cuesta esfuerzo colarse hasta el fondo. Lanzo la cabeza hacia atrás y me muerdo el labio.

—Me llenas —le digo, y cuando me escucho, me sorprende que mi tono sea tan oscuro y cargado de deseo. Nunca me había oído así.

—Quiero estar dentro de ti todo el día —y al contestar, él también suena del mismo modo.

Me muevo y él se acomoda, con un cojín detrás de su espalda. Me mira muy intensamente y a mí me gusta que lo haga. Me siento deseable, fuerte. Me apoyo en su estómago y le hago entrar y salir de mí mientras me inclino buscando el ángulo perfecto. Mis pechos se mueven al compás del ritmo que imponemos y él los acaricia con suavidad, con mis pezones en el centro de las palmas de sus manos.

Estaría así toda la mañana, todo el día, de aquí al fin del mundo. Siento algo eléctrico, sexual, que se parece a la pulsión que me empujaba una y otra vez hacia Álvaro, pero el pecho está lleno de otra sensación más trascendental. Parece amor. Creo que por primera vez en mi vida estoy entendiendo el sexo como medio para expresar algo que las palabras no alcanzan. Quizá con Álvaro también lo hice, pero lo siento diferente... A lo mejor porque Gabriel se está entregando con la misma intensidad que yo.

Me echo hacia atrás y provoco más fricción. Sé que me voy a ir en un par de minutos y quiero que él lo haga conmigo. Se muerde el labio mientras mis golpes de cadera lo hunden en mí y lo alejan. El sexo entre Gabriel y yo es natural, como si hubiésemos nacido para hacerlo. No hay nada invasivo en el hecho de que me penetre, de que se hunda en mí y después se desborde en mi interior. Es, simplemente, natural. ¿Por qué no lo hemos hecho hasta ahora? En este preciso instante no le encuentro sentido a haber esperado tanto.

Me abraza cuando ve acercarse el orgasmo y siento que palpita dentro de mí antes de correrse.

—Dios, Silvia... me voy.

Y yo me voy con él, apoyada en su hombro, oliendo su cuello. Aprieto los dientes y siento cómo mi cuerpo se abre y se cierra, bombeando sangre.

—Más —le pido—. Más, por favor.

Gabriel ya se ha corrido y no puede darme más, pero sale de mí y lleva dos dedos hasta mi sexo, metiéndolos en mi interior, arrastrando su humedad y la mía hacia mi clítoris. Me frota con suavidad y de manera rítmica. Estoy sensible y me noto blanda y manejable, de manera que no tardo mucho en sentir que me sobreviene otro orgasmo. Me agarro a él y grito casi con rabia cuando me corro, esta vez con esa sensación que me producen las caricias tan directas.

No me bajo de encima de él y Gabriel tampoco se mueve. No sé cómo, pero

vuelvo a estar muerta de ganas de tenerlo dentro.

Escuchamos la puerta de casa abrirse y cerrarse y unos deditos pulsar los botones para desconectar la alarma. Oímos risas. Deben de ser Tina y Frida, que han llegado para ocuparse de la casa.

—Se acabó la diversión —le digo en un susurro divertido.

—¿Tú crees? —contesta.

Y solo la manera en que lo dice, me humedece otra vez.

8

ADICCIÓN FÍSICA

Para: Silvita GU

Fecha: viernes, 15 de marzo, 9:32

De: Álvaro Arranz

Asunto: Te he visto

Este fin de semana fui a casa de mis padres. Jimena se casa, no sé si lo sabías.

Parece que la boda de mi hermana tiene que convertirse en el centro de todo nuestro universo. Es imposible... Mi mundo empieza y termina en ti, deberían saberlo. Pero no puedo contarle a nadie más que a ti que todo lo que me dicen me importa una mierda. Es un suplicio que me pregunten tres o cuatro veces al día si ya he decidido quién me acompañará. «Silvia», pienso, pero como soy un cobarde a ellos les digo que iré solo.

Encontré unas revistas en su salita de estar y en dos salías tú. Dicen de ti que eres de las mejor vestidas de Los Ángeles. Eso me hace sonreír; sé que te gustará que por fin alguien aprecie tu buen gusto. En la oficina estaba muy desaprovechado, ¿verdad? En las fotos eres tan tú que a veces me cuesta creer que estés allí. Se me encoge el estómago cuando pienso que ahora es él quien te tiene y que, por mucho que alargue la mano, no voy a poder tirar de ti otra vez.

Pero escribiré cada semana hasta que consiga acostumbrarme a estar sin ti.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Hasta ahora no me había resultado complicado trabajar en casa, pero desde que Gabriel y yo nos acostamos... es sumamente complicado concentrarse. Y juro que la culpa es suya. Yo lo intento, pero aparece en todos los rincones dispuesto a abor dame otra vez. Estoy dolorida, pero complacida a niveles que no conocía. Si pensaba que Álvaro era una bestia, es porque no conocía a Gabriel, aunque las comparaciones sean odiosas y no quiero pensar en Álvaro.

Podemos hacerlo tres o cuatro veces al día. Es como si se hubiera convertido en su trabajo. En la ducha, en la barra de la cocina, en el sofá, en el suelo, en las escaleras, en la hamaca, en la piscina, en la cama, en el vestidor, sobre la mesa del

escritorio... y aunque parezca lo contrario, no hemos follado como animales ni una sola vez. Es sexo tranquilo, placentero, confiado y amoroso.

La pobre Tina nos pilló el otro día en el sofá con las manos en la masa. Entró en el mismo momento en el que Gabriel, apoyado en el reposacabezas y mirando al techo decía:

—Joder, qué bueno, nena...

Se nos quedó mirando con expresión de horror, gritó, se tapó la cara con el delantal y salió corriendo. Se tendría que haber quitado el mandil de la cabeza para correr..., así habría evitado darse la hostia que se dio con el marco de la puerta del salón. La tuve que recoger del suelo atontada, llevando encima solamente la alfombra.

Creo que soy feliz... tanto que me da miedo. Me da miedo perderlo, o que se desmorone, o que en realidad sea solo un espejismo. Me da miedo levantarme un día siendo consciente de que aún quiero demasiado a Álvaro.

Me quito las gafas, las dejo al lado del ordenador y me froto los ojos. Estoy cansada. Gabriel está con su entrenador personal y yo ya he cerrado las doscientas mil chorradas que van surgiendo cada vez que creemos que hemos solucionado del todo parte de la gira. Desplazamientos por carretera, horarios para que la prueba de sonido de Gabriel no coincida con el montaje de luces y sonido, el hotel, la coordinación de la agenda para que las entrevistas de prensa y televisión no se solapen...

Apago el ordenador y bajo a la cocina, donde Tina y Frida están recogiendo sus cosas. Con Gabriel no son tan familiares, pero conmigo sí, así que se acercan a darme un beso en la mejilla antes de irse.

—Les dejé la cena preparada en el horno —me dice Tina antes de darme una palmada en el culo—. Asegúrese de que Gabriel come, que me lo está dejando en los huesitos.

Yo me río. ¿Que yo lo estoy dejando en los huesos? Es él, que nunca tiene bastante. Pero prefiero no ponerlas al día de mi vida sexual.

Cojo el teléfono de casa para llamar a Gabriel, pero me acuerdo de Bea y marco su móvil, con los pertinentes prefijos. Coge al cuarto tono.

—Ya creía que follar con tu flamante marido te habría matado —bromea.

Cuando la llamé el día siguiente a mi primera vez con Gabriel, Bea pidió tantísimos detalles que, por primera vez en mi vida, me sentí hasta incómoda. Lo preguntó todo. Tamaño, grosor, color, aspecto, regularidad de las penetraciones, fuerza, tipo de gemidos. Por un momento no supe si estaba en *Sálvame* o hablando con mi mejor amiga. Desde entonces, casi siempre que hablamos saca a relucir el tema y quiere que le dé más datos aún, aunque creo que es imposible y que no hay nada

que no le haya contado ya. Está ávida de información morbosa.

—¿Cómo va el cole? —le pregunto.

—El curro va como siempre. Aburrido. Los niños son el mal, no el futuro. No sé por qué se empeñan en decirnos lo contrario —suspira—. Ya ves, chata. Algunas tenemos curros que no implican acostarse con estrellas del rock, ¿sabes? Ahora que lo pienso... Tienes una peligrosa tendencia a terminar en la cama con tu jefe.

—Gabriel no es mi jefe, es mi marido. —Me río—. Si lo fuera, esto iba a ser aún más perverso y morboso.

—¡Ay! ¡Cómo sabes picarme! ¿Has conocido ya a Adam?

—¿Qué Adam? —pregunto confusa.

—¿Quién va a ser? Pues mi próximo marido.

—Ah, ese Adam. —Me río otra vez—. No he tenido aún el placer. Aunque no lo creas estoy currando mucho.

—Claro, conseguir que todos los camerinos de Gabriel tengan una cama con dosel tiene que ser durísimo.

—Eres un poquito imbécil, pero aun así te aclararé que mi marido no tiene ese tipo de caprichitos.

—Qué coño, que los tenga, él que puede... A él le perdonaría hasta que le pusiera mearte por todo lo alto.

Me echo a reír y ella se contagia. Pasamos unos segundos riéndonos como unas tontas.

—¿Sabes? —le digo con un tono mucho más melancólico de lo que pretendía—. Echo mucho de menos emborracharme como una indigente contigo en ese piso lleno de mierda en el que vives. Eso y la pajita de Hello Kitty.

—Ya, esa pajita es maravillosa. Parece que los *gin tonics* saben mejor con ella.

—Aunque te resistas a decírmelo, sé que me echas de menos.

—No me resisto a decírtelo, es que no quiero confesarte que el pasado fin de semana hicimos rodeo de cabras en mi pueblo y ni siquiera tuvo gracia que Paula se cayera de morros contra la fuente y se partiera una pala otra vez. Y no quiero contártelo porque, al final, acabaré llorando.

Cojo aire.

—Tienes que venir unos días, ¿lo sabes, verdad?

—Lo sé. Lo que no sé es cómo lo pagaré. —Se echa a reír—. Igual es el empujón final para que me saque un sobresueldo en la calle Montera.

—Yo te regalaré los billetes; si quieres pasarte por Montera, ya será por vicio. Por cierto, ahora que viene al caso... ¿follas con alguien?

—No. Estaba tratando de, ya sabes, reservar energía sexual para Adam, pero como he visto que ha empezado a salir con otra megamodelo, me he dicho, oye Bea, no pasa nada por que le echés el ojo a ese profesor de Biología un poco repelente que se parece a varios personajes de *Big Bang Theory* a la vez. Así le daré celos.

—Ajá. Pretendes darle celos a Adam Levine con el profesor de Biología repelente. Todo muy coherente. Ya me quedo más tranquila.

—¡Oye, chocho, que por aquí la cosa está chungu! Creo que solo hay dos españoles que estén buenos en el mundo. Uno es Andrés Velencoso y el otro es tu ex. Eso no me deja las cosas muy fáciles.

—Gabriel también es español —remarco.

—Oh, Dios, qué asco me dais las enamoradas. «Mi novio, que es supercuqui, también está supercuqui bueno» —gruñe.

—No es mi novio. Es mi marido. Y tiene el rabo como un misil teledirigido.

Bea refunfuña y mientras me cuenta cosas sobre otra amiga nuestra que está colosalmente enamorada por enésima vez del «definitivo hombre de su vida» (cosa que dice de cada tío con el que se encuentra), cojo el móvil y le mando un mensaje a Gabriel, preguntándole si tardará. Aparece justo en ese momento dándome un susto de muerte. Me enseña el móvil y me dice en voz baja: «Rápido como un rayo».

—Ya te daré yo rápido —le contesto.

—¿Es Gabriel?

—Sí, acaba de llegar de entrenar. Voy a ver si pongo la mesa.

—Dale un meneo de mi parte.

—No lo dudes. ¿Arriba o abajo?

—Por el culo. —Se ríe.

—Debes de estar de coña. —Me río—. Si hago eso con él, acabo en urgencias con puntos hasta el cuello.

Le mando besos y recuerdos para todas; después cuelgo. Gabriel está apoyado en la isleta de la cocina, y me está mirando.

—¿Con qué se supone que vas a acabar en urgencias?

—Con el sexo anal —le contesto con inocencia—. Anda, dame un beso.

—Me voy a la ducha, pero ya —me suelta.

Lleva unos pantalones de deporte negros holgados y una sudadera también negra con capucha y, a pesar de que el pelo es un guirigay sin sentido, está monísimo. Levanta las cejas al ver que no contesto, embelesada en lo guapo que es. Lástima que vendrá demasiado cansado para entrenar físicamente un poco conmigo...

—Vale —digo despertando—. Voy sirviendo la cena...

Él dibuja una sonrisita de lado y acercándose se insinúa:

—Yo venía pensando que a lo mejor te apetecía enjabonarme la espalda...

Sonrío y apago el horno.

Entramos en el cuarto de baño enredados, morreándonos salvajemente como dos adolescentes calenturientos. Abro los ojos y nos veo reflejados en el espejo. Me muero de vergüenza. ¿Esa persona tan fuera de control soy yo? Cuando me quita la camiseta y me da la vuelta de cara al espejo no hay duda; sí, soy yo.

Me baja los pantalones hasta los tobillos y me los quito de una sacudida. Veo en el reflejo cómo se quita la sudadera, la camiseta y, después, los pantalones. Verle ya produce un cosquilleo dentro de mis braguitas que me avergüenza hasta confesar, porque es de una intensidad contra la que no puedo luchar.

Me besa el cuello por detrás, baja por toda mi columna vertebral, lamiendo y dando pequeños mordisquitos hasta las braguitas, que pronto caen por mis piernas. Me quito el sujetador y noto cómo su lengua dibuja unas enredaderas de saliva por mis nalgas, hacia abajo. Me inclina sobre el mármol del baño y su lengua se mete entre mis muslos, desde atrás. Me cojo a la bancada y me resisto a mirarme en el espejo.

Sus dedos hurgan en mí y gimo. Se levanta de nuevo, desnudo, y nos mira en el reflejo.

—Mírate. Mira eso que me está volviendo loco.

Con los dedos en mi barbilla inmoviliza mi cara para que me mire y, después, siento cómo su erección me roza, buscando la manera de entrar en mí. No puedo evitar facilitarle la tarea, arqueándome. Aún no la ha metido y ya siento que podría correrme.

—No me hagas el amor, Gabriel... —suplico—. Fóllame. Solo fóllame.

No contesta, pero la manera que tiene de cogerme del pelo me da una pista de que va a complacerme. Tira de mi coleta y yo cedo a la presión de su movimiento dejando mi cuello al alcance de su boca, que lo devora.

—Mira... —susurra—. Mira cómo voy a follarte.

Trago saliva y él sonrío, porque está dominándome por completo. Noto su mano entre los dos, preparando la penetración. Cuando localiza mi hendidura no hay jugueteo, solo una estocada brutal que me deja sin respiración. Creo que hasta pongo los ojos en blanco. Los dedos de su mano derecha aprietan ligeramente mi barbilla.

—Mírate. Quiero que veas tu cara cuando te corres.

Clavo los ojos en nosotros y me agarro cuanto puedo al mármol. El golpeteo entre su cuerpo y el mío es violento, seco y muy placentero. Me muerdo el labio de abajo con fuerza, pero él me susurra al oído que quiere escucharme gritar y me dejo llevar.

Le pido más, grito, gruño y en un ataque de locura le digo que haga lo que quiera conmigo.

Mete la mano entre mis muslos y sus dedos se deslizan con facilidad.

—Estás tan húmeda... —Y se muerde el labio inferior.

—Para —le pido—. Para o me corro ya.

Sigue acariciándome. Soy las cuerdas de su guitarra preferida y me está haciendo sonar como quiere. Me agarra del pelo con la otra mano y me obliga a mirarme en el espejo otra vez. Siento que me fallan las piernas y que se me contraen los músculos de todo el cuerpo antes de soltar un nudo que lo contiene entero y romperme en pequeños trozos. Grito. Mi expresión es indefinible; es placer puro. Gabriel sigue embistiéndome con fuerza.

—Grita, joder, grita...

Dios. Me muero. Me mata. No puedo más, y cuando ya estoy a punto de dejarme caer encima de la pila del lavabo, Gabriel sale de mí con violencia. Como si lo tuviéramos coreografiado, me dejo caer de rodillas delante de él, meto su erección en mi boca y succiono con fuerza. La saco entre mis labios apretados a su alrededor, la vuelvo a meter, jugando con mi lengua sobre su cabeza. Gimo del morbo al sentir que Gabriel se acelera, me agarra y empuja levemente hacia el fondo de mi garganta, provocándome una arcada que casi pasa desapercibida. Sale y toda mi boca está llena de saliva. Le humedezco, utilizo las manos para acariciarle, repartir mi saliva y deslizarme sobre él. Gabriel gruñe, y cuando vuelvo a metérmela en la boca, me vuelvo loca y la chupo con fuerza una, dos, tres veces más. Pronto noto cómo se contrae y gime con fuerza. Sé que está a punto de correrse y le miro a través de mis pestañas. Sonríe. Y a pesar del morbo que hace del aire algo denso y del deseo que lo convierte en irrespirable, esa sonrisa me encoge por dentro, porque es sincera, preciosa, de amor. Y entonces cierra los ojos, lanza un gemido y la cabeza hacia atrás y se corre en un disparo. Me mira después, con un pestañeo sensual y decadente y los párpados pesados. Trata de salir de mí, pero no le dejo y trago otra vez.

—¡Ah...! Mi vida —sigue gimiendo.

Jadea y su estómago plano se hincha. Trago otra vez, recojo con la boca cada gota de placer y después me alejo sin apartar la mirada de él. Se aparta el pelo, se frota la cara y se ríe.

—¿De qué te ríes? —le pregunto levantándome.

—No me gusta verte de rodillas, pero lo haces tan bien...

Los dos nos reímos y me empuja hacia él para besarme escuetamente en la boca.

—Voy a la ducha.

El agua está caliente y cae con fuerza sobre nuestras cabezas. Tengo la mejilla pegada al pecho de Gabriel y él me acaricia la espalda.

—¿Cómo he podido vivir sin ti? —pregunta de pronto.

Sonrío pegada a su piel y le beso. Yo también me lo pregunto. Me siento extraña pensando que me tuvieron otras manos antes que él y que los besos de otra persona significaron algo para mí. No concibo la idea de no quererle.

Me aparto de él porque me estoy adormilando y alargo la mano hacia el gel de ducha. Vierto un poco en su mano y otro poco en la mía. Los dos nos frotamos y después nos ayudamos a lavarnos el pelo. Gabriel se agacha para que se lo aclare y cuando lo hace, su cabeza se apoya entre mis dos pechos. Los besa.

—¿Seremos padres, Silvia? —pregunta.

Le miro arqueando las cejas con una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Tú quieres tener hijos?

—Sí. Supongo que sí. Contigo. —Sonríe—. Pero no aún.

—¿Por qué? —Me río—. ¿No tienes prisa por verme gorda?

—Solo... quiero tenerte para mí un tiempo. Déjame disfrutarte ahora que puedo. Aunque te haría el amor todos los días, embarazada o no.

Nos besamos, y cuando se endereza y mis manos caen por su pecho, descubro que empieza a estar dura de nuevo.

—Debes de estar de coña. —Me río a carcajadas—. Pero ¡tú quieres matarme o qué!

—No. Quiero más.

Esa última palabra tiene en mi cuerpo el mismo efecto que si sus dedos estuvieran tocándome entre las piernas.

—¿Ahora? —me quejo falsamente, acariciándole despacio.

—No —dice con malicia—. Después.

—Ah, ¿después? ¿De qué?

—Hummm... —gime—. Para. Después de cenar. Tengo pensadas... cosas.

Se aparta, se enjuaga y tuerce los labios en una sonrisa de lo más vehemente. Esto va de hacerme sufrir ahora que ya ha solucionado las prisas.

—Es hora de cenar... —susurra.

Tina nos ha hecho carne al horno con puré de patatas. Con lo que me gusta comer..., qué desperdicio. Ahora no puedo pensar en meterme en la boca algo que no sea Gabriel. Pero él se ha secado, se ha puesto el pantalón negro de pijama y allí lo

tengo, bebiéndose una cerveza tranquilamente. Será cabrón. No puedo estar ni sentada, pero supongo que cuenta con eso, con que la espera y las expectativas me volverán loca de ganas. Me duele el cuerpo, porque necesito que lo toque.

—Eso no se hace —le digo entre dientes.

—¿Qué no se hace? —Se pasa la servilleta por los labios y me mira.

—Decirme que tienes cosas pensadas, cosas cochinas... y después decirme: «Hala, a cenar».

—Hay que saber postergar las cosas buenas para disfrutarlas más.

—Te voy a trinchar como a un pavo.

Gabriel se ríe. Necesito, físicamente, que me folle hasta romperme. Y sé que podría hacerlo; eso empeora mi estado. No dejo de fantasear mientras remuevo lo que hay en el plato. Es como si hubiera estado conteniendo lo que siento sexualmente hasta haberlo conocido a él.

—¿Por qué no comes? —dice antes de un bocado.

—Porque no puedo —le confieso—. Por tu culpa solo pienso en ponerme a cuatro patas en la cama y...

Gabriel empuja mi plato hacia mí y no dice nada más.

Dios... pero cómo me pone...

Cuando llegamos de nuevo a la habitación, estoy desesperada. Se ha tomado hasta un café después de cenar. Y le ha importado bien poco que le insultara, que suplicara o que amenazara con empezar sin él.

Lo espero sentada en el borde de la cama, y cuando ya creo que me va a dejar así hasta el día siguiente, aparece con una botellita de agua en una mano y algo muy pequeño en la otra. Lo pequeño es una pastilla azul.

—¿Sabes qué es esto? —Y esboza una sonrisa que me toca entera.

—No. ¿Qué es?

—Es Viagra.

Gabriel se ríe abiertamente y yo abro los ojos como platos.

—¿Es que estás loco? ¡Suelta eso!

Me guiña el ojo antes de metérsela en la boca y dar un trago de agua.

—¿Preparada? —dice.

No. No lo estoy...

Tarda quince minutos en hacer efecto. Quince minutos que Gabriel pasa recreándose en lo húmeda y dispuesta que estoy. Pasa los labios sobre mi clítoris, sopla sobre él, sube a besarme después la boca, para que me saboree. Me acaricia con una suavidad que apenas puedo soportar. Me remuevo y no puedo más. No puedo

más. Siento dolor.

Entonces, Gabriel ya está preparado. Me coloca a cuatro patas y me penetra con fuerza. Yo grito como una actriz porno porque ni siquiera puedo contener la voz en mi garganta. Y él no deja de susurrar cosas que terminan de ponerme a tono para hacer cualquier cosa por él.

—Te voy a follar durante horas. Me correré y volveré a follarte hasta que no puedas más. Y entonces te follaré otra vez.

Lleva la mano derecha a mi sexo, y cuando creo que va a acariciarme el clítoris para que me corra rápido, mete un dedo dentro de mí mientras me penetra. Luego dos.

Se vuelca sobre mi espalda y siento su lengua por mi piel. Sus dedos han desaparecido, pero pronto los noto, humedecidos, en mi trasero.

—No —le pido. Pero antes de que termine de decirlo, ya tengo uno dentro—. Oh, joder... —me quejo, porque no quiero que me guste.

Su dedo sale de mí y sigue embistiéndome con rabia. Está tan duro... Vuelvo a sentir un dedo en la puerta de atrás y me giro, tumbándome sobre mi espalda y haciendo que salga de mí.

—No —repito en tono firme.

—Te prometo que te gustará —dice con una sonrisa—. Y no acabarás en el hospital.

—No me siento cómoda.

Gabriel me acaricia el clítoris con su erección y se muerde el labio.

—Vale —dice.

Me quedo mirándole sorprendida, porque pensaba que insistiría hasta que yo no tuviera más narices que ceder.

—¿Vale? —le pregunto.

—Sí. —Y sonrío al decirlo—. Ya me lo pedirás.

—¿Con esa polla? —Lanzo una carcajada—. ¿Qué quieres, romperme por la mitad?

Los dos nos echamos a reír y nos giramos en la cama, hasta colocarme encima.

—Cariño, a ti te lo han hecho muy mal en el pasado.

Arqueo una ceja.

—Tú qué sabrás.

—Sé que si te lo hubiera hecho yo, ahora mismo me estarías pidiendo sin parar que repitiera. —Niego con la cabeza—. No quiero insistir, que conste. Ahora quiero correrme.

—¿Dónde? —pregunto y lo meto en mi interior.

Gabriel gime en un gruñido y dice algo que me sonroja.

—Quiero correrme en tu culo —dice mientras yo me muevo sobre él.

—Correrte en mi...

—Sí. —Empieza a penetrarme tan rápida e intensamente desde abajo que asiento.

—Sí —le digo.

Sus manos en mi cintura me empujan a él y me alejan; sus dedos se clavan en mi carne y se mueve, desde debajo de mí, clavándose hasta lo más hondo de mi cuerpo, llevándome de viaje al techo. Le toco el pecho, subo por su cuello y paso las yemas de mis dedos por sus labios.

—Ya... —Cierra los ojos como si estuviera controlándose para no irse y verme moviéndome así no le ayudase—. Estoy a punto...

Me quito de encima de él y Gabriel se mueve en la cama hasta darme la vuelta y quedar detrás de mí. Me levanta el trasero, yo meto la mano entre las piernas para tocarme, pero él la aparta y, colándose entre mis nalgas, se corre sin llegar a penetrarme, con un gruñido de placer.

Oh, Dios, ahora estoy aún más caliente que antes.

—Como no hagas que me corra me voy a morir... —me quejo.

Voy a levantarme para limpiarme su semen, pero Gabriel me mantiene en la misma postura, firme. Su erección no ha bajado y la pasea por mi sexo. Desespero, gimo, jadeo, grito... pero nada.

—Tócame..., fóllame, por favor —suplico con la cara en la almohada.

Gabriel me penetra un par de veces y sale de mí.

—Es que no estoy seguro de que quieras terminar ya —dice en un tono de burla sádico.

—Joder..., claro que quiero.

—Y cómo quieres que lo haga.

—Fóllame. Móntame. Hazme el amor. Lo que quieras, pero hazlo.

—¿Lo que quiera?

—Sí... —jadeo.

—¿Y si quiero metértela por el culo?

—¡Hazlo, joder, hazlo! ¡Métela por donde quieras!

—Te lo dije... terminarías pidiéndomelo. —Y cuando me quiero dar cuenta está dentro de mí otra vez, pero entre mis labios vaginales, abriéndome, llenándome como siempre. Me gira en la cama, me abre las piernas y se tumba encima. Me penetra otra vez antes de decir—: Jamás haré nada que no te apetezca y te haga gritar. ¿Es que no

ves que he nacido para complacerte?

Y sin poder hacer nada más, arqueo la espalda y me corro con sus labios sobre los míos. Y el orgasmo es devastador, largo e intenso, como un latigazo.

Y entre el sudor, mi humedad y su semen, vamos dejando la cama perdida también de recuerdos. Estas sábanas las meteré yo misma en la lavadora, si es que al intentar quitarlas no me plantan cara.

9

IDILIO

Para: Silvita GU

Fecha: miércoles, 20 de marzo, 23:32

De: Álvaro Arranz

Asunto: Dicen que...

Sabía que llegaría este momento y que alguien se acercaría a mí para decirme con malicia algo sobre ti. Ha sido una amiga de mi hermana con la que me he encontrado en el aparcamiento. Dice que se rumorea que estás embarazada. Que se rumorea que Gabriel tiene la mano muy suelta y tú vas llena de cardenales. Que tienes un rollo con su entrenador personal.

No creo nada, aunque no descarto que un día desayune con la noticia de que has decidido ser madre con ese. Con ese, Silvia. ¿Qué hay de todas las cosas que querías hacer por ti misma? Joder, Silvia, hoy estoy muy cabreado. Me va por días. Hoy es de los malos. Tengo mucha rabia dentro. ¿Qué haces allí? ¿Qué haces con ese? ¿Por qué coño estoy yo así? Estoy muy enfadado y ya no sé si lo estoy contigo, conmigo o con él.

Dile que si te toca lo mato.

Qué asco de vida, Silvia.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Para: Álvaro Arranz

Fecha: jueves, 21 de marzo, 9:32

De: Silvita GU

Asunto: Re: Dicen que...

Por supuesto que Gabriel me toca, pero no me deja cardenales, te lo aseguro. Cuando Gabriel me toca solo es para complacerme y hacerme feliz. Y lo hace todo el tiempo. Y si tu vida te parece un asco, es porque no has aprendido, en treinta y cinco años, a gestionarla. No tienes razón alguna para ponerte así. ¿Sabes por qué? Porque al final me fui como un perro que está harto de que le den patadas.

Ahora la que está enfadada soy yo, Álvaro.

Deja de escribirme.

Bajo a la cocina frotándome la frente, tratando de quitarme de encima el mal cuerpo que me dejan estas cosas. Joder con Álvaro...

Abro la nevera, cojo una botella de algo que aquí llaman agua vitaminada, que es básicamente agua con sabores y me acerco a la cristalera que da al jardín. Están podando algunos árboles y las flores están increíbles, llenándolo todo de un jaspeado de colores cálidos, como en una pintura puntillista. Puto Álvaro. Puto una y mil veces. Resoplo.

—¿Pasa algo?

La voz de Gabriel suena tan cerca que estoy a punto de gritar.

—Joder, qué susto —me quejo—. Trata de no ser como un ninja, por favor. Ve haciendo ruido o te tendré que poner un cascabel.

—Lo siento. ¿Pasa algo? —repite.

—No. Nada.

—Me ha dicho Mery que algunos de los bolos de la gira os están dando problemas. Si te agobia, delega. Para algo eres mi mujer.

Y cuando dice que soy su mujer hay una nota de posesión que, muy al contrario de lo que podría parecer, me encanta.

—No es eso —pero no le quiero decir que Álvaro me escribe todas las semanas, a veces hasta dos o tres días seguidos—. Son temas de España.

—¿Está bien tu familia?

—Sí —asiento—. Déjalo, no te preocupes.

Gabriel tiene el ceño fruncido y le pongo un dedo entre las cejas. Relaja la expresión.

—Así me gusta.

—Me tienes domesticado.

Me roba la botella de agua de las manos y me pregunta cómo voy con el trabajo.

—Bien, la verdad. En tres semanas estaremos ya *on the road* y parece que por fin está todo cuadrado. Después saldrán mil marrones de última hora, pero de eso ya nos ocuparemos más adelante. Por cierto, tengo que llamar a Martin para que te oriente con la ropa para las entrevistas y esas cosas. ¿Cuándo te viene mejor que venga?

Gabriel sonrío, me pega a él y me pone las manos en el culo.

—Sabía que serías brillante. Que venga cuando creas conveniente. Confío en tu criterio.

Le doy un beso y me alejo hacia las escaleras.

—¿Te apetece salir esta noche? —me dice parado frente a la ventana, mirando hacia fuera.

—Claro.

A las ocho y media ya estoy preparada. Aquí la gente cena a una hora aberrante, casi a mi hora de merendar. Pero, claro, aquí no meriendan. Tengo más hambre que el perro de un ciego...

Gabriel está en el cuarto de baño, afeitándose. Me cuelo dentro y me sorprendo al ver que sigue llevando solo la toalla.

—¿Aún estás así? —me quejo, pero con ganas de tirar de ella y arrancársela de encima—. ¡Que me muero de hambre!

—Pues agáchate y come, reina.

Le doy un puñetazo en el brazo y él se ríe mientras se repasa las mejillas.

—Qué guapa —susurra cuando paso por detrás de él.

Llevo un top blanco de seda con algunos apliques de *strass*, unos vaqueros pitillo bastante ceñidos y unos Christian Louboutin con plataforma y cristales de Swarovski.

—¿Adónde vamos?

—Cenamos en el japonés y vamos a tomar una copa a algún club. ¿Te apetece?

—Lo que me sorprende es que te apetezca a ti, la verdad.

Gabriel no contesta. Solo sonrío. Esta situación me incomoda. Es como si él supiera algo que no me está contando...

La cena ha ido muy bien y he conseguido relajarme. Bueno, relajarme no es la palabra adecuada. Digamos que ya no tengo la impresión de que Gabriel me está escondiendo algo. Relajada no puedo estar, porque nos hemos pasado toda la cena besándonos y toqueteándonos por encima de la ropa. Mi temperatura corporal debe de estar muy por encima de lo normal, pero ya no sé si me la mido en Celsius o en Fahrenheit.

Cuando cogemos el Mustang para ir a tomarnos una copa, le pido a Gabriel que vayamos a casa y le doy un catálogo de la oferta de servicios que le puedo proporcionar si cede. Pero me parece a mí que no. Tiene planes.

—¿Has quedado con alguien? —le pregunto mosqueada ya.

Me mira de reojo.

—Sé que van a estar allí unos amigos a los que hace tiempo que no veo y me encantaría presentártelos.

—Pero ¡yo estoy cachonda!

Gabriel sonríe de lado y no contesta.

Cuando llegamos al club le damos las llaves a un aparcacoches y entramos sin tener ni que mirar de reojo la cola de gente que está esperando para entrar. Aquello es enorme. Es como el interior de una casa diáfana y con una escalera con balaustrada. Las luces van de aquí a allá, y a pesar de que yo me encuentro perdida, él localiza muy pronto el lugar al que quiere ir. Al fondo de una barra, un montón de gente nos espera. Coloca su mano al final de mi espalda y me lleva hasta una pandilla de diez tíos, cada uno con una pinta más friki que el anterior. Son modernos guays entre los que no me siento cómoda. Si me lo llega a decir, me habría inventado una enfermedad tropical con tal de no venir a conocerlos.

Como soy la única mujer de la pandilla, todos se encargan de mimarme y traerme copas. Creo que están tan preocupados por caerme bien como a la inversa. Gabriel bebe una cerveza tras otra apoyado en la barra, dejándome espacio para que hable, ría, cuente anécdotas y sea yo. Y entre trago y trago, me mira con esa expresión de veneración que tanto me gusta y aturde. Y las ganas que tengo de él se van acumulando.

A las doce uno de ellos saluda a otro chico, que se une a nosotros tras las presentaciones. No sé ni cómo se llama, pero la verdad es que no me interesa.

A pesar de que Gabriel es lo suficientemente espectacular como para que a mí me cueste mirar a otros hombres, este chico ya ha captado la atención de todas las mujeres del club cuando ha entrado. Es guapo hasta hartar; una de estas bellezas naturales, casi mediterráneas, pero adornada por las horas de gimnasio que debe de echar.

Gabriel se acerca a mí mascando chicle y nos damos un beso.

—Si sigues mirándolo terminarás por desgastarlo —espeta. Pero no lo dice con celos, sino como un comentario al azar.

—No lo estaba mirando —añado acariciándole el pecho.

A estas alturas de la noche, yo ya estoy un poco borracha. Mis manos resbalan por encima de su camiseta hacia abajo y le agarro del cinturón con el que sujeta el vaquero a la altura de las caderas.

—¿Vamos a casa? —y, al preguntarlo, procuro poner cara de guarrona viciosa dispuesta a todo.

Me mira de arriba abajo y sus ojos se detienen en mis pechos. Después se inclina y me dice al oído:

—¿Estás juguetona?

Asiento.

—¿Cuánto?

—Mucho —respondo pícaro.

Gabriel da un paso hacia atrás.

—Eh... —llama al chico que se nos acaba de unir con una sonrisa forzada y este se nos acerca—. Nos vamos a casa. —El chico se nos queda mirando sin saber muy bien qué contestar y entonces Gabriel nos deja a los dos con la boca abierta—. ¿Te vienes? —le pregunta.

Bueno, a decir verdad, la única que pone cara de imbécil aquí soy yo, porque él parece haberse repuesto muy rápido de la sorpresa.

—Eh... —murmura—. Pues... vale.

—¿Vale? —insiste Gabriel.

—Sí. ¿Os sigo en mi coche?

—Perfecto. Vamos.

Gabriel echa a andar y tira de mi brazo. Nos vamos sin despedirnos de nadie y entonces me sorprendo al comprobar que todos nos siguen. No sé si asustarme o relajarme. No sé si piensan que me voy a montar una orgía con todos ellos o si solo vamos a seguir un rato más en casa.

Nos acomodamos en el salón. Somos un grupo grande y yo, entre bromas, voy preocupándome por saber qué quiere beber cada uno. Gabriel me acompaña, en teoría para ayudarme con las bebidas, pero cuando llegamos a la cocina tarda muy poco en arrinconarme y pedirme que le bese. Y no quiere que le dé un besito. Quiere que le llene la boca, que le muerda, que le lama y que me encienda. Encajamos los labios y nos besamos profundamente. Su lengua baila en círculos alrededor de la mía y yo voy cediendo.

—Hay gente en casa a la que, por cierto, has invitado tú —me quejo tratando de apartarlo.

—¿Y qué? —dice con una sonrisa.

—Oye, ¿y de qué iba eso de hacerme creer que invitabas a ese a hacer un trío?

—No sé de qué hablas —se ríe.

—Claro que lo sabes.

—Bueno... —Vuelve a acercarse—. No parecía que la idea te pareciera mal.

—¿Quieres que fantasee con ello?

—Hum..., qué mala eres. —Se ríe de mí—. Y dime, ¿qué ibas a hacer tú con dos tíos?

—Se me ocurren muchas cosas.

Me soba el culo por encima de los vaqueros y de repente, no sé por qué, me acuerdo de cuando Álvaro me contó que había hecho un trío con una de sus ex y una desconocida.

—¿Te pondría? —me pregunta Gabriel al oído mientras sus manos cambian de sitio, subiendo por dentro de mi top, en dirección a mis pechos.

Pellizca mis pezones por debajo del sujetador y aprieto los dientes. Me encanta cómo lo hace y asiento.

—¿Y a ti? —le pregunto.

Asiente. Y me encanta esa expresión de chulito que pone, como si siempre dominara la situación.

—Serías capaz de dominarnos a los dos y follarnos tú sola.

—Ah, sí, ¿eh?

—Te voy a hacer de todo... —gruñe cuando le palpo el paquete.

Un ruido nos sobresalta y nos separamos. Las manos de Gabriel salen de debajo de mi ropa y miramos hacia la puerta, donde el chico en cuestión acaba de entrar.

—Hola... ¿Necesitáis ayuda con las bebidas? —pregunta.

Y yo diría que... este huevo pide sal.

—Sí —contesta Gabriel mirándome—. Silvia te dirá qué necesita.

Se aparta hasta apoyarse en la encimera con cara de «qué malo soy y cómo me molo», y yo le sigo el rollo, no voy a ser menos.

—¿Podrías bajarme esas botellas? —Abro un armario y le señalo lo que quiero.

Él se acerca. Es alto, casi más alto que Gabriel. Cuando las coge y me las da, me doy cuenta de que tiene los ojos verdes.

—¿Algo más? —contesta con una sonrisita sensual.

—¿Algo más, Silvia? —dice Gabriel detrás de él.

Joder. Pues con la tontería..., cómo me estoy poniendo.

—No. Ya cojo yo el hielo.

Como estoy medio borracha y debo de haber perdido la vergüenza, me giro, me agacho y cojo una bolsa de hielo del congelador y, al levantarme, le rozo el paquete con mi trasero.

—Perdona —susurro con malicia.

—Perdonada —contesta.

Gabriel se acerca y, en sus narices, me besa, metiéndome la lengua hasta la garganta. El invitado mira con media sonrisa cuando nos separamos y, sorpresa, sorpresa, se pega a mí, convirtiéndome en la tortilla de un bocadillo precisamente de tortilla. Cierro los ojos y Gabriel susurra en mi oído si quiero otra copa.

—Por favor —susurro.

Gabriel se gira, coge un vaso chato, le pone un hielo y lo llena con bourbon. En realidad odio esa mierda de alcohol. El otro tío se me acerca y, cogiéndome de la cintura, se pega a mi cuerpo. Noto su erección en mi cadera a pesar de que los dos llevamos pantalones vaqueros y no es que sea una tela muy sensible.

—¿Sabes que tienes una mujer muy guapa? —le dice a Gabriel, que me pasa el vaso.

—Pues deberías verla desnuda —susurra Gabriel acercándose a nosotros dos.

Entonces vació el vaso garganta abajo. Me da igual lo que sea; necesito el trago.

—Y huele muy bien —siguen diciéndose entre ellos.

Y cuando me doy cuenta, los dos lados de mi cuello están siendo recorridos por dos bocas diferentes. Se me escapa un jadeo y Gabriel da un paso hacia la puerta.

—Dadme un segundo.

No puedo evitar comprobar que él también está excitado. Lo siguiente que escucho es que Gabriel se disculpa con sus amigos y que les dice que me duele la cabeza y que me he acostado. Luego irrumpe en la cocina y nos dice:

—¿Subimos?

Debo de tener un montón de neuronas sueltas por ahí. Eso explicaría muchas cosas.

Me sorprende que Gabriel nos dirija hacia su habitación. Me mira, me guiña un ojo y supongo que lo hace para que, pase lo que pase, nuestra cama siga siendo nuestra. A saber lo que ha visto ya la suya.

Mientras le pedimos que se acomode, nos quedamos en la salita previa y hablamos en susurros. Gabriel se acerca y me pregunta qué quiero hacer. No lo sé. Me encojo de hombros nerviosa. No lo sé.

—Iremos viéndolo sobre la marcha —dice y la manera en la que sonrío me tranquiliza.

No hay conversación sobre el tiempo o jueguecitos. Cuando entramos, Gabriel me pregunta si quiero besar a ese otro chico. Niego con la cabeza, me río internamente y con voz queda les digo que quiero que se besen ellos dos.

Por un momento creo que se van a negar; Gabriel incluso me mira con las cejas arqueadas, sorprendido. Estoy a punto de aclarar que solo bromeaba cuando nuestro invitado toma la iniciativa; se acerca a Gabriel y lo coge por el cuello. Abro los ojos como platos cuando veo ese beso. Gabriel se resiste levemente, mirándome.

—Cielo... —murmura.

—¿A qué esperas?

Ver a dos hombres besándose nunca había estado dentro de mi abanico de fantasías, la verdad, pero quiero saber hasta dónde es capaz de llegar Gabriel si yo se lo pido. Estoy borracha, él un poco también y... simplemente afloja la tensión de sus hombros y se deja. Después solo hay lenguas. Se besan, enredándose y, a pesar de que son dos hombres besándose, me parece tan masculino... tan sexi. Me quito el top, lo dejo caer y ellos, como un tiburón al olor de la sangre, se giran hacia mí con rapidez.

Me desabrocho los vaqueros y me digo a mí misma que estoy loca, pero me contesto que lo haré y después lo olvidaré. Me quito los zapatos y los pantalones y me quedo en ropa interior. Gabriel me sube sobre la cama y después se quita la camiseta. El suelo de la habitación se cubre de ropa en un momento y los dos se quedan en ropa interior delante de mí. Gabriel se acerca, tira de una de las copas de mi sujetador y me saca el pecho, que lleva rápidamente a su boca. El otro hace lo mismo y de pronto son dos bocas ávidas las que succionan, tiran de mi piel y me excitan. Dios. Estoy loca.

Yo misma me quito el sujetador y Gabriel me besa violentamente, como con propiedad. Dos manos aparecen entre los dos; una va directamente al interior de mis muslos y la otra al paquete de Gabriel. Los dos gemimos, aunque es una mano que no nos conoce y toca torpemente.

Gabriel se aparta un momento y por la manera como me mira... hace ver que algo no va bien. Quiero preguntarle qué pasa, pero el otro chico me aborda y me quita las braguitas. Después baja con su boca por todo mi cuerpo, y cuando va a acomodarse cerca de mi pubis, Gabriel lo toca en el hombro y, al girarse, le pide que se aleje. Miro a Gabriel, no molesta sino sorprendida y él, a modo de disculpa, dice:

—Lo siento. Creía que podía, pero no soporto ver a otro tocándote.

En lugar de rebajar mi libido, esa frase tiene el efecto contrario en mí. Gabriel se disculpa con el chico.

—Perdónanos... aún estamos definiendo los límites de la relación que tenemos y...

—Puedo no tocarla a ella —le ofrece.

Gabriel chasquea la lengua contra el paladar y se frota la cara.

—Muchas gracias, pero creo que preferiríamos estar solos —digo con la voz tan firme que casi no me conozco.

Esperamos pacientes a que se vista de nuevo y Gabriel lo acompaña a la puerta. Yo espero, desnuda, sobre la colcha. Espero y desespero, porque cada minuto que pasa me parece eterno. No debe de tardar más de diez, pero yo ya no me aguanto ni a mí

misma cuando vuelve a aparecer. Y viene con esa mirada... con esa devoción ciega en sus ojos que me construye entera otra vez.

Aunque estoy cachonda y hasta me corta el rollo, me acuerdo de mi hermano Óscar diciéndome que con Álvaro parecía débil. Le encantaría verme con Gabriel, porque con él soy todo lo fuerte que en realidad puedo ser. Le llamo a la cama, y cuando se tira sobre mí, abro las piernas y trato de desnudarlo con desesperación.

—Dios... fóllame —le pido.

—Silvia..., ¿estás decepcionada? —me dice sujetándose con sus brazos sobre mí, imponiendo un poco de distancia entre los dos.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Quizá... te he puesto el caramelo en los labios para quitártelo después.

—Claro que no. —Sonrío.

Sonríe aliviado y me dice que me quiere. Y yo a él. Tanto que apenas puedo creer que sea real. Me siento como si fuera una fanática que no piensa, que solo está obsesionada.

Gabriel y yo jugamos, a pesar de que ya no somos tres. Vamos a nuestra verdadera cama y me venda los ojos. Otro juego, dice... y con los ojos vendados parece que escucho mejor cómo respira, el sonido de su saliva y los latidos acelerados de su corazón. Parece que huele aún mejor, que su piel es más suave, que sus besos son más de amor.

Su lengua me recorre entera. Dibuja caminos por mis piernas hasta llegar a mi sexo, donde profundiza, abriendo mis pliegues, soplando sobre mi clítoris, mordiendo suavemente mis labios. Cuando creo que no puedo más, me gira, me coloca boca abajo y su lengua viaja en zigzag desde detrás de mis rodillas hasta mis nalgas. Cuando la siento adentrarse un poco más, gimo y no sé si sentir vergüenza o placer. Me agarra de la cintura, levanta mis caderas y siento sus labios recorriéndome la espalda. Gimo en voz alta y me retuerzo. De pronto, me lame la boca y me lanzo a besarle. Él trata de calmarme pero estoy desatada; llevo mi mano derecha hasta mi sexo y me toco, gimiendo. Los dedos se resbalan hacia mi interior.

Gabriel jadea. Puedo escucharle con la respiración entrecortada e imagino su expresión. Eso me calienta más aún y me retuerzo tratando de tocarlo. Escucho cómo se cierra un cajón y reconozco sobre la boca el tacto del vibrador que me regaló. Ni siquiera lo pienso un segundo: lo chupo templándolo. Después Gabriel lo cuela dentro de mí. Me arqueo y le pido más, porque le quiero a él dentro. Pero sigue acariciándome con el aparato.

El primer orgasmo me sacude casi sin esperarlo. Es violento y me azota entera.

Grito con los labios cerrados y después cojo aire, porque creo que me ahogo.

Reconozco el peso de Gabriel entre las piernas justo antes de sentir cómo su erección me dilata, entrando poco a poco en mí, hasta el final. Acerco las caderas a él, porque no he tenido suficiente, pero me para. Me besa la barbilla, el cuello, los hombros; mientras, entra y sale de mí con profundidad pero con una lentitud que me castiga. Me quito la venda de los ojos, lo llevo a mi boca y, sonriendo, le pido que no pare.

—Ya no puedo parar —dice con la voz tomada—. Ya da igual lo que quiera hacer. Dentro solo te tengo a ti.

Y no follamos. No podemos. Solo hacemos el amor. Él encima, yo encima, de lado. Da igual. No cambiamos de postura buscando el morbo, sino para poder mirarnos mejor. Terminamos sentados sobre la cama, yo sobre él. Mis dedos acarician suavemente mi clítoris hinchado y sensible y Gabriel se hunde en mí con contundencia. Me avisa de que se va y me corro apoyando la frente sobre sus labios. Después me llena. Me llena y en cuanto sale de mí manchamos mis muslos, los suyos y las sábanas. Y me encanta esa sensación. Adoro cada roce, cada nueva experiencia, cada palabra, cada respiración. Amo hasta la extenuación todo lo que tenga que ver con él.

Un rato después, cuando ya nos hemos dado una ducha, Gabriel sigue callado, meditabundo. Me apoyo en su pecho y le pregunto si le pasa algo. Asiente, me mira y dice:

—Silvia..., sí tiene que ser amor. El amor de mi vida.

10

NUESTRO NIDO

Queda muy poco para que empiece la gira y los dos estamos nerviosos. Yo lo demuestro y él se limita a esforzarse por disimularlo; pero yo lo conozco. En un arrebato, llamo a Mery y le digo que Gabriel y yo nos marchamos unos días fuera y que vamos a estar ilocalizables. Me pide que tenga mi teléfono personal operativo por si surgiera alguna emergencia y que no le diga a nadie adónde vamos.

Cuando Gabriel vuelve de entrenar, me encuentra en la puerta, con las llaves del Mustang en la mano.

—¿Adónde vas? —pregunta confuso, con el ceño fruncido.

—¡Nos vamos!

Ni siquiera le dejo darse una ducha. Se sienta en el asiento del copiloto con una sonrisa en los labios, desmadejado, con la zapatilla apoyada en la guantera. No deja de preguntarme adónde vamos, pero no suelto prenda.

—El viaje no es muy largo, pero se hará eterno si no dejas de interrogarme —bromeo.

Subimos el volumen de la música y dejo que sus ojos se concentren en la ventanilla. Los Ángeles corriendo tras nuestro coche, quedándose rezagada, sin poder alcanzarnos.

Cuando cogemos el desvío hacia Venice Beach, le miro de reojo y le veo esbozar una sonrisa aniñada.

—¿Venice? —pregunta.

Unos días en el apartamento nos vendrán muy bien. Llevo el maletero lleno de comida y bebida y la intención de no salir de allí hasta que tengamos que volver.

Al llegar, abrimos las ventanas para que se airee el ambiente viciado de casa cerrada.

Me encanta este piso, aunque sea pequeño. Los colores amarillo, menta, blanco, la madera clara... la tabla de surf antigua decorando el salón, apoyada en una pared; el sofá de los sesenta y la alfombra estampada. Todo lleno de discos y de libros y de una luz amarilla que anima a ser feliz.

Guardo la comida en la cocina mientras Gabriel se da una ducha. Le escucho tararear desde allí, con su voz grave. Soy tan feliz que me da miedo. Saco una botella de vino tinto y dos copas y las dejo sobre la mesa baja del salón. Gabriel sale del baño con una toalla en la cintura.

—Dime que me has traído ropa... —sonríe.

—No sé para qué ibas a necesitarla.

Se mete en el dormitorio y le escucho reírse. Evidentemente, he traído ropa. La maleta está abierta sobre la cama y él tarda muy poco en salir vestido con unos vaqueros roídos negros que le encantan, llenos de agujeros y una camiseta negra también. Lleva el pelo mojado y se lo mesa entre los dedos, sentado en el sofá.

—¿Por qué no vienes? —me llama.

Aparezco con un plato preparado con algo para picar. Gabriel no come mucho, pero cuando viene de entrenar suele tener hambre. Lo encuentro bebiendo de su copa y encendiendo un cigarrillo.

—¿Y todo esto?

—Porque nos lo merecemos.

Nos damos un beso en los labios, mimoso, y después se inclina en la mesa y empieza a comer.

—Hay que cambiar la luz del baño. Hace un ruido infernal. Es un zumbido así zuuummm. Demencial.

Sonrío. Aún me sorprende verlo implicarse en esas cosas. Por eso me gusta venir. Cuando nos refugiamos aquí, somos un matrimonio más, joven, enamorado, en un piso pequeño pero precioso. Sin servicio. Solo él y yo.

—¿No comes? —me pregunta con ojitos.

—Te comería a ti.

Estamos tan moñas que creo que me voy a dar una reacción alérgica a mí misma.

Después de terminar con la botella de vino, nos dejamos caer sobre la mullida alfombra. Gabriel me está contando cosas de su experiencia en las anteriores giras. Aunque todo me asusta un poco, me alegra que sea completamente sincero conmigo. Está tumbado sobre su espalda, fumando, mirando al techo.

—El ritmo es vertiginoso. Hay momentos en los que te cuesta saber dónde estás. Una vez hasta me equivoqué saludando. Dije algo así como: «Buenas noches,

Alemania». Y estaba en Estocolmo. Aquello salió hasta en las noticias.

Me giro boca abajo, apoyada en los codos, para mirarlo mientras habla. Él sigue.

—Las primeras giras con los chicos fueron geniales. Teníamos veintipocos y todo era nuevo; teníamos muchas ganas y mucha energía. Y no era solo la gira. Era alcohol a mares, fiestas, un montón de tías... aquello estuvo bien durante un tiempo, pero empezamos a hundirnos en esa rutina. —Se ríe acordándose—. El descontrol fue absoluto y dio paso a la anarquía total. Parecía que podíamos hacer lo que nos saliera de las pelotas y un montón de cosas dejaron de parecer graves. Y así terminamos.

—¿Os separasteis por eso?

—Nos separamos porque empezamos a volvernos locos. Uno fue acusado de forzar a una menor y el otro le dio una paliza a un tío en un bar y lo dejó en coma. Y allí estábamos el resto, flipando en colores, hasta las cejas siempre de ácido o de farlopa... —Chasquea la lengua contra el paladar—. Un desastre. La siguiente gira fue más tranquila; fue la primera que hice en solitario. Más tranquila porque al menos no había violaciones, ni bacanales, ya me entiendes. Pero era un jodido caos. Cuando alcancé el disco de platino en tiempo récord, se me fue la olla. Fue como ratificar esa sensación de que todo era posible. Farlopa, peleas en bares, vodka a palo seco a las nueve de la mañana... y de pronto, un día justo después de la gira, me vino toda la bajona. Cuando todo se calmó a mi alrededor, me di cuenta de que tenía millones de dólares pero a nadie a mi alrededor. Nadie de verdad, claro, porque tenía a cientos de lameculos que pretendían vivir de mí. Y un día se me cruzó el cable y dije... a tomar por culo. Valium, coca, vodka, y me senté a esperar.

—¿A esperar?

—Estaba megacolocado —vuelve a echarse a reír—. Pasado de vueltas. Pensaba que iba a ver a la muerte entrar a por mí. —Le miro sorprendida y él asiente, como dándome la razón—. Tu marido es un demente.

Me acerco y le beso.

—Pero no va a volver a pasar —le digo.

—No —y sé que, aunque lo dice en un tono firme, por dentro esa afirmación tiene tono de pregunta—. Pero me da miedo estar cansado, no darlo todo. No es lo mismo, por mucho entrenamiento y vida sana. No sé si es posible hacer una gira al cien por cien a base de café y Red Bull.

—Claro que sí —le digo porque si alguien puede, es él.

Si alguien se lo merece, somos nosotros dos.

Me gusta hacer el amor en el dormitorio de este piso. Mi piso en Venice. Regalo de Gabriel, porque estar aquí le hace sentir como yo, dice: en paz. Siempre que

revolvemos las sábanas de esta cama, me da por pensar que seremos padres un día y que nacimos para estar juntos.

Ahora mismo Gabriel se está colocando entre mis muslos, debajo de estas sábanas estampadas que parecen recién sacadas de hace cuarenta años. Se apoya en sus manos, cada una colocada a un lado de mi cabeza y empuja con la cadera, pero se desliza entre mis labios sin penetrarme. Aun así, gemimos. Abro más las piernas y él vuelve a intentarlo; esta vez se cuelga hasta lo más hondo y ambos nos arqueamos de placer.

—Nena... —sonríe jadeando.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—No hay nada en el mundo que me guste más que joder contigo.

Me da la risa y me carcajeo. Él también se ríe, pero no abandona el movimiento que le lleva hasta mi interior y después lo aleja. Me levanta una pierna, la cuelga de uno de sus brazos y vuelve a empujar. La sensación es increíble. Piel con piel. Me encanta hacer el amor con él sin condón, sentir cómo se va humedeciendo con mi excitación y finalmente me llena con la suya. Ahora, en esta postura, la penetración es profunda y muy satisfactoria. Los pezones se yerguen endurecidos y se me pone toda la piel de gallina.

—Follarte es morirte en vida —jadea—. Follarte es una puta droga, joder.

Me agarra con la mano que tiene libre y me levanta de la cama en dos, tres, cuatro empujones. Eso me hace gritar y me lleva a un estado que se aleja del rato de sexo amoroso que pensaba que tendríamos. Va a ser brutal, sucio y satisfactorio. Después de esto, necesitaremos fumarnos por lo menos un puro.

Nos revolcamos entre las sábanas y Gabriel empieza a penetrarme con tanta fuerza que nuestra piel choca violentamente al encontrarse. Me suelta la pierna, se coge al cabezal de madera y gruñe.

—Joder, Silvia... —Contraigo los músculos y grito—: ¡Joder!

Se deja caer sobre mi cuerpo, hundiendo la cara en mi cuello y nos aceleramos. El ritmo empieza a ser enfermizo. La cama cruje bajo nosotros y chirría. Siento los dientes de Gabriel clavándose en mi hombro y me arqueo facilitando la colisión entre su cadera y la mía.

Se incorpora, sale de mí y tira de mi cuerpo. Nos besamos de una manera salvaje, enrollando las lenguas, lamiéndonos la boca. Sus dedos, clavados en mi cintura, me obligan a darme la vuelta y me coloca a cuatro patas delante de él. Me penetra enseguida, cogiéndome del pelo.

—¡Dios! —grito.

Sus gemidos llenan la habitación; los míos le hacen coro. Y aunque es increíblemente placentero, el cuerpo me pide más. En realidad, creo que no es el cuerpo, sino mi cabeza, llena de un deseo que hasta me empaña la mirada.

Con la fuerza de las penetraciones y mi humedad, Gabriel termina deslizándose hacia el exterior. Gruñe de frustración y cuando dirige su erección de nuevo hacia mi cuerpo, me doy la vuelta.

—Gab... —y si el tono ya es perverso, sucio, lujurioso... la petición que va detrás, lo es más—. Házmelo.

Él sonríe; sabe a qué me refiero.

—¿Qué quieres que te haga?

—Que me folles por el culo —le digo mordiéndome el labio inferior.

—En realidad no quieres —dice tocándose y abriendo más mis piernas con una de sus rodillas.

—Quiero...

Se ha preocupado de asegurarse, pero no va a insistir, eso está claro. Se estira y abre el cajón de la mesita. Frunce el ceño.

—No hay ni lubricante ni condones, nena.

—¿Quién los necesita? —bromeo.

Gabriel pasea su erección por entre mis labios empapados y después humedece su mano con saliva y se toca. Ese gesto me ha puesto casi más cachonda de lo que ya estaba, si eso es realmente posible. Coge la almohada y tira de ella hacia abajo, obligándome a acomodarla en mis riñones. Eso deja mis caderas levantadas.

—¿No prefieres la postura de antes? —le pregunto.

—No. Quiero verte la cara cuando te corras.

Repito lo de la saliva y yo gimo de anticipación. Me pide en un susurro que me toque. Me acaricio con los dedos a la vez que él presiona por entrar en mí; la punta se cuela de un empujón y se queda quieto. Siento mi cuerpo tirar en todas direcciones y sigo acariciándome.

—No pasa nada si cambias de idea —susurra tocándome los pechos.

—Quiero tenerte en todo mi cuerpo —le respondo.

Él empuja un poco más. Me contraigo entera y él va a retirarse, pero como no quiero que lo haga, le presiono con mis piernas, atrayéndolo más. De golpe, lo tengo dentro. Jadeo. Lo siento en todo el cuerpo. Lo siento haciéndose sitio. Acomodándose en mi interior. El sexo me palpita, los pezones se han endurecido aún más y la piel me escuece. Gabriel me mira alucinado.

—¡Dios! —grita y aprieta los puños, conteniéndose para no empezar a empujar y

hacerme daño.

Sigo acariciándome, pero muy despacio, porque estoy a punto de correrme cada vez que lo hago.

—Hazlo, Gabriel..., hazlo y córrete dentro de mí.

Se mueve fuera y dentro de nuevo. Me penetra con facilidad. Cierra los ojos y susurra que va a correrse si me mira. Yo estoy igual. Nunca pensé que esto me excitaría tanto. Nunca pensé que terminaría pidiéndolo yo.

Cogemos ritmo y sus manos se deslizan de mis pechos a mis caderas, hasta que una se cuelga entre las piernas. Mete un dedo dentro de mi vagina húmeda. Eso le gusta, lo he escuchado gemir. Mete otro y entonces me gusta tanto que tengo que dejar de acariciarme por no correrme ya.

—No, no... no te contengas, nena. No puedo más.

Nos acercamos cuanto podemos y nos besamos. Aspiro sus gemidos mientras me penetra con firmeza. Sé que está al borde porque tiene que parar de vez en cuando y se muerde el labio inferior con saña en cuanto no lo beso. Y solo tengo que acercarme de nuevo los dedos a mi clítoris para explotar en un orgasmo que no es comparable a nada y siento tanto placer que creo que voy a desmayarme. Grito y noto cómo Gabriel explota dentro de mí también. Nos movemos al unísono, frenando el ritmo hasta que él sale de mí y, hasta en ese movimiento, vuelvo a sentir placer.

Su boca y la mía se devoran enfermizamente durante los siguientes segundos. No puedo despegarme de él. Le rodeo con las piernas, le abrazo con mis manos deslizándose por la piel de su espalda.

—Tenías razón —le digo en un hilo de voz.

—¿En qué?

—Nunca antes me lo habían hecho bien.

Después de una ducha, volvemos a meternos en la cama, desnudos. Nos besamos y hasta nos avergonzamos un poco de lo salvajes que nos hemos puesto antes. Al recordarlo Gabriel vuelve a ponerse tonto. Me besa, mordisquea mis orejas y yo finjo que no quiero más, acurrucándome en la cama, cuando lo que quiero es que me lo haga así, desde atrás, abrazado a mi cuerpo. No se hace esperar. Le facilito la tarea subiendo mi pierna derecha a las suyas, en un ejercicio de flexibilidad.

—Voy a tocarte, nena, como toco mi guitarra. Y vas a hacer música para mí.

Y hago música, claro, gimiendo despacio, mimosa, rezando entre dientes que le quiero, que me hace sentir viva. Él lo hace también, suspirando quedamente en mi

cuello y susurrando que me quiere. Nos corremos los dos a la vez, en un murmullo.

No me suelta aunque le pido que me deje ir al baño. No quiere, dice. Me abraza más a él y me acaricia el pelo, besándolo. No tardo en dormirme; ni siquiera me doy cuenta. Cierro los ojos, siento sus dedos viajando entre mis rizos y me relajo. Sueño con miles de flashes en mitad de la noche y con gritos; ecos de la gira, que tengo metida en el cerebelo hasta para esto. Lo siguiente es el despertar. Estoy mirando hacia la ventana, sola en la cama. Fuera se está haciendo de noche y Gabriel, sentado en la hamaquita de madera y algodón, me mira. Está muy serio.

—¿Por qué no me has despertado? —gimoteo—. Después no dormiré.

—Estabas muy guapa. Parecías relajada.

Se levanta, vuelve a llevar los vaqueros y se ha puesto un jersey bastante roído también, que le gusta tanto o más que los pantalones. Sale hacia el salón y le oigo encenderse un cigarrillo. Salgo de la cama desnuda y me pongo una bata; cuando salgo del baño, Gabriel está apoyado en la ventana del dormitorio y mira hacia el exterior. No le veo la cara, pero sé que su expresión debe ser taciturna, porque se respira en el ambiente. Le ha estado dando vueltas a la cabeza.

Le abrazo por detrás y le beso la espalda.

—Deja de pensar. Nada importa tanto, ¿sabes? —le pido.

—Me gustaría tenerlo tan claro.

—Te quiero.

Gabriel se da la vuelta y me mira.

—Lo eres todo, Silvia. Eres cuando me despierto, cuando me duermo, cuando respiro. No tienes que ser nada, solo ser tú.

—A juzgar por tu tono, cualquiera diría que eso es malo.

—No lo es.

—¿Entonces?

—No quiero hacerte daño.

—¿Quién dice que lo harás?

—Lo tengo aquí —se señala la boca del estómago—. Se me hace un nudo si lo pienso; hace mucho tiempo que no me pongo a prueba. La gira...

Me pongo de puntillas y le doy un beso en la nariz. Sonríe automáticamente. Se acomoda en la hamaquita y me siento en sus rodillas, con la espalda pegada a su pecho y su boca en mi cuello.

—Me tengo miedo —musita.

—No tienes por qué tenerlo. Yo te conozco. Eres el amor de mi vida y el amor, dicen, lo puede todo.

—Soy un cobarde, Silvia. Es mejor que lo sepas, porque no quiero decepcionarte.

—No eres un cobarde. Tomaste decisiones equivocadas en el pasado. Como todos.

—No, no todos.

—¿Cómo que no? ¡Mírame a mí! Perdiendo el tiempo cuando estabas ahí, en la MTV.

Me giro y compruebo que, efectivamente, le he dibujado una sonrisa grande.

—Eres capaz de darle sentido a todo, joder. —Apoya su frente en mi espalda y siento que sus brazos me ciñen más a él.

¿Soy capaz de darle sentido? Eso espero...

Gabriel se teme demasiado.

11

ON THE ROAD

Para: Silvita GU

Fecha: viernes, 19 de abril, 20:15

De: Álvaro Arranz

Asunto: Un buen día

Hoy es un buen día. Hoy solo recuerdo las cosas buenas; con melancolía, sí, pero también con una sonrisa. No puedo evitar que me guste acordarme del sonido de tus carcajadas o la manera en la que tratabas de imitarme, poniendo voz grave.

Esta mañana ha sonado en la radio una canción que me ha recordado a ti. Tú la habrías bailado en cualquier parte y el vuelo de tus vestidos al hacerlo me habría vuelto loco. La habrías tarareado en el baño, en la cocina y en el dormitorio y yo, fingiendo un gesto mortificado, me habría enamorado un poco más de ti.

Y guardo una Silvia interior, mi Silvia, que odia los paraguas, que se inventa las letras de casi todas las canciones, que huele a ropa limpia y suavizante y que se cepilla el pelo con los dedos antes de dormir. ¿Existe esa Silvia aún? Supongo que sí, pero ya es de otro.

Hay días en que me odio por alejarte de mi vida. Pero hoy no. Hoy solo te recuerdo, y ese recuerdo me hace feliz.

Cómo te quiero...

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

El primer concierto es en Los Ángeles. Cuando vamos al estadio a hacer la prueba de sonido estoy como un flan. No puedo disimularlo y Gabriel se muere de risa.

Aunque quiero tenerlo todo bajo control aquí hay muchísima gente y... gracias al cosmos, gente con mucha más experiencia y diligencia que yo. Casi no me he dado cuenta de que, una vez hecho todo el trabajo previo junto con su mánager y toda la gente de producción, lo que queda es solo esperar para solucionar imprevistos. Pero solo lo que mande él.

Cuando sale al escenario, me quedo apoyada en el *backstage* mirándolo. Lleva

unas Vans negras, un pantalón vaquero pitillo, un jersey gris holgado y un gorro. Lo del gorro de algodón me hace mucha gracia. Estamos en Los Ángeles, no hace frío, por lo tanto se lo pone como un complemento de moda. Aunque, a decir verdad, está para comérselo. Tiene ese aspecto de estrella del rock que lo hace irresistible. Alto, guapo, sonriente. Siento orgullo y también recelo, porque me gustaría seguir encerrados en casa eternamente, teniéndonos solo para nosotros. Acostarnos a las tantas después de hacer el amor en nuestra cama, bajo esas sábanas que huelen a él; desayunar en la terraza compartiendo un pitillo y haciendo planes. Planes de futuro. Imaginarnos cómo será nuestra vida dentro de diez años y, después, follar como animales hasta la extenuación. Aún no hemos empezado esta gira y ya lo añoro.

Empiezan a arrancar notas a una guitarra, con dureza. Creo conocer el ritmo, pero no caigo en qué canción es. Suenan más guitarras y la batería, uniéndose al ritmo y dibujando a su alrededor una melodía. Claro que la conozco, yo y todo el mundo. Es «Eye of the tiger» de la banda sonora de *Rocky*.

Gabriel levanta el pulgar, dando el visto bueno no sé si a la canción, al sonido o a qué. Se le ve concentrado. Agarra el micrófono con las manos y... empieza a cantar. No puedo evitar estallar en carcajadas. Él me mira y se ríe mientras canta. Vuelve a levantar el pulgar hacia donde están los técnicos de sonido. Y sigue cantando. ¡Es tan hortera que me encanta! Y cuando llega a las partes agudas de la canción, mis bragas quieren salir en procesión para entregarse como ofrenda. Gabriel cogiendo un micrófono se transforma; deja un poco de ser mío para ser quien los demás creen que es. Se convierte en Gabriel, el cantante, la estrella, el dueño de una de las voces más personales y sexis del panorama musical. Es alguien al que conozco poco y que comparte cuerpo con el amor de mi vida.

Nadie está sorprendido por la elección de la canción, así que creo que es algo así como una tradición. Un chico del equipo me lo confirma.

—Nos da suerte —dice con una sonrisa.

Y yo espero que a mí también me la dé. Lo miro y no me termino de creer que ese hombre quiera ser mío. Toco instintivamente mi alianza.

Cuando empieza el concierto me asomo varias veces. El estadio está lleno y abrume. No cabe ni una aguja y saltan *flashes* por todas partes. Se escucha a la gente gritar; Gabriel no les hace esperar y, ya con el primer tema, parece que se caerán hasta las gradas. Está espectacular. Magnífico, aunque suene pedante. Me parece increíble que ese baño de masas le haga sentirse pletórico en lugar de asustado; me parece hasta

heroico.

Lleva puesta una camiseta negra de manga corta, unos vaqueros pitillo color negro rotos en una rodilla y sus zapatillas Vans. Por la frente y el cuello pronto empiezan a correrle gotas de sudor, pero la voz le sale de la garganta como agua. Ronca, grave, sexi, como siempre. Como en los discos, a chorro. Cierro los ojos y pienso en que, objetivamente, el directo de Gabriel es uno de los más espectaculares que he oído. No es que mi amor me ciegue, es que su voz es completamente increíble y personal.

Se agarra a la guitarra, arrancándole notas a la vez que provoca aullidos de frustración en las chicas que se agolpan en la primera fila. Dicen en el equipo que hay algunas que llevan horas llorando, de los puros nervios que les provoca saber que van a tener a Gabriel cerca. Mi Gabriel. Es abrumador pensar que la persona con la que estoy compartiendo mi vida haga sentir así a tanta gente.

Las canciones se suceden. Los músicos están a su altura y todo suena increíblemente bien. Al menos es lo que me parece. Miro el reloj, la escaleta y le pido por favor a una chica de producción que me traiga una camiseta y una toalla, para que Gabriel pueda cambiarse en el camerino durante el pequeño descanso.

Las notas de una melodía se extinguen, escucho a Gabriel gritarle al público y cómo este responde con vítores. Pronto lo veo entrar al *backstage*. Está empapado.

—La hostia, joder, pero ¡qué puto calor! —exclama riéndose.

Una chica le tiende la toalla y la camiseta y él le da las gracias mientras me pregunta si tengo agua. Caminamos hacia el camerino, donde le paso una botella fría y él se desnuda de cintura para arriba antes de echarse por la cabeza parte del líquido. El resto lo bebe con avidez.

Se seca rápido, se pone la camiseta, me deja que le ayude a peinarse un mínimo y me da un beso.

—¿Qué tal? —me dice.

—Estás espectacular.

—¿Te está gustando?

—Claro que sí. Eres increíble.

—Está saliendo bien —suspira—. Debes de darme suerte.

La miradita que me echa al decirlo me derrite. Lástima que a partir de ahora y hasta que lleguemos a San Francisco no vayamos a tener mucho tiempo. Y antes de San Francisco están los conciertos en Irvine, Salt Lake City, Carson City y Denver. ¿Por qué hasta San Francisco? Pues porque será la primera ciudad en la que hagamos una pequeña parada de varios días sin tener que marcharnos corriendo después del bolo. Mientras tanto, estaremos «on the road». Y no me apetece entregarme al fornicio

en un avión, en un autobús, en una furgoneta o el *backstage* de algún estadio, que es donde pasaremos la mayor parte de las horas. No sé por qué, pero con Gabriel no me apetece follar rápido; no busco un orgasmo inmediato. Si quiero sexo con él (que lo quiero a todas horas, para qué mentir), quiero que sea lento, que podamos tener todo el tiempo del mundo y que, además del deseo, también se aplaque la necesidad de sentirnos cerca. Quererle no tiene reloj.

Matadme, me he convertido en una de esas moñas enamoradas hasta los zapatos.

Antes de volver al escenario, Gabriel me besa con desesperación. Ojalá esta noche nos fuéramos a casa. Pero pasarán muchas noches antes de que volvamos a meternos en nuestra cama. Alrededor de dos meses y medio. Sé que esto va a ser agotador.

Sigo atenta el concierto. Es el primero y casi todo es nuevo para mí. Los solos de guitarra con los que Gabriel vuelve a descansar al *backstage*, el sonido que llega hasta aquí, el griterío, su voz en directo. Todo es brutalmente intenso. Las luces, el volumen, los olores, el calor. Entiendo que él esté empapado. Casi lo estoy yo y no tengo que ponerme bajo esos potentes focos.

El número final es el plato fuerte de la gira. La parte de detrás del escenario no es un telón, sino una gran pantalla de led que ha estado emitiendo imágenes durante todo el concierto, pero en la última canción, su efecto es impresionante. Cierra con aquella canción que tantos meses atrás me descubrió en un hotel en Madrid. Por fin la ha grabado y, desde que la incluyó en su gira europea, enloquece al público. Es oscura, dura y muy sexi, y mientras la letra habla de una tormenta que se acerca, unas nubes negras se despliegan en la pantalla y la recorren. La canción es atrayente y suena perversa; creo que es su mejor tema, rematado por el placer con el que canta.

El público pide insistentemente un bis. Está programado. Gabriel siempre deja para ese momento el tema con el que se hizo famoso. Es duro, pegadizo y dice que deja en la gente la sensación de euforia con la que quiere que se marchen de allí.

Se me pone la piel de gallina al escuchar la aclamación con la que es recibido en el escenario cuando vuelve. El público se está volviendo loco. Me quedo en la parte del *backstage* desde donde se ve el escenario; Gabriel desborda una energía que solo le he visto entre las sábanas. Para todo lo demás, resulta tan lánguido que parece increíble que aquí se convierta en el gigante que vendió un millón y medio de copias de su último trabajo. El próximo será mejor. Lo sé, he escuchado sus canciones y, aun sin arreglos, con él cantando sobre una guitarra en el salón de casa, me parecen espectaculares. Su próximo disco cerrará con una canción para mí.

El bis previsto acaba y Gabriel se acerca a los músicos para pedirles que toquen una más. Está entregado. Ahora no es el chico frágil que me abrazaba en Ámsterdam;

es la superestrella frente a la que las chicas se desmayan.

Cuando por fin las luces se apagan y el público va saliendo del estadio, Gabriel se desploma en una silla con una sonrisa plácida en los labios. Nunca lo había visto tan feliz. Bueno, quizá sí, pero no así. Esto es diferente.

—¿Te traigo algo?

—No. —Se frota los ojos—. Una ducha y cenamos con el equipo. Acompáñame al camerino.

Aquí los camerinos no son cubículos prefabricados casposos ni habitaciones oscuras. Son salas bien preparadas, donde Gabriel puede darse una ducha con tranquilidad. Me pide varias veces que me meta con él con una sonrisa socarrona, pero debe de estar agotado y no quiero matarlo. Si lo cojo ahora, con las ganas que le tengo, probablemente lo descoyunte.

Una vez vestido de nuevo y reunido el equipo, salimos hacia un restaurante local que hoy cerrará uno de sus salones para nosotros.

La cena es una algarabía total. Todo el mundo está feliz, contento y satisfecho. Todo ha salido genial. Y aquí, como una familia, estamos todos. Nos reímos de las anécdotas del evento, del grupo de universitarias que lanzó ropa interior negra al escenario, del batería, que se tropezó con un cable antes de subir y provocó una caída en cadena de varios técnicos de sonido. Nos reímos de lo que Gabriel nos cuenta. Se levanta, coge una cerveza como si fuera un micro y se ríe a carcajadas contándonos algo sobre una canción y después sobre otra. Hay aplausos. Hay hurras. Hay una ovación para mí, que he aguantado estoicamente el primer gran concierto sin perder la calma. Y todos beben como si no hubiera un mañana para celebrar que esto es solo el comienzo de una gira que hará historia. Brindan, chocan botellines de cerveza y llenan vasos chatos con alcohol del fuerte, sin hielo, que beben ávidos en chupitos cortos y rápidos.

Antes de irnos, Gabriel pide su guitarra y canta un tema de su siguiente disco, que grabará en cuanto termine la gira americana. El bajista y el guitarrista están impresionados.

—Eres el mejor —le dicen—. Tienes un don.

Y Gabriel, borracho, sonrío. Sonrío como si de pronto se hubiera encontrado con una parte de sí mismo que hubiera echado de menos. De vuelta al autobús que nos llevará al aeropuerto, apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Te ha gustado? —me pregunta metiendo los dedos en mi espesa melena ondulada y con el acento con el que el alcohol siempre tilda las palabras.

—Sí. Tienen razón; tienes un don. Has nacido para hacer esto.

Gabriel no contesta. Aprieta la mandíbula y respira. Está feliz, pero preocupado. Lo más probable es que le inquiete pensar en lo que él terminará haciendo con ese don. Se tiene un miedo aberrante a sí mismo y a día de hoy aún no sé si ese temor es infundado.

Esta noche Gabriel ha reservado un poco de energía para mí. Otra vez entre las sábanas, él y yo. Embiste entre mis muslos con cariño y firmeza. Yo me retuerzo y me deshago.

—Quiero dártelo todo, mi vida... —me susurra.

Y yo lo que quiero es que me dé una vida larga y feliz y que nunca se separe demasiado de mí.

Los conciertos de Irvine y Salt Lake City son igual de impresionantes que la apertura de la gira en Los Ángeles. Gabriel se come el escenario y a veces hasta me cuesta reconocerlo en esa bestia del espectáculo que se mete el público en el bolsillo ya con las primeras notas de una canción. Lleno absoluto, la gente grita; en algunos temas, ni siquiera se escucha su voz porque diez mil personas los corean con él. El Gabriel que sube al escenario es el que en casa, conmigo, está en estado de suspensión. Aquí es la estrella, el dios, el divo. Y yo la grupi impresionada, que le adora y le venera.

Carson City es un poco más flojo. Empieza como siempre, pero se va desinflando. No sabemos muy bien si ha sido consecuencia de un público menos entregado o de que Gabriel se levantó con dolor de cabeza. Está de pronto muy cansado; se arrastra, le cuestan los ensayos, duerme a saltos, malcome y se sume en el silencio a ratos, ceñudo.

—No me gusta sentirme débil —me dice cuando le pregunto.

Después del *show*, la única parada que hacemos es para reflexionar qué ha podido fallarnos esta vez. Pero en la cena, después, el equipo se compromete para que la siguiente fecha en la gira sea espectacular. A pesar de ello, Gabriel se encuentra tan cabizbajo que me preocupa y, a pesar de que quiero estar a su lado para que se dé cuenta de que flojear en una de las fechas no supone ningún drama, él me pide tiempo para estar solo.

—Necesito pensar un poco... relajarme, hablar conmigo mismo. No te importa, ¿verdad?

Pasea por el hotel y, horas después, cuando lo busco, Volte me dice que está fumando en la azotea del edificio.

—Quiere estar solo —dice antes de seguir andando hacia su habitación.

Y lo único que puedo hacer es respetar esa petición, aunque me inquiete que, por primera vez desde que le conozco, no me necesite a mí. ¿Este recelo se debe a un temor por él o a inseguridad hacia mí misma? A veces me siento torpe, un estorbo y no lo suficientemente buena. Creo que es lo que nos pasa a todas. Tenemos ojos para demasiadas cosas menos para nosotras. Ahora me ronda por la cabeza constantemente el hecho de que la primera fila de sus conciertos siempre esté ocupada por chiquillas de veintipocos, guapas, lozanas, prietas y que no dudan en levantarse la camiseta y enseñar más piel si intuyen que Gabriel va a mirar hacia ellas. Y yo, ya lo he dicho, no estoy mal y nunca he sido extremadamente insegura, pero... ¿y si echa de menos la variedad?

—¿Echas de menos acostarte con más gente? —le pregunto un día cuando estamos metiéndonos en la cama.

Gabriel se gira hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Y eso?

—Tengo clavada aquí —pongo el dedo índice sobre la mitad de mi frente— la imagen de las dos tetas de esa chica en Salt Lake City.

—No echo de menos acostarme con más gente, Silvia —responde en un tono un poco seco.

Maniobro en la cama hasta quedar sentada a horcajadas sobre él, que me mira con la intensidad de siempre. Le acaricio el pecho descubierto, entreteniéndome en repasar cada tatuaje.

—Perdona. No sé por qué te lo he preguntado.

—Ellas están ahí abajo, nena. Aquí estás tú.

—Dicen que solo se tiene miedo por las cosas que quieres de verdad.

—Yo ya sé que me quieres de verdad, pero no tienes que tener miedo, porque yo también siento lo mismo por ti. Por favor, no... —Me acaricia los muslos—. No me cargues con celos.

—No lo haré. Lo siento. Es solo que... en tus otras giras... seguro que cuando te ponías retozón podías elegir entre un montón de chicas.

—Estoy cansado —suspira—. ¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora?

—No. Tienes razón.

Me levanto pero, en lugar de volver a mi lado de la cama, deslizo mis braguitas por mis piernas y me vuelvo a sentar encima de él. Atisbo un momento de tensión en su expresión.

—Estás cansado, ya lo sé. Solo... déjame regalarte esto.

—Es que no sé si... —dice con la boca pequeña—. No sé si voy a funcionar,

na.

Me froto mimosa. Le beso. Su beso es lento, lánguido pero entregado. Gabriel siempre me besa con amor. Pero el resto de su cuerpo no reacciona y tiene que hacerlo, no porque tenga la obligación, sino porque lo necesito. Necesito darme confort y ahora no se me ocurre ninguna manera mejor de calmarme que haciendo el amor con mi marido.

Así que me muevo sobre él y termino de rodillas sobre el colchón, lamiéndole lentamente, acariciándole, hasta que empieza a despertar. De sus labios salen unos gemidos ahogados cuando se endurece en mi boca. Me acaricia el pelo, pero no con ese gesto con el que los hombres suelen controlar el movimiento, sino con dedos suaves, enredándose entre los mechones. Se acelera y, en cuanto el paladar es invadido por el sabor a sexo, me incorporo y me coloco encima.

—Quítatelo, por favor... —pide tironeando de mi camisón hacia arriba.

Lo hago y lo ayudo a meterse dentro de mí. Sonríe fugazmente, con placidez, cuando llega a lo más hondo. Luego vuelve a fruncir un poco el ceño, pero poso un dedo sobre esa parte de su frente y la relaja. Me muevo despacio y siento sus dedos crisparse, clavándose en la piel de mis caderas. Abre la boca y gime, echando la cabeza hacia atrás. Y yo me acelero, pensando que me da igual el placer que me da y que hasta me da igual correrme o no, porque esto no es sexo, es amor. Nunca me siento tan cerca de él como en estos momentos en los que no nos hace falta hablar. No hay nada que podamos decirnos que vaya a ser comparable con el hecho de sentirnos así. Cuando te da igual mostrarte vulnerable delante de alguien... eso debe de ser amor.

Gabriel se incorpora y me abraza. Sus caderas empiezan a ejercer fuerza hacia arriba, buscando hundirse un poco más en cada estocada. Y yo me elevo mientras besa mi mandíbula y mi barbilla; casi toco el techo cuando me corro. Y no hay otra cosa que pueda hacer que mirarle a los ojos.

—Dios... —gime. Y arrastra la última vocal y la ese, se muerde el labio y empuja fuerte hacia mí. Para. Saborea el momento y en dos embestidas más se corre, abrazado a mi cuerpo y mirándome.

Sus ojos están fijos sobre los míos; primero mira uno, luego el otro. Se deslizan hasta mi boca y suspira, pestañeando. Apoya la mejilla en mi piel y besa mis pechos con devoción.

—Lo siento —murmura con los labios pegados a mi piel—. Lo siento, mi vida.

Sé que se disculpa por no ser todo lo dulce que le gustaría cuando está tenso. Pide perdón por los días difíciles que nos quedan. Sé que va a ser duro y él también.

Quiero pensar que es por eso. Solo por eso... pero hasta yo sé que hay algo más.

Cuando salgo del cuarto de baño, Gabriel está sentado junto a la ventana abierta, fumando. Me mira y... no sé adónde ha ido la sintonía que sentíamos cuando hacíamos el amor. Últimamente siempre pasa lo mismo. Estamos cerca un segundo y al siguiente vuelvo a sentir a Gabriel lejano. Frío. Más frío de lo normal. ¿Preocupado?

—¿No vienes a la cama? —le pregunto metiéndome dentro.

—Dentro de un rato.

«Dentro de un rato» se convierte en horas que yo paso durmiendo mal y a saltos y que él invierte en fumar un cigarrillo tras otro y servirse whisky en un vaso chato.

La siguiente cita es Denver, donde se hace evidente que es Gabriel el que flojea. Y me duele decírselo, pero está agotado. Le insinúo que quizá debería beber un poco menos. Las resacas le acompañan por las mañanas del mismo modo que lo hace el licor por las noches. Y casi se solapan. Mi petición es recibida con una mirada de soslayo.

—¿Crees que bebo demasiado? —pregunta tirante.

—No es eso. Es que quizá, estando de gira... el alcohol deshidrata mucho —me invento.

Le pregunto si quiere que hagamos una parada en el camino o si prefiere que retrasemos el concierto de San Francisco, pero él se niega.

—Ya descansaré cuando me muera —dice ceñudo, con la cabeza apoyada en sus dedos crispados.

Espero que después de San Francisco se relaje...

Esa noche, cuando lo encuentro, está sentado en la parte más alta de la escalera de incendios fumando un pitillo que baja nada más verme aparecer. Pillado. Es hierba. Los párpados me pesan. Estoy preocupada, sobre todo porque no sé cómo gestionarlo. No puedo echarle una bronca como si fuera un niño adolescente cuya educación depende de mí. Es un hombre. Es mi marido.

—Eso que fumas... —le digo muy seria— es marihuana, ¿verdad?

—Sí —afirma honestamente mientras se acerca el porro a los labios de nuevo—. Me ayuda a relajarme.

—Creía que nada te ayudaba a relajarte más que yo —y aunque lo digo de broma, es una queja.

Sonríe con tristeza antes de perder la mirada en el *skyline*.

—Y nada me relaja como tú, pero a veces necesito solucionar las cosas dentro de mi cabeza solo. Lo comprendes, ¿verdad?

—Claro —le sonrío.

—Un porro no me hará quererte menos.

—Ya lo sé, mi vida —digo acariciándole el pelo—. Pero no sé si deberías, es todo.

—¿Quieres? —me ofrece.

Niego con la cabeza y él sigue fumando con placidez. Sé que no pasa nada. Es un canuto. Muchas de mis amigas fuman uno de vez en cuando. A Bea la convierte en una humorista digna del Club de la Comedia. Pero es que Bea no ha estado enganchada a la coca, ni al *speed*, ni a las pastillas, ni al Valium, ni al éxtasis. Bea se fuma uno de vez en cuando y no lo necesita para nada; lo fuma por placer. Creo que Gabriel ni siquiera debería beber. Y de pronto todo el peso cae sobre mis hombros y me siento responsable. ¿Y si estoy presionándolo demasiado?

—Bueno, vuelvo a nuestra habitación. Te espero allí, ¿vale?

Gabriel da una última calada y tira la pequeña colilla al suelo. Después me retiene.

—¿Por qué no te quedas? Mira qué bonita se ve la ciudad desde aquí.

Miro hacia el horizonte y ahí está, la bahía de San Francisco, extendiéndose entre las sombras salpicadas de edificios y luces.

—Sí... es preciosa.

—Me gusta esta ciudad. Me gusta para ti, para mí y para el futuro.

Eso provoca un montón de mariposas en mi estómago. Me siento en el escalón inferior, entre sus largas piernas y él me abraza a la vez que apoya la barbilla en mi cabeza. Y aunque no hablamos durante mucho rato, el solo calor de su cuerpo a mi espalda me reconforta.

No te preocupes, Silvia. Todo saldrá bien.

—Nunca, jamás, olvides que te quiero más que a mi propia vida —dice en un susurro.

Todo saldrá bien.

La paz de la noche dura poco. Los ensayos de San Francisco son un caos. Un puto caos. El bajista ha sufrido un accidente y tiene que dejarnos para recuperarse. Se ha cortado un tendón del pie con un cristal. La bronca que les echo es brutal. Se la echo a todos; no quiero saber a qué narices estaban jugando cuando pasó. Hubo mucha sangre, muchos cristales rotos y mucha confusión. Me puse muy nerviosa y así sigo. Gabriel también lo está y su humor no pasa por su mejor momento.

—Suenan a puta mierda —le escucho maldecir durante el ensayo—. Esto es una cagada. Una cagada.

—Lo solucionaremos —le contesto con el teléfono en la oreja, tratando de localizar a un contacto que puede suplir al bajista.

El batería le propone a Gabriel que se haga él cargo del bajo, ya que hay otro guitarrista, pero él llama la atención sobre la evidencia.

—Si yo toco el bajo, ¿¡quién cojones toca los arreglos de guitarra que toco yo!?

—Podemos pasar sin ellos. O sin el bajo. O nos apañamos sobre la marcha.

Gabriel resopla, le da una patada a un cable, tira el pie de micro y se marcha del escenario.

—No te pongas así —le digo, tratando de calmarlo.

—Acabamos de empezar y ya estamos con estas historias. —Se frota los ojos—. El bajo no es lo mío. No va a sonar bien.

Sigo con el teléfono, pero no consigo nada.

—Estoy tratando de localizar al contacto suplente, pero no sé por qué no consigo dar con él. Lo solucionaremos, Gabriel. Le mandaré un billete de avión para que esté aquí esta misma noche.

Gabriel carraspea y dice:

—No. Déjalo. Llamad a Tony.

Todo el equipo se gira hacia él a pesar de que lo ha dicho en español. Hay un silencio denso entre todos los que estamos allí. Yo no sé quién narices es Tony, pero parece que el resto lo sabe bien, porque solo su nombre hace reaccionar a todos.

—Gab... —murmura el guitarrista—. ¿A Tony?

—A Tony —contesta firmemente.

—Gabe —le reprende el batería—. Creo que todos preferiríamos que no llamaras a Tony. Tú también lo prefieres; podemos solucionarlo.

Él se gira hacia mí y con una seña me ordena que llame a Tony.

—No tengo su teléfono.

—¡Pues consíguelo, joder!

No dice nada más. Se va frotándose la cara. No está de humor para que le pida explicaciones, así que esperaré un poco para hablar con él.

—¿Quién es Tony? —les pregunto a todos cuando él desaparece.

—Es... un amigo suyo. Alguien con el que hace tiempo que no trata.

—¿Por qué?

Nadie me contesta y yo tengo ganas de gritar. Odio cuando no soy más que una recién llegada torpe que no entiende de este mundo, que no conoce sus historias

pasadas y cuya capacidad de reacción depende siempre de que los demás la pongan en contexto.

Salgo a toda prisa del recinto en busca de un refugio donde nadie me moleste y pueda pensar sola y en paz. Me apoyo entre algunos coches del aparcamiento a fumarme un cigarrillo para tranquilizarme y Volte aparece haciendo vibrar el suelo a sus pies. Le sonrío y le ofrezco un pitillo.

—Eso mata —dice escuetamente.

—Ya lo sé. Pero si no me mata esto, terminará por matarme todo este rollo del bajista.

—¿Va a llamar a Tony?

Me froto los ojos agotada.

—No sé si voy a llamar a Tony, porque no sé quién narices es Tony y por qué su nombre hace que todos aprieten el culo.

—Es un antiguo amigo de Gabriel. Un mal amigo. Se colocaban juntos — responde él con un hilo de voz—. No se ven desde que salió de la clínica.

—Joder...

Apoyo la frente en la ventanilla de la furgoneta y decido que no, no le voy a llamar. Pase lo que pase, ese Tony no va a estar bajo el mismo techo que Gabriel, porque la situación ya es suficientemente delicada sin mezclar esos temas. Tiro el cigarrillo a mitad y vuelvo dentro, donde voy directa en busca de mi marido. Necesito explicarle todo esto y necesito que lo entienda.

Lo encuentro sentado en unas escaleras de incendio, fumando. Tiene varias colillas a su alrededor. ¿Qué hago? ¿Pruebo con ponerme mansa y suave o mejor cojo una postura dura? Si me pongo mansa, encontrándose en este estado, me comerá viva.

—No vamos a llamar a ese Tony. Tienes tres posibilidades: me das otro nombre, te apañas con lo que hay o cancelamos el concierto. Tú verás.

Gabriel se gira hacia mí y se levanta. Mide dos palmos más que yo. Trago con dificultad y él se apoya, dejándose caer sobre una viga.

—¿Por qué? —me pregunta.

Y no lo dice como lo haría tu marido, sino tu jefe. Eso me pone nerviosa.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no vamos a llamar a Tony? Es el mejor bajista que conozco y sé que dejará lo que esté haciendo para venir. —Su mandíbula se tensa mientras aprieta los dientes.

—Porque no quiero —le digo con un tono de voz que intenta ser autoritario.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, pero es una sonrisa que no me gusta nada. Es

el artista déspota el que sonrío, no mi chico.

—A ver si lo entiendes, cielo. Lo que tú quieras, da igual. En casa podemos dialogar, pero aquí no. Si digo que llaméis a Tony, cogéis el puto teléfono y llamáis. Lo último que necesito es que vengas tú también a tocarme los cojones. Creo que no es mucho pedir que hagáis vuestro puto trabajo y me deis soluciones. ¡Soluciones, Silvia! ¡No problemas!

Nunca había visto a Gabriel así. Pretendo responderle que no quiero cerca de él a la persona con la que se colocaba, pero ni siquiera me da opción. Le da una última calada a su cigarrillo y antes de tirarlo me dice que ya lo ha llamado.

—Se acabó la discusión.

—Gabriel —suplico.

—No confías en mí. Da igual cuánto lo intente. Nunca vas a hacerlo, ¿verdad? Dime entonces, ¿para qué hostias me esfuerzo tanto? ¿¡Para qué coño lo estoy pasando tan mal!?

Y su reacción me parece tan desmedida que me da miedo. Cuando se va, un pellizco interno me dice que ha empezado y que su boca está más inquieta y tensa de lo normal, que pide perdón porque está haciendo algo que sabe que nos destrozará y que los cambios de humor son solo el principio.

12

HA EMPEZADO

Para: Silvita GU

Fecha: viernes, 19 de abril, 20:15

De: Álvaro Arranz

Asunto: Te añoro

Va a hacer cinco meses que te has ido. La moqueta sigue siendo azul y las paredes siguen teniendo ese moteado gris con aspecto de hospital. Pero da igual, todo lo veo negro.

Te añoro. Y te añoro cada día un poco más.

He leído que estáis de gira. Y te imagino feliz, sonriendo. Por primera vez en mucho tiempo, me alegro de que al menos uno de los dos haya conseguido encauzar esto. Yo sigo sin levantar cabeza. Como siempre, fuiste mucho más lista que yo, tomaste la decisión adecuada.

Lloro mucho, Silvia. Lloro muchísimo pensando en las oportunidades que perdí para demostrarte lo mucho que te querré de por vida. Y no me quito de la cabeza aquella puta fiesta en casa de mis padres. ¿Por qué no dije nada, joder? ¿Por qué me callé? ¿Por qué fue más fácil hacerte daño a ti que plantarle cara a mi madre?

Perdóname, por favor. Perdóname.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

No recibí a Tony con demasiada amabilidad, he de admitirlo. Aun así, él se ha mostrado cercano. Quiere llevarse bien conmigo y tendré que ceder porque, a pesar de que no me gusta un pelo, desde que ha venido no ha hecho otra cosa que ayudar; al menos aparentemente. Gabriel y él tienen trato, claro, pero no más que el que ya tenía con el anterior bajista; los vigilo de cerca. Es bueno en su trabajo. Suena francamente bien, eso lo sé hasta yo, que no entiendo de estas cosas. Pero tiene pinta de roquero desfasado... dan ganas de acercarse a él y susurrarle al oído que los noventa pasaron y que ya puede quitarse ese ridículo pañuelo de la cabeza. Pero no seré yo la que lo haga. No quiero acercarme lo suficiente como para hacerlo. Probablemente huelo a asco.

Después de unos días de descanso en San Francisco, Gabriel está visiblemente mejor. Le ha vuelto a cambiar el humor y ya hemos hablado sobre la forma en que debe decirme las cosas cuando se pone nervioso, porque yo no pago nada. Al fin y al cabo, cuando se baja del escenario, vuelve a ser mi niño, mi Gabriel, mi marido, el amor de mi vida. No puedo explicar el alivio que siento cuando se acurruca junto a mí en la cama y puedo abrazarle, olerle, besarle...

Disfrutamos tres días de la bahía de San Francisco como dos turistas más. Nuestro hotel tiene unas vistas impresionantes. Y aunque nos ha hecho bastante mal tiempo, me voy de esta ciudad con la sensación de que podría asentarme aquí y ser feliz. Tiene ese halo de ciudad especial... Gabriel y yo hemos hablado de cómo sería comprar una casa en Alamo Square, frente al parque, en Steiner Street y vivir allí los dos.

—Cuando deje esto —me ha dicho—. Cuando solo escriba para que otros canten. Entonces compraremos una casita allí y tendremos hijos y adoptaremos un perro.

—¿Un perro? —pregunto emocionada—. ¿Cómo le llamaremos?

—¿Cómo quieres tú que se llame?

—*Rayo* —y sonrío como una bendita.

—Pues entonces tendremos un perro al que llamaremos *Rayo*.

—¿Y será pronto?

—¿Quién lo sabe?

No puedo pensar en otra cosa. Quiero ser feliz con él. Quiero que cumplamos todas las promesas que nos hacemos. Quiero que esto solo sea el principio del resto de nuestra vida.

Al volver al hotel nos cruzamos con el equipo; algunos han cogido vuelos a casa para estar unos días con sus familias, pero el grueso se ha quedado aquí. Nos ofrecen salir a cenar con ellos, pero una mirada de reojo me sirve para hacerle ver a Gabriel que lo que me apetece es estar con él.

—No, tíos. Esta noche vamos de relax.

Todos se ríen y nos jalean. Y sí, tienen razón, lo que queremos es estar solos y hacer el amor.

Entramos en la habitación y Gabriel enciende solo la luz de una lámpara de pie que hay en un rincón. La habitación se llena de una atmósfera anaranjada, hogareña e íntima. Después nos miramos avergonzados. Hoy es uno de esos días en los que vamos a hacerlo por la necesidad de abrazarnos, no por satisfacer un apetito sexual.

Tomo la iniciativa y me quito el cinturón que sujeta la chaqueta de punto con la que me he abrigado del clima de San Francisco. Después, me desabrocho la blusa y la dejo caer al suelo. Él se acerca, alarga la mano y acaricia con la yema de sus dedos la

piel de mi escote. Sentirle me calma. Sonreímos como dos adolescentes avergonzados. Él se quita la camisa de cuadros y la camiseta que lleva debajo. Yo también le acaricio la piel y beso ese hueco sobre el corazón, en su pecho, donde parece que falta un tatuaje.

Desabrocho el cinturón y su pantalón. Él hace lo mismo con mi vaquero. Después nos agitamos como dos tontos para quitárnoslos. Me abraza y me desabrocha el sujetador, que dejamos caer al suelo con el resto de la ropa. Me quito yo misma las braguitas y él se quita el bóxer. Deslizo mi mano por la planicie de su estómago en dirección descendente. Veo cómo su sexo se estremece con ese solo gesto.

Tira de mi mano y me lleva a la cama, donde me dejo caer y abro las piernas. Gabriel se tumba encima, entre mis muslos y besa mis párpados, mi frente, mi cuello, mi barbilla, mi boca. Su mano derecha coloca su erección en mi entrada y él empuja con las caderas hasta colarse dentro, hondo. Los dos gemimos.

—Eres mi casa —dice.

Cierro los ojos. Quiero ser su vida y esa parte macarra que tengo en mi interior se avergüenza de ello. No contesto, solo le siento viajar arriba y abajo, al ritmo de las penetraciones.

—Perdóname... —y aunque no sé exactamente por qué me pide que le perdone, creo que no quiero saberlo.

Gabriel entierra su cara en el arco de mi cuello y lo llena de besos. Me agarro a su espalda con fuerza y mi cadera empieza a moverse en su busca. Encajamos a la perfección, desde el primer día. A pesar del placer, este es un acto de amor.

Siento sus jadeos y sus gemidos, a los que contesto retorciéndome. Me abraza, como si temiera que me escapara y se incorpora, llevándome con él. Terminamos sentados, mirándonos, tocándonos la cara. Me sorprende el orgasmo de pronto y me escondo en su cuello como minutos antes ha hecho él. Le huelo y le clavo los dedos en los hombros. Gabriel se corre después.

Nos quedamos abrazados, con él dentro de mí, hasta que la erección remite. Me besa la frente, la sien, la boca y después apoya su frente en mis labios.

—Perdóname, mi vida —repite—, perdóname si no sé ser mejor.

Desde entonces, hemos hablado, susurrado y nos hemos besado. Mis dudas se han ido disipando. No tiene por qué pasar nada. Soy una agorera. Tengo que confiar en él. ¿Por qué no hacerlo? Siempre ha cumplido cada cosa que ha prometido. No es como Álvaro. Álvaro lo único que ha cumplido en su vida es seguir escribiéndome cada semana y no es que esté muy contenta por ello. Preferiría que dejáramos que la lejanía hiciera su trabajo y acabáramos por olvidarnos. Pero siendo sincera conmigo misma,

diré que si le sigo leyendo es porque quiero; sería sumamente fácil enviar sus mensajes a un buzón del olvido.

Pero Álvaro no ocupa mi mente. Ahora tengo la cabeza puesta en las siguientes fechas. Phoenix, Austin y Dallas. Tienen que salir bien, por nuestro ánimo. Por Gabriel.

Phoenix vuelve a ser genial. Ha sido como retomar el hilo de lo que hicimos en la apertura de la gira en Los Ángeles. Gabriel ha estado, por fin, lleno de energía. Ha resurgido con tantas ganas que, durante los primeros quince minutos, tuve que controlarme para no correr de vuelta al hotel y revolver sus cosas en busca de drogas. Pero tengo que cumplir mi parte del trato y confiar en él. Los días de descanso y de mimos le han ido bien; seguro que es eso. Además, el viaje hasta aquí ha sido divertido, incluido aquel polvo loco que echamos de noche, en el baño de la zona VIP del aeropuerto de..., joder, ya no recuerdo ni la ciudad. Tengo que dejar de pensar que todo lo que le pasa es efecto secundario de haber consumido drogas. Si le cojo la mano y la noto caliente, me asusto. Si la vena de su cuello late a un ritmo acelerado, me asusto. Si sus pupilas están algo más dilatadas de lo normal, me asusto. Esto no es vida. Pero el caso es que... su piel a veces está tan caliente..., su pulso tan acelerado..., sus pupilas tan extrañamente redondas y grandes...

Me centro en pensar en lo unido que está el equipo. Si alguien viera algo raro, lo diría, ¿verdad? No están allí solo por el dinero que ganarán, sino por el resultado; sé que todos nos sentimos compañeros. A pesar de lo que pude pensar algún día, Gabriel no es un divo. Es cercano con sus chicos, aunque a veces no puede controlar su mal carácter.

En el concierto de Austin, más íntimo, Gabriel se supera. Es un recinto cerrado, pequeño, donde decide que no harán falta grandes artificios. Solo pide un taburete y, después de una reunión con la banda, reajustan toda la escaleta. El público parece en trance durante el concierto; solo despiertan para ovacionarlo al final de cada tema. Y escuchar su voz casi en acústico es espectacular, rasgándose en cada nota ronca de sus canciones, reverberando contra las paredes, las personas, yo. Ahora ya adoro cada una de sus letras, porque he aprendido lo que cada una cuenta de él. Y habla de ellas, las que pasaron por su vida. Cuenta que a una no quiso quererla, a otra no pudo y está esa canción que en realidad habla de sus polvos locos, en la parte de atrás de un coche, cuando tenía diecisiete. Pero ninguna de ellas me da miedo ya. Solo tengo miedo de la cocaína.

Aunque pensamos que lo de Austin es insuperable, después llega Dallas. En Dallas vuelven los juegos con fuego, la pantalla de led, el gran montaje y Gabriel se sube a su trono de nuevo con una actuación espectacular de dos horas en las que no baja el ritmo ni un solo momento. Cuando termina el concierto la gente pasa más de veinte minutos esperando un segundo bis. Y Gabriel termina cediendo, acogido por una increíble ovación que parece que va a desmontar el estadio desde los cimientos.

Al volver al hotel, a pesar de que estoy muerta de cansancio, Gabriel me desnuda con una sonrisa canalla y follamos violentamente contra la puerta de la habitación. Es excitante, impulsivo y brusco... nuevo. No es sexo tranquilo; no hay tiempo. Diez minutos de sexo descontrolado, tras los que nos corremos con un alarido.

Al día siguiente, apenas puede mantenerse despierto, pasa un largo rato con la cabeza apoyada en la ventana de nuestra habitación del hotel y se muestra reservado y algo irritado.

—¿No quieres venir a comer? —le pregunto harta de su silencio—. Podemos dar una vuelta.

—De verdad que no entiendo por qué no podéis dejarme en paz un puto minuto —dice frotándose los ojos.

Doy un paso atrás sorprendida. Anoche, mientras me penetraba con fuerza, me pedía que le apretara, que lo abrazase tanto cuanto pudiera...

—Lo siento. Estoy insoportable. Es todo... —dice con los ojos entrecerrados— demasiado intenso, nena. Necesito estar solo. De verdad que lo siento.

—No te preocupes. Me... me voy, ¿vale?

—No recordaba lo mucho que me agota estar de gira —dice más para sí mismo que para mí.

Yo le disculpo internamente, salgo de la habitación y pido que nadie lo moleste, sentándome sola al fondo de la cafetería del hotel a repasar mis planificaciones. Dos horas más tarde aparece a mi lado, pide un café y me acurruca bajo su brazo.

—Soy imbécil, perdóname.

—Tienes que relajarte, Gabriel.

—No dejes que te haga esto. Grítame.

—¿Y eso qué iba a solucionar?

—Nada, tienes razón. Pero me lo merezco.

Y le perdono, aunque cuando antes de dormir se da una ducha, revuelvo la habitación de pies a cabeza en busca de algo que dé la razón a mi ansiedad. No encuentro nada más que una minúscula bolsita de plástico transparente con restos de marihuana. Pero seamos sinceros... la marihuana no es lo que lo pone así.

Al día siguiente vamos de camino a Tulsa y el equipo está muy emocionado con sus universitarias. Parece que en alguna otra gira anterior pasaron un buen rato en una fiesta con unas chicas de alguna hermandad. Gabriel ha vuelto a resurgir y se ríe de todas las bromas del equipo mientras acaricia su guitarra. Dios. Quiero grabar esta imagen en mi cabeza. Cuando levanta la vista y me encuentra mirándolo, esboza una de sus sonrisas y a mí se me olvida qué es lo que me quita el sueño. Olvido que está más delgado y que bajo los ojos le han aparecido dos sombras que se oscurecen cada día que pasa.

Tony y él han estado bebiéndose unas cervezas juntos, hablando quedamente, parece que arreglando algunas cosas. Al terminar, se dieron un abrazo. Gabriel dice que Tony es un gran tipo que lo ha pasado mal, pero yo sigo sin fiarme. No me fío de la gente que dice de sí misma que tiene un corazón enorme. Lo único enorme que tiene es la mala pinta.

Tulsa, brutal, desmedido, brillante. Gabriel está superlativo, pero al terminar no se muestra cansado. Quiere que salgamos a dar una vuelta, que veamos la ciudad de noche y que nos colemos en alguna fiesta. A duras penas le convengo de que tiene que dormir. Yo me duermo esa noche en cuanto mi cabeza toca la almohada, pero en sueños lo escucho acariciar la guitarra.

Memphis (¡he estado en Graceland!), donde por estar en el hogar de Elvis se atreve a versionar su «I got a woman», tras la que besa su anillo y después lanza otro beso al *backstage*, donde estoy mirándolo con cara de boba enamorada. Este Gabriel podría postrarme de rodillas. Ríe, es feliz, disfruta y su mujer no puede más que aplaudir con los demás cuando, con una sonrisa enorme y sincera, se despide.

Después, por fin Nashville, una de las fechas que más ilusión le hacía a Gabriel. Cuando hemos llegado, han venido a verlo un par de amigos. Se han abrazado y, al verlos, he echado tanto de menos a mis amigas que he tenido que irme a pasear para no echarme a llorar. A decir verdad, en estas fechas ya echo de menos tanto lo que dejé en España como lo que dejé en casa, en Los Ángeles. Mi cama... yo también estoy agotada. Cuento los días que me quedan. Seis conciertos. Solo seis después del de esta noche. Poco más de dos semanas, Silvia... no es nada.

Todo como siempre. Empezamos el ensayo con «Eye of the tiger». Hacen las pruebas de sonido. Nos vamos a descansar y Gabriel aprovecha para ponerse al día con sus amigos. Tony va con él. Yo me quedo.

El concierto sale muy bien. Luces, música y griterío. Gabriel está superlativo. Arrastra el pie de micro por el escenario y las chicas se deshacen en gritos de frustrada lujuria. Yo me siento como ellas, porque el Gabriel de esta noche sabe qué nos gusta y

quiere hacernos sufrir. Y le siento de pronto lejano, inalcanzable e inaccesible. Y, para conmemorar que estamos en la cuna del country, nos dedica su personal versión de «Jolene», capaz de volver de gelatina las rodillas de cualquier mujer que la escuche.

Cuando todo termina, incluidos los besos, Gabriel me pregunta si quiero ir a tomar cervezas con ellos al garito de uno de sus amigos. Me disculpo con él y con sus colegas y les digo que estoy agotada. Necesito descansar.

—No llegues muy tarde —le pido cuando le doy el beso de buenas noches—. Mañana salimos hacia Charlotte. Son casi quinientas millas.

—No te preocupes. Unas cervezas y estaré de vuelta.

Y lo veo marchar, con su pelo revuelto, con su andar desgarrado y las manos en los bolsillos. Se me encoge el estómago en un nudo y no sé por qué. Creo que estoy bloqueando demasiadas cosas. Algún día voy a tener que abrir el armario donde guardo a oscuras todos los monstruos o terminarán por no dejarme dormir.

Empiezo a preocuparme a las cuatro de la mañana. Está previsto que salgamos en un par de horas y Gabriel sigue sin aparecer. Tony, tampoco. No puedo dejar de fumar. Estoy sentada en un escalón de la escalera de incendios del hotel y creo que voy a terminar con mi reserva de cigarrillos en nada. Todos han pasado por aquí y me han pedido que me acueste. Pero el teléfono móvil de Gabriel está sobre nuestra cama, en la habitación, no hablo con él desde hace muchísimas horas y estoy preocupada... Así no puedo dormir.

A las seis, todo el mundo se mueve por los pasillos. Gabriel sigue sin llegar. He llamado a Tony unas siete veces, pero no contesta. La última vez que llamé lo había apagado. Maldito hijo de la gran puta. Estoy tentada de llamar a Bea y compartir con alguien todo esto que me quema el cerebro, pero lo cierto es que no quiero que lo sepa nadie. No quiero dejar a Gabriel en evidencia.

Volte vuelve de echar un vistazo por la ciudad. Se encoge de hombros.

—No los he visto, Silvia.

—No son horas. Por Dios, Gabriel..., ¿dónde estás?

¿Con quién? ¿Qué está haciendo?

Aparecen los dos a las ocho de la mañana, riéndose. Estaba preparada para recoger a Gabriel del suelo y tener que sujetarle la cabeza para vomitar, pero parece fresco como una rosa, animado. Todo el equipo le mira de soslayo y él se disculpa con una sonrisa.

Cuando llega a mi lado me da un beso en la mejilla. Durante un segundo creo que le voy a dar un revés, pero finalmente me voy andando, alejándome hacia las furgonetas que nos llevarán. Nadie me sigue. Tienen que darme tiempo. No sé qué ha

hecho, pero Gabriel huele a chicas, a marihuana y a alcohol. Y su camiseta tiene un par de manchas redondas y rojas en el pecho que parecen gotas de sangre. ¿Suya o de otro? Me jugaría hasta mi anillo de compromiso a que son de su nariz y que huele a chicas porque dejó que alguna le tocara tanto que tengo ganas de gritar.

Me prometo a mí misma aguantar estoicamente hasta que podamos estar solos para hablar de ello. No quiero obviarlo, pero tampoco montar un número. Sin embargo, aunque he tratado de hacerlo todo con discreción, los gritos de la discusión alcanzan a todos los que andan por allí. Estamos en el *backstage* del anfiteatro de Charlotte, Carolina del Norte, apenas recién llegados. Y nos estamos desgañitando. Le he pedido diez veces que no grite, pero Gabriel está muy nervioso y yo grito también para intentar hacerme oír. Dice cosas muy feas, como que quiero dominarlo, que quiero hacer de él un perro faldero que solo haga lo que yo mande. Me pregunta si le quiero y si quiero que sea feliz, porque empieza a dudarlo. Eso me duele. Lo que estoy es preocupada y sola, pero nadie me apoya. Todos se dedican a ponerle buena cara, aunque sé que no están contentos, ahora lo veo claro. Soy la única persona sincera de todo un equipo de aduladores profesionales. En el ensayo ha estado mal y yo he sido quien ha tenido dos cojones para decírselo; por eso me contrató, por eso gano tanto dinero. Y le quiero. No puedo mentirle.

Y al final, tanta discusión para nada. Nada. Gabriel hace oídos sordos. Bebe antes del concierto. Me pide que me vaya.

—Tienes que darme espacio, Silvia. ¡Tienes que darme un jodido milímetro para respirar! ¿¡Qué crees que haré en tu ausencia, joder!?! ¿¡Crees que si no estás delante voy a meterle la polla a la primera que se me cruce!?

—¡No des la vuelta a la tortilla! ¿Lo que quieres es espacio para respirar, Gab? ¿¡De verdad!?! Porque a mí me da la sensación de que quieres que te deje en paz para hacer lo que te salga de la punta del rabo.

—¡¡¡Vete de una puta vez, joder!!! —grita.

—Es imposible ayudarte. Estás demasiado acostumbrado a escuchar lo que quieres oír.

Y no puedo hacer otra cosa que dejarlo solo. Espero que se dé cuenta...

El concierto de esa noche en Charlotte no sale bien, aunque no creo que el público haya salido descontento. Esa es mi opinión personal después de haber visto a Gabriel comportarse como un imbécil en el escenario. Pasado de vueltas es quedarse corto, pero tiene la jodida habilidad de, aun así, hacer bien su trabajo. No sé hasta dónde

llegará este don suyo porque, desde luego, no alcanza a la vida personal.

Por un lado quiero marcharme de aquí, irme al hotel y acostarme. Olvidar que todo esto está pasando. Pero por el otro, quiero quedarme, vigilar, suavizar e intentar solucionar con Gabriel la tensión que hay hoy entre nosotros.

Cuando termina el *show* le acompaño al camerino, caminando en silencio a su lado. Quiero esperar a quedarme sola con él para hablar, pero ni siquiera espera a que estemos en la intimidad para afrontar el problema. Me mira con desprecio y se para, metiendo las manos en los bolsillos. A nuestro alrededor, mucha gente del equipo.

—No hace falta que me acompañes, ¿sabes? Puedes irte ya al hotel.

—Quiero quedarme.

—Puedo decírtelo más alto, Silvia, pero no más claro. Esta noche, no me apetece verte.

Y yo, no sé por qué, prefiero agachar la cabeza y marcharme.

Esa noche me despierta el estruendo que arma al entrar en la habitación. Llega en tal estado que termina en el suelo, a oscuras, llevándose consigo una silla y un perchero.

—¿¡Qué coño hace esto aquí en medio!?! —vocifera.

—Gabriel... no grites —le pido mientras intento ayudarlo a levantarse.

Me aparta la mano de un manotazo. Nunca había visto a nadie tan borracho.

—¿Quién necesita tu ayuda, joder? ¿Te la he pedido?

Me aparto un paso y él se levanta como puede, pero trastabilla de nuevo y tiene que sujetarse a una pared para no terminar de nuevo en el suelo.

—Mira... —se señala y se encoge de hombros—. Ya está. No te necesito. ¿No lo ves? Como con esto, con todo, Silvia. Eres prescindible.

—Gab... —suplico, acercándome a él—. Creo que deberías darte una ducha.

—¡Yo no quiero darme una ducha, joder! Siempre estás con tus «creo que deberías», como si supieras algo de la vida. ¿Qué sabes? ¿Eh, Silvia? ¿¿¿Qué coño sabes??? ¿Chuparla? ¡¡¡Porque hay doscientas tías queriendo chupármela en cada puto concierto y seguro que ellas no se meten donde nadie las llama!!! ¡¡¡Chúpamela y vete, joder!!! Pero no te creas con derecho de opinión porque... ¿qué eres?

—Soy tu mujer.

—¿Mi mujer? ¡Me casé contigo borracho y aburrido! Una puta más, eso es lo que eres. Una puta tía más...

Una vez, hace muchos años, una amiga me contó que su padre bebía. No una copa o un par de cervezas, sino botellas de ron, ginebra o vodka. Siempre a escondidas, apestando a alcohol como ahora apesta Gabriel. Fue ella la que me dijo que no es

cierto que los borrachos no mientan; el alcohol puede desinhibir, pero muchas veces lo que hace es convertirte en alguien que no eres, alguien muy cruel que dice justo lo que sabe que más daño hará, sea o no verdad. Por eso sé que Gabriel no siente lo que me está diciendo, aunque me duela igual.

Doy media vuelta, cojo una bata y salgo de la habitación. Camino descalza por el pasillo enmoquetado del hotel, pensando que me sentiría mucho mejor si alguna lágrima se dignase a aparecer, pero nada... Ni siquiera he dado veinte pasos cuando en nuestro dormitorio estalla un estruendo enorme. Me paro y miro de reojo. Al final termino cediendo y entro. Gabriel está sentado en el suelo y a su alrededor todo es un desastre. Ha tirado sillas, la mesa y la ropa de cama. Y ahora llora. Lloro como un niño pequeño al que le falta el aire. Me acerco a él y se coge a mis piernas.

—Perdóname —solloza—. ¿Por qué? ¿Por qué lo hago?

Lo hace porque está enfermo y yo... yo le perdono, pero en silencio, porque en realidad no tengo nada que decir.

El despertar tampoco es bueno. Gabriel vomita por sexta vez desde que llegó tambaleándose y no puede disimular que mi presencia le incomoda. No me mira a la cara, supongo que porque está avergonzado y ahora que se le ha pasado la borrachera se arrepiente de todo. Le ofrezco ir a por un café y algo de comer que le asiente el estómago. Está apoyado en el lavabo del hotel, me pide que baje a desayunar sin él.

—No quiero que me veas así. Por favor... hazlo por mí. Vete.

Salgo de la habitación, pero no voy a desayunar con todos; me quedo al otro lado de la puerta, deseando que salga a por mí y me abraza. Sueño con que diga que no puede más y cancelemos las fechas que quedan, pero sé que eso no va a pasar. Gabriel tiene una apuesta consigo mismo que, me temo, ya ha perdido.

El *show* de Virginia Beach ha estado bien, pero empañado por un Gabriel demasiado eufórico. Frenético. Estoy segura no solo de que ha vuelto a drogarse, sino de que lo hace desde hace tiempo y, probablemente, está incrementando la dosis; pero no tengo pruebas. No puedo acusarle sin saberlo y, aunque hasta ahora ha sido cuidadoso, empieza a no serlo. Ayer lo vi salir de un baño aspirando exageradamente por la nariz. Es cuestión de tiempo verlo inclinado en una mesa esnifando coca. Pero como al terminar se fue a «despejarse», sigue evitando lo inevitable, alargando esto que los dos sabemos que no merecemos. Él tampoco; por eso me callo, porque está enfermo y no quiero que nadie lo juzgue mal. Me queda la lamentable imagen de verlo salir con las gafas de sol puestas en plena noche, irguiendo el dedo corazón a todos los que

cruzaban una palabra con él.

No duermo, pero, claro, no soy la única. Gabriel tampoco. Al menos no a mi lado. Dice que me muevo mucho y que no consigue conciliar el sueño. Lo que yo creo es que apenas pega ojo porque las drogas no le dejan.

No pasa nada, me digo a mí misma. No pasa nada. Quedan cuatro conciertos y cerraremos la gira nuevamente en casa. Entonces podré controlar esto, que no es más que una recaída. Los errores nos hacen sabios, ¿no? ¿O son todo frases enlatadas que me doy a mí misma, como pildoritas dulces, para soportar esto? Ya ni lo sé.

Leo mucho sobre el tema desde mi iPad. Cuando no está a mi lado, que suele ser casi siempre, me dedico a buscar información sobre adicciones y sobre cómo ayudar a un adicto que ha vuelto a recaer. Soy fuerte, puedo con esto, aunque la práctica nunca sea tan fácil como la teoría que proponen mis lecturas. Pero yo le quiero y eso debería bastar, ¿no?

Se acumulan las preguntas.

Washington. Otra pequeña parada antes del apoteósico final de la gira. Echo de menos a mi madre, a mis hermanos y a Bea. Me echo de menos a mí. A la Silvia que siempre tiene un comentario ocurrente guardado, preparado para salir disparado. Estoy cansada. Cansada y preocupada.

He esperado en la habitación del hotel a Gabriel un buen rato y justo ahora, que ya pensaba que tendría que esperar a mañana para verlo aparecer, acaba de llegar y se toca nerviosamente la cara y el pelo. No sabe qué hacer con las manos mientras se mordisquea los labios. Hoy la dosis debe de haber subido un poco más.

—¿Qué pasa, nena? —Sonríe con la boca torcida. Creo que nunca lo había visto tan colocado. Me trastoca pensar que ya ni siquiera limita su consumo a los conciertos. Son las siete de la tarde de un martes cualquiera.

—Hola cariño. Aquí estamos. ¿Y tú? —pregunto fingiendo una sonrisa.

—Bien, bien. Oye, ¿has visto el monumento a Lincoln? Es una puta pasada. Una pasada, te lo digo. ¿Te vienes? Podemos ir a verlo y comernos unas hamburguesas. Conozco un sitio guay. —Y esa última frase me la dice en inglés—. ¿Quieres? O... ¿por qué no te desnudas?

Eso me sorprende. Llevaba muchos días sin tocarme, sin besarme siquiera. Se me acerca y, en una reacción que no puedo controlar, me retiro. Él me mira alucinado.

—¿Te has apartado?

—No, es que... pensaba que... yo...

—¿Ahora te doy miedo?

—Claro que no —miento.

Me atrapa, me aprieta entre sus brazos y me besa el cuello. Sus manos se pierden por encima de mi ropa y me agarra los pechos con fuerza.

—Venga..., Silvia. Quítate algo. Te veo con mucha ropa.

Tengo un nudo en la garganta.

—¿No quieres que salgamos a comer algo?

—Después, después.

Sus manos aprietan y tiran de mí violentamente. Me pregunta al oído por qué no se la chupo. Siento asco y me duele pensar que es el amor de mi vida, mi marido. Antes me excitaba solo con respirar a mi lado. Dejo de mirar hacia otra parte y me digo a mí misma que tengo que verlo, porque lo tengo delante. No puedo hacerme más la sorda, la ciega, la tonta. Sus pupilas están dilatadas como dos aceitunas. Lo sabía, pero no me lo puedo creer. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué se lo hace a él?

—Cariño... —digo despacio—. Estás colocado.

Gabriel se aparta y se humedece los labios una, dos, tres veces. Niega con la cabeza.

—Claro que no. Estás paranoica. Me pasé un poco con la cerveza —dice mirando a todas partes menos a mí.

—No, cariño. Estás colocado, no borracho. Y... en cualquier caso necesitas ayuda.

Levanta la mirada hacia mí y dice un no rotundo.

—¿Quién eres tú para ayudarme? ¿Qué crees que sabes de la vida, Silvia? ¿Qué crees que sabes? No eres más que una chica bien pagada, ¿te acuerdas? —Aparto la cara, pero él la coge entre dos de sus dedos y hace que le mire—. Una chica que no hace sus deberes, pero que sigue cobrando.

Retiro su mano.

—No me vuelvas a tocar así, Gabriel.

—Pues si no te toco a ti, nena, tocaré a otra. Lo sabes, ¿verdad?

Sollozaría si no fuera porque creo que ya ni siquiera sé llorar. Lo que siento lamiéndome las venas no es pena, es rabia. Es odio. Es color rojo empañándome hasta los ojos. Le doy un empujón para apartarlo de mí y cojo una chaqueta y la llave de la habitación. Gabriel ni siquiera hace ademán de seguirme. Oigo que la emprende a golpes con los muebles de la habitación y salgo de allí sin mirar atrás. Recorro todo el pasillo buscando la habitación de Tony. Debería salir a la calle. Debería calmarme. Pero no puedo.

«Si no te toco a ti, nena, tocaré a otra».

Llamo a todas las puertas, nerviosa, temblorosa pero llena de ira.

—¿Está aquí? —pregunto al primero que me abre.

—¿Quién?

—Tony. ¿Está aquí?

—No, en la 587, creo.

Voy pisando fuerte sobre la moqueta y llamo. No abren. Llamo más fuerte. No abren. Aporreo la puerta con puños y pies. Me abre uno de los chicos del equipo, sorprendido y tapado solo por una toalla.

—¿Y Tony? —le pregunto.

—No lo sé, Silvia. Se fue a tomar algo con Gabriel.

—Gabriel ya ha vuelto. ¿Dónde está Tony?

—Te lo diría si lo supiera —me jura.

Sigo andando. Me estoy volviendo loca. Me cruzo con Volte; me habla, pero no le oigo. Tengo los oídos como si me hubiera metido algodón. Solo escucho el latido de mi corazón, que va muy deprisa. Me saca a la calle y me habla, pero no puedo concentrarme más que en un par de palabras, aunque no debería desaprovechar la ocasión de escuchar a alguien que siempre suele callar. «Enfermo». «Vicios». Términos aislados que no quiero relacionar con Gabriel.

—Terminarás matándote tú —le oigo decir.

Respiro hondo una, dos, tres veces y vuelvo a entrar, subo por las escaleras en lugar de por el ascensor y recorro de nuevo el pasillo llamando a todas las puertas.

La 588 abre y Tony está sentado en el escritorio de la habitación jugueteando con una navaja mientras fanfarronea con los demás. ¿Qué tipo de persona va por ahí con una navaja? Desde la puerta veo que va tan puesto como Gabriel. O más. Quiero matarlo. Matarlo de verdad. No como cuando Álvaro me cabreaba. No. Esto es de verdad y, en el fondo, tengo una voz interior que me dice que me tranquilice y que está muerta de miedo. Nunca antes me había sentido tan fuera de control como ahora.

Doy grandes zancadas hasta él, le quito la navaja de las manos y con un movimiento certero y violento la clavo. Hay un silencio sepulcral a pesar de que la habitación está atestada de gente. Los que no estaban dentro han llegado al oírme gritar y aporrear. Bajo los ojos hacia la mesa, adonde también mira Tony. El cuchillo se ha clavado en la superficie de madera, a escasos milímetros de su mano, sin hacerle ni un rasguño. Casi no puedo respirar.

—Pero ¿¡qué haces, loca de mierda!?! —grita levantándose de su silla—. ¿¡A qué juegas!?!

—Si vuelves a darle mierda a Gabriel, te mato. Te mato, te lo juro por mi madre.

—Y casi me sale espuma por la boca—. Vete ahora mismo de aquí. ¡¡¡Vete!!!

—Pero ¿qué dices?

—¡¡¡Que te vayas!!! —me desgañito.

—¿Y tú quién eres para echarme? —dice recuperándose del susto inicial y poniéndose de pie.

—Soy su mujer.

—Eso se arregla con una llamada al abogado, así que no juegues demasiado.

En realidad quiero taparme la cara, hacerme un ovillo y llorar, pero sonrío y me inclino hacia él.

—Tengo una mala puntería de la hostia, Tony, pero es posible que la próxima vez no falle. Es posible que la próxima vez ni siquiera sea yo quien lo intente. Me sobra el dinero para pagar a alguien que te cosa a navajazos. ¿Lo sabes?

Estoy amenazándolo de muerte. Estoy diciendo cosas horribles delante de todo el mundo; cosas que ni siquiera yo misma creo que sea capaz de hacer. ¿Quién habla por mí? ¿Qué me está pasando? ¿En quién me he convertido?

—Vete a otro con esos cuentos. Eres una niña triste, ¿es eso? Gabriel es mayorcito para decidir lo que se mete y lo que no. Igual deberías hablar con él en lugar de conmigo.

—Hazte un favor, no me tomes a la ligera, porque si crees que no soy capaz es que me menosprecias. Si vuelves a darle mierda a Gabriel, te mato. Te lo juro. Te mato.

Tony me da una palmadita en la mejilla que me saca totalmente de mis casillas. Le aparto la mano y Volte me arranca de allí en volandas, pero me da tiempo a dar una patada al escritorio y hacer que salgan volando tanto la lámpara como un montón de trastos. Todo el mundo está callado.

—¡¡¡Te rajo como la puta rata que eres!!! —le grito mientras me arrastran por el pasillo—. ¡¡¡Y después te reviento a patadas!!!

Hace falta un tropel de gente para tranquilizarme. Gente y tiempo. Volte me pide una y otra vez que me calme y llame a Mery. Finalmente, lo hago y la pongo al día con una voz tan fría que hasta me doy miedo. Como ya me temía, ella no me da ninguna solución, solo dice que hará unas llamadas y que Tony se marchará. Sobre Gabriel dice poco. No sé si está decepcionada o si realmente no le preocupa demasiado. Es posible que lo que mejor le venga a la discográfica sea que un día de estos aparezca muerto en su casa y engrose así la lista de artistas a los que las drogas y la muerte han convertido en estrellas paradójicamente inmortales.

No puedo más. ¿Por qué narices aguanto esto? ¿Por qué narices le quiero más que

a mí misma?

Me marchó del hotel sola y empiezo a caminar. No sé adónde voy y no conozco esta ciudad, pero tampoco lo pienso mucho. Terminó sentada en un banco, en un parque. Algunas parejas pasean cogidas de la mano y yo las envidio. Las envidio porque están sanas y parecen felices. Pienso en lo que hemos sido Gabriel y yo; hemos sido tan felices que dolía. ¿Qué ha pasado? ¿Ha dejado de quererme? No. Pero cuando te quieres tan poco como él se quiere a sí mismo... cuando aprecias tan poco tu propia vida, es complicado ser feliz. ¿Qué ha sido de ese «nosotros» que tenía planes? ¿Dónde se han quedado todas las promesas?

Lo único en lo que puedo pensar es en él inclinado en una mesa, esnifando una raya tras otra, sin parar. Con la nariz sangrándole. Los ojos con ese brillo enfermizo y las pupilas dilatadas.

Vuelvo despacio, deshaciendo paso a paso el camino que he recorrido antes. Estoy mucho más tranquila, pero más triste. Al menos he sabido encontrar el hotel entre tanta calle.

Entro en nuestra habitación. Gabriel no está. Jugueteo con mi móvil, leyendo mensajes y viendo fotos antiguas. Cuando ya es noche cerrada, él aparece. Evita mirarme y se mueve por la habitación recogiendo algunas cosas. Coge un paquete de cigarrillos y la maleta; la llena de cosas y va en dirección a la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunto en tono lastimero.

—He pedido otra habitación. No quiero ni verte la cara. Estás loca.

Es lo último que dice. Después se marcha y no vuelvo a verle hasta la mañana siguiente, cuando se hace mucho más que evidente que Gabriel me ignora y me ningunea delante de todo el equipo.

13

EL FINAL DE LA GIRA

Para: Silvia GU

Fecha: viernes, 19 de mayo, 20:15

De: Álvaro Arranz

Asunto: Rumores

Silvia:

Necesito que seas sincera conmigo y me digas si los rumores que circulan son ciertos. Dime si es verdad que Gabriel terminó el concierto de Washington colocado hasta las cejas. Dime si es verdad que tuvo una pelea en un bar y que le partieron la cara delante de ti. Dime si es verdad que vuelve a subirse al escenario drogado y borracho como una cuba.

Por Dios, Silvia... Déjame ir a por ti. Déjame traerte a casa.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Leo el correo de Álvaro con la misma indiferencia con la que veo, hablo y escucho. ¿Qué hago? ¿Le digo que todo eso es verdad? ¿Le digo que lleva cinco puntos en la ceja? ¿Le digo que viene tan colocado que me da miedo y que he pedido tener habitaciones separadas e independientes? No quiero que coja un vuelo, se presente aquí y yo tenga que añadir un problema más a mi lista. Pero hasta a él le echo de menos. Estoy tan acostumbrada a que me hagan sufrir, que me parece que he aguantado estas cosas durante toda mi vida.

¿Por qué no me voy? Pues lo he pensado muchas veces desde que todo esto empezó. Y ya hace dos meses. Ha sido tan gradual que ni siquiera me creo que haya llegado a este punto tan pronto. Y si no me voy es porque sé que, si lo hago, muy pronto recibiré una llamada diciéndome que Gabriel se ha matado. Por eso y porque me he enamorado demasiado. Y siento mucha rabia hacia él por hacerme cargar con ese peso. Debo recordarme a mí misma que no es él, que no está en sus cabales y que

está enfermo.

Hoy el concierto es en Boston. Boston es una gran ciudad para él. Es donde más entradas se venden siempre. Es donde más fans tiene. Es donde más locos se vuelven con sus conciertos.

Como en los últimos tres *shows*, llegamos por separado. Él tarde y con aires de artista torturado. Fuma donde le da la gana, va desarreglado y lleva las gafas de sol a todas horas. Y esto último no es por esnobismo, es para que no podamos ver los ojos que lleva, rojos, cansados y con las pupilas dilatadas. Es de vergüenza. Me dan ganas de abofetearlo, pero tampoco puedo acercarme demasiado. Está tan cabreado por lo de Tony que prácticamente no me habla. Está enfadado, claro, porque ahora ha dejado de tener proveedor a mano y porque, además, su abogado se ha puesto en contacto con él para decirle que han tenido que untar a Tony para que no me denuncie por agresión y amenazas de muerte. Gabriel estaría que trina si no fuera porque las drogas lo mantienen en un estado suspendido de conciencia. ¿Qué será? ¿Cocaína, LSD, pastillas, ácidos? No tengo ni idea. Quizá todo junto.

El ensayo va como siempre últimamente. Gabriel se queja de que los agudos no suenan bien. De que los graves no suenan bien. De que los medios no suenan bien. Tengo ganas de gritarle desde donde estoy que lo que no suena bien es él, pero no quiero montar más bronca. No le tengo miedo. No es miedo, lo juro, es vergüenza. Estoy tan avergonzada que me paraliza, como si fuera pánico.

Antes del concierto se encierra en su camerino. Deja que un par de personas entren y salgan, pero a mí no me quiere cerca. Y lo ha dicho tan abiertamente que todos me miran con lástima. Lo que no entiendo es por qué aún no me ha obligado a que me largue. Y a mí todo me da igual; lo único que me preocupa es pensar que ahora debe de estar poniéndose a tono para la actuación. Y yo fumo como una chimenea. No sé si volveremos a estar juntos en nuestra casa. No sé si celebraremos siquiera nuestro primer aniversario.

Pasa por mi lado de camino al escenario. Se quita las gafas de sol y veo sus ojos enrojecidos e hinchados y la tirita de sutura en la ceja. Está de pena. Más delgado, más ojeroso, más pálido. Me mira de reojo cuando sale y una ovación inunda el recinto. Es una mirada del tipo: «¿Ves? Siguen queriéndome».

Empieza bien. Desmedido, pero bien. Podría achacarse a la emoción de estar en la ciudad en la que se siente más querido, pero los movimientos de su boca lo delatan. La mueve nervioso, intenta encajarla, mantenerla quieta; lamentablemente no puede. Debe de ser coca o *speed*.

Se equivoca en la tercera canción. El público se ríe y él se disculpa, metiéndoselos

en el bolsillo con una broma. Todo el equipo ríe, menos Volte y yo. Volte y yo ya hace días que no nos reímos de nada.

No termina el quinto tema. Deja el micro, tira la guitarra y después se marcha hacia el *backstage*. Le queda tan de estrella del rock que el público enloquece. Pero el que está enloquecido es él. Pide agua. No quiere cambiarse, ni secarse. De pronto se agobia y respira con fuerza.

—¿¡Por qué coño hay aquí tanta puta gente!? ¿¡Es que no tenéis nada más que hacer que tocarme los cojones!?

Está mal. Me da igual lo enfadada que estoy. Me acerco y le toco el cuello. Está empapado en sudor frío.

—¿Te encuentras bien? —digo con un hilo de voz.

—Sí —asiente—. Sí, sí. De puta madre. ¿Hay whisky?

—Gabriel, cariño..., no creo que debas.

Se olvida del whisky y se mira las manos. Le tiemblan, pero se las mete pronto en los bolsillos, para disimular.

—¿Está saliendo bien, no? —Trata de sonreír—. ¿Sí, no?

Se ríe. Los demás le adulan. Volte sale de allí con la cabeza gacha y yo le entiendo; es desagradable ver cómo le mienten y le dicen constantemente lo que quiere oír. Él ya ha visto esto antes, me imagino. Y si yo no me voy detrás de Volte es por miedo a que a Gabriel se le termine de ir de las manos del todo.

Con las manos dentro de los bolsillos, veo a Gabriel meterse en el camerino, supongo que para colocarse un poco más antes de reanudar el *show*. ¿Cuánta cocaína es capaz de tolerar? Probablemente mucha ya.

Y sigue con el concierto. Canta una de sus canciones más famosas y no consigue llegar a las notas más altas. Desafina. Todos le oímos, pero después el equipo al completo le dirá que ha sonado de puta madre y que es un dios. Y él para celebrarlo se meterá un par de rayas más.

Me revuelvo el pelo nerviosa. Me lo arrancaré a tirones.

La última canción empieza llenando el estadio de sus notas graves y de sus golpes de batería. El nuevo bajista borda esta canción; si Gabriel estuviera en su ser, este sería un cierre espectacular para el *show*, pero no es el caso. Cierro los ojos. Le he visto cogerse al micro con manos temblorosas y no quiero verlo así. Me mata escuchar su voz saliendo dubitativa, como si fuera la primera vez que cantara esa canción. Por más que quiera evitarlo, no puedo. Abro los ojos y me levanto de mi asiento; me acerco al escenario y lo miro. Está pálido y le cuesta seguir el ritmo de la música. Tropieza con sus propios pies y se agarra con más fuerza del micro. Me giro hacia el equipo, todos

lo miran sorprendidos.

—¡Volte! —grito.

Volte tarda diez segundos en aparecer y se queda mirando al escenario, como todos los demás. Si no fuera por el pie de micro, creo que Gabriel estaría ya en el suelo.

—Llama a un médico —le digo.

Palpo nerviosa mi pantalón vaquero y saco con dedos trémulos mi móvil. Se lo doy.

—Llama a una ambulancia.

—Silvia, no montes un escándalo por esto —me pide un chico del equipo—. Se le pasará cuando termine. Le diremos que por causas técnicas no puede hacer el bis y te lo llevas al hotel.

Miro de nuevo a Volte. Ni siquiera la voz suena a la de Gabriel. Las tripas se me contraen. Vuelvo a mirarle y lo que veo se parece sospechosamente a un cadáver. Me estoy mareando.

—Llama a una ambulancia —le digo otra vez.

La canción se eterniza; cuando termina casi he perdido del todo los nervios. El público ovaciona y Gabriel se queda quieto, mirando al suelo. Vuelve a soltar la guitarra, pero esta vez le cuesta más esfuerzo porque sus dedos, torpes, no se aclaran con la cinta que la ciñe a su pecho. Después anda hacia nosotros. Me mira con ojos vacíos y ni siquiera está dentro del *backstage* cuando le fallan las rodillas. Cae al suelo como un peso muerto, con los ojos en blanco.

Sé que corro, sé que me muevo rápido y que inconscientemente estoy siguiendo los pasos de primeros auxilios que aprendí en un campamento a los quince años. Sé que Gabriel respira. Pero todo está como borroso. Sucede muy rápido.

Pido a la gente que se aparte. Una chica se arrodilla y me ayuda. Gabriel está inconsciente y convulsiona. La dejo a ella. Ella sabe qué hacer. Me doy cuenta un poco después de que es de los servicios sanitarios de urgencia del pabellón. Volte me levanta como si fuera una hoja de papel y me aparta. Dos personas más se acercan a Gabriel. Hacen cosas. No sé qué pasa. Hablan, pero no los oigo. Yo grito. Se llevan a Gabriel y corren.

No quiero que se muera. No quiero que se muera. No quiero que se muera.

Descubro que estoy diciéndolo en voz alta cuando Volte me rodea con el brazo y me pide que lo acompañe. Ni siquiera era consciente de que los he seguido hasta la ambulancia, que me han dado con las puertas en las narices. Miro al vacío. Me giro y todo gira a mi alrededor. Todo el equipo me mira, aunque sé que lo que pase a partir

de ahora les dará igual. Será una anécdota que contar agarrados a una cerveza. Los únicos que lo lloraremos seremos nosotros dos. Volte y yo. A pesar de que ni siquiera ahora me salgan las lágrimas.

HORA DE LLORAR

Cuando los médicos me dejan pasar a la habitación estoy más tranquila, pero más enfadada. Por un momento creo que abofetearé a Gabriel en cuanto lo vea, pero no lo hago porque realmente no hace falta. Está tirado en la cama, con la vía puesta en el brazo, hecho un asco, mirando hacia la pared con la cabeza ladeada y la almohada empapada.

Me siento en el sillón que hay junto a su cama y me encojo sobre mí misma. Los médicos me han dicho que la misma cantidad de cocaína en otra persona habría sido mortal. Tiene que volver a rehabilitación y todos lo sabemos. Él el primero. Es posible que por eso llore tanto ahora mismo. Y yo no puedo hacer nada por él si él no quiere que le ayudemos, si Gabriel no quiere ayudarse a sí mismo.

Y me apeno. Mucho. Siento lástima. Me levanto, me acuesto a su lado y lo abrazo. Y Gabriel sigue llorando... como un niño.

—Perdóname —solloza—. Perdóname.

—Shhh..., no pasa nada. Nos caemos para aprender a levantarnos.

Y lo más cutre es que esa frase la he copiado de la primera película que Christopher Nolan hizo de *Batman*. Pero no encuentro nada dentro de mi cabeza que pueda decir en esta situación. Ay, Silvia..., crónica de una muerte anunciada. Esto va a poder conmigo, lo sé. Gabriel se acurruca y lo aprieto contra mí, muerta de miedo de soltarlo; no quiero dejarlo solo nunca más.

—No me voy a ir —le digo.

—¿Por qué te alejo? ¿Por qué lo estoy haciendo tan mal, Silvia...? Te quiero tanto... Merezco estar muerto.

Y solloza. Mi Gabriel. Mi niño. Ahora desearía estar muerto y lo más probable es que no entienda por qué no lo está.

—No llores más —le pido—. Lo solucionaremos. Lo haremos juntos.

—Es que... no puedo otra vez. No puedo. No puedo pasar otra vez por lo mismo.

Lo siento... —Llora—. Me quiero morir. Quiero morirme y que pare ya...

Le acaricio el pelo y siento cómo tiembla. Cierro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, rezo. Sé que es amor verdadero cuando me doy cuenta de que desearía poder pasar todo esto en su lugar.

El día anterior a ingresar en la clínica Gabriel está mucho más taciturno que de costumbre. Estamos en nuestro dormitorio haciendo la maleta; hace un rato hicimos el amor despacio, despidiéndonos, porque es probable que no volvamos a estar juntos en muchos meses. Si todo va bien, podré ir a visitarlo dentro de, no sé, dos meses. Tanto tiempo sin él me enferma, pero es lo que toca.

—¿Qué pasa, mi vida? —le pregunto acariciándole el pelo.

—Nada. —Se frota la cara con fuerza—. Estoy muy cansado y triste. Supongo que estoy empezando con el síndrome de abstinencia. Soy un puto yonqui.

Le beso sobre la camiseta y procuro que me mire para decirle cuánto le quiero a pesar de que estemos viviendo todo esto, pero rehúye mi mirada.

—¿Tienes hambre?

—Sí —asiente—. Fase dos del mono.

—Voy a preparar algo.

—No. —Me pega a él y me abraza con fuerza—. Pídeselo a Tina. Quédate conmigo.

Doy dos voces a Tina para preguntarle si nos puede hacer algo para comer. Después vuelvo a la habitación y Gabriel y yo nos enroscamos en la cama, tristes, melancólicos, como si el cuento no tuviera el final que nos prometieron.

Malcomemos. Damos vueltas a la comida en los platos, sin mirarnos y en silencio. Pronto Gabriel se enciende un cigarrillo y yo me quedo mirándolo fumar.

—¿Tienes miedo? —le pregunto, porque es momento de ser claros y sinceros.

Suelta el humo en una nube y asiente, mordiéndose el labio inferior con saña.

—Yo sé que tú no lo tienes —dice sin mirarme—. Pero tendríamos que hacer algo, Silvia. Deberías volver a España una temporada, mientras yo esté allí. Y quizá sea mejor que firmemos los papeles para separarnos.

Le miro sorprendida.

—¿Quieres el divorcio? ¿Es lo que me estás diciendo?

—Quiero irme sin la sensación de que te tengo atada y que limito tu vida.

Me levanto, me siento a su lado y le abrazo fuerte. Él cree que no tengo miedo, pero estoy aterrorizada.

—No quiero que vuelvas a decir eso jamás.

—Quiero cuidar de ti y mírame... haciéndote más daño que él.

—No tienes por qué cuidar de mí.

—Tú tampoco tendrías que hacerlo conmigo. Y yo no tendría por qué romperte y destrozar tu vida.

¿Me rompe? No lo sé. Solo sé que mi vida tiene sentido siempre que él esté conmigo. Así es el amor, ¿no? Te convierte en el cincuenta por ciento de algo que pasa a formar parte de ti, por más que tú no dejes de ser el cien por cien de ti mismo. No firmaré nada, porque él saldrá de esa clínica y volveremos a ser quienes somos en realidad.

Es una noche triste. Ninguno de los dos duerme. Gabriel me envuelve en sus brazos, que están tan delgados... me besa y jura que me quiere. Aunque no lo demuestra, me dice.

—He estropeado mi vida muchas veces, pero nunca había echado a perder algo en lo que creo. Algo como tú y yo y el futuro que imaginé que podríamos tener. Me mata por dentro.

Y a mí. Me mata saber que dentro de él crece la duda de que ese futuro se cumpla. Tiene que ser del modo en el que lo imaginamos y planeamos, porque nos lo merecemos; porque nos queremos.

Cuando entra en la clínica de desintoxicación lo hace con paso dubitativo. La gravedad ha cambiado. Me mira. Me dice que solo lo hace por mí; creo que esto es un error. No debería hacerlo por nadie más que por sí mismo. Y tras el papeleo, llega el momento de separarnos. La auxiliar se aparta para darnos intimidad y nosotros nos abrazamos. Me besa sobre el cabello y aspira mi olor.

—Dios... cuánto voy a echarte de menos.

—Y yo, pero esto es por nosotros.

—¿Y si no puedo hacerlo, Silvia? Deberías firmar los papeles, marcharte a España y yo... iré a por ti si mejoro.

—Vas a mejorar.

—Ojalá yo tuviera tanta fe.

Coge mi cara con las dos manos y, mirándome a los ojos, dice muchas cosas preciosas que no suenan bien, que suenan a despedida.

—Quiero que me recuerdes bien. Ojalá pudiera borrar toda la mierda, pero no puedo. Tienes que saber que has sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Nunca

dudes que fuiste buena para mí; sin ti, ya me habría muerto. Contigo he vuelto a nacer.

—No me digas eso —susurro con un nudo en la garganta—. No es lo que quiero escuchar. No te despidas.

—Silvia, hazlo por mí. Firma esos papeles y vete...

—No. No voy a hacerlo. Esto es otro comienzo, no el final.

Nos avisan de que Gabriel tiene que entrar y nos besamos. Es el beso más triste que me han dado jamás. Gabriel está convencido de que es malo para mí y que tiene que alejarse. No consigo hacerle entender que podemos superar esto y olvidarlo. Él dice que no hay vuelta atrás y que, por mi bien, debería firmar los papeles del divorcio y volver a España, pero no lo haré. Quiero demostrarle que podemos superar esto juntos.

—Nena... —dice cuando está a punto de marcharse hacia dentro—. Hazlo. Si me quieres..., hazlo.

—No —me niego—. Y no lo hago justo porque te quiero. ¿Cómo si no voy a demostrarte que estoy segura de que te puedes curar? Te esperaré, dará igual el tiempo que te cueste. No voy a firmar nada a menos que tú me jures que no me quieres.

—Pero tienes que hacer tu vida, Silvia. Será lo mejor. Ya decidirás si me curo.

Ni siquiera él confía en curarse. Ni él ni ninguna de las personas de su equipo, de su discográfica, etcétera. Los únicos que sabemos que puede hacerlo somos Volte y yo, pero a juzgar por el ánimo con el que volvemos en coche hacia casa, creo que los dos también albergamos algunas dudas.

A veces pienso que va en su código genético. ¿Y si Zola tenía razón cuando decía que parte de nuestros defectos vienen determinados por los de nuestros padres? Su padre murió de cirrosis después de toda una vida de excesos y alcoholismo. No sé si creer en ese determinismo biológico o centrarme en que podrá curarse. No sé si la idea de quién fue su padre es la culpable de su inclinación a la autodestrucción. Y sobre todo, no sé si hago bien en quedarme.

Los días pasan lentos. Las noches... un campo yermo. Al principio ayudo a Mery con algunas cosas. Recibo muchas llamadas de teléfono. Revistas, televisiones, bloggers bien relacionados..., no sé cómo llega a sus manos mi número de teléfono, pero tengo bien aprendido lo que tengo que decir.

—Gabriel está bien y todos estamos con él. Las adicciones pueden tener recaídas. Nadie le culpa y, por supuesto, esto no terminará con nuestra relación. Me siento muy

cerca de él ahora y afrontamos la recuperación con buen ánimo.

Lo repito como un papagayo a diestro y siniestro. Y cuando me doy cuenta..., estoy diciéndole lo mismo a mi madre. Ella llora y llora y me pide que vuelva, pero no puedo. La tercera vez que me llama, trato de atajar el tema y ser lo suficientemente sincera como para que me entienda de verdad.

—Mamá, sé que este matrimonio no es como los demás. No nos casamos enamorados, pero lo estamos ahora. Y no puedo irme sin él, porque le quiero y me moriría. Necesito estar cerca por si me necesita. No te preocupes por mí. Yo estaré bien.

Y cuando cuelgo me lo digo mil veces. Estaré bien. Pero el mantra se convierte en una pregunta que me hago a mí misma sin parar.

15

LA RUTINA SIN GABRIEL

Para: Silvita GU

Fecha: jueves, 6 de junio, 19:23

De: Álvaro Arranz

Asunto: Llámame

Llámame, por Dios. No sé ya cómo pedírtelo. Necesito escuchar tu voz y necesito que me digas que estás bien. He llamado a tu madre. Dice que habla contigo todos los días y que tienes buen ánimo, pero no la creo. Ella lo dice convencida, pero no creo que lo que le cuentas sea verdad. También llamé a Bea, pero, bueno, la conversación con ella fue menos amable, me temo.

Juro que no cogeré un avión e iré a por ti como te dije si no es lo que quieres. Pero... necesito quedarme tranquilo. Escucharte decir que le quieres y que no piensas moverte de su lado. No lo sé. Cualquier cosa. Pero..., Silvia, por favor.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Para: Álvaro Arranz

Fecha: jueves, 6 de junio, 22:15

De: Silvita GU

Asunto: Re: Llámame

Hola, Álvaro:

Estoy bien, de verdad. No tienes por qué sufrir por mí. Como ya le he dicho a todo el mundo, por lo que está pasando Gabriel es algo bastante habitual. No es que lo esperáramos; solo entraba dentro de las cosas que podían suceder. El estrés de la gira ha podido un poco con él, pero nada que no podamos solucionar. Tengo buen ánimo, como te contó mi madre. Estoy haciendo muchas cosas para mantenerme ocupada y no echarle tanto de menos, pero por lo demás... todo bien. Créeme.

Y no, no tienes que coger un avión y venir a por mí, porque no es lo que quiero. Lo que quiero es que pase rápido el tiempo y poder ir a recoger a Gabriel a la clínica. Álvaro, haz tu vida, porque yo estoy enamorada de Gabriel y esto solo es una piedra en el camino.

Cuídate.

Cuando le doy a «enviar» estoy agotada. Cansada de tener que dar explicaciones de por qué estoy bien.

Han pasado dos semanas desde que Gabriel ingresó y he recuperado parte de mi ánimo. Tengo que estar contenta por él, porque debe de estar pasándolo mal, y cuando salga no querrá caras tristes. Querrá abrazarme y besarme. Haremos el amor en nuestra cama y volveremos a estar juntos. Todo volverá a ser como antes. Cumpliremos las promesas que nos hicimos.

He hablado con Mery sobre el futuro de Gabriel. Ella dice que lo mejor, cuando salga, será que grabe otro disco para disipar rumores. Yo sé que no lo hace con mala voluntad, pero está tan metida en la industria que creo que a veces ve a Gabriel como un medio para un fin y no como una persona. No es para disipar rumores, es para vender más discos. El morbo... el morbo de un disco lleno de canciones escritas entre las cuatro paredes de una regia clínica de desintoxicación, mientras se lucha con los demonios de uno. Eso vende.

Lo que yo quiero es diferente. Quiero ir a recogerlo y descubrir a un Gabriel que ha recuperado peso, muy sonriente y que abraza mi cintura como lo que es para mí: el hombre de mi vida. No es buen momento para el mercado inmobiliario, pero venderemos esta casa, en Toluca Lake, y compraremos una en San Francisco, en pleno barrio de Haight-Ashbury. Adoptaremos un perro, le llamaremos *Rayo* y saldremos todas las mañanas a pasear con él por el parque. Gabriel escribirá canciones para otros y yo... no sé qué haré yo, pero estoy ahorrando y seguro que puedo pasar años sin tener que preocuparme por eso. Lo primero es cuidar de nosotros.

Tengo muchos planes y todos son buenos y traerán cosas agradables y tranquilas a nuestras vidas. Es lo que los dos buscamos. Una vida tranquila después del desorden que hemos vivido. Él a su manera y yo a la mía.

Los días pasan y por fin Bea viene a verme. El 1 de julio aterriza en LAX y la recojo en el Mustang de Gabriel. Estoy contenta porque anteayer pude hablar por teléfono con él durante cinco minutos. Su voz me reconforta, a pesar de notarle tan serio. Lo que está viviendo es muy duro; ni siquiera me imagino cómo debe de ser estar encerrado allí por su propia voluntad, teniendo que enfrentarse día a día a la necesidad de hundirse de nuevo entre pastillas, papelinas y alcohol.

—A ratos quiero morirme y a ratos quiero abrazarte. Me alegra que no puedas

verme ahora, porque estoy tocando fondo, nena —dijo con un hilo de voz—. No sé si esto es parte del proceso o solo la depresión poscolocón, pero no sé si aguantaré.

—Claro que lo harás. Te dejan hablar conmigo, ¿no?

—Amenacé con colgarme con las sábanas si no me dejaban. —Se rio tristemente, con su voz grave—. Sentía la necesidad de decirte que esto no está yendo bien.

Pero sé que irá bien. Cuando le digo que le quiero en la despedida, me convenzo a mí misma de que no hay otra posibilidad. Mejorará y volverá. ¿Verdad? Eso es parte del proceso y yo estaré aquí cuando él termine de luchar con sus fantasmas.

Bea y yo nos abrazamos cuando nos encontramos y, a pesar de que creía que haría chascarrillos nada más llegar, se queda agarrada a mí con fuerza y se echa a llorar. Eso me sorprende; Bea no suele llorar. Me empapa el hombro. Lloraría con ella en plan catarsis liberadora, pero hace mucho que no lloro. Creo que ya no sé hacerlo y tampoco vale la pena volver a aprender.

La estrujo contra mí y le digo que estoy bien. Y ella solo repite sin parar que me quiere y que ha pasado mucho miedo. Me mira a los ojos, con los suyos tan verdes y tan grandes empapados y me confiesa que, si alguna vez me pasa algo, se morirá de pena.

—Yo te dije que vinieras, Silvia. Te animé a que lo hicieras y mírate. Soy casi igual de responsable de que estés sufriendo esto que él.

—No seas tan melodramática. —Sonríó—. Estoy bien y ni él ni tú tenéis ninguna culpa. Tú me animaste a salir de allí por mi bien y él está enfermo.

Ella asiente mirándome fijamente a los ojos, como si quisiera que en una especie de trance hipnótico yo grabara esto en su cabeza. Se siente culpable y sola, como yo.

En el coche, de camino a casa, vamos charlando de cosas frívolas. Aquí, en Los Ángeles, todo es frívolo, así que he cogido práctica. Le cuento que iremos a un salón muy pijo a hacernos tratamientos de belleza y que he reservado hora en la tienda de René Strauss para que se pruebe vestidos de novia, aunque ni siquiera tenga novio. Le mentiremos y pasaremos un buen rato.

—Aunque a lo mejor no tengo por qué mentir —dice pizpireta mientras se arregla el maquillaje con una polvera preciosa de Guerlain—. Porque a lo mejor me cruzo con Adam Levine, se queda prendado de mí y nos casamos en la playa.

—Y todo en una semana —le digo.

—Al más puro estilo de Los Ángeles —contesta.

Frida y Tina le dan una buena bienvenida a la casa. Están contentas de verme

acompañada. La ayudan incluso a instalarse y nos preparan un combinado con ron para que lo tomemos en la piscina. Es momento de ser sincera y compartir, por fin, el vía crucis de la gira. Ella me mira con ojos preocupados mientras yo exorcizo algunos demonios describiendo noches horribles, gritos e histeria. Me doy cuenta así de que me tapé ojos y oídos en un intento de que, ignorándolo, desapareciera. Fue gradual; un monstruo que crece y canibaliza todo lo que alcanza. Y cuando termino, la miro fijamente y me convengo de que esto no puede estar pasando.

—Si no es un final feliz... no es el final —le digo convencida.

Ella me mira, asiente, pero sé que tiene serias dudas de que realmente eso se cumpla.

Durante los días siguientes la llevo de turismo y, sin darme cuenta, repito casi todos los pasos que recorrimos Gabriel y yo la primera vez que vine a verle aquí. La llevo a La Brea Tar Pits a ver los pozos de brea, que no es que sea algo muy bonito (y huele muy bien), pero tiene un parque alrededor enorme, donde nos tumbamos a hablar sobre la vida. Vemos una exposición sobre Burton en el LACMA y comemos en una terraza de Venice Beach donde preparan un *hummus* riquísimo, que riegan siempre con un chorrito de aceite de oliva. La llevo de compras, a mi salón de belleza preferido, a ver el cartel de Hollywood y a recorrer el paseo de la fama.

A Bea le encanta el cine clásico y el Hollywood de los años cincuenta, así que se emociona cuando hacemos parada obligatoria en el Westwood Memorial Park para visitar la tumba de Marilyn Monroe. Mientras ella se encarga de intentar hacer la foto perfecta desde todos los ángulos posibles, yo paseo por allí. Escucho a Bea dar grititos de emoción conforme va encontrando nombres famosos entre los que descansan aquí. No me gusta este sitio. La muerte es muerte y no turismo. Una ardilla salta entre las lápidas del suelo y se para encima de la de Natalie Wood. Recuerdo una de mis películas preferidas, *Esplendor en la hierba*, y sonrío. Ese amor adolescente, intenso, trágico, condenado al fracaso y que siempre queda dentro de ellos. Ella, volviéndose loca de amor por alguien al que desea demasiado. ¿Puede pasarme eso a mí? Dejo los ojos vagar por encima de las tumbas. Muchos de ellos son personas que llenaron cines, que ganaron un Oscar, que escribieron libros y que pervivirán por siempre en la historia. No siento que nada me una a ellos hasta que pienso que soy la mujer de Gabriel, que llena estadios, que gana Grammys, que escribe canciones y cuyos discos le sobrevivirán. Un sentimiento funesto crece dentro de mí. Miro a Bea que, un poco más allá, hace fotos a la lápida de Truman Capote y me pregunta si he visto la de Billy Wilder.

—No. ¿Podemos irnos?

—¡Pero si aún me faltan la mitad de las que quiero ver! —exclama frustrada.

—Vámonos. Por favor.

Camino hacia la salida del recinto y me apoyo en el muro, en la calle. Unos coches pasan en dirección a Hollywood Boulevard. Contengo las náuseas. Bea me pregunta si estoy bien. Asiento. Ni siquiera quiero pensar demasiado en esa sensación que ahora campa a sus anchas en mi cuerpo. Quiero irme y vivir.

Bea quiere incluir en el tour una visita al High Voltage Tattoo Studio y que nos tatuemos algo juntas, pero para mí eso ha adquirido un cariz más trascendental y no puedo hacerlo sin él. Trato de evitar el tema un par de veces pero al final decido que es mejor ser sincera con ella, porque me entenderá.

—Bea... es que... —le digo mirándome mi tatuaje y pasando las yemas de mis dedos sobre él.

—No te preocupes —contesta entendiéndome al momento. Me da una palmada en la espalda y propone ir de compras, con mi dinero, eso sí.

Por las noches agradezco su calor en la cama. La abrazo mientras ella refunfuña, llamándome lesbiana salida y aduciendo que quiero abusar de ella cuando se duerma, pero a mí me hace sonreír y me reconforta tener a alguien a quien abrazar. Y allí, a oscuras, apretaditas en un espacio reducido dentro de una cama enorme, hablamos, como cuando nos quedábamos a dormir en casa de la otra a los dieciséis. Por aquella época hablábamos de si Sandra se había comprado los mismos pantalones que yo en un intento por copiarme o de si Bea conseguiría por fin morrear con el malote del instituto. Ahora, con las luces apagadas, lo que confesamos es que a veces la vida consigue superarnos.

—Desde que no estás, la pajita de Hello Kitty ha dejado de tener gracia —dice ella con un suspiro, poniéndose boca arriba y tapándose los ojos con el antebrazo como a veces hace Gabriel—. No me gusta crecer. Y como no vuelvas pronto, voy a empezar a envejecer.

—Puedes quedarte aquí —le digo de broma, aun queriendo que acepte—. Esto es como estar suspendido en el tiempo y en el espacio. El país de Nunca Jamás. Cuando nos salgan arrugas, nos pondremos bótox. ¡Yo invito!

Ella se gira hacia mí y me mira con una sonrisa triste. Va a decir algo sabio, lo sé.

—Da igual las vueltas que demos al mundo corriendo detrás del sol para que no se ponga nunca, Silvia. Creceremos, como los demás. No somos inmunes al tiempo.

Apoyo la cabeza de lado en la almohada y la miro con una sonrisa en los labios. Bea, la poeta. La filósofa. La humorista. La alcohólica. La histriónica. La ninfómana. La maestra. La niña. La artista. Mi mejor amiga.

Me abrazo a ella queriendo que el tiempo dé la vuelta y que volvamos a hablar de cosas que no son que el amor de mi vida penda del hilo de superar sus adicciones ni de la soledad de un piso de treinta metros cuadrados en algo que ni siquiera es Lavapiés.

—Vale —le digo—. Pero prometamos que nunca maduraremos lo suficiente como para no darnos un abrazo.

—Hecho. —Acomoda su cabeza apoyada en la mía—. Eso sí, aprovéchate y súbame ahora que aún estoy turgente. Hay que ver... a este ritmo Adam Levine tendrá que buscar mi canalillo dentro de las bragas.

Pongo los ojos en blanco. Bea. Mi mejor amiga.

El día que se va es triste. Lloro como una niña y nos abrazamos, manchándonos la ropa con sus lágrimas y mocos. Me deja con un par de kilos más y mucho más tranquila. Tengo otra manera de afrontar el tiempo de espera que me queda, porque sé que la vida allí tampoco es fácil y haberme quedado en Madrid no hubiera solucionado nada. Bea me ha dado fuerzas para seguir haciendo lo que creo que debo hacer.

Un día, mientras estoy en la piscina, mi teléfono móvil de aquí suena. Es un número que no conozco, así que me preparo para repetir el discurso de siempre sobre la recuperación de Gabriel, pero al contestar no encuentro a ningún curioso.

—Silvia... —Estoy preparada para leerle, pero no para su voz. Eso me descoloca y tardo unos segundos en contestar—. Silvia —repite.

Es la voz de caramelo de Álvaro diciendo mi nombre. Y juro que, de repente, se me antoja la idea de que, cuando lo dice, las letras que forman mi nombre suenan a chocolate fundido. Un montón de recuerdos vienen en tropel a llenarme la cabeza. Recuerdo esa sensación... el lujo vacío de poder sentirme pequeña a su lado. Él se hacía cargo de las responsabilidades, ¿no? Envidio aquella sensación.

Cierro los ojos y me concentro.

—Hola, Álvaro.

—Lo siento. Necesitaba escuchar tu voz.

—¿Ha sido Bea? —le pregunto.

—Sí. Ella me dio tu número. ¿Cómo estás?

Pero ¡si le odia! No sé por qué le ha dado mi número. ¿Tan mal me habrá visto como para tomar esta decisión? ¿O habrá cedido al acoso de Álvaro?

—Muy bien. En la piscina, tomando el sol. —Y finjo estar muy despreocupada

por no darle el placer de poder decir: «Te lo dije».

—Silvia, por favor...

—¿Qué? —y contesto brusca.

—Deja de fingir que no ocurre nada. Deja de decir que estás bien y que no necesitas que nadie te ayude.

—Es que no lo necesito. Dentro de nada Gabriel saldrá, ¿sabes?

—Sí. Sí lo sé. Y sé lo que pasará. Ese chico quiere morirse, Silvia. Y lo que no quiero es que te mueras tú con él.

No es lo que necesito escuchar a pesar de que puede que tenga razón. No quiero escuchar a nadie decir que Gabriel y yo no vamos a poder cumplir las promesas que nos hicimos. Es triste y es mentira. Quiero que sea mentira. Tenemos toda la vida por delante para ser felices y para olvidar que alguna vez sufrimos como lo estamos haciendo ahora. Y Álvaro no es quién para decir nada sobre Gabriel. Me abandonó. Me hizo sufrir cuando la vida no tenía más complicaciones que querernos. Mi marido está enfermo, pero él fue un cobarde; tomó las decisiones porque quiso... quiso hacerme daño.

—No vuelvas a llamarme.

Y a pesar de que lo digo firmemente y que parezco convencida, no lo estoy. Me tiemblan las manos cuando voy a dejar el móvil sobre el césped porque lo que ha dicho Álvaro es lo que muy en el fondo temo. Son mis fantasmas en los ojos de otra persona.

Y no me gusta.

16

A CONTINUACIÓN...

Para: Silvita GU

Fecha: sábado, 19 de junio, 3:37

De: Álvaro Arranz

Asunto: Ese disco que tanto te gustaba

No puedo dormir. Esta noche salí a tomarme una copa con mis amigos y, aunque volví pronto a casa con intención de meterme en la cama, no puedo dormir.

Estoy sentado en el salón, escuchando ese disco que tanto te gustaba, en el que se suceden canciones que nada tienen que ver la una con la otra. Me acuerdo de ti, pero eso no es una novedad. Creo que me he obsesionado contigo y que no veo nada más.

En el trabajo, las cosas no me van bien. Estoy harto. No puedo soportarlo. Estoy irritable y no soy un buen jefe. Necesito irme. Te necesito a ti.

Y solo pienso en traerte de vuelta.

Te quiero.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Diría que no me lo espero, pero mentiría. Cuando me llaman desde la clínica donde está Gabriel, lo primero que pienso es que ha cumplido su amenaza y se ha colgado con las sábanas. Estoy a punto de desmayarme. Me siento en el sofá del salón y cierro los ojos mientras escucho al director de la institución y al tutor de la terapia contarme que Gabriel no avanza.

—No sabemos cómo ha podido suceder. Los controles de seguridad son regulares y muy exhaustivos, pero ayer volvió a dar positivo en los análisis —me dicen.

—Positivo... ¿en qué?

—Algún derivado de la heroína.

Aprieto los párpados hasta que veo puntos brillantes. ¿Cómo que heroína? ¿De qué va esto? No tengo edad para preocuparme por controles de drogas, me digo.

Tengo edad de reírme a rabiar con una copa de Martini en la mano y los labios pintados de rojo.

—¿Y ahora? —y lo pregunto a sabiendas de que lo están invitando a irse.

—No podemos ayudarle.

No pueden ayudarle. Y no pueden porque son unos profesionales de mierda. Se lo digo y después me disculpo, aunque lo pienso. Voy a ir a por él e iremos a otra clínica, donde los controles de seguridad sean más regulares y exhaustivos, si es que eso es posible. ¿Por qué me hace esto?

Cuando me presento allí, me recibe el director y me hace pasar al despacho. Me pide que me siente y eso me pone físicamente enferma. Hay algo. Algo que se callaron por teléfono. Mi pobre Gabriel...

—Usted es su mujer, ¿verdad?

—Sí —asiento, aunque aún me cueste hacerme a la idea de que esa palabra se refiere a lo que soy con relación a Gabriel... y más ahora.

—Tengo que comentarle un tema un poco sensible. Y tiene que entender que su marido está enfermo y que, dentro de lo que cabe, esto entra dentro del comportamiento normal de un adicto y...

—Dígame ya. Sin rodeos.

—Ha... ha establecido algún tipo de relación con otra de las pacientes. Lo tienen prohibido, pero bueno, tampoco está permitido introducir ningún tipo de droga aquí dentro y, por lo visto...

—¿Qué... qué tipo de relación?

—«Autodestructiva» sería la palabra que mejor la definiría.

—¿Sexual?

Hay un silencio dentro del despacho que es mucho más elocuente que cualquier cosa que pueda decirme este doctor de barba blanca tupida.

Gabriel, al que dejé aquí hace no tanto con la promesa de poder cumplir después con el futuro que nos merecemos, no solo ha seguido destrozándose por dentro con más y más drogas. No contento con eso, se tira a otra. A otra que no le quiere, que no va a salvarlo, que no tiene fe en él, que no le espera en casa, que no ha sufrido. Los imagino follando como animales, como él lo hizo conmigo en una de sus noches de colocón, durante la gira. Contra una puerta, gruñendo, empujando de un modo brutal y corriéndose. Corriéndose con otra.

—No... no lo piense demasiado. Autodestructiva, al fin y al cabo —me dice—. Si admite mi consejo, lléveselo lejos. Hay unas clínicas estupendas en la costa este. Puedo recomendarle el nombre de un par de doctores.

—¿Y por qué no lo cura usted aquí? —le pregunto.

—Porque cuando en un cesto de manzanas una se pudre, hay que apartarla del resto. A ella y a la más próxima.

Cuando salgo, Gabriel me está esperando sentado junto a la recepción. Mi primer impulso es abofetearlo, pero me controlo a duras penas. Diría que aún está más delgado que antes. Lleva los mismos pantalones vaqueros que cuando entró y la camisa a cuadros; todo le viene holgado y los hombros ceden hacia delante a un peso invisible. Tiene ojeras, los ojos rojos y la cara demacrada. Cuando me ve aparecer, baja la mirada hacia sus zapatillas.

—Vamos —le digo con un nudo en la garganta. Esto es lo último que imaginé que haría al volver a esta clínica.

—¿A casa?

—A casa por ahora. Mañana cogeremos un vuelo.

—¿Adónde?

—No entiendo por qué tendrías que saberlo —le respondo—. Si con voluntad de solucionarlo esto tampoco mejora, tendrás que hacerlo por la fuerza.

Carraspeo intentando quitarme esa sensación de presión en la glotis, pero no lo consigo. Me siento vieja y agotada. Gabriel levanta los ojos hacia mí.

—Si me muevo de Los Ángeles tardaré dos días en tirarme por una ventana. Y si no hay ventanas, me cortaré las venas. Y si no, me colgaré. ¿Por qué no te ahorras esto, joder? Déjame en casa y coge un vuelo a España.

Trago y miro alrededor. Uno de los enfermeros aparta la mirada de nosotros.

—¿Qué dices, Gabriel? ¿Es que no quieres mejorar? —le pregunto—. ¿Qué es lo que quieres?

—Lo que para ti es estar mal para mí es simplemente respirar, Silvia. Me asquea cada minuto que vivo. Quiero morirme.

No doy crédito. Metí a un hombre de treinta y un años aquí dentro y saco a un adolescente impresionable, con quince jodidos años mentales y, además, gótico.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunto indignada.

—Te dije que te divorciarás. Te lo dije...

—¿Crees que eso justifica lo que estás haciendo, Gabriel? ¿Lo crees de verdad?

—No podéis ayudarme.

Se levanta y va hacia la puerta. Me pide las llaves del Mustang.

—No —le digo—. Yo conduciré. Ya me matas en vida, joder. No quiero que me estampes contra un camión.

Me mantiene la mirada duramente y después se aleja hacia el aparcamiento. Y el

hombre al que veo caminar por delante de mí no es Gabriel.

Gabriel no come. No duerme. Apenas bebe algo que no sea alcohol. Lo único que hace es fumar. Ayer se fumó tres cajetillas. Lo hace de manera compulsiva. Casi enciende uno con la colilla del otro. Y está inquieto e irascible; suda y tiene frío. Me ha gritado ya un par de veces fuera de sí que quiere morirse, que le deje en paz, que quiere estar solo y dormir. Tiene el mono, supongo. Cuando le planto cara, desaparece en su dormitorio, donde se encierra a cal y canto antes de emprenderla a golpes con todo. Se le escucha gritar. Y yo, sentada en un escalón, espero a que se le pase para tratar de hacerle sentirse arropado.

Intento hablar con él, pedirle que me cuente qué pasó en la clínica, pero no tiene ganas, dice. No me agobies, contesta otras veces. Ha llegado a decirme que no entiende qué hago aquí aún.

—Vete ya, joder. Vete y deja de hacerme sentir una mierda. Si merezco morirme solo, ¿por qué no me dejáis morir y ya está?

Al cuarto día aparece por casa una visita. Y en cuanto la veo sé que, por mucho que se presente como Lucy, su verdadero nombre es «problemas». Es un poco más alta que yo, rubia y escuálida. Podría decirse que algún día fue guapa, aunque de eso ahora solo queda la sombra de una de esas bronceadas chicas californianas. Lleva un vestido negro largo de tirantes, sin sujetador, una especie de impermeable verde militar arremangado y unas zapatillas playeras, del mismo verde, con los cordones negros. No debe de tener más de veintidós años, pero creo que ha debido acumular ya experiencias comparables a dos o tres vidas. Es el juguete roto de algún padre que la malcrió hasta hacerla sentir invencible y que terminará enterrándola o perdiéndole la pista. ¿Me pasará a mí lo mismo con Gabriel?

Cuando entra en casa lo mira todo con una sonrisa plácida en la boca. Toca un sillón, el sofá y el centro de mesa. Está colocada. Lo que no tengo claro es qué tipo de droga se ha metido antes de venir.

—¿Está Gabriel? —me pregunta gozosa por tercera vez.

—Sí. Pero no está bien. No puede recibir visitas —le digo.

Pero Gabriel la recibe con una sonrisa mientras yo miro desde la puerta. Me mira y me pide que me vaya. Niego con la cabeza, le ruego que descanse y que se tome su tiempo y él, aunque no es él, me dice que disfrute mirando.

La besa.

Es el beso más repugnante que he visto en mi vida. Casi no puedo ni sentir celos,

porque lo que hay ahí es lengua, saliva y una dependencia enorme. Están enfermos. Son dos yonquis.

El corazón se me dispara en el pecho al darme cuenta de cómo va a terminar esto. Y tengo dos opciones: abandonar el barco con las mujeres y los niños o esperar, como si fuera el capitán, y ver cómo se hunde, con la posibilidad de que se hunda conmigo dentro.

Llamo a nuestro abogado de aquí y le pregunto si es posible bloquearle las cuentas bancarias aduciendo que está enfermo y no está en sus cabales. No temo por el dinero, temo lo que pueda comprar con él. Me promete preguntarlo a un par de expertos y cuando ya creo que esa podría ser nuestra solución, me devuelve la llamada y me dice que no y que, de darse el caso de que eso fuera realmente posible, tardaría demasiado en ser efectivo. Me sorprende comprobar cómo su abogado, el señor Moore, con el que Gabriel ha trabajado desde que ganó los primeros cientos de miles, me explica que me diga lo que me diga, no debo divorciarme.

—Y espero que no se ofenda, señora Herrera —me dice—. Pero esto no tiene pinta de mejorar. Y sé cómo acaban estas cosas. Mejor ser su viuda que su exmujer viuda.

Creo que debe de haber gente que ya ha redactado su discurso para el entierro de Gabriel. Todos dirán de él cosas preciosas y buenísimas, y ninguna será sincera. Veré a extraños desgañitarse y golpearse el pecho mientras yo, la única persona que le conozco de verdad, me esconderé a llorarlo en paz. Y me siento muy sola. Cansada de no saber qué hacer, llamo a Volte, en el que confío y que, aunque no pueda ayudarme, sé que vendrá a apoyarme.

—Me enteré hace dos días de que salió. Debió llamarme, señorita Silvia —me dice.

—No quería implicarte en esto, pero he de ser sincera conmigo misma y la verdad es que yo sola no puedo con él —le confieso—. Tienes que ayudarme. Dice que quiere morirse y creo que esta vez es de verdad.

Hay un silencio ominoso que atraviesa el éter y yo me encojo, porque me duele.

—Yo la ayudaré, pero tenga claro que, si él no quiere, no hay nada que podamos hacer. No sé hasta qué punto podemos agarrarnos a la vida por él.

Por supuesto, Gabriel y yo ya no dormimos juntos. Lo primero que hizo Gabriel al llegar a casa fue instalarse en su antigua habitación y ahora, además, Lucy parece haberse nombrado su inseparable compañera en la casa. Ella y una mochila mugrienta

que siempre lleva colgando. Está en casa con ella. Si después de eso no puedo odiarlo, ¿qué más va a tener que hacerme?

Tina lo lleva fatal. No deja de llorar. Y no creo que lllore solo por Gabriel, sino porque también tiene miedo. El hombre del que estoy enamorada se ha convertido en una persona desconocida que se pasa las noches tirado en el salón con esa chica, vaciando botellas. Anoche los vi. Él estaba bebiendo a morro de una botella que no me interesé por saber de qué era. Estaba tirado en uno de los sillones, muy bajo, como dejado caer. Entre sus piernas abiertas, ella hablaba sobre salir a bailar y se movía lánguidamente. Y él, de vez en cuando, alargaba su mano y la tocaba, pero no con deseo, sino como tratando de cerciorarse de que realmente ella estaba allí.

No puedo llorar. Eso es lo peor. Sé que, si lo hiciera, me sentiría infinitamente más reconfortada, pero por más que lo pienso, no puedo. He intentado acordarme de cosas tristes y las he ido enumerando una tras otra con la luz apagada cada noche. El último recuerdo que tengo de mi padre, la muerte de mi abuela materna, esa sensación marciana que siento cuando mi hermano mayor se comporta como si no lo fuera, toda mi historia con Álvaro. Y hasta el recuerdo de un perrito precioso y pequeño que me regaló una señora en la calle y que mi madre me obligó a devolver. Yo qué sé. Nada. Ni una lágrima. Paradojas de la vida, tanto tiempo sufriendo por no derramarlas y ahora todas las lágrimas que me tragué delante de Álvaro se me han debido de quedar ahí enquistadas y me han secado por dentro.

Me avergüenza decirlo pero, de vez en cuando, hasta los escucho follar. Que eso no me haga llorar me parece grave. Y no son gemidos lo que oigo, ni jadeos. Es como si dos locos se entretuvieran jodiendo mientras se acaba el mundo. Hasta se oyen golpes mientras aúllan como animales; ella suele gritar que lo quiere más dentro y entonces yo comprendo eso de querer morirse. Lo imagino empujando entre sus piernas y me gustaría desaparecer. Me acuerdo entonces de cuando nosotros hacíamos el amor, de las palabras que nos decíamos, de los besos que nos dábamos. Me hace sonreír momentáneamente recordarle intentando moderar el volumen para que Tina y Frida no nos escucharan, mientras el placer empujaba su voz hacia el exterior. No se parece en nada a lo que escucho que hacen ellos dos. Él gruñe con rabia y grita, pero suena a desesperación; ni a amor, ni a sexo, ni a deseo. Es parte del proceso de destrozarse a sí mismo desde los cimientos. ¿Cómo va a sentir así que debe vivir? ¿Cómo va a levantarse si se encarga cada día de romperse sus propias piernas?

Muchas veces, después, cuando los alaridos terminan, escucho a Gabriel bajar las escaleras atropelladamente y salir al jardín. Ella se queda sola y yo rezo por que ese sea un momento de lucidez y él se dé cuenta, se arrepienta y entonces las cosas

empiecen a mejorar. Pero nunca pasa nada. A lo sumo un par de golpes contra las puertas del jardín o algún mueble que se estrella contra la pared. Al despertar, mi vida sigue siendo igual de oscura, Gabriel sigue estando colocado y el futuro que nos prometimos se ha vuelto a alejar de nosotros.

Parezco una auténtica gilipollas. Cuando salen, rebusco en todas partes a sabiendas de que lo que encuentre no me va a gustar. Y no, no me gusta. Papel de plata arrugado y quemado en todas partes, que ni siquiera se preocupan por esconder. He estado informándome en Internet y supongo que fuman coca. Condones usados; eso también lo encuentro. Y en el fondo, estoy tan metida en esta mierda que me siento hasta agradecida. Hasta es romántico que no se la folle a pelo. Eso solo lo hizo conmigo... ¿no?

Y, mientras vago por la casa sin saber qué hacer, me doy cuenta del vuelco que ha dado mi vida. Creo que siempre estuve abocada al desastre. Supongo que no me moriré después de esto, pero marcará el resto de mi vida para siempre. Después de Gabriel, lo que quede no valdrá la pena. Estoy empezando a entender qué significa vivir por inercia.

17

EL FINAL SE ADIVINA

Para: Silvita GU

Fecha: miércoles, 3 de julio, 17:49

De: Álvaro Arranz

Asunto: Hola mi vida

Hoy hace 183 días que te fuiste. Creo que este es mi mensaje número 153.

Sigo pensando lo mismo que cuando empecé a escribirte. Es posible que esto se haya convertido en una obsesión enfermiza para mí, pero soy sincero cuando te digo que haré lo que sea por ti. Solo espero que me des una señal... e iré a por ti. Iré y te abrazaré. No sabes cuánto lo necesito.

Te quiero.

Álvaro Arranz

Gerente de Tecnología y Sistemas

Fuera hace un sol de justicia. Lo sé porque entran unos rayos de sol intensos a través de las pequeñas ranuras que quedan entre las cortinas. Yo estoy sentada en el borde de mi cama, mirando hacia la ventana, aunque no se vea más que tela opaca. Estoy tratando de olvidar que hubo un día en el que Gabriel dormía junto a mí en esta cama y que, al despertar, me besaba y me veneraba. Me cuesta creer, en el fondo, que hubiera un día en el que fuéramos felices sin barruntar la tormenta que se cerniría encima de esta casa y de nuestra relación.

Hace un mes que salió de la clínica. Y la situación no solo no ha mejorado, sino que ha empeorado. El *crack* podía parecerme una posibilidad demasiado fuerte, pero se ajusta bastante bien a la realidad de las rutinas del que aún es mi marido.

Ya me he hecho a la idea. Sé que no tardaré mucho tiempo en volver a España. Lo que sea a partir de ese momento no lo sé muy bien, pero sé que Gabriel no va a salir de esta, porque no quiere. El Gabriel que yo conozco ya está muerto en realidad. Lo que queda no es él.

Hace unos días Volte, que viene a diario a hacerme compañía, llamó mi atención sobre algo que probablemente había bloqueado para no ver. Ella lleva marcas de pinchazos en las muñecas. Casi siempre las lleva tapadas por un montón de pulseras, pero ahí están. Así que supongo que, si Gabriel no se pincha, lo hará pronto. Y en una de esas... se le irá la mano. He leído que es bastante común.

Me levanto de la cama y me doy una ducha. No me preocupo ni por arreglarme. Me pongo un pantalón vaquero y una camiseta negra lisa y bajo descalza a la cocina, donde me sirvo un café y me fumo un cigarrillo. Después otro. Me miro los dedos y me entretengo en darle vueltas a mis anillos, que bailan considerablemente. Supongo que he perdido algo de peso y me hace gracia pensarlo, porque siempre me he reído de todas esas novelas románticas en las que el héroe tiene que recordarle a ella que coma, porque es tan lánguida y frágil que ni siquiera sabe hacerlo sola. Nada, en eso me he convertido. Pero no es que no me acuerde de comer. Me acuerdo y muy a menudo. Intento desayunar, almorzar, comer, merendar y cenar. Pero la cantidad de comida que tolero es poca, la verdad. Se me cierra el estómago y es completamente imposible que siga haciéndolo sin vomitar. Y ya estoy harta. Poco a poco saldré de esta. Claro que sí. Bea me llama desesperada día sí, día no. Yo le cuelgo y luego la vuelvo a llamar, fingiendo que todo esto es mucho menos grave y contándole milongas. De Lucy no le he hablado. No quiero dar más lástima, ni preocuparles más. Solo digo que Gabriel está pachucho y que necesita muchos mimos. Ella no me cree.

—Coge un avión y vuelve —me pidió ayer entre lágrimas—. Esto no va a terminar bien y lo sabes. Silvia, por el amor de Dios, te vas a terminar matando.

—No es verdad. Solo... dejadme hacer esto bien. No quiero castigarme el resto de mi vida por lo que pase de aquí en adelante.

—Quiere morir. ¿Qué crees que puedes hacer? ¿Sabes cómo terminan estas cosas? —y lo dice empapada en llantos y con la respiración entrecortada—. Terminan contigo enganchada al puto caballo y él muerto en el suelo de un cuarto de baño.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza. Esa visión me persigue allí donde vaya. Gabriel muerto. A veces incluso sueño que ya ha pasado y que parte de mí al menos ya sabe a qué atenerse. ¿Qué es peor, la pena, el miedo o la desesperación? Son emociones peligrosas, sin duda.

La maldita Barbie Malibú yonqui entra en la cocina. Lleva la parte de arriba de un bikini con la bandera estadounidense y un short vaquero deshilachado. Poca ropa, sí, pero tampoco es que tenga mucho cuerpo que tapar. Apenas dos higos mustios como pechos y los huesos de las costillas y las caderas. Sus rodillas son angulosas. Me miro y me alegro de seguir siendo como soy: carnosa y humana. La miro a ella y me da

pena pensar que un día fue bonita y lo tuvo todo en una ciudad como esta.

No me saluda. Solo abre la nevera y se pone a beber de la garrafa de zumo a morro. Aquí todo es a lo grande. Garrafas de zumo, de leche, de sirope. Tengo que recordarme a mí misma no beber ni comer nada que haya aquí a mano. Seguro que esta chica tiene de todo menos salud.

De pronto me acuerdo de cómo era la cocina antes. Era igual, al menos en cuanto a la forma. Pero el contenido... hasta la luz entraba de diferente manera. Y recuerdo a Gabriel cocinándome un crep de chocolate con plátano. Aquella noche lo hicimos por primera vez. ¿Y esa devoción con la que me miraba?

Cierro los ojos y me prometo que nada de lo que está pasando va a estropearme el recuerdo de Gabriel tal y como era. Ahora no es él, porque está enfermo. Y sí, estoy enfadada, y cuando la rabia me desborda, le culpo por todo. Hasta por cosas que no tienen nada que ver con él. Le culpo por no encontrar mi sitio en el mundo, por hacerme sufrir, por quitarme la fe en el amor. Luego me doy cuenta de que, incluso con todo esto, sigo creyendo en él.

Lucy se sienta delante de mí en la barra y me coge un cigarrillo del paquete. La miro y le agunto la mirada de reto que sostiene.

—¿Por qué no te largas? —me dice despacio—. ¿Por qué sigues aquí? Eres patética. —Cojo mi cigarrillo y le doy una calada larga. Después echo el humo hacia un lado, ignorándola—. A él le das pena, vergüenza y asco. ¿Lo sabes?

—Mira, justo lo que siento yo por ti. —Y sonrío.

—Firma los putos papeles —espetá—. Divórciate. Eres una aprovechada que quiere vivir de él.

—¿Y tú qué eres?

—Yo le comprendo. Y se quiere casar conmigo. A nuestro primer hijo le llamaremos Gabriel.

No sé si reírme o llorar. Aunque... ojalá pudiese llorar. ¿Que a su primer hijo le llamarán Gabriel? A él no le gusta su nombre. De pequeño le daba vergüenza llamarse como un ángel; me lo contó una noche, después de hacer el amor. Sé que quiere ser padre, o al menos quería serlo, pero ¿con ella? No creo que la naturaleza la deje nunca embarazada. Esta chica morirá joven; está condenándose a ello.

Sigo su mirada y me doy cuenta de que mira mi anillo de compromiso. Podría llegar a pensar que es una grupi colgada de su ídolo, pero solo es una yonqui que quiere pasta. Para mí este anillo es un recuerdo precioso y para ella solo es el equivalente a gramos de droga.

Me levanto y me voy.

No me espero encontrarlo tan de golpe y el corazón me cabalga enfermizamente en el pecho al ver a Gabriel fumando, agarrado al vano de la puerta de cristal que da al jardín. Esta imagen hace unos meses me habría calentado el cuerpo al completo. Me habría abrazado a él por detrás, le habría besado sobre la tela y mis manos se habrían adentrado por debajo de esta. Pero ahora solo lo miro. Sus poses siguen siendo sexis y él sigue siendo guapo a pesar de ser solo un eco de lo que fue. Es como un muerto viviente.

Me coloco a su lado y le miro. Acaban de volver de Dios sabe dónde. Su placidez creo que se debe a un chute reciente. Lleva una camiseta negra y un vaquero con la rodilla roída. Mira hacia el agua de la piscina y se lleva despacio el cigarrillo hasta los labios, donde le da caladas hondas y sosegadas.

—Está precioso —dice de pronto.

—¿Qué? —le pregunto confusa. Hace ya muchos días que no cruzamos ni una palabra. Su voz me turba.

—El jardín. Está precioso.

—Sí —asiento—. Echo de menos disfrutarlo contigo.

Desvía la mirada hacia mí y hay algo parecido a una sonrisa triste en su cara. Sé que él también se acuerda de lo que éramos y que piensa en lo que pudimos ser. Pero no hay vuelta atrás.

—Deberías irte antes de que la cosa se ponga peor, Silvia. No quiero que estés aquí entonces.

—¿Qué quieres decir con peor?

Deja caer la mano con el cigarrillo.

—Peor —y no lo dice con rabia sino con pena—. Deberías firmar los papeles y volver a España. Lo haremos bien.

—No me verás hacerlo. —Sonrío.

—En eso tienes razón, no te veré hacerlo. —Siento que me falta el aire y él sigue fumando—. Dime, Silvia, ¿por qué no te vas después de todo?

—Porque te quiero, Gabriel.

Nos miramos y, durante unos segundos muy largos, creo que se va a echar a llorar. Pero no lo hace. Tira el cigarrillo al suelo, lo pisa y después lo recoge y difumina la ceniza con la punta de su zapatilla Converse roñosa.

—Pues no deberías hacerlo. No sé qué más puedo hacer por demostrártelo.

—Tendrías que borrarame la memoria. Yo aún me acuerdo de quién puedes ser.

—De recuerdos no se vive.

—Pero sí de esperanza, ¿no?

Se encoge de hombros y, después, suspira mirando de nuevo hacia el jardín.

—No desaproveches tu vida por alguien como yo. No lo merezco.

Mi mano se acerca a la suya, que cuelga inerte; la acaricio y, durante unos segundos, sus dedos también me acarician a mí. Cierro los ojos con alivio.

—Solo tienes que decirme que no me quieres, Gabriel... —murmuro llena de pena—. Y me iré.

Su mano se aleja de la mía y se frota la cara.

—Vete, Silvia. Lo único que puedo hacer por ti es malo. Ya no puedo decirte más.

Ha empezado la cuenta atrás. No sé cuánto durará. No sé si es cuestión de una semana, de dos o de un mes y siento que no puedo soportarlo. Por primera vez en mucho tiempo me duele tanto por dentro que estoy desesperada. Me arañaría la cara. Necesito llorar.

Me encierro en mi dormitorio. Nunca antes había sentido esto. Tengo taquicardia, mi respiración es superficial y jadeante. Aprieto las uñas contra las palmas de mis manos y gruño, grito, golpeo las paredes. Me acuerdo de Gabriel enseñándome su casa la primera vez que vine y le echo tanto de menos que creo que me voy a morir. Me siento en la cama y trato de calmarme. Cojo mi teléfono móvil y miro fotos, mensajes..., todo lo que he vivido desde que conocí a Gabriel pasa en cascada por delante de mis ojos. Cojo esa camiseta suya que guardo y aspiro su olor hasta que me mareo. Sufro. Me duele. Le quiero de una manera visceral y animal que no puedo evitar. Ojalá pudiera odiarle, olvidarle.

Necesito cuidar de mí misma, pero me siento débil y no puedo más. No puedo pensar en mí; lo antepongo a todo, incluso a mi propia salud mental. ¿Y qué solución queda? ¿Pedir ayuda? ¿A quién?

Alcanzo mi móvil. Me prometí no hacerlo, pero no me quedan demasiadas cosas por intentar. La gente desesperada hace cosas estúpidas. Porque esto lo es, ¿verdad?

Escribo sin darme tiempo para pensar. Cuando termino y mando el mensaje, miro el iPhone con ojos culpables. Me he dado por vencida. Creí que sería más fuerte. Creí que nunca volvería a necesitarle...

Álvaro tarda menos de media hora en mandarme un mensaje con los datos de su vuelo.

18

EL FINAL

Para: Silvita GU
Fecha: jueves, 4 de julio, 17:30
De: Álvaro Arranz
Asunto: *On board*

Lo único en lo que puedo pensar es en abrazarte.

Álvaro Arranz
Gerente de Tecnología y Sistemas

Mientras espero en la terminal a que aparezca el vuelo de Álvaro, me doy cuenta de que estoy nerviosa. Hace siete meses que no le veo.

Plancho con la mano la tela de mi blusa de color coral y confío en que el tono de mi ropa y el maquillaje sean suficiente para no hacerme parecer una muerta. Me toqueto el pelo y muevo nerviosa mis pies subidos, por primera vez en mucho tiempo, a unas sandalias de cuña. El solo intento de parecer la Silvia de antes me parece patético.

Le veo aparecer entre la gente. Aún es más alto de lo que recordaba. Tiene el pelo algo más largo y le cae sobre los ojos, que me buscan. Levanto la mano para que me localice y viene decidido hacia mí, vestido con unas zapatillas Adidas de las clásicas, tan impolutas que me da la risa, un vaquero caído de cintura, una camiseta blanca y una sudadera con capucha gris, que lleva desabrochada.

Respiro hondo cuando se acerca y puedo verle los ojos. Tan grises... me devuelven al momento en el que me perdía en ellos y le quería más que a mí misma. Se ha dejado una barba de tres días, en la que ya se adivina alguna cana, y está guapísimo.

Al llegar frente a mí, deja la maleta a un lado y me abraza. Es un abrazo muy

intenso que tengo la tentación de rechazar. No estoy yo para cosas intensas, pero me dejo llevar. Y le huelo. Huele como todos los recuerdos que tengo de los años más felices en Madrid y también de los más duros. Huele a él y al suavizante que usa para la ropa, a los besos entre sus sábanas, a las peleas en su coche y a recuerdos. Me hundo en su cuello y le huelo mucho más a fondo hasta que me mareo.

Sus brazos me han rodeado por completo y me doy cuenta, ahora, de que ciertamente mi volumen ha menguado, porque me envuelven de una manera en la que antes no lo hacían. Me apoyo en su pecho y vuelvo a sentirme pequeña y frágil. No sé si con él puedo permitirme el lujo de sentirme así o es que él es quien me hace sentir de ese modo. Es extraño.

—Mi vida... —dice y siento que me desquebrajo un poco—. ¿Qué te ha pasado? Ni siquiera pareces tú.

—Son solo... las preocupaciones.

Nos separamos y Álvaro se inclina para besarme en los labios, pero le pongo la mejilla. Soy una mujer casada y me siento una mujer casada. No le encuentro sentido a nada. Ni siquiera a que él esté aquí. ¿Por qué le pedí ayuda? Solo espero que no salga con el clásico «te lo dije», porque en este estado no sé cómo me enfrentaría a él. No sé si le gritaría, si perdería la poquita cabeza que me queda o si terminaría de hundirme. Sin embargo, por cómo me mira, creo que no tiene intención de meter el dedo en la llaga. Le sonrío, porque se ha hecho diez mil kilómetros por el simple hecho de recibir un mensaje mío diciéndole que la situación se me ha ido de las manos, que no sé qué hacer y que necesito ayuda, o apoyo o un abrazo.

—Muchas gracias por venir. Iremos a casa, ¿vale? Mañana te enseñaré la zona de la playa. Es muy bonita. —Sonrío.

—No he venido a hacer turismo, Silvia, solo a llevarte a casa.

—¿Cuándo vuelves?

—Tengo la vuelta para el día 10, pero es flexible. Admite cambios. Esperaré el tiempo que necesites para dejarlo todo solucionado. Y después volveremos.

Le palmeo el pecho dando el visto bueno y le animo a que salgamos de allí. Es un sitio que me trae recuerdos. Y no quiero pensar en que puede que dentro de una semana yo haya abandonado mi vida y a Gabriel. Después de todo, la sola idea me sigue rompiendo el corazón.

Conduzco el Mustang a velocidad moderada y Álvaro mira el interior del coche con admiración. Me pregunta cosas sobre a qué velocidad lo he puesto, cuántos caballos tiene... y yo contesto de manera automática, recordando a Gabriel hablarme de su coche preferido con brillo en los ojos.

—Este coche le encantaba, ¿sabes? Ahora intento esconderle las llaves, porque no quiero que se mate —digo más allá que acá.

—¿Él está en casa? —pregunta.

—No creo. Hace ya días que entra y sale, pero nunca se queda más de veinte minutos.

—Es que no me gustaría cruzarme con él.

—Con suerte, ni lo verás.

—Es su casa —apunta—. Quizá debería irme a un hotel.

—Es también mi casa.

—Cuando os separéis, ya se verá de quién es.

Le miro de soslayo. Yo no voy a separarme. Solo me separaré cuando lo vea bien. E insisto en que no es por el dinero, es por ella. Por esa y por los buitres. No quiero que toquen nada que haya sido suyo. No quiero que hagan negocio con él. Y cuando me doy cuenta de lo que estoy pensando, en la situación en la que me estoy poniendo, entiendo lo frágil que es todo. ¿De verdad voy a marcharme a España dejando las cosas así? ¿Y qué va a ser de Gabriel entonces? *Silvia...*, sabes muy bien qué va a ser de él. *Es cuestión de tiempo.*

Cuando llegamos le enseño un poco la casa y le presento a Frida y a Tina. Soy franca y planteo la situación con honestidad, no me ando con verdades a medias.

—Este es Álvaro. Fue mi jefe en España y mi pareja durante dos años. —Las dos lo miran con los ojos bien abiertos. No entienden nada, supongo—. Ha venido a por mí.

—¿Se va? —pregunta Frida aterrorizada.

—No lo sé. Pero si me voy, vosotras no tendréis que volver. Lo arreglaremos bien.

—¿Y el señor Gabriel?

Me froto la cara con las manos y después, dejándolas caer, me encojo de hombros.

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

Dejamos sus cosas en una de las habitaciones de invitados cerca de la mía, casi en la otra punta de la de Gabriel. Quisiera evitar que se encuentren por el pasillo, además de por lo evidente, porque no sé cómo reaccionaría alguien bajo el efecto de las drogas a una situación así de tensa.

Tina ofrece sacarnos algo de beber y de comer a la terraza y le doy las gracias con un beso en la mejilla. Tal vez le parece moralmente reprochable que meta a mi exnovio en casa, pero está tan asustada por la situación que se siente aliviada de que esté aquí. Puedo notar lo en su expresión.

Nos sentamos en dos hamacas, pero de lado, mirándonos el uno al otro. Es Frida

la que nos saca una bandeja con un par de cervezas y algo de picar. Yo me enciendo un cigarrillo y me agarro a la cerveza.

No decimos nada. Yo voy consumiendo, calada a calada, mi cigarro y él me mira. Ni bebe, ni come, ni fuma. Solo me mira. Y yo voy sintiendo algo parecido a un lazo que resbala y se deshace dentro de mi estómago. Aparto el cenicero, le doy un trago a la cerveza fría y después la aparto también. Miro el césped..., siento los ojos de Álvaro clavados en mí y... me siento cansada, muy cansada. Dentro de mi cabeza se suceden sin parar imágenes del último año de mi vida. Álvaro, Gabriel, Bea, mi madre, Varo, Óscar...

Miro hacia el cielo cuando siento que me falta el aire. Lo busco en una bocanada y así, sin más... me echo a llorar. Estoy tan sorprendida como aliviada. Por fin. Pero... ¿por qué delante de él? Quizá esta es una historia circular. Quizá este sea el momento de demostrarme a mí misma que no me molesta que él sepa que soy humana, frágil y que sé llorar cuando algo me desborda.

—Perdona... —le pido entre sollozos. No se me olvida que es Álvaro—. Lo siento.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque sé que no te gustan las lágrimas.

Álvaro sonrío con resignación.

—Silvia... a mí nunca me molestó que lloraras. Lo que me molesta es pensar que no sé qué hacer, porque soy un cobarde.

—No hagas nada. Solo... abrázame.

Me agarro a él y me dejo llevar. Es un llanto histérico, nervioso, que me remueve todo el cuerpo y que me hace sollozar con fuerza. Álvaro trata de calmarme, pero necesito llorar y llorar y llorar durante horas. Me apoyo en su pecho y sigo gimiendo y rasgándome la voz con fuerza. Quiero sacar de dentro de mí toda la ansiedad de los últimos siete meses. Y salen, una a una, todas las lágrimas que he aguantado en este tiempo. Lloro por nuestra relación fallida, por el daño que nos hicimos, por la persona en la que me convertí. Lloro por mi madre, por mis hermanos, por Bea. Lloro por Gabriel, porque no ha sabido ser mejor para sí mismo. Lloro porque le quiero y porque pronto no estará. ¿Qué haré yo en un mundo en el que no esté él? ¿Y los recuerdos? Lloro por los recuerdos y por los sueños que nunca se harán realidad.

Oigo la puerta cerrarse y levanto la cabeza, despegándola de la ya empapada camiseta de Álvaro. Él también mira hacia allá. Lucy, la yonqui, se contonea medio desnuda hacia la entrada y Gabriel está parado en mitad del camino, mirándonos. No nos mira en realidad a los dos, me mira a mí. Y de pronto, él también parece cansado.

Esa carga imaginaria que hace ceder sus hombros hacia delante parece más pesada hoy y me mira, ceñudo. Ojalá pudiera dejar de llorar ahora, pero al mirarlo un quejido amargo se me escapa entre los labios. Esa parte masoquista y que siente pena de mí misma me dice que le mire bien, porque pronto tendremos que despedirnos, por uno u otro motivo. Gabriel se mete en casa después de dar un portazo y poco después vuelve a salir, seguido de Lucy.

Álvaro y yo nos quedamos anoche hablando hasta las tantas, sentados en la cocina. Casi se me olvidó todo eso de que la vida es una mierda y que todo me sale mal. Estuvimos recordando cosas de la oficina y, ahora que ya no tengo la obligación de volver, todo me parece divertidísimo.

Ha dejado caer la posibilidad de que haga uso de ese régimen de «excedencia» y que vuelva a trabajar allí, pero eso ni se contempla. Volver a España sí, por supuesto, pero no volveré a esa oficina sabiendo, como sé ahora, que la vida es muy corta y que, si no me preocupo por perseguir yo mi propia felicidad, no será ella la que me persiga a mí. Y sobre lo nuestro... lo nuestro no puedo saberlo ahora. Creí que nunca diría esto, pero la verdad es que no estoy en situación de pensar ni siquiera en esas cosas. Lo que me preocupa es Gabriel, no mi situación sentimental. A quien quiero es a Gabriel, por el amor de Dios.

Ahora estamos desayunando. Tina ha montado un despliegue que es el equivalente desayunístico de una operación de los GEO. Y yo... con el estómago así como lo tengo, maldita sea. Hasta gofres hay... Y Álvaro tampoco es de mucho comer, así que me temo que esto va a durar días en la nevera. Nos estamos tomando un café con calma, disfrutándolo. A Álvaro no le gusta el café americano, pero finge que sí. Hasta me pide permiso para servirse una segunda taza.

Desde que me he levantado, a pesar de que el día de ayer fue reconfortante, tengo una mala sensación en la garganta y en el estómago. No es que tenga premoniciones, pero es que... hay algo que no me encaja aquí y Gabriel no ha vuelto aún. Eso no es lo normal, si es que algo de lo que nos está sucediendo puede serlo. ¿Dónde estás, Gabriel?

Pasan las horas y el sentimiento funesto crece en mi interior.

Me relajo cuando escucho la puerta del jardín cerrarse y pasos hasta la entrada. Ya está aquí, como cada día; mi dosis del fantasma de Gabriel. Pero entonces alguien entra como una exhalación y corre escaleras arriba, sin pararse ni a mirarnos. Es Lucy, no él.

Salgo de la terraza cubierta en la que estamos Álvaro y yo y voy hasta los pies de la escalera. Desde allí la oigo farfullar palabras que no entiendo y el corazón se me acelera. Subo los escalones de dos en dos y entro en la habitación de Gabriel, donde ella está revolviendo los cajones. Está histérica, y al verme grita, como una posesa. No entiendo ni lo que dice, y cuando doy un paso hacia atrás, asustada, choco con el pecho de Álvaro, que le pide de manera muy firme que se tranquilice. Ella aprieta los puños y grita, grita y se echa a llorar. Se gira y sigue sacando cajones y revolviendo dentro.

—Hijo de puta, hijo de la gran puta —repite entre respiraciones e hipos.

Después gruñe con rabia, histérica, en tono agudo y empieza a decir que se ha largado, que la dejó tirada en una gasolinera, en mitad de la nada y que se ha llevado algo suyo. Me puedo imaginar qué es eso suyo que se ha llevado; algo que ella necesita y que aprecia por encima del resto de este mundo. Empieza a coger cosas sin ton ni son. No sé si son cosas de Gabriel o suyas, pero me da igual. No quiero que toque nada, que lo ensucie. Son nuestros recuerdos.

—¿Dónde está? —le pregunto.

—¿¿¿Estás sorda, puta??? ¿¿¿Estás sorda???

—¡Que dónde está, te estoy preguntando! —La agarro del brazo sin apenas darme cuenta y la zarandeo con fuerza.

—¡Se fue! ¡Se ha largado! ¡¡¡Y no me lo ha pagado!!! ¡¡¡Es mucho dinero, mucho dinero!!! Me ha dejado... —Mira alrededor, desesperada— sin nada...

Con ella cogida del brazo salgo de la habitación. Sigue gritando y pataleando. La mataría. Siento lo mismo que sentí con el impresentable de Tony. Quiero tirarla escaleras abajo, rodando, esperando que se desnude, pero en lugar de eso bajo atropelladamente con ella. Llego a la puerta, la echo y cierro. Pongo el pestillo y le pido a Tina que llame a la policía.

—Diles que esta puta se nos ha colado en casa. Que está loca y tiene el mono.

Respiro entrecortadamente mientras abro y cierro cajones de la cocina en busca del manojito de llaves. Doy con él pronto, con su llavero de Las Vegas. Ironías de la vida. Me lo meto en el bolsillo del vaquero y voy atropelladamente hacia el garaje. Allí, en el cajetín que hay junto a las escaleras, cojo las primeras llaves que pillo. Son las de un Porsche relativamente nuevo que no he conducido nunca y que no sé si sabré conducir. Cuando voy a meterme en el asiento del conductor veo que Álvaro me sigue.

—¿Adónde vas? —pregunta.

No puedo hablar. Si hablo me desmorono. Respiro hondo, pero no quiero

tranquilizarme porque supondría perder minutos enteros del poco tiempo que tengo. Me obligo a enfriarme y le pido que no venga.

—Voy contigo —me dice firmemente.

Me meto dentro y él también. Salgo como un rayo de la casa y Álvaro coge aire.

—Eh, eh, eh... Silvia, que esto no es de juguete, que esto corre mucho, cielo.

Eso es lo que quiero. No quiero correr. Quiero volar.

Gracias a Dios me conozco el camino de memoria. El coche es automático y no me genera muchas complicaciones. El problema es lo que me voy a encontrar cuando llegue. Me saco el teléfono del bolsillo y le pido a Álvaro que marque el 112 y que envíe una ambulancia a la dirección que le recito. Él no entiende nada.

—Silvia..., vas a tener que explicarme algo... algo aunque sea...

—¡¡¡Llama!!! —y cuando grito la voz se me rompe y empiezo a sollozar.

Me limpio las lágrimas a manotazos y sigo conduciendo a una velocidad de vértigo mientras escucho a Álvaro hacer lo que le he pedido. Su inglés es correcto pero se nota que hace tiempo que no lo usa.

—¿Motivo de la solicitud? —me pregunta apartándose el teléfono.

—Sobredosis —gimo.

Al meternos en Venice, pierdo la cuenta de las calles que tengo que cruzar y me paso de largo la nuestra. Maldigo, grito frustrada cogida al volante y al final aparco en el primer hueco que veo. No es la mejor maniobra de aparcamiento que he hecho en mi vida, la verdad. Es posible que se lo lleve la grúa o que algún coche le dé un golpe al pasar, pero me da igual.

Salgo del coche y me pongo a correr. Yo. A correr. No me reconozco. Es como esa madre que pudo levantar un camión para sacar a su hijo de abajo. O algo así. Es la adrenalina. Palpo mi bolsillo mientras corro a grandes zancadas y cojo las llaves que llevo dentro. Freno contra la fachada del edificio de dos plantas. Abro el portal con manos trémulas y subo corriendo. Llego a la puerta e intento abrir. Las manos me tiemblan mucho, así que las llaves se me caen dos veces mientras trato de hacerlo. Grito. Grito su nombre y la garganta me duele. Meto la llave y no gira. Gimo. Lo vuelvo a hacer, pero no gira.

Una mano cálida me aparta un momento y prueba. Es Álvaro, jadeante.

—Hay una llave por dentro. No vas a poder abrir —me dice.

No se puede decir ni que llore. Solo lloriqueo, pidiendo por favor a Dios, por favor, que me ayude.

Álvaro vuelve a apartarme y golpea la puerta. Primero con el brazo, luego con el hombro y más tarde a patadas, hasta que las bisagras empiezan a ceder. Gracias a Dios

no es blindada y, en una especie de chasquido, acaba cediendo y abriéndose violentamente.

Entro corriendo a pesar de que Álvaro intenta impedírmelo. Lo busco en el suelo del coqueto salón, decorado al estilo surf de los sesenta. No hay nadie allí, ni nada, ni rastro de que lo haya. La cocina está impecable, como la última vez que estuve allí meses atrás. También está vacío el cuarto de baño, en el que solo suena el leve zumbido de la luz del espejo que nunca llegamos a cambiar. Entro en el dormitorio principal y, cuando ya empezaba a pensar que podría haberme equivocado, lo encuentro de golpe y porrazo. Una fuerza invisible me echa para atrás mientras abro la boca de forma exagerada para coger aire.

Estaba preparada mentalmente para esto, me digo. Lo estaba. Sabía que acabaría sucediendo y... sin embargo, aquí estoy. No hay nada en el mundo que pueda ayudar a alguien a prepararse para esto.

Gabriel está tumbado en la cama, vestido. Lleva unos pantalones vaqueros negros, una camisa blanca, una corbata negra y sus típicas Vans de cordones oscuros aún puestas. Su traje de novio. Parece que está dormido; plácidamente dormido. Un niño. Tiene el pelo incluso peinado. No quiero creer que se haya peinado para hacer esto.

Todo está en calma. Se escucha el piar de unos pajaritos fuera, junto al árbol que hay frente a la ventana. Entra el sol, tamizado por esas cortinas de las que me he reído tanto porque son tan de los sesenta... Y la cama está perfectamente hecha con él encima. No hay ropa tirada por el suelo, ni colillas, ni botellas. Nada. Solo él, tumbado, como dormido, un cenicero con un cigarrillo consumido en la mesita de noche, junto a un sobre y una jeringuilla en el suelo. Su brazo izquierdo tiene la camisa perfectamente arremangada y en la piel luce las marcas amoratadas de los pinchazos. Entre los dedos de su mano derecha, una tira de goma.

Por un momento creo que me estoy desmayando. A decir verdad, mis rodillas tocan el suelo y me agarro al cubrecama de color amarillo suave.

Veo a Álvaro esquivarme y precipitarse hacia la cama, inclinándose sobre Gabriel. Le toca nervioso el cuello. No encuentra el pulso. Le toca las muñecas. Se pega a su pecho.

Antes de que pueda decirme si respira o no, los sanitarios irrumpen en la habitación como un toro en una cristalería. Traen una camilla y una maleta enorme. Nos apartan. Les miro moverse como quien ve una película desarrollándose frente a sus ojos. No me impresiona; en el fondo, ya asistí al ensayo.

—Silvia... ven. Aparta los ojos. No te hagas esto.

Bajo la mirada, alucinada de que esto esté pasando en realidad y reparo en el sobre

que hay sobre la mesita. Pone mi nombre. Silvia. Solo Silvia. Él lo escribió antes de hacerlo y no quiero que nadie más que yo lo toque. Alargo la mano, lo cojo y, doblándolo, lo meto en el bolsillo de mi pantalón vaquero. Veo por el rabillo del ojo mucho movimiento y aparto de mis oídos el constante pitido que escucho para atender a lo que está pasando.

—A la de una..., a la de dos...

Lo están moviendo a la camilla. Eso solo puede significar una cosa. Que aún está vivo.

Cuando lo meten en la ambulancia, uno de ellos me corta el paso al intentar subir. Me dice que no puedo ir con ellos. Veo cómo dos paramédicos, inclinados sobre Gabriel, se mueven apresuradamente y mi mente lógica, que sigue aquí agazapada, me dice que lo mejor es que les deje trabajar en paz. Pero no puedo; todo mi cuerpo me pide subir allí.

No sé qué le digo, sé que lo hago de malas maneras y a gritos, pero lo siguiente que siento es que me ayudan a subir y me piden que me quede en un rincón.

—Joder, mierda, mierda... —Le oigo musitar a uno.

Inyectan, ponen una mascarilla, monitorizan. No sé qué hacen, pero por las prisas con las que lo hacen sé que no tiene buena pinta. No tiene pinta de terminar con Gabriel recuperando la conciencia y vomitando, como tras el concierto de Boston.

Es el trayecto más largo de toda mi vida.

Cuando llegamos al hospital, corren por un pasillo y yo corro detrás. Intentan pararme, pero me pongo a gritar como una loca y empujo. Los dos que me retienen se giran hacia la camilla donde acaban de subir a Gabriel cuando alguien pregunta qué le han puesto por el camino y aprovecho para colarme. Y como están más concentrados en Gabriel y me pego a un rincón, me ignoran. Y todo son tubos, goteros, un pitido y yo qué sé qué más...

Les escucho hablar. Uno repite sin parar que en su turno Gabriel no morirá. Aquí son muy peliculeros y estoy tan histérica que me reiría. Sus manos vuelan, hacen cosas que no entiendo mientras rezo; no oigo nada. Todo me viene amortiguado, como si tuviera las orejas colmadas de algodón. Ecos, solo. Y mi voz, por dentro, repitiendo mil veces que no, que me lo devuelvan, que daré mi vida por él si vuelve. Me digo que no puede ser, que ese no puede ser nuestro final. Siempre pensé que nos despediríamos, que podría decirle lo mucho que le quiero. ¿Dónde está nuestro final? ¿Dónde queda ahora toda esa vida que no tendremos? No. No puede ser.

Uno de los médicos pide otra dosis de Narcan. Sé lo que es, he leído sobre él: bloquea el exceso de droga en el cuerpo cuando se trata de una sobredosis por

derivados del opio. Espero conteniendo la respiración para que reaccione.

Pero entonces..., entre todo ese vacío, entre el sonido blanco que me ahoga..., vuelve a aparecer: el pitido. Tan continuo, alto, agudo, molesto que no me deja escuchar nada más. Ese pitido que me atraviesa entera, zumbándome en la cabeza y las entrañas. Es la nada, que nos devora. Y la gran diferencia es que ahora no soy la única que lo oye.

Ese pitido es el corazón de Gabriel, que ha dejado de latir.

EL CORAZÓN DE GABRIEL

Me acuerdo en este momento de muchas cosas. Vienen en tropel y no las puedo bloquear, aunque debería. Son cosas que no voy a poder repetir nunca. Acariciar su pelo negro y sedoso, haciéndolo resbalar entre mis dedos. Besar su cuello y aspirar su olor. Contar los tatuajes de su pecho sentada a horcajadas sobre él. Dejar que el sabor de su saliva invada toda mi boca. Hacer el amor con él y verlo deshacerse en un orgasmo en mi interior, cerrando los ojos. Cosas que voy a echar de menos. Su risa en cascada. Sus ojos deslizándose sobre mi cuerpo en la cama. Su voz jurando que me quiere. Ver la devoción con la que me mira.

Estoy paralizada. No puedo moverme, ni hablar, ni llorar. Por dentro me digo muchas cosas y todas las digo muy rápido y se contraponen entre sí.

«Ya lo sabías, Silvia. Acabaría pasando antes o después». «No puede ser. No puede ser». «¿Y ahora qué hago?». «¿A quién voy a querer como le quiero a él?». «No. Esto no está pasando». «Dios, por favor, devuélvemelo». «Me quiero morir».

Y así se van sucediendo sin parar dentro de mi cabeza frases, rezos, gritos y súplicas mientras llegan con el carro de paradas y le aplican descargas sobre el pecho. Me parece que se mueven a cámara lenta y que el cuerpo de Gabriel está a kilómetros de mí.

Le presionan el pecho, intentando recuperarlo. Le aplican descargas. Más masaje de reanimación. Más descargas. El pitido se mantiene. Pasan los minutos y ellos siguen moviéndose.

Me gustaría apartar la mirada y salir de aquí, olvidar todo lo que he visto y recordarle vivo y lleno de ilusión. Olvidar la gira, las drogas, a Lucy. Olvidar todo lo que no nos tenga a los dos riéndonos, besándonos, abrazados o haciendo planes. Planes que nunca llegarán, porque se le escapa la vida. Flota en el aire la asfixia y cada

bocanada que doy me ahoga.

¿Y qué será ahora de esa casa que íbamos a comprar en San Francisco, del perro que íbamos a adoptar y de la vida que habíamos planeado vivir allí? ¿Y los hijos que nunca tendremos? ¿Qué va a ser de ese padre que Gabriel quería ser? ¿Dónde se habrá ido la felicidad ahora? ¿Qué sentido tiene seguir en el mundo sin él?

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando uno de ellos le pide al que tiene las palas que lo deje.

—Para. Déjalo ya. Está muerto.

Gabriel, con sus ojos del color del caramelo líquido y esa expresión melancólica, está muerto.

—Hora de la muerte, doce treinta y seis.

Le recuerdo ahora sentado en la terraza, vestido con unos vaqueros y una camisa de cuadros, abrazado a la guitarra, cantándome su propia versión del clásico «Jolene». Y parece que aún suena en mi cabeza.

El hombre al que más he querido en la vida está muerto. Él que quiso dárme todo, que me trajo con él para que los dos fuéramos felices, que me besó por primera vez en Las Vegas, junto a la fuente del hotel Bellagio. El hombre que me abrazaba, que me adoraba, que me admiraba por ser como era y que me estrechaba entre las sábanas. La única persona en el mundo con la que quiero estar. Está muerto.

Me acuerdo de la luz amarilla que entraba en el dormitorio del piso de Venice y de una mañana que desperté allí enroscada a su delgado cuerpo. Él me estaba mirando y, cuando sonriendo le di los buenos días, me dijo que el amor ya no le cabía dentro.

—La vida entera, cariño..., la vida entera significa tan poco a tu lado. Solo tú y yo.

Lo tomé por loco y le besé. Con él me daba igual que fueran besos somnolientos y que ninguno de los dos se hubiera lavado aún los dientes. Ese era Gabriel, que se había tatuado un amanecer en la muñeca para tenerme cerca de las venas.

Gabriel, que no creía en el amor, que me quiso sin creer en que lo que estaba haciendo me devolvía la fe. El hombre que me descubrió que la vida está para quererse. La persona que puso a mis pies todo cuanto quise y que se asustó por su propio temor a no estar a la altura. El Gabriel sano, el enfermo, el amante, el amigo, el cantante, el chico. Mi marido. El amor de mi vida. Ese chico al que, cuando lo conocí, le costaba sonreír. Todos se han marchado. Todos han muerto.

¿Por qué no pude salvarle de sí mismo? ¿Por qué con querernos no bastó?

¿Adónde ha ido la Silvia que era con él? ¿Habrá muerto también? Sí. Yo también me he muerto. Quiero irme tras él. Quiero abrazarme a su pecho y que me susurre que

no hay que tener miedo. No me importa adónde me lleve eso, pero quiero marcharme con él. No tiene sentido. No puede estar pasando. Ya nunca podré escuchar su voz. Ni cantará en susurros para mí, agarrado a esa guitarra de la que nunca se desprendía. Y nunca más podré ser feliz. Gabriel ya no existe.

Ni siquiera soy consciente de mi cuerpo hasta que oigo mi propio aullido de dolor. Es un sonido tan animal... Se coge a mi garganta, rasgando mis cuerdas vocales mientras pido a Dios que no me haga esto, que no me destruya la vida llevándose de mi lado, que me lo devuelva. Sollozo, me caigo de rodillas y uno de los médicos viene hacia mí para sacarme de allí. Pero no puedo dejarle; no quiero dejarle solo ahí dentro con todo ese silencio. Me oigo gritar y estiro la mano hasta rozar la camilla y los dedos de su mano, que ha resbalado y cuelga inerte. La cojo, la aprieto, gimo y entonces tiran de mí y yo de él... sollozo y aprieto su mano entre mis dedos. Vuelven a tirar de mí.

... Bip...

Bip. Un pitido de nuevo. Bip. Otro. Me sueltan. Bip. Corren hacia él. Bip. Corto. Que se repite. Bip. Diferente. Rítmico. Constante.

Es el corazón de Gabriel. Porque Gabriel sigue aquí. Conmigo.

LA CARTA

Pasará la noche en cuidados intensivos. Está intubado y sedado. Me dicen que no saben muy bien si habrá secuelas.

—Ha sido casi un milagro. Hay que esperar y rezar por él.

Si Gabriel escuchase que vamos a rezar por él se partiría de risa. No cree en estas cosas. Aún recuerdo cuando me dijo que por mí creería en Dios si yo quería.

Le miro a través de un cristal, tumbado en esa cama de hospital, tan solo en su propio universo, durmiendo y soñando. Soñando con que está muerto y ya no puede hacernos sufrir más.

Nunca creí que estaría tan desolada.

Cuando bajo en el ascensor hasta la sala de espera me pregunto dónde he dejado las llaves del coche. Siento que hace días que me levanté de mi cama. Es como si el tiempo se hubiera vuelto loco y jugara adelantando y atrasando a su antojo las manillas de los relojes. Me palpo los bolsillos y no las encuentro, pero sí la carta. La había olvidado.

En el pasillo veo a Álvaro, sentado en una de esas incómodas sillas de plástico de los hospitales. Está jugando con las llaves del coche, de modo que ya sé cómo ha llegado y que el Porsche está controlado, pero no es algo que me preocupe demasiado, la verdad. Daría todo lo que tengo por volver atrás, por decirle a Gabriel que deje la gira, que deje los discos, que venda todas las casas y que se venga conmigo. Lo quisimos todo y ahora no tenemos nada más que un montón de propiedades y tristezas.

Álvaro se levanta al verme aparecer y me abraza. Dejo que lo haga sin ganas de devolverle el gesto. Me acaricia la espalda.

—Estaba preocupado por ti —me dice—. Él... ¿está...?

—Está en la UCI. No saben muy bien... Ha estado... ha estado muerto, Álvaro. Lo he visto morir. Y de pronto, volvió.

Hay un silencio. Los dos somos conscientes de que no hay nada que pueda decir para suavizar esto. Ha sido la peor experiencia de mi vida y la recordaré siempre. Gabriel ha muerto y ha vuelto a nacer.

—¿Qué quieres que hagamos? —me pregunta al fin.

Le miro. Está desubicado. Siento haberle hecho pasar por esto.

—Te podías haber ahorrado todo esto —le digo frotándome los ojos—. Mi vida es como una telenovela de Telemundo.

—Me alegro de haber estado aquí. ¿Te llevo a tu casa? ¿A comer algo? ¿Quieres pasear?

—Dame... dame un momento, ¿vale? Va a sonar ridículo, pero... me gustaría pasar por la capilla unos minutos.

—No es ridículo. Venga, vamos.

—No... sola.

A Álvaro no parece importarle y yo necesito estar sola. No voy a rezar. Solo... necesito leer la carta de Gabriel. Sé que me dará la solución a todo esto y me indicará qué hacer a partir de ahora. Algo me dice que ese trozo de papel me dará respuestas.

Cuando entro, la oscuridad de la capilla me envuelve y, a pesar de que el ambiente es acogedor, me siento incómoda. Ni siquiera sé si soy agnóstica, atea o creyente. Pido perdón mentalmente, sin saber si en realidad me escucha alguien y doy las gracias por el hecho de que Gabriel tenga otra oportunidad. Me siento en un banco poco iluminado y allí, encogida, saco el sobre, que ya está mucho más que arrugado. Lo abro y respiro hondo antes de empezar.

Querida Silvia:

Nunca he podido decirte que no te quiero porque es la única mentira que soy incapaz de decir. Es lo único valioso de mi vida: quererte. Sin eso, nada hubiera valido la pena.

Sé que ahora pensarás que soy un cobarde que nunca te quiso, pero déjame que te lo explique, porque lo he hecho por ti, aunque no puedas hacerte a la idea.

La verdad es que estoy podrido por dentro. Te dije que te lo daría todo y lo he cumplido: te he dado todo lo malo, lo mugriento y enfermo que tengo. Quiero borrarlo y no sé cómo. Quiero darte la oportunidad de vivir.

He intentado echarte de mi vida, que te cansaras de mí y te marcharas. Quería que siguieras siendo la Silvia que conocí y a la que estoy consumiendo. A veces me digo a mí mismo que por ti debería poder, pero siento que me hundo y te arrastro conmigo. Ya no sé qué hacer.

Pero tú ahí sigues, día a día. Cuando te pregunté por qué, me dijiste: «Porque te quiero». Y lo vi claro. Si no me voy del todo acabaré arrastrándote conmigo. El amor, a nosotros, no nos bastó, porque yo estoy destrozado, soy defectuoso. Quiero y no puedo. Quizá no lo entiendas, pero aquí dentro, en mi cabeza, todo tiene lógica. Si no, no me habría tomado tantas molestias para planearlo.

Llegados a este punto, y ahora más que nunca, sabrás que quiero morirme. Quiero irme de aquí y dejar de hacer las cosas que hago y que estropean mi vida y la de los demás. La mía ya no tiene arreglo, pero la tuya sí. Y yo no merezco hacerte llorar. Ni yo ni nadie, mi vida.

Y ahora, deja que me despida de ti.

Eres la única persona que me ha hecho creer que tengo algo bueno dentro. Contigo he tenido una amiga, una madre, una amante, una compañera, magia y todo lo que cabe en el amor que te tengo, que es inmenso. Al final, mírame, me voy creyendo. Has sido el amor de mi vida. Y el muchacho que fui te da las gracias, porque le devolviste la fe.

Nunca olvides que no me voy por un acto de egoísmo. Me voy, porque estoy enfermo y no confío en poder curarme. Solo lo atajo para evitarte más sufrimiento.

Sé que no merezco que me perdones. Te he hecho daño a sabiendas y gratuitamente estos últimos meses. Quería espantarte, que te fueras y poder terminar de destrozarme. Pero tú no lo has hecho, porque me quieres. Y yo te quiero a ti y te voy a querer siempre. Ahora ya no habrá tiempo, ni días, ni noches, ni horas. Nada. Solo tú y la nada.

Nunca he sido religioso. No tengo idea ninguna de lo que me espera cuando me apague. Supongo que simplemente dejaré de existir y dejaré una carcasa vacía. No tengo miedo, Silvia. Lo que tengo claro es que, si todas esas personas tienen en realidad razón para tener fe y hay algo más después, te veré allí.

Espero que no seas tú quien me encuentre. Por si acaso, voy a ser cuidadoso. Quiero que me veas dormido, como cuando compartíamos cama. Me encenderé un cigarrillo, le daré las dos últimas caladas y después lo haré. No voy a sufrir, aunque me lo merezco.

Y hasta que me vaya pensaré en ti, ¿vale? En el día en que te conocí, en esa manera que tienes de sonreír, en tus carcajadas, en que dejo algo mío en tu piel para que me recuerdes siempre y en lo mucho que me gustaba perderme en tu cuerpo y recorrer tus caderas desnudas, deslizando la mano por tu cintura. Dios... tus valles, tus altos... TÚ.

Voy a cerrar los ojos hasta que lo llenes todo. Absolutamente todo. Vas a ser lo último que vea. Lo único que espero es no llevarme parte de ti conmigo.

Ahora me tengo que ir. Así que, por favor..., déjame marchar.

Te querré siempre,

Gabriel

Gimo, me seco las lágrimas, doblo la carta con cuidado y la guardo en el sobre, que vuelve a mi bolsillo. Después, tras unos minutos para calmarme salgo a encontrarme con Álvaro, que me espera en el mismo sitio en el que lo dejé. Al verlo, sonrío con tristeza y él se levanta.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

Álvaro me mira preocupado y yo me seco las lágrimas.

—Silvia...

—No. No estoy bien. No puedo estarlo.

Él no sabe qué contestar, así que se limita a darme friegas en la espalda. Levanto la mirada hacia él.

—Ya podemos irnos.

—¿A tu casa?

DESPEDIRME DE TODO LO QUE QUISE

Escucho a Álvaro hablar por teléfono en el piso de abajo. Está contándole a alguien que volvemos a España y que solo necesitamos cerrar unas cuantas cosas aquí. Habla como si fuéramos uno solo, una pareja. Estoy sentada en la cama de mi habitación y apenas puedo hacer más que respirar. Es como si el aire llevara a mis pulmones pena, no oxígeno. Y esta se va quedando dentro de mi cuerpo, concentrándose en cada célula. Es mi proceso de duelo. Lo sé, Gabriel está vivo, pero para mí, en mi interior, hay algo que ha muerto. Nosotros hemos muerto. Las promesas y la vida que íbamos a tener han muerto. Esos hijos que ya no nacerán... Estoy de luto y me pongo enferma cada vez que escucho a Álvaro hablar de ese nosotros. Soy una viuda que no lo es. ¿Tiene sentido algo de lo que estoy diciendo?

A los pies de la cama tengo una maleta abierta llena de ropa. Cada pieza que he ido descolgando del armario ha sido un recuerdo. Me los llevo todos porque soy incapaz de no hacerlo. Me voy porque tengo que hacerlo, porque después de esto no tiene sentido quedarme. Gabriel quería morir y mi vida aquí ha terminado. ¿De qué serviría esperar junto a su cama y rezar para que cuando despierte todo sea como antes? Él tiene un camino que emprender solo, en el que no puedo acompañarle. No necesita que nadie le espere porque tiene que hacerlo por sí mismo. Si no aprende a valorar su propia vida, nunca nadie tendrá cabida en ella. Y yo quiero que sea feliz, aunque no sea conmigo. Aunque yo ya no pueda serlo sin él.

Suspiro hondo y me levanto. Abro todos los cajones, revisando que no me he dejado nada. El día de ayer lo pasé tirando cosas que no tiene sentido conservar. Hasta me reí al encontrar el vibrador que me regaló Gabriel al poco de conocernos. Ese recuerdo, a día de hoy, me parece absurdo.

Sin embargo, no voy a mentir y decir que he podido deshacerme de mucho. He

guardado cosas que no debería. Y ahora que mi habitación está vacía, que no queda más que el eco de lo que vivimos aquí, lo único que me llena es la tristeza. Pero es una tristeza plena que al menos me hace sentir que sigo viva.

Reviso con frialdad el cuarto de baño. Evito pensar en cómo nos abrazamos la primera vez que nos tocamos hasta el orgasmo dentro de esa ducha. Le doy un manotazo a esa imagen y sigo inspeccionando cada rincón. Solo quedan sus cosas. Va quedando menos que hacer.

—Silvia, ¿necesitas ayuda con lo de arriba? —pregunta Álvaro, que ahora que ha colgado debe de estar numerando las cajas que ya están preparadas para la empresa de mudanzas.

—No. Bajaré en un momento.

Esto debo hacerlo sola, pero no puedo alargarlo demasiado. Volamos esta misma noche y antes quiero pasar por el hospital.

Miro debajo de la cama que no se me haya caído nada. El suelo está pulcro y la madera brillante. Nada. Levanto los cojines y descubro que me dejaba el pijama. Lo cojo y algo sale con él. Es algo negro: la camiseta que guardaba de Gabriel, que me hizo más llevaderas las noches cuando ingresó en la clínica y la que me salvó de volverme loca cuando salió y todo carecía de sentido. Quiero levantar la almohada y volver a dejarla allí, pero alargo la mano y la toco. No puedo evitar llevarla hasta mi pecho, abrazarla, como si pudiera hacerlo con él. La huelo. Sigue oliendo a su perfume y a su piel; odiaré cada minuto que transcurra y que borre un poco ese aroma. Y un día me olvidaré de cómo olía Gabriel recién levantado y me odiaré a mí misma por ello también. Como una masoquista, voy hasta el cuarto de baño con ella en la mano y la rocío de nuevo con su colonia. Después, plegada, la guardo en lo más recóndito de mi maleta, dentro de una bolsa. Quiero que nunca deje de oler a él. Quiero tener esa parte de Gabriel conmigo de por vida, ya que nunca podré tener nada más.

Cierro la maleta. Sobre la mesa que hay al lado del sillón veo el marco con la foto que nos hicimos el día que nos conocimos. No puedo llevármela si aspiro a superar algún día este duelo. Además, no quiero quitársela, porque es suya. Ya tengo una en casa, colgada en la pared, con la que tendré que lidiar en cuanto llegue.

Cuando dejo el marco otra vez en su sitio me doy cuenta de que sigo llevando mi anillo de compromiso. No tiene sentido llevarlo conmigo. ¿O sí? No sé qué hacer.

Tina carraspea en la puerta y con una sonrisa triste me pregunta si de verdad no quiero que me ayuden. Niego con la cabeza y, sin más, me pongo a llorar. Me siento tonta y me río a la vez, para quitarle hierro. Pero lloro porque me siento tan

desgraciada que creo que podría morirme.

—No llore —me pide llorando también—. Esta casa ya ha vivido demasiadas cosas malas.

Me apoyo en su hombro y la abrazo. Sé que ella se siente como yo, perdida, asustada y melancólica. Es el fin de algo que fue grande. Es como el final del mejor verano de tu vida, ese en el que te enamoraste y te rompieron el corazón. Es como esos días de septiembre en los que empieza a refrescar y nadie tiene ánimo de meterse en la piscina, que acumula hojas secas en el fondo.

—Tina —pregunto secándome las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Qué se supone que debo hacer con esto?

Las dos miramos el anillo y se encoge de hombros.

—Ojalá supiera decírselo. —Se echa a llorar de nuevo—. Aún me acuerdo cuando se lo compró. Nos lo enseñó tan sonriente. Y ya sabe usted cómo es; no suele contar muchas cosas. Pero con esto fue siempre tan...

Le pido que se calle con una sonrisa. Me lo quito y lo dejo frente a nuestra foto. Les pertenece a ellos, a ese Gabriel y a esa Silvia que ya nada tienen que ver con la realidad.

Sin mirar atrás, tiro de la maleta. Tina, tan pequeña y rechonchita como siempre, me ayuda y, entre las dos, la bajamos. Ya en el vestíbulo, miro a mi alrededor por última vez. No volveré a pisar esta casa jamás. Estoy tan segura de ello como de que Gabriel la venderá en cuanto pueda. Y estas paredes, el jardín, las vistas al lago... todo será para otras personas que tendrán otras oportunidades y que vivirán otras vidas. Me alegro de ello, porque a nosotros no nos trajo suerte y contiene demasiados recuerdos difíciles de gestionar.

Álvaro me mira sin decir nada. Está acostumbrándose a verme llorar. Asiento, como si me dijera a mí misma que tengo que irme ya. Él lo entiende y se despide con educación de Tina, que se seca las lágrimas con el mandil. Después se marcha hacia el coche de alquiler cargando con mi maleta. Tantas cosas vividas y solo quedan trastos y cajas. ¿Adónde van las sensaciones cuando ya no puedes vivir con ellas en tu interior?

Adiós, me digo a mí misma. Adiós, recuerdos, que corren escaleras arriba, como lo hicimos una vez Gabriel y yo. Son fantasmas, que se quedarán por siempre viviendo en una realidad paralela que jamás se materializará. Nos veo, nos oigo, nos huelo, nos siento. Tengo que marcharme ya. Beso a Tina en la mejilla y la abrazo. Ella rompe en llantos otra vez. Frida acude también lloriqueando. Eso me hace sonreír. Las abrazo a las dos.

—Gracias por todo —les digo—. Cuidaos mucho.

Me voy hacia la puerta y miro un segundo en dirección hacia el interior. Pienso que no puedo irme sin hacerlo y ando hacia la habitación de los premios. Está exactamente igual que la dejé justo antes de salir de gira. Y allí, impertérrito, encuentro al Gabriel de la portada de su último disco, mirando hacia abajo, con parte de su flequillo en la cara. Me apoyo en el cristal y le digo que le quiero. Qué estupidez. Es solo una fotografía.

Salgo de la casa con paso decidido. Cuando ya casi estoy en el coche, Tina corre hacia mí.

—Silvia... Silvia... —me llama.

—¿Qué?

—¿Qué le decimos cuando vuelva?

Me quedo mirándola sin saber qué contestar. Mis ojos viajan de su cara al suelo, al césped del jardín, a la piscina, a la fachada de la casa.

—Que sea feliz. Por mí.

Me meto en el coche. Álvaro no dice nada y yo, a su lado, sollozo con la frente pegada en la ventanilla, alejándome de lo poco que me queda de él.

En el hospital, sus médicos me dicen que está estable y que lo más probable es que despierte en las siguientes horas. Yo asiento y les digo que avisaré a un amigo de la familia para que esté con él. No puedo quedarme, pero no quiero que se encuentre solo. Volte esperará a su lado.

Les pido que vuelvan a asegurarme que mejorará y ellos insisten en que está fuera de peligro y que a partir de ahora decide él.

—¿Podrían darle esto de mi parte?

Me cuesta desprenderme del sobre pero termino dejándolo sobre su mano. Me preguntan si quiero pasar a su habitación, pero niego con la cabeza. Ya soy incapaz de decir nada más.

Doy media vuelta y me voy pensando en lo que Gabriel leerá cuando despierte. Son solo palabras, lo sé, pero también sé que servirán de algo. He evitado las frases vacías y los formulismos. Sé que esto funcionará:

Gabriel:

Me voy. Si no me despido de ti es porque no puedo. Si lo hago, seré incapaz de coger el avión y sé que lo sabes, tal y como sé que entenderás por qué hago esto ahora. Tienes que comprender el motivo por el que no me quedo y espero a que te recuperes.

Tienes por delante un camino que emprender solo. Será duro y nadie podrá ayudarte, pero es el único modo de que seas feliz. Quiérete tanto como te quiero yo. Acepta que no puedes volver a hacerlo porque me matarás si lo haces. Ese «tú y yo» al final no pudo ser, no porque no nos queramos lo suficiente, sino porque las promesas que construimos no tenían cimientos. Trabaja en ellos para que, un día, esos sueños puedan cumplirse. Sé que sabrás hacer a alguien tan feliz como soñamos serlo juntos y lo fuimos durante un tiempo. Te quiero y siempre lo haré. Cuida eso mío que dejo contigo. Yo haré lo mismo con el Gabriel que me llevo. Nunca volveré a querer de este modo.

La vida empieza hoy.

Silvia.

EL AQUÍ Y AHORA

Cuando entro en mi casa siento que lo hago a un universo paralelo en el que el tiempo se ha quedado congelado y no ha pasado nada desde enero. Cuando lo pienso, me doy cuenta de que, en poco más de siete meses me ha dado tiempo para enamorarme y romperme. En siete meses, he madurado el equivalente a años. Es como si dentro de mí viviera una Silvia vieja, de vuelta de todo, que ya no tiene interés por seguir aprendiendo.

Dejo mi maleta en la habitación, subo las persianas y abro las ventanas de toda la casa. Mi casa. Debo metérmelo en la cabeza. Esta es mi casa y mi vida.

Haber estado un par de días con mi madre me ha ayudado a enfrentarme a todo esto de una manera menos dramática. Es la decisión que he tomado, es la única manera de seguir y tengo que hacerlo por mí. Y por él. No sé si lo conseguiré, pero quiero empezar a preocuparme solo por mi persona, al menos durante una temporada.

Entro en la habitación de pensar y descuelgo la foto con Gabriel sin darme tiempo a mirarla. No puedo romperla ni tirarla, así que la escondo en el último cajón del armario, debajo de unas mantas. Habrá un día en el que esto deje de dolerme, creo. Seguro que en ese momento me gustará tener algo con lo que recordar esta parte de mí. Y al amor de mi vida.

Aparto el pensamiento y vuelvo a mi dormitorio. Enciendo la cadena de música y me doy cuenta de que dejé dentro un cedé. Es el acústico de Metallica.

El timbre de casa suena y sonrío al pensar que sé a quién voy a encontrar al otro lado de la puerta. Cómo no, ahí está Bea, cargada de una botella de tequila y sonriendo.

—¡Yija! —exclama a voz en grito—. ¡¡¡Hagamos sentadillas mientras bebemos tequilaaa!!! ¡¡¡No rompas más, mi pobre corazón, lalalalalala, entiéndelo!!! —canta

como una psicópata, a pesar de que ni siquiera se sabe bien la letra.

—Dios, estás fatal. ¿Coyote Dax?

La hago pasar y le pido que me ayude a colgar la ropa. Ella deja a regañadientes la botella sobre la mesa del salón y me sigue arrastrando los pies.

—Eres una aburrida.

—Si hubieras cantado otra cosa, a lo mejor te habría seguido la corriente pero, jodo, ¿Coyote Dax?

—Sí, una elección poco acertada. Pero ¿deshacer la maleta ahora?

—Tengo que hacerlo sí o sí. Cuanto más lo retrase, más pereza me va a dar. Quiero tenerlo todo colocado cuando empiecen a llegar el resto de cajas.

Bea no dice nada, supongo que por miedo a despertar algún sentimiento encontrado en relación con esta mudanza.

—¿Cómo estás? —pregunta empezando a sacar piezas de ropa.

Le paso unas cuantas perchas.

—Bien.

—Es posible que con los demás eso funcione, pero no conmigo. No quiero quedarme tranquila, quiero que lo estés tú. Si no estás bien es mejor que lo digas.

Cojo la bolsa donde está guardada la camiseta de Gabriel y sin sacarla voy a la otra habitación, donde la guardo junto a la foto. Cuando vuelvo, Bea me mira y yo sigo hablando.

—Bueno, pues supongo que bien no es la palabra. Pero no creo que cómo me siento sea definible con la cutre nomenclatura de un estado de ánimo.

—Por lo que recuerdo, puedes ser bastante vehemente y yo soy toda oídos.

Bea se entretiene colgando pantalones vaqueros con minuciosidad. Yo coloco jerséis y camisetas en los estantes. Durante un rato ninguna dice nada. Lo único que se oye en la habitación es el disco de Metallica y el entrechocar de perchas. En realidad, sé que tiene razón. Tendré que ir sacando de dentro poco a poco lo que me traje conmigo. Todos esos sentimientos y frustraciones no pueden hacer nada más que explotar un día. Si aspiró a ser feliz, esta carga no puede venir conmigo. Empiezo a hablar sin darme mucha cuenta.

—Me siento como si volviera a un sitio que no es el mío y como si lo hiciera después de perder una guerra. ¿Sabes la sensación?

—Sí. Sigue.

—Lo añoro. Lo añoro a él y añoro saber cómo está ahora. Me siento como... como si hubiera muerto. Como si me hubiera marchado sin enterrarlo, sin despedirme de él de verdad. Y es una sensación horrible.

—Es normal que vivas tu propio duelo, Sil —dice de espaldas a mí.

—¿Soy cobarde?

Se gira y me mira sorprendida.

—¿Cobarde? Eres de todo menos cobarde. Tía, si fueras un hombre, tendrías dos cojones tan grandes que podríamos hacernos un abrigo tipo Matrix con la piel.

Obvio lo de la chaqueta de piel de testículos.

—Quizá debería haber esperado a que despertara. Haber plantado cara a la situación.

—Si no dejas de castigarte con los «debería haber hecho», no vas a retomar tu vida jamás. Y volviste para hacerlo.

Asiento y le paso un par de tops para que los cuelgue. Después me concentro en la ropa interior, que voy dejando doblada en los cajones de la cómoda.

—¿Y qué debo hacer ahora, Bea? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Buscar trabajo, salir, querer enamorarme de nuevo?

—No suena a que te apetezca mucho.

—Es que no me apetece. Es como si hubiera muerto de verdad. Es como si ese día me hubieran sacado del hospital sin volver a escuchar cómo le latía el corazón. Cuando me acuerdo de él, tengo que hacer un esfuerzo por recordarme que sigue allí. A veces pienso que me agarro a esa idea por no afrontar nuestra ruptura.

—Es que no es una ruptura, Silvia.

—¿Y qué es?

—Pues no lo sé. Nunca me he visto en una situación como la que has vivido. Pero desde luego no puedes parar toda tu vida para averiguarlo. Él está allí y tú aquí. Los dos tenéis que vivir otra vez.

—Me preocupa no poder saber cómo le va. Me preocupa no estar allí para sujetarlo si se tambalea.

—No es un niño que aprende a caminar. Es un adicto que tiene que hacer las cosas por sí mismo. No puedes hacer nada por él y no le ayudaría tenerte detrás.

—Ya lo sé. Por eso me fui.

—Viniste sabiendo que esa historia está acabada. No tiene sentido regodearse en la pérdida.

La pérdida. Es una buena manera de definirlo. No hemos roto. No ha muerto. Solamente nos hemos perdido.

—A veces eres tan sabia que me apabullas.

—La puta ama. Gandalf el Gris, lo que yo te diga. Y déjame decirte una frase suya en la primera peli: «Solo tú puedes decidir qué hacer con el tiempo que se te ha

dado».

Bea sonrío y aplaude cuando la maleta queda vacía de nuevo. Voy al baño con todas las cosas y las voy colocando. Ella entra y, después de mirarme unos minutos, me abraza por detrás, apoyando la mejilla en mi espalda.

—La vida sigue, Silvia. Para ti y para todos los que te queremos. Volverás a reírte a carcajadas, volverás a querer emborracharte con tequila y un día volverás a enamorarte.

Me giro y la miro. Cree de verdad en lo que dice. Solo me gustaría tener la misma fe que ella. Ahora comprendo la sensación que llenaba a Gabriel cuando yo creía que iba a mejorar y él... no.

Respiro hondo, asiento y voy al salón, donde abro la botella de tequila y saco dos vasos de chupito. Sirvo el alcohol y las dos brindamos.

—Por nosotras —digo yo.

—Por el futuro —responde Bea—. Y por *El señor de los anillos*.

Y dentro de mi habitación suena «Nothing else matters». Y... no. Nada más importa ya.

RESPONSABILIDADES CON UNA MISMA

Después de un par de meses para asentarme y recuperarme, estoy volviendo a ser yo. He tomado decisiones que tienen que ver solo conmigo y creo que algo he conseguido. Aunque he pasado momentos y momentos. Nadie me dijo que, en este proceso similar al duelo, viviría una fase, después de sentir que estaba mejor, en la que el mundo se me cayó a los pies y solo quería dormir. Dormir sin soñar, sin poder verle, porque me producía alivio momentáneo, pero luego dolía más. Cuando terminó esa fase, vino la de la resignación. Nunca pensé que construiría mi vida a partir de ella, pero menos da una piedra.

Así que me he mimado. No me he dado todo lo que me ha apetecido, sino que he tenido la suficiente disciplina para ceder solo en lo que va a hacerme más feliz. He retomado mis asignaturas pendientes, por decirlo de algún modo.

Estoy cursando el máster que dejé aparcado hace años. Además, estoy aprendiendo en casa a manejarme con un par de programas y me he puesto a dibujar, casi por pasar el rato. Hace mucho tiempo soñé con ser ilustradora, ¿no? Si algunas cosas pueden suceder... ¿por qué no otras?

Tengo una rutina a la que me ciño como si fuera un salvavidas y que me está ayudando a construir las cosas de nuevo.

Además, he instaurado la mañana del sábado como el día de las chicas. Todas nos reunimos en el centro y nos tomamos un vermú tras otro, nos ponemos al día, hablamos de cosas frívolas y nos divertimos. No hace falta mucho, solo estar juntas. Eso tranquiliza mucho a Bea, que me ve integrada y aparentemente feliz. Si bien es cierto que lo parezco, casi todas las emociones que expreso son aún por imitación. Desempeño a la perfección el papel de la Silvia de antes de irme a Estados Unidos. Tengo aprehendido, interiorizado, el momento en el que se espera de mí una

carcajada, un comentario absurdo, algo subido de tono, un guiño o una confidencia. No, no he desarrollado ninguna psicopatía que me impida tener empatía. Es solo que... todavía no estoy preparada para ser feliz, y si no finjo que lo soy, los demás se preocupan y me avasallan con preguntas y discursos motivacionales. Sé que está mal creer que aún no es momento para ser otra vez yo, para construirme entera. Pero es que siento que necesito estar rota un tiempo. Es... mi derecho. He perdido mucho.

Pero poco a poco voy dejándome llevar. Cada día un poco más. Voy creyendo lo que oigo sobre lo que debo o no debo hacer. Todo el mundo opina, claro. Y sé que no lo hacen con mala voluntad, sino todo lo contrario. Mi madre dice que no debería vivir sola, que debería compartir piso con Bea o volver a casa. Mis hermanos creen que me haría bien ayudar unos días en el pub, conocer a gente y hacer las paces con mi parte sociable. Bea considera que tengo que follarme a alguien. Y creo que Álvaro considera que él es ese alguien.

Le costó un tiempo comprender de dónde nacía mi animadversión por su «nosotros», pero terminó dándose por enterado. A alguien que se considera viuda, no le preguntas si le apetecería cenar en tu casa el próximo fin de semana. Al menos esperas a que dé muestras de estar mejor, ¿no? A él le ha costado un poquito comprenderlo. Pero ahora que finjo que soy persona otra vez, claro, tengo que tomar la decisión de si acepto y dejo que pase lo inevitable o si doy carpetazo a esa historia. Pero... tengo que seguir viviendo, ¿no es así?

Me sorprende que él haya tenido siempre tan claro que la solución pasa por estar juntos. Yo tengo mis dudas, es normal. Yo he querido con locura a Álvaro, pero después me enamoré de Gabriel y... eso fue lo que me demostró cuáles son los límites de querer a alguien. Gabriel dimensionó mi concepto del amor y ahora me cuesta aplicarlo a otra persona. Pero la vida sigue.

Así que aquí estoy, sentada a una mesa, cenando con él. Ha reservado en el Bar Tomate, haciendo un guiño a todas aquellas veces que nos vimos aquí siendo novios. Hemos vuelto a pedir lo mismo que en nuestra primera cita. Él sonríe, es cariñoso y quiere que le hable de cómo me siento. Se está tomando tantas molestias por verme bien que es imposible poner en duda cuánto quiere que lo nuestro vuelva a funcionar. Es muy difícil no dejarse llevar un poco. Porque Silvia se merece volver a ser feliz, ¿no?

Tras la cena paseamos por la isleta central del paseo de Recoletos. Álvaro me coge de la cintura y me acerca a él. Hace frío y se agradece el calor que emana su cuerpo. Me mira y, sonriendo, me acaricia la cara. Nunca le había visto mirarme de este modo. Creo que me quiere. Eso me reconforta casi tanto como su calor porque quiere decir

que sigo siendo capaz de despertar sentimientos en los demás, aunque a mí me cueste generarlos en mi interior.

Hemos venido andando, así que subimos por la calle Génova y serpenteamos hasta llegar a mi barrio que no es ni de lejos tan señorial como este. Álvaro me va hablando sobre cosas al azar. Quiere que vayamos a pasar un fin de semana en una casita rural de un pueblo de Toledo. Es acogedora pero moderna, me cuenta, y desde las habitaciones se ve la sierra que rodea el valle. Es precioso en primavera, pero también tiene su encanto en otoño.

—Solos tú y yo —dice cuando paramos frente a mi portal. Los ojos le brillan de ilusión. ¿Es este Álvaro de verdad?

Asiento y le digo que lo pensaremos bien.

—Buscaremos una buena fecha —sonrío y él me acaricia la mejilla. Mira embobado mis ojos. Sé que este momento sería especial si pudiera sentirlo. Es como si me rodeara una capa de papel burbuja. Sé que este silencio significa cosas.

Sus manos buscan las mías y trenzamos los dedos. Siento un cosquilleo en la boca del estómago y me digo a mí misma que eso está bien; es el buen camino. Álvaro me abraza.

—No sabes cuánto te añoro, Silvia... no puedes hacerte una idea.

Me doy cuenta entonces de que estoy buscando otro olor en su cuello y que sé cuánto me añora Álvaro, porque a veces siento lo mismo por otra persona. Lo siento cuando me permito hacerlo, que no es mucho.

Álvaro mete la mano entre mi pelo y me arquea. Lo siguiente que siento son sus labios sobre los míos. Son besos tiernos, de necesidad y alivio.

—No volveré a dejarte ir, Silvia. Eres la mujer de mi vida —dice acariciando con su nariz mi barbilla.

Cuando me desnudo, me siento extraña. Álvaro me besa allá donde alcanza, con delirio. Por primera vez entre los dos se respira intimidad, no sexo. Y me hace el amor, despacio, queriendo demostrarme que ha cambiado y que ahora el placer no mandará entre nosotros. Me dice que me quiere. Eso me resulta más raro aún. Es como si a Álvaro le hubieran cambiado su esencia. Es él y tiene el mismo aspecto de siempre, pero es diferente.

Los besos se hacen más y más hambrientos cuanto más se acerca el orgasmo. Yo no me voy a correr, lo sé. Al menos no lo haré hoy, pero no porque él esté haciendo nada mal; es que estoy pensando demasiado. Cierro los ojos y siento sus acometidas

entre mis piernas, respiro hondo y me dejo llevar por las sensaciones. No me acuesto con nadie desde la noche anterior a dejar a Gabriel en la clínica de desintoxicación. Hace muchos meses ya. Casi se me había olvidado cómo reacciona el cuerpo durante el sexo. Sube mi temperatura corporal, la respiración se altera y mis pechos vibran, con los pezones endurecidos. Es agradable; el cuerpo a cuerpo, sentir a alguien tan cerca de ti... Abro los ojos de nuevo y le miro. Me sonrío y esa sonrisa me enternece. Álvaro quiere hacer las cosas bien. Quiere quererme y hacerme feliz. Y... si un día le quise tanto... volveré a hacerlo, ¿verdad?

No sé por qué empiezo a llorar, pero lo hago. Yo, que siempre me reía de todas esas amigas que contaban emocionadas cómo se habían dejado llevar por las lágrimas durante el sexo. Y lloro sin estridencias, como si me desbordara por los ojos. Yo sé por qué lo hago; siendo sincera conmigo misma, estoy incómoda. Para mí el sexo ya no significa lo mismo. Es un acto de amor y Álvaro lo está afrontando justo de la misma manera. El problema es que ahora mismo yo no le quiero como le quise, ni como me quiere él. Sigo pensando en él. En Gabriel. Y no puedo evitar señalar las siete diferencias que hay entre lo que estoy haciendo ahora y cómo era con él. Cada detalle, gesto, movimiento... todo era intenso y precioso, incluso cuando estaba enfermo. Nunca dejó de mirarme con esa devoción...

No puedo evitar llorar, porque me come la pena. Estoy haciendo esto porque debo hacerlo por mí. Pasar página y empezar a vivir, aunque al principio me cueste hacerlo. ¿No es eso lo que me aconseja todo el mundo? Estoy empezando a pensar que quizá no tengan razón. Debería caminar antes de querer correr.

Álvaro debe pensar que lloro superada por las emociones y no quiero sacarlo de su error. Se le ve orgulloso, feliz, completo. Cuando se corre lo agarro fuerte a mí; sé que se dará cuenta si no trato al menos de disimular, así que, como viene siendo costumbre, finjo. Finjo que me corro y lo hago suavemente, porque no quiero pecar por exceso. Él me mira con el ceño fruncido.

—¿Te has corrido?

—Sí —le beso en la comisura de los labios y me muevo, intentando que se quite de encima de mí.

—No llores —me pide mesándome el pelo.

Por fin, se deja caer a mi lado, me disculpa y me voy al baño. No puedo soportar que me toque ahora. No lo puedo soportar.

Poco a poco, Silvia. Poco a poco.

EL EPÍLOGO MÁS LARGO DEL MUNDO

Mayo de 2014

Estoy escuchando la radio sentada en el suelo de mi casa. Está haciendo demasiado frío para estas fechas, así que no me apetece salir. Parece ser que el año pasado fue igual, pero yo estaba en la soleada California por entonces, así que no puedo comparar.

Estoy recogiendo algunas cosas en cajas y aprovechando para hacer limpieza en los armarios. La de mierda que se acumula, hay que ver, incluso después de dos mudanzas. Me da la sensación de que llevo un año moviendo mis cosas de un sitio a otro, como un titiritero sin casa fija. Pero se supone que he tomado las decisiones que he tomado para dejar de tener esa sensación, para seguir con mi vida y asentarme.

A veces pienso que me he precipitado y que esto es una huida hacia delante. Después, miro a la gente de mi alrededor y me doy cuenta de que no puedo pretender parar el tiempo para reponerme. Soy adulta y tengo que comportarme como tal.

No estoy muerta. La vida sigue.

De pronto, algo me saca de mi concentración. Es una canción. Me quedo mirando al vacío mientras trato de averiguar qué es lo que me resulta tan familiar. No es la tonadilla, ni el ritmo, ni la letra, tampoco la voz del cantante. Bueno, sí, hay algo en la letra... algo que me llega hondo. Capto lo que dice repetidas veces en el estribillo y me levanto de un salto. Tengo el ordenador encendido, de modo que no tengo que esperar para meter esa frase en el buscador Google. Los tres primeros resultados son páginas para consultar la letra de las canciones y otros tantos más abajo, son enlaces para bajársela. Con el título de la canción, sigo indagando. Salta enseguida, como un pistón.

He estado buscando señales durante mucho tiempo, a veces incluso sin saber que

las buscaba. Y ahora, sin venir a cuento, aquí está.

Durante unos segundos, no sé cómo reaccionar. El pecho empieza a llenarse de una sensación que hace mucho tiempo que no sentía: es emoción. Emoción verdadera, que nace de mí y no por imitación. Necesito expresarla de alguna manera y, de pronto, estallo en un llanto que ni siquiera yo esperaba. Me falta el aire. Sollozo. Las lágrimas me mojan la cara y necesito aire. Y después de una bocanada... sonrío, porque una calma interior me llena. Vuelvo a mirar la pantalla: Letra y música: Gabriel Herrera. Producción musical: Gabriel Herrera.

Ha vuelto. Vive. Lejos de mí, pero vive. Lo ha conseguido.

LA VIDA SIGUE

Ya no suelo pasar mucho tiempo en mi piso. Desde que me mudé el pasado mes de mayo, solo vengo cuando estoy agobiada o cuando no me concentro en mi casa para trabajar.

Trabajar. Bueno, si se puede decir que trabajo.

Me lo he tomado con mucha calma, la verdad. Me sorprende incluso poder hacerlo, pero cuando volví, con eso del *boom* que despertaron las noticias que llegaban de Gabriel, me salieron amigos por todas partes. Me dan completamente igual sus jodidas opiniones, su idea de lo que creen que fue mi vida, pero a nadie le amarga un dulce. Con eso quiero decir que sé que no son mis amigos, pero que si me ofrecen algo que me beneficie, lo cogeré. He evolucionado, como los Pokemon, y este es el resultado.

Sin darle más vueltas a la cuestión, resulta que soy ilustradora *freelance*. Sirvo para un roto como para un descosido, pero la verdad es que disfruto muchísimo todos mis trabajos. Tanto los de cuentos para niños como los dibujos que hago porque sí y que empiezan a acumularse en carpetas. Bea no deja de repetir que deberíamos montar una exposición e invitar a gente famosa. Lo que puede llegar a hacer por beber gratis... El caso es que trabajo en casa.

Lo hago más por sentirme útil que por necesidad. Ahorré muchísimo dinero durante el tiempo que estuve en Estados Unidos. No suelo pensar mucho en ello, porque si lo hago me siento... vacía. Después de haber vivido todas aquellas experiencias, me he convencido de que la felicidad solo es un estado que depende de nosotros mismos y de cómo nos planteemos la vida. Por eso no pienso demasiado en aquello.

La cuestión es que, a esos cientos de miles que gané y ahorré durante mis siete

meses como asistente personal, hay que sumarle el dinero que me correspondió en el divorcio, que fue mucho. Él y yo no nos vimos para firmar los papeles. Solo tuve que ponerme en contacto con el señor Moore, su abogado, y él lo arregló todo. Cuando me devolvió la llamada, me dijo que Gabriel quería llegar a un acuerdo, siempre y cuando yo aceptara todo lo que quisiera darme. Y fue mucho. No tuve otra posibilidad, porque no estaba preparada para verle y discutirlo. Acepté todo lo que él me asignó: la cantidad que estipulamos en caso de divorcio cuando nos casamos, la mitad del dinero que recibió por la casa de Toluca Lake (que os aseguro que tenía muchos ceros) y todo lo que le dieron por el piso de Venice, que después de que se corriera la voz de que fue allí donde lo encontré casi muerto, subió bastante su valor de mercado. Hay gente para todo. Además, detallado en los papeles que firmé, venía estipulada una cantidad en concepto de «anillo de compromiso». El valor total de mi anillo, que no sé si lo vendió, si lo conserva, si lo tiró al lago o si lo ha reciclado y ahora lo luce alguna otra mujer. No me gusta pensarlo, pero es inevitable que me cruce por la cabeza la idea de que intentó compensar todo aquello con lo único que podía darme: dinero. Y yo no quería dinero, pero lo cogí por no tener que discutir el tema con él.

Aquel momento no fue uno de los más fáciles de mi vida, la verdad. Sentarme en aquel despacho de abogados para firmar los papeles que romperían del todo el vínculo que quedaba con Gabriel fue un golpe para mí, a pesar de que fui yo la que movió todo el asunto. Fue como cortar un cordón umbilical. Fue como acabar con las últimas y absurdas esperanzas que albergaba mi Silvia inconsciente.

El hecho es que, dado que Álvaro sigue trabajando por un buen sueldo y que solo tengo que hacerme cargo de los gastos de nuestra casa (la hipoteca la paga él y está a su nombre), mi situación económica es francamente buena. No tendría por qué trabajar; hay muchos dígitos en mi cuenta corriente. Y los hay gracias a él. Él. No Álvaro, sino aquel del que ya nunca hablo. Así es mejor para todos.

He dejado atrás los gastos excéntricos de «esposa de estrella del rock» y, aunque conservo buena parte de lo que compré estando con él, ha dejado de interesarme el lujo y la buena vida. Supongo que porque sé la otra cara que se esconde detrás. Por eso me gusta trabajar, por no sentir que conocerle me solucionó la vida, por no sentir dependencia y por no... flaquear.

Cuando hablo de flaquear, hablo de la tentación de saber de él, de escuchar su voz, de preguntarle si está bien y... si piensa en mí. Antes de pedir el divorcio formalmente a través de su abogado, tuve una debilidad y llamé a la que fue nuestra casa, pero no contestó nadie. Llamé también a nuestra casa en Venice, con el mismo

resultado. En realidad, creo que no quería hablar con él, porque de haberlo querido solamente tenía que haber marcado el número de su teléfono móvil.

Pero no quiero pensar en él.

Cuando me doy cuenta, me he concentrado tanto en lo que estaba haciendo que el tiempo ha pasado volando. Fuera se está haciendo de noche y yo debería volver a casa antes de que Álvaro me llame y repita ese comentario, que él encuentra gracioso, sobre el hecho de que vuelva a mi casa de vez en cuando.

—Ven antes de que te des cuenta de que vives mejor sin mí, anda.

Yo no le encuentro la gracia, pero finjo que me río de soslayo. Me he convertido en una persona bastante cínica, lo sé. Hasta Bea lo ha notado. Me dice que me he hecho adulta de un solo puñetazo y que, aunque se alegra de que me haya servido para superar lo que pasó hace casi dos años..., echa de menos esas ideas de bombero que me caracterizaban. Yo también las echo de menos, pero es que no soy la misma persona.

—Prometimos no madurar lo suficiente, Sil... —me reprocha.

Apago el ordenador, cojo el bolso que he dejado tirado en el sillón orejero y me voy, cerrando las puertas detrás de mí.

Cuando llego a la calle un olor me recuerda a él, pero lo obvio. No me doy oportunidad de ahondar en la sensación. He aprendido a hacerlo desaparecer bloqueando los recuerdos, así que cojo el móvil y llamo a Álvaro.

—Hola, cariño. Iba a llamarte ahora. Seguro que estabas en tu casa —dice y lo imagino haciendo un mohín.

—Sí, estaba trabajando. En tu ordenador no me concentro, porque siento la constante necesidad de averiguar qué clase de porno ves.

—No veo porno, no me hace falta. Ven, anda. Ven antes de que te des cuenta de que vives mejor sin mí.

Pongo los ojos en blanco y doy el alto a un taxi.

El sexo ha cambiado mucho en mi vida. No sabría decir en qué es diferente, pero lo es.

Ahora mismo tengo a Álvaro debajo de mi cuerpo. Tiene los ojos cerrados, la boca entreabierta y lanza un gemido hondo cada vez que lo clavo en mí. Es placentero, sí. Y sí, siempre termino corriéndome, pero le falta un no sé qué... que no sé yo. Cada vez que lo pienso, lo achaco al frenesí. Ya no soy una persona frenética, por lo que imagino que no hago el amor de la misma manera que antes.

No sé si Álvaro ha notado algo o si prefiere hacer como que no lo nota. El caso es que no he recibido queja por su parte. Y menos en este tipo de ocasiones, cuando

entra y sale de mí con suavidad y contundencia. Levanta las manos y me agarra los pechos fuertemente. Gimo y él empieza a jadear rítmicamente.

Álvaro sigue siendo un hombre guapo. Lo es sin vuelta de hoja: tiene unos ojos grises preciosos, un espeso pelo de color caramelo y unos rasgos elegantes y armoniosos. Tiene un cuerpo atractivo y es alto. Y folla como un animal. La Silvia carnal no tiene queja, desde luego.

—Así, nena. No pares... no pares —dice empezando a perder el control.

Me muevo atrás y arriba. Lo aprieto en mi interior y, cuando mi mano derecha se mete entre mis piernas, pienso en otra piel. Cierro los ojos, lo recuerdo respirando agitadamente junto a mi cuello, diciéndome que mi cuerpo es su casa y... me corro. Álvaro se corre después.

—Nena —gime con placer cuando me tumbo a su lado—. Ha sido genial.

—Sí —suspiro.

—Ven —dice lanzando los brazos a mi alrededor, esperando que me apoye en su pecho.

—Ahora..., espera, espera. Voy al baño.

No. Sigo sin poder acurrucarme al lado de Álvaro después de un polvo. Necesito que no me toque, ni me mire y que apenas me hable, porque soy demasiado vulnerable. Echo de menos sentirme tan cómoda como para dejar que alguien me abrace después de robarme el placer. Pero eso solo podrá pasarme con él y ya no pasará jamás. Ni siquiera antes de conocerle pude, así que creo que, sencillamente, he vuelto a ponerme en sintonía con la Silvia de aquel momento.

En el cuarto de baño me siento sobre la taza del váter y encojo las piernas. Es como masturbarme con un consolador humano; es una sensación parecida, inquietante. No sé si sentirme culpable, vacía o satisfecha.

Se me pasará. Lo sé. Se me pasará. Siempre se me pasa.

Álvaro me despierta con un beso en el cuello y apretándome contra él. Yo sonrío.

—Dios... —me quejo entre risas—. Es imposible que me estés pidiendo más sexo.

—Hummm. Uno rapidito antes de irnos.

Me giro. Está muy guapo con todo ese pelo revuelto. Me desperezo y él aprovecha para maniobrar con mi cuerpo y ponerse encima.

—Voy a empezar a suministrarte bromuro en las comidas.

—Ay, pobre Silvia. ¡Qué dura es tu vida! Tu hombre está empeñado en hacer que te corras de buena mañana —se burla él.

Me entra la risa con lo de «tu hombre» y a él le brillan los ojos al ver cómo me carcajeo. Intenta quitarme la ropa interior pero me hace cosquillas y pataleo.

—¡Que no me gusta el sexo matutino! —grito con sus dedos surcando mis curvas.

—A ti te gusta a todas horas, perversa, no mientas.

El teléfono empieza a sonar. Los dos miramos sorprendidos hacia el reloj que tiene Álvaro en su mesita; son las nueve y veinte de un sábado y, por eso, la persona que llama no puede ser nadie más que su madre.

—Joder —se queja—. ¿Sí?

Me levanto de la cama y me quito la camiseta de dormir fingiendo que hago un *striptease*. Él se muerde con deseo el labio inferior y, con señas, me pide que me acerque a la cama, pero yo le enseño el dedo corazón erguido.

—Mamá... si te dije que estaríamos allí a la hora de comer, estaremos allí a la hora de comer —hace una pausa—. ¡Claro que estábamos en la cama! ¡Son las nueve de la mañana de un jodido sábado!

Pierdo el hilo de la conversación. Prefiero meterme ya en la ducha y empezar a arreglarme porque, conociendo como conozco la relación que mantienen, sé que ella quiere que lleguemos a la hora del aperitivo y que él acabará cediendo.

Nos damos el relevo en la ducha.

—Que dice que es mejor que lleguemos a la hora del aperitivo —me confirma él completamente desnudo—. Pero si te sirve de consuelo, habrá alcohol.

Hoy me siento magnánima y, además de decirle que no pasa nada, me meto de nuevo en la ducha con él y le regalo una mamada.

Estoy de pie en la cocina de casa de los padres de Álvaro. Sonsoles, quién lo diría, es todo sonrisas conmigo. Aunque creo que, en lugar de verme a mí, ve un símbolo del dólar enorme. Me consta que sigue teniendo problemas con mi falta de pedigrí, pero supongo que los ceros de mi cuenta bancaria le ayudan a pasarlo por alto. Y hay muchos más que en la suya. Que se joda y se arrastre ahora. Sigue igual que el día que la conocí. Es estirada, falsa y a veces dudo que ni siquiera quiera a sus hijos más allá de lo «socialmente exigido». Ella cumple como madre, pero jamás la he visto dar un mimo o hacer una carantoña ni a Jimena ni a Álvaro. A Jimena, la única atención especial que le brinda es un gesto con la cabeza durante las comidas para darle a entender que no debe comer más. Así de escuálidas están. Ahora me explico mucho por qué Álvaro no quiere hijos.

Mis zapatos de firma y mi ropa de diseñador parecen haber sido el pase VIP en

esta familia. Jimena se deshace en halagos hacia mis modelitos y alaba mis curvas cada vez que puede. Ella no tiene ninguna y tampoco creo que quisiera tenerlas. Solo está preocupada por no ponerse gorda ahora que está embarazada. Hasta ahí le llega la inquietud vital.

Sonsoles y Jimena desde que Álvaro y yo volvimos llevan tiempo tratando de averiguar a cuánto asciende mi fortuna. Lo han intentado de todas las maneras, pero yo solo contesto con evasivas. Y ellas insisten en por qué seguimos viviendo en ese piso de setenta metros cuadrados pudiendo comprar un chalet en La Finca. Yo siempre les digo que esas casas implican mucho trabajo de mantenimiento y añadido como coletilla «bien lo sé yo», para que no se olviden de lo que estamos hablando en realidad.

El padre de Álvaro me trae una copa de vino blanco frío y se lo agradezco con una sonrisa. Aunque es seco, me recuerda mucho a Álvaro. Debajo de esa apariencia tan «educadamente tirante» hay un hombre que mandaría al mundo entero al garete si encontrara algo que le apasionara. Pagaría una verdadera fortuna por que se enamorara de una mulata cubana de veintidós años y dejara tirada a su mujer. Estoy por arreglarlo yo...

Brindo con él primero y después con los demás, que se acercan al escuchar ese brindis espontáneo. Álvaro vuelve sonriendo desde la otra habitación mientras se guarda el teléfono móvil en el bolsillo.

—¿Celebrando sin mí? —dice con una sonrisa que me dedica por entero a mí.

—Ahora brindamos contigo. Cualquier excusa es buena para poder beber más de la cuenta —bromea su padre.

Yo me río y le doy una palmada en la espalda a la vez que Álvaro me rodea la cintura con un brazo.

—Pues nada..., por nosotros —me dice mientras su padre le sirve una copa.

Nos besamos en los labios y suena un pastoso «ooohhh» en la sala. Y sonreímos como dos tontos.

—¿Habéis pensado ya una fecha? —pregunta Jimena.

—Finales del verano que viene —decimos los dos a la vez.

Nos echamos a reír y volvemos a besarnos.

Sonsoles y Jimena se ponen a charlar sobre los vestidos y el protocolo y yo me abstraigo mirando mi anillo. Es el primer anillo de compromiso que llevé en la mano, el de Tiffany's. Álvaro volvió a pedírmelo, esta vez en París, en el último viaje que hicimos. Fue bonito y casi de revista: se hacía de noche mientras paseábamos por las amplias aceras de los Campos Elíseos. Yo iba contándole algo sobre mi último trabajo

mientras me comía un helado con el que me había encaprichado.

—Qué bonito es esto —farfullé con la boca llena y la lengua medio congelada.

Y él, como contestación, se paró, hincó la rodilla en el suelo y me preguntó si quería casarme con él, pasar el resto de mi vida a su lado y envejecer codo con codo. Lo llevaba aprendido de memoria y a mí me dio la risa y por poco no se me salió el helado de limón por la nariz. Un montón de gente nos aplaudió cuando, después de deslizar el anillo en mi dedo anular, nos besamos. Esa noche follamos como animales con el ruido de la gran Ciudad de la Luz entrando por las ventanas abiertas de nuestra suite.

Miro el solitario de oro blanco coronado por un brillante y... a pesar de que me acuerdo de que hubo un día en el que había otro vistiéndome mi mano, no me entristezco. Me doy mentalmente dos palmaditas en la espalda y la enhorabuena por saber superar una historia como la que vivimos nosotros. Y cuando hablo de nosotros, no hablo de Álvaro y de mí.

MIENTRAS TANTO

La vida se ha convertido para él en una carrera de fondo. Ya no hay maratones. Es una carrera por etapas; una etapa por día. Un triunfo cada noche al acostarse, sabiendo que ha cumplido otras veinticuatro horas de esfuerzo por ser mejor.

Sentado sobre una inmensa cama, mira hacia las contraventanas de madera cerradas y la luz grisácea que las atraviesa. Abajo se escucha un entrechocar de cacharros y demás sonidos de cocina. Pronto olerá a café.

Se mira los brazos y las muñecas. Sonríe e, instintivamente, se palpa el pecho. Ahí está, sobre el latido. Respira hondo y mira al techo.

Se ha estado preparando durante mucho tiempo. Muchos meses. Primero calládoselo, escondiéndolo en su cabeza, donde nadie pudiera encontrarlo por más que rebuscara. Poco a poco, ese deseo encubierto empezó a aflorar y finalmente lo confesó.

—Mi motivación es volver a verla —dijo un día, sentado en una de esas incómodas sillas que había en la sala de terapia.

Todos le miraron y él, como está haciendo en este momento, miró al suelo. Escuchó entonces todas aquellas cosas que ya estaba preparado para escuchar.

—No puedes basar tu mejora en otra persona. Si esa persona te falla, todo lo que has construido se caerá, porque le diste los cimientos equivocados a tu recuperación. Tu motivación debe ser personal y nacer de ti. Ser mejor. Ser feliz. Conseguir aquello que la adicción te quitó.

—Mi adicción no me quitó nada. No era un ente abstracto —aclaró él, queriendo que todos supieran que no era un loco con sueños delirantes de borracho—. Mi adicción era cosa mía; yo era la persona que hacía todas aquellas cosas. La cocaína no me obligaba. Ni las pastillas. Ni el éxtasis. Ni el caballo. Ni el alcohol. Me lo quité yo.

Recibió aquel día otra de esas charlas. Sabía que no podía hacer oídos sordos; era la tercera vez que ingresaba en una clínica de ese tipo. De modo que trató de interiorizar el mensaje aunque no fuera lo que le gustaría escuchar. Aprendió en los meses siguientes que uno mismo debe ser el objetivo; procurarse salud emocional y toda esa terminología rimbombante, era la única posibilidad de encontrarle sentido a la vida. Si la vida tenía sentido por sí misma, todo lo demás vendría después.

Cuando salió, en la entrevista final, su tutor le dio la enhorabuena. Empezaba ahora el camino de verdad, en un mundo abierto en el que existían todas las opciones: las buenas y las malas. Vivir solo no iba a ser fácil.

Y no lo fue.

Se concentró en construirse de cero, agarrándose con uñas y dientes a unos planes que, en un momento muy determinado de su vida, tuvieron sentido. Esos meses en los que respirar, mirar, sonreír, moverse, besar... tenían sentido.

Con una disciplina marcial, diseñó un plan por pasos. Y cada día iba cumpliendo alguno. Al principio, todo era un caos, un montón de papeleo pendiente que parecía no tener solución, que solo encontraba trabas. Y entonces llegó la llamada.

—Tienes que firmar. Si no lo haces, la cosa se puede poner muy fea.

—¿Por qué muy fea?

—Puede pedirte daños y perjuicios y...

—¿Hablas de dinero?

—¿De qué otra cosa puedo hablar, Gabriel?

Aquella noche el mundo se puso patas arriba. Un deseo horrible y abominable le obligó a salir a la calle y comprar una botella de alcohol. Ni siquiera miró qué narices estaba comprando. Al llegar a casa bebió, fumó y quiso morirse de nuevo. Se planteó mil maneras de matarse y ninguna le parecía tan terrible como enfrentarse a ese puñado de folios. Pero el alcohol, después de tantos meses de vacío, le cayó en el estómago como plomo. Cuando se vio a sí mismo vomitando como un colegial, lloró de decepción.

El despertar no fue agradable. Primero se quedó en la cama largo rato, pensando que había dado el primer paso para atarse otra vez de por vida; eso le aliviaba y le torturaba a la vez. Sentía de nuevo la pulsión de bajar a la cocina y servirse un vaso de cualquier cosa fuerte; con suerte volvería a desmayarse. Con más suerte aún, se daría en la cabeza al caer y no despertaría jamás. No sabría decir qué fue lo que lo empujó a darse una ducha e ir a ver a su tutor.

—He vuelto a beber —le confesó cuando abrió la puerta—. Anoche bebí hasta desmayarme y vomitar.

—Pasa.

Él entró en el despacho, se sentó en una silla y miró al suelo.

—¿Por qué bebiste?

Se revolvió el pelo, se frotó la cara y, con los antebrazos apoyados en sus muslos lo contó todo. Los papeles. El vínculo. La última esperanza.

—Esto es bueno —escuchó que decía su mentor—. Estás cerrando con todo lo que estaba mal. Aquello no se podía sostener, ¿recuerdas? Tenía los cimientos podridos. Serás un folio en blanco en el que poder escribir lo que quieras y cuanto quieras.

—Pero lo estropeé. —Le dio la chapa azul que simbolizaba el tiempo que llevaba limpio.

—Bueno... estás aquí contándomelo, ¿no? Empezamos de nuevo.

Le dieron otra chapa, que guardó con una emoción nueva en su bolsillo. Durante todo el día no hizo más que darle vueltas entre sus dedos. «Un día», ponía. Finalmente descolgó el teléfono e hizo esa llamada pendiente.

—Hola, soy yo. —Se levantó de la silla de la cocina y fue a asomarse al patio trasero, donde estaba su proyecto de jardín—. Prepáralo todo. Firmaremos. Pero dile que tendrá que aceptar todo lo que quiera darle. De otro modo, no habrá acuerdo.

—¿Y qué quieres darle?

—Lo que estipulamos en aquella farsa de contrato prenupcial. ¿Cuánto fue? Medio millón, ¿verdad?

Su abogado revisó la documentación.

—Efectivamente.

—Ese medio millón y toma nota: lo que saquemos de la casa de Toluca Lake. Si no quiere esperar a que formalicemos la venta, haz el cálculo sobre la tasación. Lo del piso de Venice, que estaba a su nombre y...

—Gabriel... no vas a darle el cien por cien de la propiedad de Toluca Lake. No te está pidiendo nada.

—Soy yo el que se lo está dando.

Hubo un silencio tenso.

—El veinticinco por ciento. Piénsalo. No va a aceptar los cinco millones.

Cerró los ojos y se mesó el pelo entre los dedos durante unos segundos.

—Dale la mitad. Y... súmale doscientos mil.

—¿En concepto de qué?

—Del anillo de compromiso que me devolvió.

Cuando colgó el teléfono no se sintió mejor; dentro de su pecho nació de nuevo

una oscura necesidad: algo que lo hiciera volar, que borrara la realidad, desdibujándola como el despertar hace con una pesadilla. La tentación palpitaba dentro de él. Un gramo de coca y alguna chica sin bragas, gimiendo mientras él se la follaba contra la puerta de cualquier sucio baño, en un club. Un chute de caballo que le pusiera los ojos en blanco y lo llevara más allá del techo de cualquier habitación. Cualquier cosa que creara la falsa impresión de que no pasaba nada. En lugar de eso, subió al dormitorio, se cambió de ropa y salió al jardín, cargado de una pala; se puso a cavar como un loco junto a la valla del jardín trasero, donde quería plantar flores de colores como las que tenía en su casa en Los Ángeles. Acabó lleno de barro y tierra húmeda, sudoroso y sin satisfacción ninguna. Se lavó las manos y salió a correr. Y corrió. Corrió. Corrió hasta sentir que ni siquiera podía pensar, porque le quemaban los pulmones.

De vuelta, se desnudó en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. El vaho empezó a condensarse dentro de aquel blanco cuarto de baño. Y él, sentado, pensaba en que debía identificar el porqué de esa frustración repentina. No había sido la recaída. Había sido, como ya había dicho a su tutor, el golpe de enfrentarse a cortar el último vínculo de relación. Y terminar de aquella manera, hablando de dinero y de contratos y de casas. Hablar de cosas que nunca tuvieron nada que ver con su relación, que había sido humana, directa, honesta, pura y lo único de verdad que había tenido desde los quince años. A los quince, recordaba, su madre le había comprado una guitarra por su cumpleaños.

—Aprende a tocar, Gabriel. Y cuando las notas suenen, tú volarás.

Después de aquel regalo, ella había sido lo único tangible.

En la ducha recordó su olor, que se concentraba en su cuello y entre los enormes rizos de su pelo. Se recordó a sí mismo recorriéndole cada rincón de su cuerpo con la nariz y los labios y ella, retorciéndose entre las sábanas, desnuda, confesando entre risas que se moría de cosquillas. Recordó el calor envolviéndolo cuando la penetraba despacio y después la imagen de ella arqueada bajo su cuerpo, gimiendo su nombre.

Se reconstruyó, porque no había otra respuesta posible.

Y aquí está, sentado en la cama de su habitación pensando en el camino que ha recorrido hasta el día de hoy. En quién es. En quién quiere ser. En qué debe hacer para serlo. El camino que le queda para ser feliz.

Ha hablado y pensado largo y tendido sobre la decisión que ha tomado. A su espalda, un montón de ropa doblada. Respira hondo y se levanta. Es lo que quiere hacer. No hay motivo para tener miedo, porque no espera nada. Es solo algo que tiene que hacer por sí mismo, sin esperar nada a cambio. Todo lo que venga a partir de

ahora serán trazos nuevos en ese folio en blanco en el que trata de dibujarse.

BOMBA

Hoy no tengo ningún proyecto en el que trabajar, pero me he venido a la que fue mi casa porque me apetece desconectar de los preparativos de la boda. Jodida boda. Qué mala gana de enfrentarme a todo esto.

Faltan dos meses y parece que a todo el mundo le va a dar un infarto. A todo el mundo menos a Álvaro y a mí, que pasamos de todo. Hemos pensado más de una vez anular esta boda, irnos a Bali y casarnos allí, en alguna playa preciosa. Pero al final siempre cedemos, más por mi madre que por nadie. A sus padres que se los folle un pez martillo. ¿Qué importancia tendrán algunas cosas en la vida? Me resisto a pensar que el color de los manteles del restaurante vaya a marcar un antes y un después en mi vida. Aunque casi que es mejor que nada vuelva a marcar esos hitos para mí.

Estoy escuchando música tirada en el sofá, pensando en que hace un par de años estaría borracha escuchando música tirada en el sofá. No echo de menos los excesos, pero sí ese botón que se me accionaba solo de vez en cuando y que pisaba el acelerador. Es como si la vida entonces fuera más emocionante. Ahora me tomo las cosas de un modo tan calmado que en ocasiones tengo que interrogarme a mí misma sobre si realmente me importan. Es como todo esto del bodorrio. Recuerdo las sensaciones de la primera vez que Álvaro me lo pidió. Estaba loca de ganas de fijar una fecha y empezar a perder la cabeza con detalles como la distribución de las mesas, las flores que decorarían el salón, mi ramo, mi peinado... y ahora todo me parece un coñazo. No es que siempre haya sido una loca de los bodorrios, pero entonces me hacía ilusión porque... no sé por qué. Sibilinamente, he ido pringando a gente para delegar en ellos; por ejemplo Bea, que se ha alzado como la responsable de encontrar un ramo bonito que alegre el vestido, una buena peluquería donde me arreglen y la mejor ropa interior. Aunque creo que es posible que se obceque en todos esos temas

para disimular el hecho de que lo único que no le termina de gustar de esta boda, es el novio. Álvaro y ella han limado asperezas y, aunque llevamos cerca de un año viviendo juntos sin broncas ni dramas, ella no puede evitarlo. Álvaro no es el niño de sus ojos.

—Yo le tengo que querer, porque va a ser tu marido, pero es que es tan «me he metido una fregona por el culo y así ando a gusto por la vida».

—No digas eso —le pido con una sonrisa—. Álvaro no es un estirado.

—Quizá estirado no, pero no le gusta la gente y no sabe disimularlo.

Y ahí me tengo que callar, porque es verdad.

Ahora mismo, ese que Bea llama con desdén «tu marido» está en casa de su hermana viendo a su sobrino, esa croqueta de carne vestida como si fuera a heredar el Imperio español donde nunca se ponía el sol. Qué barbaridad. En vez de hacerle arrumacos, dan ganas de hincar rodilla al suelo y decir: «Mylord...».

Eso me ha reafirmado en la idea de que no quiero tener hijos jamás. No quiero ver a mi suegra haciendo vocecitas estúpidas y diciendo «mi príncipe» cada vez que coge a mi criatura. En realidad, creo que no soportaría que esa mujer tocara nada que fuera mío. Cuando me coge del brazo fingiendo que me adora, reprimo hasta las ganas de gritar. Álvaro me mira de reojo, esperando una señal para rescatarme, porque lo sabe y creo que hasta me entiende. Esa mirada de protección me gusta; es de las pocas cosas que me reconfortan a ese nivel porque es como si, de pronto, el tiempo volara hacia atrás y volviéramos a ser los Álvaro y Silvia que lo intentaron por primera vez hace años.

Tampoco me imagino siendo madre, la verdad. Me temo que no tengo desarrollada esa parte del cerebro. Soy una hembra antinatural. Hombre, no me comería a mis crías, pero creo que me voy a ligar las trompas por si acaso.

Suena «Losing Sleep» de John Newman cuando llaman al timbre. Supongo que es la pesada de Bea, a la que le he dicho que iba a venir a meditar en el sofá. Seguro que viene con una botella de algún licor maligno cuya ingesta nos produce alucinaciones o algo así. Hace poco trajo whisky de armadillo. Casi vomité en sus zapatos nuevos de Fosco y, por lo tanto, casi fui degollada. Prometimos no volver a hacer este tipo de experimentos, pero seguro que a ella ya se le ha olvidado.

Abro la puerta despreocupadamente pero, en lugar de Bea, la visión que me recibe es la de un chico bastante alto que mira intensamente hacia uno de los lados del pasillo, apoyado en el marco de la puerta. Tiene el pelo negro desgredado y brillante que le cae por los ojos y una barba oscura y cerrada que, a pesar de su aspecto, está cuidada y estudiada. Cuando se gira hacia mí, su sonrisa es tímida y temblorosa y me

trae recuerdos, pero no es hasta que me centro en sus ojos cuando le reconozco. El corazón amenaza con salirse por la boca. Me mareo. Veo puntos iridiscentes. Contengo el aliento. El suelo se inclina bajo mis pies.

—Dios mío... —digo apoyándome en la pared, por si acaso a mis rodillas les da por flaquear.

No es la barba lo que me ha despistado más. Es que ha cambiado. Ha cambiado él por dentro. Además, ha cogido bastante peso. La última vez que lo vi estaba muy delgado, tanto que parecía que sus miembros no pudieran sostenerle; era un cadáver consumido por las drogas, el alcohol y la culpa. Ahora unos veinte kilos se han repartido por todo su cuerpo de una manera deliciosa. Probablemente ha ganado mucho músculo, porque la camisa granate a cuadros que lleva se le marca en los hombros, brazos y pecho, mucho más de lo que lo haría hace unos años. Es un hombre. Un hombre por fin.

Nos miramos los dos sin mediar palabra, recorriéndonos con los ojos de arriba abajo. No me avergüenza haber abierto con unos shorts y una camiseta desbocada y no estar arreglada. Es él. Él. Da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás, conteniendo la respiración. Es como si se me hubiera aparecido un fantasma. Mi fantasma.

—Hola, nena —susurra.

Y su voz... esa voz grave que se rasga cuando canta. Esa voz que susurró en mi oído tantas veces que me amaba y que un día se apagó. La siento clavárseme en el pecho y duele tanto que creo que voy a sangrar. Abro la boca, pero me he quedado sin respiración y solo puedo jadear. Han pasado dos años desde la última vez que lo vi, que lo escuché, que lo olí. Dos años en los que he construido una vida entera de nuevo. He fingido estar bien, he fingido querer empezar de nuevo y, de tanto fingirlo..., me lo he creído. Y ahora... se resquebraja por momentos, como una pintura mal restaurada.

Entra en casa y cierra a su espalda. No lleva nada con él. Ni maletas ni bolsas ni nada. Pantalón vaquero y camisa. A los pies unas Converse limpias y nuevas.

Busca mi mirada, ladea los labios en una sonrisa y se agacha hacia mi cara, buscándome. Cuando se cruzan nuestras miradas, los recuerdos se desatan en cascada. La playa. Su pelo revuelto. Su mirada lánguida y dolida. Derek & The Dominos cantando «Layla». La velocidad de un coche prestado de camino al aeropuerto. Una foto. Una llamada. Una caja llena de detalles de alguien que quiere ser querido. Una nana cantada a través de un teléfono. Una visita sorpresa. Un fin de semana de chicas. La piscina de un spa. La primera noche abrazados. Contarle los tatuajes. Él, abrazado a una guitarra. El primer abrazo consciente. Llantos por teléfono. Sentirme

comprendida. Unos billetes de avión. Un viaje, escapando de algo demasiado intenso. Una casa enorme. Mi habitación. Dormir enroscada a su cuerpo. El olor de su piel impregnando mi almohada. Una escapada. Una boda. Su anillo y el mío brillando. La resaca. Sus ojos empañados en deseo. Nuestro primer beso. Las fuentes del Bellagio. Un tatuaje. La despedida. Los primeros te quiero. Su mujer. Mi marido. Una visita y besarnos sobre el edredón de mi cama mientras suena Metallica. Los EMA. Mi anillo de compromiso. Ámsterdam. La oferta de una vida nueva a su lado. Saber que me estoy enamorando. Su risa. Un contrato. La despedida. Álvaro y él discutiendo violentamente. Mi mudanza. Mi vida allí. Los besos. Las fiestas. Su sexo. El mío. Las duchas. Sus «te lo daré todo». La primera vez. El amor. El destino. Sentirse completa. Querer tanto que duele. Querer tanto que da miedo. La gira. Los reproches. Las drogas. Sus ojos rojos. El desmayo. El terror. Nuestra última vez. La clínica. La despedida. La vuelta. Lucy. La infelicidad y el pánico. Álvaro. Gabriel y una jeringuilla en el suelo. El hospital. El pitido. Gabriel muerto. Mis dedos agarrando su mano muerta.

Me lanzo a sus brazos y lo estrecho con fuerza. La fuerza que ejerzo le habría hecho daño antes, pero su cuerpo ha cambiado por completo. Es duro, firme y torneado. Me agarro a él con necesidad, jadeando y casi gimiendo.

—Dios mío... —repito con la voz casi rota.

—Shhh...

Cuando deslizo una de mis manos por su espalda, una corriente eléctrica me atraviesa entera y un gemido se escapa de mi garganta. Es el deseo; el deseo de verdad, que marca la diferencia que trataba de identificar entre el sexo de ahora y el sexo de antes. No es el tiempo verbal, es la persona.

Me falta el aire cuando le huelo; se parece al eco de su olor que recuerdo, pero es intenso y vivo, por fin. Después de dos años, el aroma de su cuello me desarma por completo. Su mano también se ha deslizado por mi espalda, provocándome un escalofrío. Siento el calor que emana su cuerpo y me sobra cada pedazo de tela que nos cubre ahora mismo. Necesito hundirme en su pecho y aspirar hasta marearme. Necesito meterlo dentro de mi cuerpo, que me fagocite y me haga suya entera.

Me quedaría para siempre así, agarrada a su cuerpo, convenciéndome de que, aunque lo di por muerto en mi vida, está aquí, pero tengo pareja y voy a casarme, así que este abrazo tiene que acabar. Doy un paso hacia atrás y le miro de arriba abajo.

—No me lo puedo creer. —Se me dibuja una sonrisa temblorosa en la cara y tengo que morderme el labio para no llorar. Estoy tan nerviosa que hasta las manos me tiemblan—. Es como si... como si fueses otro.

—Quien siempre tuve que ser, ¿no?

Le palmeo el pecho y me acuerdo de que la última vez que lo vi se le paró el corazón y pasó minutos clínicamente muerto. Me muerdo el labio con desazón. El que está aquí conmigo es mi exmarido, al que no abandoné por no quererle, sino por quererle demasiado. ¿Se sentiría él abandonado?

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Le miro curiosa y esbozo una sonrisa. Habla diferente. Respiro hondo.

—Claro, siéntate. ¿Te pongo algo de beber?

—Agua, por favor.

Me viene bien su petición, porque tengo la garganta sequísima y no me pasa ni la saliva. Entro en la pequeña cocina y lleno dos vasos con hielo, corto dos rodajas de limón y, después, las añado junto al agua. He tenido que coger la jarra con las dos manos, porque los temblores casi no me dejan maniobrar. Cuando llevo las bebidas hasta el salón y le tiendo la suya, me sonrío. Antes le encantaba beber el agua así, con hielo y limón; ahora ya no lo sé, pero me ha podido la costumbre. Coge el vaso y bebe tres tragos seguidos, con los que casi lo vacía.

—¿Quieres una copa de vino también? —le pregunto—. ¿O una cerveza?

—Nada, no te molestes.

—No es molestia —insisto.

—No, no, en serio. Yo ya... ya no bebo nada, Silvia.

Asiento nerviosamente y me acomodo en el sillón que queda frente a él. Nos miramos de arriba abajo los dos otra vez.

—Estás... estás muy guapa —dice sonriente.

—Tú también estás muy guapo. Y muy cambiado.

—Sí, bueno, gané un poco de peso. —Hace una mueca—. Aún no me he acostumbrado a esta rotundidad corporal.

Los dos nos reímos como dos tontos.

—Yo no diría rotundidad. Simplemente... eres un hombre.

—Sí, ya, solo bromeaba. Yo... salgo a correr y... esas cosas. Me cuido mucho.

—Ah...

Me quedo cortada y no sé qué hacer. Echo de menos fumar, al menos me daría la excusa perfecta para concentrarme un momento en algo que no fuera él.

—¿Fumas? —le pregunto.

—No. —Niega con la cabeza y el pelo que cae sobre su frente se remueve—. Yo...

—Los dos suspiramos y él toma la palabra—. Estoy un poco nervioso, Silvia. Llevo mucho tiempo preparándome para hacerte esta visita y... bueno, tenía pensado hasta

lo que te diría pero...

—Dímelo —digo levantando las cejas.

—Primero... primero ponme al día tú, por favor.

Le miro bien otra vez, tratando de identificar qué es eso que noto tan cambiado.

No se corresponde con esta sensación de estar en casa por fin.

—Bueno, pues... ¡es que no sé! Yo...

Los dos nos reímos como dos tontos. Gabriel se toca nervioso las manos una con la otra, como si fuera a hacer crujir sus nudillos.

—¿Trabajas? —pregunta tomando la iniciativa.

—Sí... eh... trabajo de vez en cuando como ilustradora y me gusta bastante. Ni siquiera sé por qué me dieron la oportunidad, pero la verdad es que parece que lo hubiera hecho toda la vida. De todas formas, no trabajo a un ritmo..., puedo permitirme tener pocos proyectos. Eso es gracias a ti. —Él sonrío; le hace feliz. Sonrío, pero tensa, porque sé que ahora viene lo más difícil. No sé cómo decírselo—. Yo... bueno, intenté volver a la vida que tenía antes de... de casarnos.

Asiente y, poniéndomelo infinitamente más fácil, dice:

—¿Os habéis casado ya?

—No. —Niego con la cabeza—. En dos meses.

Suspira, creo que con alivio. Mira mis manos; en la izquierda brilla mi anillo de compromiso.

—Vivís juntos, ¿verdad?

—Sí, me pillas aquí por casualidad, la verdad. Vine a relajarme un poco.

—Es el destino. —Sonríe conforme, como si quisiera que lo que dice fuera verdad pero no confiara en ello.

—Cuéntame tú —le pido—. Estoy segura de que tendrás mucho más que contar.

—Lamentablemente sí. —Se ríe y se remueve el pelo, que parece sedoso—. Ha pasado mucho tiempo. Si no me equivoco te quedaste en mi... segundo intento de suicidio, ¿no?

Respiro hondo y asiento.

—Sí. Claro...

—No sé por dónde empezar, Silvia —y lo dice tan avergonzado que quisiera levantarme, sentarme en sus rodillas y hundir la nariz en su cuello.

—Solo... empieza por el principio.

—Pues... bueno. Me desperté en el hospital muy confuso. Volte estaba allí sentado y... yo no recordaba mucho. Él me contó y yo... buf, Silvia. Qué complicado es esto.

—Solo cuéntame lo que te apetezca. Soy yo...

Me mira y esboza una pequeña sonrisa: Asiente. Sí. Soy Silvia. Su Silvia. Y él... ¿es mi Gabriel?

—Tardaron dos días en darme tu nota. Fueron dos días raros, porque nadie me decía dónde estabas. Cuando lo leí, todo... encajó, ¿sabes? Simplemente lo entendí y me decidí. Nunca lo había visto como lo vi entonces. Cuando me dieron el alta me fui a casa, llené una maleta y me despedí de todo lo que... lo que viví contigo allí. Fue duro —empieza a coger ritmo—. Después me interné en una clínica de desintoxicación en la que estuve siete largos meses; cuando salí, era otro. Me costó mucho sentirme cómodo con ese nuevo Gabriel, ¿sabes? Tener que conocerme otra vez, aprenderme de cero. Entonces el señor Moore me llamó para trasladarme tu petición de divorcio —traga saliva y asiente para sí mismo— y fue entonces cuando empecé a cerrar lo que tenía pendiente. Ya sabes, a venderlo todo porque me parecía un lastre. La casa de Toluca Lake, la de Venice, todos los coches excepto el Mustang, el apartamento en Nueva York que iba a regalarte por nuestro aniversario y... bueno, todo. —Encojo las piernas y me agarro a la altura de las rodillas—. Me tomé unas vacaciones para pensar en qué quería hacer, me compré otra casa y empecé casi de cero. Te lo estoy contando todo desordenado. —Se ríe—. La vida empezó a ordenarse entonces. Rechacé una película sobre mi vida, otro disco, entrevistas... y empecé a escribir canciones para otros. Echo de menos cantar, pero sé que ya no va con el Gabriel que soy.

—Bien y... bueno, ¿qué tal lo demás? ¿Te has casado? —pregunto conteniendo la respiración después sin saber por qué.

—No. —Niega con la cabeza y se ríe como si acabara de decirle una barbaridad—. Esas cosas las dejé atrás, cuando bebía, me colocaba y no pensaba nada más que en mí.

—Quieres decir que... ¿te arrepentiste de nuestra boda?

—No me arrepentí de nuestra boda y sí me arrepentí. Fuiste lo mejor que pudo pasarme, pero no tuve por qué arrastrarte conmigo por todo aquel vía crucis. Sin embargo, soy muy consciente de que estoy vivo por ti. Si no, estaría enterrado en Los Ángeles, en alguno de esos cementerios a los que los turistas van a hacerse fotos.

Recuerdo la visita que hice al Westwood Memorial Park con Bea y aquel sentimiento funesto que me hizo escapar de allí. Yo también lo imaginé descansando para siempre debajo de una pobre placa que no diría nada de él, más que su nombre, la fecha en la que nació y en la que me diría adiós. Nos miramos a los ojos y buscamos algo en los del otro. Sonrío. Ya sé por qué habla diferente. Ya no habla con esa dejadez que siempre me pareció definitiva de su forma de ser. Habla correcto,

conciso incluso, y su preciosa y grave voz me devuelve a los días en los que, susurrando en mi oído, perdía esa languidez.

—Estás muy cambiado. Incluso hablas diferente.

—¿Sí? —Sonríe.

—Sí.

—Tú estás igual. Igual de guapa y de...

—¿De qué?

—Brillas, Silvia. —Me mira como entonces y siento que me muero—. Eres especial.

Se levanta del sofá, descorre las cortinas y mira hacia la calle, donde el día ha empeorado bastante y la luz que lo baña todo es muy gris.

—¿Cómo fue? —pregunto.

—¿Qué de todo?

—¿Recuerdas... algo de aquel día?

—Claro que lo recuerdo.

—Cuéntamelo.

—No sé si quiero hacerlo. —No me mira al decirlo—. Preferiría haberlo olvidado.

—Solo... cuéntame lo que quieras, pero... algo.

Me doy cuenta entonces de que hay preguntas pendiendo sobre nuestras cabezas desde aquel día. Nunca he buscado las respuestas, pero ahora, solo con alargar la mano, puedo acercarme a ellas.

—No hay túneles de luz. —Se gira y me sonrío—. Ni voces que te llamen. No vi a mi madre alargando su mano hasta mí, con los pies sobre mullidas nubes. Nada de eso.

—¿No hay nada? —pregunto desangelada.

—Sí, sí lo hay, pero no como en las películas.

—¿Viste tu vida pasar ante tus ojos?

Gabriel se pasea por allí con las manos en los bolsillos y, al final, se pasa la mano por la barba varias veces seguidas.

—Me acosté en aquella cama, me metí más heroína de la que sabía que podía soportar y, colocado, pensé en ti. Recordé cosas con las que quería quedarme antes de irme, como la primera vez que me sonreíste o... la primera vez que te hice el amor.

Parece avergonzarse y se calla.

—¿Y? —Quiero que siga hablando.

—No lo sé. Todo fue muy confuso.

—¿No recuerdas nada más?

—Sí, pero no quiero que me tomes por loco ahora que estoy un poco más cuerdo.

—Sonríe plácidamente y la intensidad de su mirada se relaja.

—Cuéntamelo. Jamás pensé que estuvieras loco. Ahora mucho menos.

Me lanza una mirada de soslayo y se humedece los labios.

—Morirse no duele. Lo acepté y dejé de sufrir. Me pareció una tontería entonces necesitar nada que no fueras tú. Me dije a mí mismo que tú debiste ser la única droga que me permitiera, pero ya era demasiado tarde. Sentí que... sentí que simplemente me apagaba. —Me quedo mirándolo sin saber qué decir. Él chasquea la lengua contra el paladar y sigue—: Es como hundirte. Como si te hundieras en un lugar fresco y un poco húmedo donde te sientes a gusto, aunque te asuste. Y... te oí, diciéndome que no. Aún no, me dijiste. Ni siquiera estoy seguro, pero eras tú. Y después nada más. —Contengo la respiración y él termina—. Solo un tirón. Como cuando el estómago te da un vuelco, pero en todo el cuerpo. Lo siguiente fue... el despertar.

Me levanto del sillón y voy a dar la luz, porque la habitación está empezando a quedarse a oscuras, pero antes de que pueda hacerlo, me coge y me acerca a él.

—Eh... —dice suave—. ¿Te doy miedo?

—No. Claro que no.

Me toca el pelo y lo aparta de mi cara. Después sus pulgares me acarician suavemente las mejillas, los labios, el cuello y las clavículas. Da un paso más hacia mí y todo lo demás deja de existir. Solo él y yo. Ni siquiera hay calles fuera, más allá de las ventanas. Coge mi mano y la besa.

—¿Eres feliz? —me pregunta. Me encojo de hombros.

—No lo sé. No sé si ser feliz entraba en mis planes, la verdad.

—Eso no está bien. Esperaba venir y que me confesases con una sonrisa que nunca has sido más feliz. Esperaba que fueras madre o que Álvaro te hubiera dejado ya embarazada.

—No quiero tener hijos —le contesto con un nudo en la garganta.

—Nosotros sí quisimos hijos.

—Entonces era entonces.

—¿Y?

—La vida da muchas vueltas y yo he cambiado.

Hay un silencio horrible entonces. Son un montón de cosas por decir que pululan por el aire sin hacer ruido pero llenando la atmósfera de preguntas. Nos miramos. Sus ojos, por Dios, son como un pozo en el que quiero ahogarme. Siento sus dedos alrededor de mi muñeca como si palpitaran y quemaran. De pronto se pone a hablar y dice cosas que no esperaba:

—Compré aquella casa en San Francisco, la de la fachada color gris con aquella especie de torreta arriba. Es un poco oscura, como nos temíamos, pero no fría. Tiene una buhardilla preciosa, deberías verla. Allí me siento a escribir y a tocar la guitarra. Y a pensar en ti. Porque no hay día que no lo haga. —Noto que la voz empieza a temblarle—. Sé que llego muy tarde. Ya lo sé; han sido dos años muy largos. Yo... sé que esperabas esto cuando salí la primera vez de la clínica. Incluso adopté un perro. —Debería reírme pero no puedo. Él me ha soltado la mano y sigue tocándome la cara con sus pulgares—. Es el perro más feo que he visto en mi vida. —Sonríe con tristeza—. Pero cuando fui a la perrera, los dos estábamos igual de destrozados. Los dos necesitábamos empezar de nuevo. Y es obediente y, cuando me mira, hasta parece humano.

—Por favor... —Bajo la mirada.

—Solo vine a decirte que... que la vida se me paró cuando te fuiste. Fue culpa mía, pero desde que desperté he estado ordenando las cosas, porque se lo debo a nuestro pasado. He construido una vida de la que sentirme orgulloso. No quiero ser aquel Gabriel nunca más.

—Estabas enfermo —digo.

—Estaba muerto. Y lo único que me mantenía con vida eras tú. Sé que fue un error; sé que jamás tuve que dejar que todo dependiera de ti. Pero ahora ya lo sé, Silvia.

Me alejo un par de pasos más, pero ¿a quién quiero engañar? Lo único que me apetece es lanzarme en sus brazos y que me bese. Quiero que me abrace, que me bese y que me desnude como si fuese un milhojas de ropa. Y que me bese, me bese, me bese. Que me bese hasta en el alma.

Pero no puedo.

—Te echo de menos —gime con un hilo de voz.

—Ya te lo he dicho. No soy la misma.

—Yo tampoco.

—No tiene sentido anclarse en el pasado —musito.

—No me anclo en el pasado. No hay día que pase que no gire en torno a ti.

—Gabriel, esto no...

—Me dije que no lo haría, pero tengo que... Silvia... la vida no es vida si no estás —suplica.

—No puedo. Calla... por favor. No podemos.

—Cariño... —y lo pronuncia con angustia, como si tuviera demasiadas cosas por decir y ninguna se pudiera materializar con palabras. Pero da igual. No hay nada que

pueda decir que me alcance tanto como su «cariño».

—Han pasado dos años, joder...

—Por favor...

Se inclina, me abraza con fuerza y vuelvo a oler su camisa. Su olor aún sirve para calmarme. ¿Por qué? Es un desconocido. Ni siquiera sé si algún día le conocí un mínimo. Es por él que he estado rota por dentro. Lo encontré casi muerto. Estuvo con otra en nuestra casa. Se intentó matar; le importó una mierda saber que eso me jodería la vida. Me... me destrozó. Lo vi morir.

Le aparto de mí y cojo aire. No quiero llorar.

—Vete —le digo—. Vete ya. Por favor.

No me replica. Agacha la cabeza y va hacia la puerta. Cuando la cierra, corro hacia la habitación de pensar, me dejo caer de rodillas en el suelo, frente al armario, y busco enfermizamente en el último cajón. Saco su camiseta y, abrazándola contra mi pecho, me desmorono y lloro. Y lloro porque estoy enfadada y porque le quiero, todo en la misma proporción.

¿Por qué has vuelto, Gabriel?

SER AMIGOS

No puedo pensar en otra cosa. Apenas he pegado ojo. Hacía mucho tiempo que no me acordaba de aquello y esta noche, en el único momento en el que concilié el sueño, lo volví a ver todo. El pasillo de aquel hospital tragándome a toda velocidad. Las luces. El sonido de las palas de reanimación cargándose. La contundencia con la que su cuerpo se estremecía tras cada descarga. Su rostro muerto. El tirón a su muñeca cuando los médicos trataron de arrastrarme fuera.

«Hora de la muerte, doce treinta y seis». Me he despertado sobresaltada, cogiendo aire. Álvaro ni siquiera se ha inmutado, profundamente dormido. Después, a las siete y cuarto, he fingido levantarme con el sonido de su despertador.

No me quito de la cabeza lo de ayer de la misma manera que no dejo de pensar en llamar a Gabriel para aclarar las cosas. Quiero cerrar esto y hacerlo bien. Voy a casarme con Álvaro en dos meses y no quisiera... no quisiera que el que todo el mundo dice que va a ser el día más feliz de mi vida se vea empañado por el recuerdo de cosas que aún me duelen. Y si me duelen es porque aún no he cerrado este capítulo. ¿Para qué sirvieron los meses de duelo? No me entiendo.

Y aunque tengo pensado llamarle a media mañana, se me adelanta. Yo no he cambiado el número de mi teléfono móvil y él tampoco ha cambiado el suyo, así que no hay sorpresas. Me agarro a mi taza de café y me enfrento a ello como la Silvia adulta que soy. Somos solamente dos personas que se conocieron en la playa una noche loca tres años atrás, que se casaron en Las Vegas sin quererse, que se enamoraron y que sufrieron después. Quizá el modo en el que sucedió sea fuera de lo común, pero hay miles de parejas que rompen en el mundo; no somos especiales, ¿verdad? O quizá eso es lo que quiero hacerme creer. Durante la conversación, estamos cortados, pero los dos sabemos que es necesario que nos veamos, aclarar las

cosas y darnos el abrazo de despedida. Estas cosas no pueden ser. Ya no soy la *drama queen* que era cuando me conoció.

Álvaro se inquieta cuando le llamo y le confieso que Gabriel vino a verme ayer. Le escucho suspirar y chasquear la lengua, pero por alguna extraña razón no se sorprende. ¿Es posible que esta visita sea un fantasma que nos rondaba ya desde hace mucho a ambos? Gruñe entre dientes, me pide que haga el favor de alejarme de toda esa historia y, cuando le cuento que hemos quedado para despedirnos, casi sufre una embolia.

—Es solo un café, cariño —le explico para tranquilizarle.

—Es un café con tu exmarido el drogadicto —espeta de malas maneras.

Me repatea este comentario, pero lo mejor para los dos es que lo deje pasar.

—Tienes que dejar que haga esto. Es necesario y es lo mejor.

—No me gusta que le veas. Es una persona enferma. Acuérdate de la última vez que le viste en Los Ángeles. Estaba muerto en una camilla, porque se le fue la mano con la heroína.

—Gracias, Álvaro, si no me lo llegas a recordar lo hubiera olvidado. No te jode.

Gabriel y yo nos encontramos en la terraza de un pequeño café, en una de las calles perpendiculares a Corredera Baja de San Pablo. Él lleva una camiseta y una sudadera, las dos cosas negras. Parece un chico normal, no una estrella del pop rock alternativo resurgiendo de sus cenizas. Cuando nos vemos, no sabemos muy bien cómo saludarnos. Nos damos un beso en la mejilla, un abrazo extraño y, después, sonreímos bastante avergonzados. La proximidad nos resulta aún demasiado intensa.

Son las doce y media de la mañana y hace fresco a pesar de estar ya a mediados de junio, así que le pido al camarero un café solo; para mi sorpresa, Gabriel hace lo mismo, pero insiste en que sea muy largo, americano.

—Siento mucho haberme presentado sin avisar —dice de pronto con un tono de voz que me hace pensar que lo siente de veras—. Tendría que haber llamado y los dos deberíamos habernos hecho a la idea antes de vernos.

—Me alegré mucho de verte, Gabriel, pero es que... es todo muy... agudo, muy... potente. Yo ya no estoy acostumbrada a lidiar con este tipo de... sensaciones.

—No quiero que sea agudo, ni potente. —Se encoge de hombros—. Solo quiero que sea normal. Como debería haber sido.

—Pero es que no se puede dar marcha atrás.

—Ya, ya lo sé. Perdona. No quise decir eso.

El camarero deja los cafés sobre la mesa, entre nosotros. Me entretengo en poner sacarina en el mío y él aparta el sobrecito de azúcar. Sonríe mientras le pregunto de soslayo:

—¿Ni siquiera tomas azúcar?

—Ah, no. Es porque me he acostumbrado a tomarlo así. En la clínica nos juntábamos en cada comida muchos pacientes y había un compañero que tenía algún tipo de obsesión enfermiza por el azúcar. Un trastorno obsesivo-compulsivo de los raros. —Se ríe—. Era buen tipo y nos solidarizábamos con él.

Gabriel es de pronto alguien desconocido con el que me siento muy cómoda.

—Has cambiado mucho —le digo.

—Solo en lo esencial —bromea.

—Tardé en reconocerte ayer en la puerta de mi casa, ¿sabes?

—Ya me di cuenta. ¿Es por la barba? —Se la acaricia.

—No. Bueno, supongo que es por todo. Pero estás muy guapo. A decir verdad, estás... sexi. Nunca has dejado de estarlo.

Suspira y le da un sorbo a su café.

—¿Incluso cuando estaba muerto? —dice después.

Eso me deja fuera de juego. Recuerdo mi mano agarrando la suya mientras los médicos me arrastraban hacia fuera, apartándome de él. Muerto. Sin latido. Inerte. Mis gritos y luego de nuevo un débil pitido intermitente...

—No pienso en aquello. No vale la pena darle vueltas.

—¿No piensas jamás en lo que pasó?

—Bueno... lo evito. Me ha costado mucho superarlo. Te vi morir. Escuché cómo apuntaban la hora de tu muerte. Evidentemente no quiero recordarlo.

Traga con dificultad y se frota la cara después. Admito que he sido dura a propósito. Hay una parte de mí que sigue estando terriblemente enfadada.

—Me gustaría hacer las cosas bien contigo —confiesa—. No puedo borrar lo que hice por más que quiera. Pero necesito enmendar aquello. Echo de menos a la única persona que ha sido sincera y buena conmigo porque sí.

—No porque sí. Porque te quería.

—Bueno, pero siempre fuiste igual. Incluso cuando acabábamos de conocernos.

Sonríe al acordarme de esa noche. Miro al hombre que tengo sentado enfrente de mí y no veo a la misma persona, pero sé que está dentro. Tiene los antebrazos apoyados en la mesa y juguetea con el sobre de azúcar sin mirarme. Las pestañas aletean sobre su piel en cada parpadeo. Y sus manos... sus manos siguen siendo las mismas que me llevaban hasta el cielo, que acariciaban mi pelo en la cama. Están un

poco más bronceadas que la última vez que lo vi, pero es que en esa última ocasión se le escapaba la vida.

No puedo evitarlo. Alargo la mano y le acaricio el dorso de la suya. No me pasa inadvertido que Gabriel cierra los ojos con alivio, como si necesitase mi tacto. Acaricio la pulsera hecha polvo que lleva en la muñeca.

—¿Es la que te compré en el primer viaje que hice?

Asiente y la toca también. Nuestros dedos se encuentran y nos miramos. Respiro entrecortadamente, porque de pronto me pregunto cómo sería acostarme con él de nuevo; estoy segura de que sería diferente y familiar a partes iguales. Su cuerpo no es el mismo. Antes era un chico muy delgado cuyos músculos se marcaban bajo la piel porque no tenía ni un gramo de grasa en medio. Ahora tampoco, pero es más... hombre. Ya no veo al chiquillo que se enroscaba sobre mi pecho. Es un hombre tan hombre que me apabulla. Es un hombre al que necesitaría abrazar en la cama para sentirme en casa y segura. Vulnerable, humana pero completa. No recuerdo la última vez que sentí eso.

Me acuerdo de pronto de la última vez que nos acostamos, la noche antes de ingresar en la clínica, cuando aún esperaba que se curara y al volver los dos tuviéramos la vida que habíamos planeado. La verdad es que, pensándolo bien, esperaba lo que creo que me ofrece ahora. Porque... ¿me lo ofrece? ¿O solo busca el perdón?

Pestañeo y contengo la respiración cuando me acuerdo de la sensación de tenerle dentro, abordándome, haciéndome sentir fuerte, segura, sexi, querida, venerada y el centro de toda su existencia. Y el placer que Gabriel solía darme..., no sé si he mitificado el recuerdo que tengo de aquello, pero aquel placer no se parecía a nada más.

Gabriel rompe el silencio y me pide que le cuente qué suelo hacer, cuáles son mis rutinas ahora. Le cuento que voy a la piscina algunas mañanas, que después suelo ir a un bar regentado por irlandeses con los que he entablado amistad y con los que me tomo algo y practico un poco mi inglés, para que no se oxide.

—Luego, si tengo trabajo, me suelo ir a mi casa y se me pasan las horas, hasta que Álvaro sale de trabajar. Si no tengo nada que hacer, a veces cocino, otras veo a mis amigas, o voy a alguna exposición. No te das cuenta de la cantidad de cosas que se pueden hacer si tienes tiempo... hasta que lo tienes. ¿Y tú? ¿Qué haces?

—Voy a la piscina, corro un poco con el perro, escribo canciones, escucho música, toco la guitarra, paseo, compro vinilos antiguos. Cada día me digo que voy a hacer cosas nuevas, pero me he habituado bastante a esa rutina. La rutina es buena

para alguien como yo.

—¿Sabes algo de Tina, Frida y Volte?

—Volte ha abierto su propio gimnasio en Los Ángeles y le va muy bien; nos vemos a menudo. Me dio recuerdos cuando le dije que venía a verte. Ha adelgazado como, no sé, veinte o veinticinco kilos y de un abrazo aún puede matarme. —Sonríe—. Frida volvió a Chicago con su hermana y Tina... se vino conmigo a San Francisco. Cuando vendí la casa y fui a despedirme, se puso a llorar y me pidió explicaciones de quién iba a preocuparse ahora de que todo estuviera como me gusta. Le dije que yo y sollozó. Hasta ahí le llegaba la fe por mis habilidades domésticas. — Los dos nos echamos a reír.

—Tienes que comprender que quemaste el techo de la cocina.

Se tapa la cara y se carcajea. Ese recuerdo le ha pillado de improviso.

—¡Dios! ¡No me acordaba! ¡El flambeado de Gabriel! Seguro que ella sí lo recuerda, claro.

—No creo que nadie pueda olvidarlo.

—Intentaste apagarlo tirando agua al techo. —Se carcajea.

—¡Y tú gritaste como una niña! ¡Ay, pobre Tina! —Me acuerdo de cuando nos pilló haciéndolo en el sofá y un espontáneo calor me tiñe las mejillas—. ¿Y...? Dime, ¿qué tal le va?

—Bien. Muy bien. Vive en un apartamento con su hija. Ni siquiera sabía que tenía una hija. Por lo visto es una estudiante brillante. El año que viene irá a la universidad.

—¿Le da el sueldo para mandarla a la universidad? Debes pagarle muy bien.

—Le han dado una beca —me explica.

Le miro fijamente y después aclaro:

—Fondo Gabriel Herrera para estudios universitarios, ¿no?

Él mira la mesa y se avergüenza. Lo dejo estar. Si no quiere hablar de las cosas buenas que hace, no seré yo quien le presione.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —digo cambiando de tema.

Gabriel se remueve incómodo.

—Bueno... yo... no tengo planeada una vuelta a muy corto plazo —responde.

Pasan un par de segundos en los que ninguno de los dos dice nada. Al final, suspiro, dispuesta a aclarar la situación. Si esta era una despedida, hay algo que no estamos haciendo bien.

—¿Qué es lo que quieres? —Y sé que estoy siendo muy brusca, pero creo que es necesario que hablemos claro.

—Quiero estar un tiempo aquí, contigo.

—Eso no puede ser.

—Solo quiero verte de vez en cuando.

—Te repito que no puede ser.

—A pesar de todo lo que pasó, eres la única persona en la que confío. No me niegues esto... Solo... solo necesito que seamos amigos como lo fuimos antes. Necesito un poco de aquello para encontrarle sentido a mi vida.

Respiro hondo. Yo también le necesito para completar la mía, pero no sé cómo va a salir esto. Tengo pánico.

—¿Y cómo se supone que lo vamos a hacer? —pregunto—. ¿De qué va a ir esto, Gab?

Pestaña y me mira fijamente. Gab, como le llamaba yo cariñosamente cuando era su mujer.

—Estoy en una especie de apartotel, en la calle Pez. Hotel Abalú. Llámame cuando te apetezca salir. —Sonríe tímidamente y me hace sentir una ternura que casi no puedo soportar.

—Eres un puto —bromeo—. Pones esa carita...

—Sé que te traería problemas con Álvaro, de modo que estoy dispuesto a pasar desapercibido, a verte a escondidas cuando tú puedas y...

No necesita insistir. Hace rato que cedí, me guste o no. Bien. Ahora tengo un amigo bandido que esconderle a mi futuro marido.

HACER COSAS JUNTOS

Necesito contárselo a alguien y Álvaro no es la respuesta adecuada a esta necesidad. Ya me lo imagino con la cabeza dándole vueltas sin parar como la niña del exorcista y vomitando verde en aspersor. No. Paso mucho.

Mi madre no sé cómo se lo tomaría. Ya no llevó muy bien todo lo que pasó. Y no, no se puso histérica a llorar y a gritarme que ya me lo había dicho, que era peligroso irme con él y bla, bla, bla, en plan madre loca de nervios. No. Lloró, sí, pero por él.

—Pobre Gabriel. Pobre... lo desesperado que estaría para hacer aquello.

En su momento, me molestó mucho. Eso y la estampita que me pidió que le hiciera llegar. Estaba muy enfadada con él. Creo que tenía derecho a estarlo después de que me abandonara al salir de la clínica por una yonqui con pinta de Barbie de baja categoría, con la que follaba en la casa que compartíamos. Y mejor ni menciono el hecho de que intentara suicidarse. Todo muy bonito e idílico, sí. Una stampa preciosa digna de la portada de la revista *Hola*.

A mis hermanos... mejor ni intento explicárselo. A saber por dónde saldrían...

Así que decido contárselo a Bea, cómo no. Está bastante accesible estos días que se acerca el fin de curso. A decir verdad, me recibe en su casa informándome de que ya ha corregido todos los exámenes y que ha sido tan benévola que va a pasar de ser *Bea la Gris* a *Bea la Blanca*. Creo que un día de estos voy a tener que sustraer su colección de películas de *El señor de los anillos* o acabará creyendo de verdad que es Gandalf y dejará de hacerse la cera en el bigote.

Cuando nombro a Gabriel, se levanta del sofá en el que está fumando como una chimenea, coge una botella del congelador y nos sirve dos chupitos.

—¿Estás preñada o podrías estarlo? —me pregunta.

—No —contesto como si me pareciera normal este trámite.

—Bien, porque esto podría matar toda vida en tus adentros. Uno, dos y tres.

Lo bebemos sin mediar palabra y mientras ella deja el vasito sobre la mesa de centro, yo me desgañito a gritos y me revuelco por el suelo. No sé qué era eso que me acabo de beber, pero no me extrañaría que fuera de destilación casera.

Cuando las lenguas de fuego dejan de lamerme las paredes del esófago, me zarandea y me obliga a seguir con la narración, pero necesito un vaso de agua y unos minutos. Después le cuento cómo apareció Gabriel en mi casa, todo lo que me dijo y las conclusiones a las que llegamos ayer por la mañana. Creo que está a punto de darle algo. Agita las manos, se tapa la boca y hace doscientas mil preguntas sobre cómo está.

—Está... francamente bien. Guapo, estable, cariñoso...

—Define guapo. —Y parece que los ojos se le van a salir de las órbitas y va a empezar a babear.

—Tiene... —Evito su mirada—. Tiene un cuerpo espectacular. El otro día se quitó la sudadera y los brazos... joder, Bea. No quiero imaginar cómo está con menos ropa. Y la cara... es que... tiene algo.

—¿Algo?

—Gabriel es especial.

—¿Especial en general o especial para ti? —pregunta con sorna.

—Es como si un niño mono se hubiera convertido en el jodido hombre de mis sueños. Yo qué sé...

Me froto la cara con vehemencia y, después, me dejo caer hacia atrás en el sillón.

—Y todo esto... ¿a ti cómo te afecta?

—Pues me afecta porque... bueno... este tipo de historias es difícil olvidarlas, ¿sabes? Es inevitable pensar en aquello.

—¿En lo bueno o en lo malo?

—Pues en todo en general. Cuando lo vi, recordé el olor en casa cuando fumaba *crack*. Recordé escucharle joder con aquella yonqui. Recordé verle muerto y escuchar cómo anotaban la hora de su muerte. Y también lo mucho que le quise, la manera en la que me miraba, las promesas, la sensación de estar completa por fin...

Últimamente Bea está muy peliculera, porque dice que atraviesa un momento trascendental de su vida (ha encontrado un hombre que le da buenos revolcones y que, además, pasa por alto sus «peculiaridades» y quiere enamorarla, aunque no sé si ella está hecha para ese tipo de romances), así que me pone la mano derecha sobre el pecho y me pregunta qué me dice el corazón de todo lo que está pasando. Eso no me extrañaría si no fuera porque, en el proceso, se le ha cruzado la neurona loca y me está

tocando un pecho con vehemencia.

—Estás como una chota, ¿me oyes? Como las maracas de Machín —le contesto intentando que me suelte la teta.

—Silvia, escucha a tu corazón.

—Dios mío, Pocahontas. Me voy antes de que empieces a decirme que los árboles de tu calle te cantan.

Y me voy. Aunque lo que me pasa es que me ha tocado la fibra, porque el corazón me pide llamar a Gabriel y pasar la tarde con él en algún antro, escuchando su voz, oliendo su piel y bebiendo café.

El Café de la Luz es uno de mis rincones preferidos de Madrid y un miércoles a estas horas está más bien vacío. A Gabriel también le gusta. Vinimos juntos por primera vez unos meses después de nuestra boda loca en Las Vegas y guardamos buenos recuerdos de aquella mañana. Está muy guapo. A decir verdad, está tan guapo que el camarero, que creo que está en la misma acera que yo, casi bizquea cuando lo ve entrar. Yo, que voy andando detrás de él, estoy seriamente afectada por cómo le quedan los vaqueros desgastados que lleva y la camiseta de manga corta gris. Por Dios santo. ¿Esa espalda es la misma a la que me agarraba en la cama cuando nos acostábamos? Sigue siendo un hombre delgado pero... por el amor de Christian Dior y todas las colonias bajo su marca... está de calendario guarro.

Sentados ya en un rincón, pide un *capuccino* y yo pido lo mismo. Hace unos años habría buscado apoyo moral con un carajillo, pero si algo me ha enseñado Gabriel es que el alcohol no puede ayudarme en nada. Cuatro chicas toman café en la mesa de al lado y una de ellas sigue intensamente con la mirada al chico que se acaba de despedir de ellas; alto, moreno, ojos verdes... pero no es eso lo que mira ella. Tengo ganas de levantarme y decirle que sé reconocer el amor cuando lo veo y que no lo piense más, pero si lo hiciera tendría que empezar a ser sincera conmigo misma en muchas otras cosas a las que ahora mismo no quiero enfrentarme. Así que me centro en Gabriel y repaso con los ojos sus tatuajes, mirando con cariño el que llevamos igual. Acaricio el mío por inercia y él dibuja una sonrisa.

—¿No te has hecho más?

—No, qué va.

—Es raro. El primero suele abrir la caja de Pandora y ya... no puedes parar.

—Bueno, siempre lo asocié contigo, así que ya no tenía sentido. —Gabriel me mira con intensidad y... joder. Hoy está especialmente guapo. Trago saliva—.

Además, a Álvaro no le gustan mucho los tatuajes.

—Ya me imagino. No tiene pinta de que le gusten esas cosas; es más bien... clásico.

—Sí. Es muy clásico. —Tan clásico que se haría el harakiri si supiera que estoy aquí con Gabriel, así que prefiero cambiar de tema—. ¿Te hiciste alguno nuevo?

—Sí —asiente—. Pero es el último.

—No creo que te quede espacio para más.

—De cintura para abajo sigo teniendo todo el del mundo. —Se ríe.

—¿Dónde llevas el nuevo?

—En el pecho. —Se lo toca—. Tenía un espacio en blanco, pequeño pero suficiente.

Recuerdo ese espacio. Yo solía besarle allí.

—¿Y qué es?

—Un día de estos te lo enseño. Ahora cuéntame cosas.

—¿Qué cosas? —Me entra hasta vergüenza al ver lo ávido que está de saberlo todo de mí.

—Tus cosas.

—¿Y si empiezas tú con tus cosas y después ya te las cuento yo?

Gabriel comienza a hablar, recostándose un poco en la silla y apoyando su zapatilla en una de las tablas de la mesa baja donde humean los cafés. Se toca el pelo mientras me habla y le brilla mucho. Se ve sano y lo lleva peinado. La barba es bastante cerrada y espesa, a pesar de estar controlada y aseada. Los ojos parecen más oscuros ahora, en el interior de esta cafetería; cuentan muchas historias sin voz y brillan con madurez. Gabriel tiene ahora treinta y cuatro años y se ha zambullido de lleno en esa época en la que los hombres cambian la belleza añorada por la real. Es un hombre guapo, magnético, increíble, con una voz profunda y armoniosa. Añoro escucharle cantar con el único acompañamiento de una guitarra. Y mientras yo le miro acariciarse los nudillos tatuados en colores, él me habla de todo lo que le apetece. Su rutina en la clínica, la gente a la que conoció, la relación que mantiene con alguno de ellos, incluido su tutor en el proceso de desintoxicación... Va un poco más allá y me cuenta una recaída, justo antes de firmar nuestro divorcio. Después me enseña orgulloso su chapa de Narcóticos Anónimos y una foto de su perro, que se llama *Rayo*. *Rayo*... es imposible que estas cosas no me afecten.

Después de escuchar todo eso, yo me siento tonta contándole mis nimiedades. Cómo están mi madre y mis hermanos..., le cuento que Bea parece que está empezando a ceder al amor, pero que sigue nombrando a Adam Levine casi todos los

días. Bromeamos sobre que nunca conseguimos presentarlos, a pesar de que Gabriel siempre quiso hacerlo.

—¿Y si hubieran encontrado el amor? —me dice burlón.

El amor, como el que él y yo tuvimos, ¿no?

Me quedo pronto sin temas de los que hablar y me pongo nerviosa. No quiero que se me note, pero un Gabriel mucho más maduro de lo que recordaba se hace cargo de la situación.

—Y dime... ¿cuándo os casáis?

—A finales de septiembre —lo digo con la boquita pequeña y un nudo en la garganta.

—¿Por la iglesia?

—Ah, no. Estás loco. —Me río—. Y da gracias que no nos casemos por el rito del botijo. Un botijo al aire y si se rompe al caer, ale, casados.

—¿Entonces?

—Nos casamos por lo civil en el jardín del restaurante donde hacemos la celebración.

—Muy romántico.

—No. No digas tonterías. —Miro al suelo—. Es pragmatismo.

—Uno no se casa por pragmatismo a no ser que se mezclen cuestiones legales, de hijos o historias de esas. Vosotros no queréis tener hijos. Será por romanticismo entonces, ¿no?

Me siento incómoda y repaso con minuciosidad cada detalle de mis zapatos. Me violenta hablar con Gabriel sobre mi boda. No quiero que ese tema contagie también esta conversación.

—¿Adónde iréis de viaje? —pregunta cambiando de tema por fin.

—A Costa Rica...

Gabriel arquea las cejas sorprendido, pero no dice nada. Los dos nos quedamos callados entonces, levanto la mano y pido la cuenta.

Salimos del café y nos vamos paseando hacia el barrio de Malasaña. El sol empieza a desaparecer y brilla una luz azulada en las calles ahora que aún no se ha encendido el alumbrado público. Los dos miramos los adoquines del suelo y caminamos en silencio hasta que él me pregunta si me apetece ver dónde va a vivir. Accedo de buen grado. Me gusta estar con él y lo estábamos pasando bien; hasta que ha sacado el tema de mi boda, claro. Cuando estamos llegando, Gabriel pregunta por qué Costa Rica. Eso me deja un poco noqueada; me pese lo que me pese, sigue conociéndome como nadie. Mejor que el que pronto será mi marido, con el que he

estado años. ¿Cómo pudieron dar para tanto los meses que compartimos nosotros? A lo mejor es que no es cuestión de tiempo, sino de intensidad, de voluntad, de destino.

—No sé. Tiene un poco de todo. Exotismo, parques naturales...

—Monos, arañas peludas del tamaño de un puño... —añade él con sorna.

—No sé, es todo tan verde. —E intento afianzarme en mi posición de seguridad.

—Claro —contesta él mientras entramos en el vestíbulo del hotel Abalú—. ¿Lo ha elegido él, verdad?

—Verdad —confieso—. Fue imposible ponerse de acuerdo en ningún destino.

Me alucina lo moderno que es este hotel. Y nuevo. Es un lujo diferente al que le acompañaba hace un par de años, cuando estaba en la cresta de la ola. No creo que ahora su situación económica sea peor, pero creo que muchas de las exigencias del Gabriel estrella se han quedado en el camino. Y me encanta que haya elegido este rincón de Madrid para hospedarse, porque me dice mucho sobre quién es ahora.

Cuando abre, me sorprende la cantidad de luz que entra en la habitación. La decoración es muy moderna y un poco femenina si me apuras. Blancos, pequeños estampados florales casi impresionistas, paredes turquesa, cuadros pequeños con ilustraciones.

Él pasa hasta el dormitorio que hay aparte, hasta donde yo le sigo sin saber por qué, y deja la cartera y el móvil sobre la cama, vaciándose los bolsillos. El cabezal es blanco y metálico y tiene una luz morada justo detrás, que enseguida apaga. Las ventanas iluminan toda la habitación a pesar de que empieza a anochecer y las sábanas blancas e impolutas relucen en el centro.

—Tienes cocina —digo mirando hacia la puerta que da al interior de la habitación, que es enorme.

—Sí. Y lavadora —sonríe—. Me gusta esta habitación. Es como un pequeño piso de alquiler por días. Aunque creo que pronto renacerá mi lado femenino y tendré la irrefrenable necesidad de hacer punto de cruz.

—Haz una foto si eso llega a ocurrir alguna vez, por favor.

Vuelvo a la sala de estar y me siento en el sofá, que es cómodo y acogedor. Gabriel me ofrece algo de beber y le pido un vaso de agua. Vuelve al minuto con dos vasos llenos de agua, hielo y una rodaja de limón, que deja sobre la mesa. Me sorprende sentándose delante de mí, de rodillas, sobre sus pies. Lo miro sin saber qué hacer y él tira de su camiseta hacia arriba, hasta deshacerse de ella.

Vale. En su momento fui maestra de salir airosa de situaciones bizarras, así que quien tuvo retuvo. Silvia... reacciona.

Pero no puedo. Gabriel está ahí sentado frente a mí, sin camiseta, con todo su

pecho tatuado lleno de colores. Y su pecho no es el que era... es una maravilla. Torneado, marcado. Dios..., sus pectorales, su vientre..., su ombligo. Tengo la tentación de alargar la mano y acariciarle para comprobar la dureza, pero me contengo. Cojo aire y justo cuando le voy a soltar una fresca para que se tape, él señala un pedazo de su pecho, sobre la parte izquierda. Y ahí, entre dos tatuajes que siempre me han gustado por sus colores, en esa piel desnuda sobre la que yo siempre posaba mis labios, está mi nombre, con sencillas letras que se parecen a mi caligrafía. Silvia.

—No te quedaba más hueco y te decidiste por algo corto, ¿no? —digo, por decir algo.

—No. Tuve suerte. Es ahí donde tiene que estar, siempre conmigo.

La mirada que viene después me dice muchas cosas. Habla de recuerdos, de amor, de la vida que tuvimos y la que imaginamos tener en el futuro, de ternura, de sexo, de su cuerpo y el mío. En esa mirada sigue habiendo deseo y sé que en la mía también lo hay, porque lo siento palpitarme en cada arteria, vena o capilar. Gabriel posa sus manos en mis rodillas y sube con la palma de la mano abierta hacia mis muslos. Cuando ya están muy arriba, rodea mis caderas y tira de mí hasta tirarme del sofá y dejarme sentada sobre mis talones frente a él. Respiro entrecortadamente y él también.

—Vístete —le pido.

—Siempre has sido sensible a los desnudos. —Sonríe.

Alargo las manos y le acaricio los antebrazos, subiendo, escalando hacia sus hombros. El calor de su piel me turba y me excita. Casi jadeo cuando bajo por su pecho. Atrapa mi mano derecha y la mantiene ahí, sobre su corazón, sobre mi nombre.

—Sigue latiendo descontrolado cuando me tocas.

No aguanto más. Me levanto de un salto y cojo mi bolso.

—Tengo que irme. Álvaro tiene que estar al caer.

—Espera, te acompaño a la puerta.

Llega hasta la salida pero por el camino ha perdido la camiseta, así que no puedo pedirle ni que se la ponga. Quiero acabar pronto con esto. Le doy un beso en la mejilla, como si fuese una chiquilla a la que han pedido que lo haga y quiere cumplir rápido, y cuando me retiro, Gabriel me abraza. Mi nariz se hunde sin quererlo en su pecho y respiro hondo. Huele a nuestras primeras noches abrazados en la cama. A la primera vez que nos excitamos juntos. A algo intenso y eléctrico que a duras penas puedo obviar.

—Llámame —me dice.

Me separo, asiento como una imbécil y me voy.

Jamás he bajado más rápido unas escaleras.

Al llegar a casa, Álvaro está desvistiéndose en el dormitorio. Se escucha el microondas, así que imagino que está descongelando alguno de mis experimentos gastronómicos. Entro como una exhalación en la habitación y empiezo a desvestirme.

—Iba a llamarte ahora —me dice a la vez que se quita la camisa.

No contesto. Me quito el sujetador y los ojos de Álvaro van directos a mis pezones. Pienso lo que pienso y me quito también las braguitas. Después me tumbo en la cama y abro las piernas. Tarda dos segundos en meterse dentro de mí. Empuja con fuerza y yo reacciono de manera desmedida, gimiendo como una loca.

Álvaro habla. Dice cosas sucias de las que me gustan, pero me suenan huecas. Casi no las oigo. Solo me repito que él es el hombre con quien quiero estar, concentrada en mis pensamientos para que no se desvíen de la persona con la que estoy follando: a ÉL. Cuando me doy cuenta, me he concentrado tanto que se me ha olvidado disfrutar y Álvaro se acaba de correr dentro de mí. Me mira, extrañado, y me pregunta si yo también terminé.

—Sí. —Sonrío—. Pero fui silenciosa como un ninja.

Y lo digo fingiendo que me divierte ser tan mala, retorciéndome debajo de su cuerpo, porque en realidad quiero que se aparte y no me toque, ni me mire, ni me hable.

TENSIÓN

No sé cómo ha pasado esto, pero estoy dentro del probador de la tienda de trajes de novia y fuera, sentado, está Gabriel. Me pregunto a mí misma por qué de pronto mi vida tranquila se ha convertido en una sinrazón.

Vale. Respiro hondo y la chica me pide que no me mueva, porque los pequeños botones de la espalda se le resisten si lo hago. Mi madre se ha ido a ver a su hermana, que vive en Salamanca, de modo que ni siquiera le dije lo de la última prueba del vestido. Mis hermanos hubieran montado una orgía en el salón de la tienda y Bea tenía un claustro. De ahí que me planteara venir sola. Bien. Hasta aquí bien. Sigamos. Gabriel llamó justo cuando iba a salir de casa y sin darme cuenta lo estaba invitando a venir. Creo que pensaba que se quedaría tomando algo, haciendo tiempo y que después nos reuniríamos para ir a..., yo que sé, para ir a tomar por el culo.

La chica me dice que ya está y aparta la cortina. Gabriel sonrío y yo me muero de vergüenza. Aquí, sentado en este salón tan ostentoso, con su camiseta de algodón arremangada y unos vaqueros roídos. Y está mucho mejor de lo que luciré yo en mi vida. Pero no encaja; no encaja con mi vestido de novia, con esta tienda, con este momento de mi vida. Me subo a la plataforma y la dependienta se concentra en coger con unos alfileres un poco de tela que me sobra en la cintura.

El silencio zumba en toda la sala. Le miro a través del reflejo del espejo que tengo delante. Tiene los ojos clavados en mí, apoyando sus antebrazos en las rodillas. Me quiero morir.

—¿Qué te parece? —le pregunto.

—Bien —dice escueto.

Me miro en el espejo. No me reconozco. El vestido es muy sencillo, de corte clásico, manga francesa y escote en barco. No tiene adornos ni nada especial. Respiro

hondo.

—No lo has escogido tú, ¿verdad? —dice de soslayo.

—Vine con mi madre, mi suegra y mi cuñada —contesto.

Y no hablamos más hasta que la chica me pregunta qué tal y después me lo quito y quedo en recogerlo dentro de un mes.

Gabriel y yo salimos a la calle y me giro hacia él.

—Dime la verdad. Tu opinión sigue siendo importante. Quiero saber qué opinas de ese vestido.

—¿Vas a invitarme a la boda?

—No digas tonterías. ¿Quién invita a su exmarido a su boda?

—¿Quién invita a su exmarido a la prueba de su vestido de novia? Igual alguien que quiere que su exmarido la vea cómo se casa con otro con sus propios ojos.

—No entiendo por qué tendría que querer eso. No te encontré en la cama con ninguna guarra.

—No. Me encontraste en la cama con una sobredosis.

Le miro de soslayo.

Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa y se encoge de hombros.

—No frivolices —le pido—. No es algo sobre lo que bromear.

—Si no frivolizo, ¿cómo se supone que vamos a hablar del tema?

—No creo que sea necesario hablar del tema. No es que sea un recuerdo precioso que guardar por siempre.

Se pone un poco más serio y camina con las manos dentro de los bolsillos.

—No quiero que lo guardes dentro —confiesa.

—Pues deja de mentarlo.

Gabriel mira al suelo y luego al frente. No contesta. Sobre nosotros el silencio empieza a pesar, así que insisto.

—¿Te gusta mi vestido o no?

—Me parece horroroso, como ya debes de suponer. No dice nada de ti. Metida en ese saco, casi han conseguido que parezca que no eres especial, como ellas. Pero bueno, ni aun así están cerca.

Me paro en la calle y él hace lo mismo, un paso por delante de mí. Le miro a los ojos durante unos cuantos segundos y, después, echo a andar en dirección a Ópera, pero él me agarra de un brazo y me lleva en la contraria.

—No te pongas así. Me dijiste que fuera sincero. Pensaba que no te enfadarías. Si lo llego a saber, me callo.

Gruño. Ni contesto, solo gruño.

Cuando llegamos a la calle Pez, nos metemos en el hotel. Fugazmente pasa por mi cabeza la idea de qué pasaría si mi suegra o mi cuñada me vieran y disfruto con ello. Pensarían que tengo una aventura y querrían quemarme en una hoguera, pero probablemente mi cuenta bancaria les haría callarse como las putas que son, sufriendo por dentro. Joder, eso me causaría un placer enfermizo. ¿Y si les doy un chivatazo anónimo para que me vean?

Gabriel abre su habitación y me deja pasar. La luz dentro es tenue porque tiene corridas las cortinas. Huele a su perfume y al ambientador del hotel. Me coge la mano y me lleva a su dormitorio. Fantaseo con que me ate a la cama y haga de todo conmigo. Me reprendo a mí misma por ello después, a pesar de que mi cuerpo y mis hormonas han secundado la propuesta.

Me dejo caer como un fardo sobre el colchón y me tapo los ojos con el antebrazo. Gabriel, mientras tanto, cierra las presillas de la ventana y enciende la luz del cabecero. Toda la estancia cobra una apariencia casi fantasmagórica... muy sexi a decir verdad.

Después, se deja caer al lado.

—¿Qué pasa?

—Nada. Piensas que mi vestido de novia es horroroso. Ya está.

—Tú también lo piensas. —Se ríe—. ¿O miento?

—Mientes.

Me quita el brazo y hace que le mire.

—¿Miento?

—No —confieso haciendo un mohín.

—Explícame, pues, por qué has elegido un vestido que no te gusta.

—Pues porque es... es refinado y clásico y...

Gabriel se incorpora apoyándose en su codo.

—Y a ellas les gusta, ¿es eso?

—Puede.

—Te caen mal pero aun así sigues buscando que te acepten y que te tengan un aprecio sincero. Silvia, eres buena persona, pero a veces te pasas. Si no las toleras, que les den por el culo.

—Esas no han probado en la vida el sexo anal. —Me río.

—O lo han hecho más que tú. —Sonríe y está tan guapo que duele.

No sé si a él le pasa lo mismo, pero yo recuerdo aquel día, en nuestro piso de Venice, cuando probamos ese tipo de sexo, entre gemidos. Casi puedo escucharlo decir que no quiere mirarme porque, si no, va a correrse. Me gusta ese recuerdo.

Siento un cosquilleo entre las piernas. Cómo me movía entre sus manos, cómo me penetraba comidiéndose para no perder el control y hacerme daño. Aquella fue una de las tardes más placenteras de toda mi vida. Y por un momento, me da la sensación de que él también se está acordando de ello, pero pestañea forzosamente y sigue hablando:

—Mira, Silvia, lo que más me pesa es que tengas la estúpida creencia de que tienes que ser refinada y clásica como ellas. Tú puedes permitirte el lujo de que te importe una mierda encajar, porque eres especial.

—Pero... —Lo miro con ojos de cachorro desvalido y confieso—. Es lo que quiero. Quiero encajar y dejar de estar siempre tan incómoda.

—¡Qué vas a querer encajar! Tú quieres bañarte en pelotas en cualquier fuente y hacer fotos del sarao para la posteridad.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso fue una vez, la calle estaba desierta y las fotos solo las viste tú —contesto.

—Cuéntame por qué..., Silvia. Quiero entenderte. —Y en su sonrisa plácida hay una madurez que me hace sentir segura.

—Siempre quise esto.

—No es verdad.

—Claro que es verdad.

—Recuerdo muy bien que hubo una época en la que solo querías una casa en San Francisco, hacer el amor por las mañanas y adoptar un perro al que llamarías *Rayo*.

—Buf..., vete a la mierda —le reprendo.

—Quiero que seas sincera de verdad.

Me acurruco en posición fetal y Gabriel me abraza. Siento que mi respiración se vuelve irregular y, dentro de mi ropa interior, algo se calienta. Es increíble el efecto que su cercanía sigue teniendo en mí después de dos años sin vernos y tras todo lo que nos pasó. Y así, con mi mejilla apoyada en su pecho y su olor envolviéndome, empiezo a hablar sobre cosas que jamás pensé que le contaría a él.

—Álvaro me pidió que me casara con él hace mucho tiempo. Ni siquiera te conocía. Y yo dije que sí, porque era lo que más ilusión me hacía en el mundo. Convertirme en su mujer y estar con él hasta que me muriera. Después me fui contigo, todo se complicó, y cuando volví..., quise que fuera como entonces.

—¿Lo es?

—¿Cómo? —le interrogo.

—¿Es como entonces? ¿Te sientes como te sentiste entonces?

Me callo. Quien calla otorga. Él se separa un poco y me mira con sus enormes

ojos color caramelo. Siento su respiración acompasada a la mía. Sus labios están ahí, tentadores, y parece que recuerdo a qué saben con solo mirarlos. Estamos abrazados en la cama, juntos, mirándonos. Y quiero besarle.

Me incorporo con un movimiento rápido y voy hacia la puerta.

—Tengo que irme. —Es lo único que digo antes de correr hacia la salida y precipitarme escaleras abajo.

Y hasta aquí las confesiones de hoy. Y hasta aquí la seguridad en lo que estoy haciendo.

DESATANDO UN NUDO MUY APRETADO

Como estoy tratando de no ser una peliculera (y porque soy una yonqui, qué cojones), vuelvo a llamar a Gabriel para que nos veamos. Y tengo un montón de excusas de puta madre que ponerme a mí misma para justificar el hecho de que lo esté llamando. Por ejemplo, que no tiene a nadie más aquí, que ha venido a verme, que pronto se irá y no volveremos a saber uno del otro, que fue mi mejor amigo, que puedo mantener una amistad con él sin enamorarme...

Él no menciona el hecho de que saliera como alma que lleva el diablo cuando le llamo, ni el hecho de que llevo dos días sin dar señales. A decir verdad, está bastante extraño.

—¿Qué te pasa? —pregunto de sopetón, con miedo a que haya vuelto a recaer.

—Eh... nada, nada. Es que... me has pillado trabajando. —Miro hacia la pared. ¿No es absurda esta conversación? Él sigue hablando y me lo explica—: Estoy dándole vueltas a una canción. La tengo ya escrita y estoy repasando los arreglos. Es una petición especial y querría poder mandársela al artista cuanto antes, porque creo que quiere incorporarla al nuevo álbum y ya está con ello.

—Ah. Bueno, pues nada. Lamento molestarte —digo con la boquita pequeña.

—No, no importa. ¿Podrías pasarte por aquí? Me vendría muy bien la opinión de otra persona. Después, si quieres, me visto y nos vamos. En el Thyssen hay una exposición sobre Constable y creo que han traído ese estudio de nubes que te gusta tanto.

No puedo abrir los ojos más de lo que lo estoy haciendo. Lo primero... ¿quién es y qué ha hecho con ese Gabriel al que nada le apetecía especialmente? Lo segundo, ¿el hecho de que tenga que vestirse antes de salir de casa implica que me recibirá desnudo?

—Esto... Gabriel, ¿te han abducido?

—Vente para acá, cafre.

Cuando cuelga, tengo una sonrisa tonta en la cara. Dejo el móvil sobre la mesa y miro a través de la ventana. «... ese estudio de nubes que te gusta tanto». ¿Cómo puede recordarlo? Eso pertenece a una conversación que ni siquiera recuerdo cuándo tuvimos. Fue por teléfono, así que ni siquiera me había mudado aún con él a Estados Unidos. Hablábamos de arte y él me confesó que le encantaba el protorromanticismo y el Art Nouveau. Terminamos hablando de Constable y sus nubes de tormenta...

Gabriel me abre la puerta de su habitación con unos pantalones vaqueros grises y un jersey fino algo dado de sí. Está absolutamente increíble. Bajo el fino tejido del suéter, se marca su cuerpo de una manera deliciosa; creo que incluso se pueden atisbar los intrincados dibujos de su pecho si te paras a mirar. Y yo me estoy recreando.

—Deberías vestirme si vas a recibir visita —bromeo con él.

—Por eso me puse los pantalones. Deja de desnudarme con los ojos.

Los dos nos reímos y vuelve a entrar, dándome la espalda. Dios... la espalda también se le marca demasiado... Bragas, volved a vuestro sitio. Maldita adúltera mental.

Se dirige al sofá, donde tiene apoyada la guitarra, la coge diestro y acerca un silloncito, arrastrándolo por el suelo con suavidad. Después, se deja caer encima, coloca la guitarra en su regazo y el pie desnudo sobre la mesa baja. Me mira.

—Siéntate, por favor. Necesito que la escuches bien.

Hipnotizada me siento en el sofá, frente a él. Acaricia las cuerdas y les arranca un gemido musical. Vuelve a mirarme.

—Ten en cuenta que es para una voz menos grave que la mía, por lo que no sonará tan oscura. Es para un chico joven.

—Vale —asiento.

Y Gabriel empieza a pellizcar las cuerdas, moviendo las manos con maestría, como si no le costara esfuerzo alguno. Siempre me pareció fascinante la habilidad con la que se impone sobre el silencio, aplastándolo con notas que se hermanan unas con otras y se agarran a las paredes; es maravilloso. La habitación se ha convertido en una caja de música en la que solamente existe la melodía que está dibujando con la yema de sus dedos.

Comienza a cantar suavemente, poniéndome la piel de gallina y me doy cuenta de que hace muchísimo tiempo que no me permito oírle. Canta en inglés, acariciando las

palabras siempre con la precisión y la fuerza necesarias, dándole giros ásperos a su voz. Y no hay nada más hermoso en el mundo que él ahora mismo. Sus labios pintan cada vocal y las frases tienen colores...

Los dedos se aceleran, la canción cobra ritmo y él sigue cantando cómo es llevarla al límite, cómo es no tenerla por un momento para recuperarla después. Creo que habla de un orgasmo. O de una relación como la nuestra. A veces me cuesta encontrar la diferencia entre esas dos cosas. Sus dedos rasgan las cuerdas y siento un escalofrío que nace de mi espina dorsal y se extiende por todo mi ser.

Ella no quiere, dice. Ella no quiere y se resiste, se esconde, apaga la luz. Ella no quiere. Ella no es que sea cálida, es que es el sol. Y él se deshace hasta desaparecer. Porque ella quiere esconderse, porque él la arrastra, porque la seca, la llena, la humedece y la hace volar.

No me mira cuando canta. Mira hacia abajo, pero a nada en particular. Está muy concentrado en lo que hace, en lo que canta, en cómo tocan sus dedos las cuerdas. Cierro los ojos y trago saliva con dificultad. Me acuerdo de todas aquellas veces que acarició mi espalda desnuda, en la cama, en la brutalidad del placer cuando me exponía a él. Le recuerdo devorándome entera, comiéndome los labios, saboreando mi lengua, deslizándose con su boca por todo mi cuerpo. No puedo evitar recordar la devoción con la que me miraba cuando hundía la cabeza entre mis muslos. Me miraba con deseo, con veneración. Era como si se sintiera agradecido de poder tocarme y de llevarme al límite, como dice la canción.

Cuando hacíamos el amor le gustaba mirarme fijamente, porque decía que mi expresión de placer era lo más erótico que había visto jamás. Le gustaba tenerme encima y recorrer mi espalda con sus manos abiertas. Y a mí sentirle de aquella manera me robaba la razón.

La mano derecha de Gabriel acaricia por última vez las cuerdas. La vibración de esa última nota sigue invadiéndolo todo a mi alrededor, o quizá es que la tengo tan dentro que aún la oigo. Alza la cabeza y me mira, tratando de adivinar cuál es mi opinión. Pero a mí la canción, ahora, me la suda un mundo.

Pasamos unos segundos callados, mirándonos. Su labio inferior se desliza humedecido de entre sus dientes.

—¿Qué pasa, nena?

Nena. Siempre «nena», «cariño», «mi vida». Hasta mi nombre suena entre sus labios con devoción. Es Gabriel. Es el mismo que dimensionó el amor y lo bajó hasta mis pies para que supiera lo que era querer de verdad.

Me levanto del sofá, le quito la guitarra de las manos y la dejo cómodamente en un

lado. Él me mira sin entender, con los labios ligeramente entreabiertos. Me siento en su regazo, en el que ahora me siento pequeña y, cogiéndole del cuello, lo acerco a mí. Nos quedamos a menos de un centímetro de fundir nuestros labios. Respiramos trabajosamente los dos. Quiero asegurarme de que esta es una decisión cuerda.

—Nena... —susurra mirándome la boca.

Y me doy cuenta de que la cordura no tiene nada que ver con el amor. Le beso. Deslizamos los labios entre los del otro, atrapándolos. Gimo, aliviada, dándome cuenta de que llevo años sin besar de verdad. Qué dentro lo tenía, por Dios. Ni siquiera lo sentía ya, de tantas cosas que superpuse encima. Pero está ahí y ha despertado con una fuerza que no puede compararse a nada más.

Gabriel cierra los ojos lánguidamente y pone su mano derecha sobre mi mejilla a la vez que las bocas se abren, dejando que las lenguas se acaricien con suavidad y casi timidez. Es como si fuera la primera vez que beso a alguien cuyo sabor me sé de memoria.

No sé cuánto dura ese beso, pero cuando abro los ojos, él me está mirando. Me levanto y tiro de él. Al hacerlo, me envuelve entre sus brazos que a lo mejor no son excesivamente fuertes, pero que me parecen más firmes que nunca. Repetimos aquel beso y siento que el mundo entero gira ahora alrededor de nosotros. Probablemente hasta el sol gira en función de nosotros ahora que estamos abrazados y que nos besamos con alivio.

Le acaricio la cara, el pelo, la barba, el cuello, los brazos, el pecho. Ni siquiera puedo crearme que esté aquí, que siga vivo. Es como si lo hubiera enterrado, a pesar de saber que lo dejé vivo, recuperándose. He vivido mi propio proceso de duelo, por dentro siempre, a escondidas, a hurtadillas, pero ahora está aquí y no sé cómo explicar que el pecho me va a explotar. Estoy completa. Es la pieza que me faltaba. Lo es todo y a la vez no es nada, porque en realidad no quiero nada cuando estoy con él. No necesito nada más que ser yo.

Su mano se desliza por mi espalda y, cuando llega a mi trasero, un gruñido grave y sensual se escapa de su garganta. Con fuerza, me carga sobre él como a una niña y me lleva hacia la habitación. La barba me hace cosquillas alrededor de la boca cuando me besa. Me subo a la cama de pie y me quito la camiseta blanca. Él hunde la cabeza entre mis pechos y respira hondo, con la boca entreabierta, buscando lamer mi piel.

Mientras tanto, me desabrocho el pantalón *baggy*, de tela suave, que cae hasta mis tobillos. Sus manos van hacia mi trasero y lo aprietan. Estoy tan excitada que no recuerdo haber estado así en toda mi vida. Es nuevo y, a la vez, familiar.

Le arranco el jersey hacia arriba y lo lanzo donde no pueda verlo. Su pecho

tatuado... joder. Es mi casa. Quiero vivir apoyada sobre él para siempre. Me dejo caer de rodillas encima del colchón; reboto ligeramente sobre él y, después, cubro de besos su piel. Cuando bajo hacia debajo de su ombligo, Gabriel se aparta, jadeando. En el pantalón se marca una erección pesada.

Me siento en la cama, tiro de la cinturilla de su pantalón y lo acerco. Gime solo con notar cómo mis dedos desabrochan los botones y después lo deslizan hacia el suelo. Respira muy fuerte y se muerde con saña el labio inferior cuando le acaricio con suavidad. Si no me resultara increíble, pensaría que está conteniéndose para no correrse. Entonces se me ocurre: quizá hace mucho tiempo que no está con una chica. He leído que durante el proceso de desintoxicación se aconseja a los pacientes no mantener ningún tipo de relación, incluso durante algún tiempo después, mientras se afianza. Si él lo ha seguido al pie de la letra, puede hacer mucho tiempo que no se acuesta con nadie.

Me quito el sujetador y después las braguitas. Los ojos de Gabriel se deslizan por toda mi piel y tengo la sensación de que busca comprobar que no ha olvidado ni un detalle de mi cuerpo. Vuelvo a tirar de él y le pido sin palabras que se tumbe encima de mí. Nos acomodamos en la cama y retorciéndome, le busco. Gabriel parece sobrepasado y pienso si no sería mejor dejarlo estar, pero es que no puedo. Le necesito.

Casi parece virgen. Empuja hacia mí para penetrarme y lo hace con miedo. Me arqueo cuando siento que está completamente dentro de mí y él embiste de nuevo para clavarse más hondo. Nos miramos a los ojos con las bocas entreabiertas, impresionados de que sea todo tan intenso. Se retira y vuelve a empujar hacia mí. Echa la cabeza hacia atrás y blasfema. Mi Gabriel. Mi vida. Mi destino.

Me abraza e imponemos un ritmo. Él jadea junto a mi oído y se mueve despacio, parando de vez en cuando, como si no pudiera resistir mucho si continúa.

—No te preocupes —le digo—. Yo te alcanzaré.

—Siempre lo haces. Me alcanzaste incluso muerto y me trajiste de vuelta —me contesta.

Nos besamos como locos, agarrándonos las caras, sonriendo en la boca del otro, aspirando los gemidos de las siguientes penetraciones. Nunca pensé que volvería a sentir estas cosas. Creí que había perdido estas sensaciones de por vida. Mis piernas le rodean las caderas y Gabriel empuja jadeante con mis manos recorriéndole la espalda.

—Te quiero —susurra y mis labios tragan también sus palabras—. Te voy a querer siempre.

Quiero contestar pero no puedo, porque la voz no me llega a la garganta. Mis uñas

se clavan en sus nalgas y gruñe.

—Nena, tócate... —me suplica—. Tócate, no puedo más.

Lo hago. Meto la mano entre nuestros dos cuerpos y me acaricio. Mis nudillos se rozan repetitivamente contra su vello púbico y las yemas de mis dedos resbalan sobre mi clítoris.

Siento una corriente que me atraviesa y retiro la mano. El orgasmo salta como un pistón y tira de mí, levantándome de la cama. Grito y él vuelve a gruñir. Posa su mano sobre mi hombro y, empujándome, me hunde contra el colchón. Entonces se me clava y se corre. Le siento llenándome; un quejido de placer se queda contenido en su garganta. Se mueve. Grita con su voz grave y su cuerpo se tensa por completo encima de mí.

Y de pronto... me siento por fin en casa.

LA ÚNICA VERDAD QUE CONOZCO

Después de pasar una hora desnudos y abrazados en la cama, Gabriel me pregunta si podemos ducharnos juntos. Lo pide de una manera tan cándida que soy incapaz de negarme. El agua está caliente y los dos nos abrazamos y nos besamos debajo.

—¿Estamos locos? —pregunta.

—¿Por lo que ha pasado?

—No. Por querernos tanto.

Me hundo en su piel y le beso.

—Creo que sí —respondo.

—Bendita locura entonces.

Sus brazos me rodean y besa mi pelo empapado.

—Me prometí a mí mismo que no intentaría ni siquiera besarte. No quería hacerme ilusiones. En el fondo esperaba que tu vida fuera plena sin mí.

—Mi vida nunca puede ser plena sin ti; nunca lo entendiste.

Nos secamos con la misma toalla, como tras la primera ducha que compartimos y, después, cuando voy a recoger mi ropa del suelo de la habitación, Gabriel me echa sobre la cama y se recuesta sobre mí.

—Quiero volver a hacerlo —me susurra.

Damos la vuelta sobre las sábanas arrugadas hasta colocarme encima. Nos besamos y mi boca se desliza hasta su barbilla. Le muerdo suavemente y sigo en un recorrido descendente. Su cuello, sus hombros, su pecho, su abdomen. Me acomodo y llevo su erección hasta mis labios. Gabriel gime y empuja con sus caderas hacia el fondo de mi boca. Me mira y yo le miro a él, sonriendo. Chupársela con amor me hace gracia.

Me concentro en hacerlo lo mejor que sé y hasta cierro los ojos con placer cuando

se humedece sobre mi lengua. Sus dedos acarician torpemente mi pelo, como si ese tipo de placer le privara de su habitual capacidad motora. Su mano se crispa entre mi pelo.

—Dios, nena... —gime—. Te quiero.

Acelero el movimiento, pero Gabriel tira de mí hacia arriba. Quiere que hagamos el amor. Me acomodo sobre él y lo introduzco poco a poco en mi interior. Se incorpora, sentándose sobre la cama y en el momento en el que empuja hacia lo más hondo de mí sus manos viajan por mi espalda dibujando mapas. Me echo hacia atrás y su boca besa mis clavículas y después mis labios. Me muevo, acompasando mis caderas a sus embestidas; la piel se me pone de gallina.

—Te amo —musita en un tono casi inaudible.

—Y yo a ti —consigo contestarle.

Nos apretamos y nos movemos con violencia. Gabriel empieza a jadenear rítmicamente y, sin darme cuenta, yo también empiezo a respirar a través de mis labios entreabiertos. La fricción aumenta y él se tensa.

—Para, para... —me pide con un hilo de voz—. Voy a correrme.

Al contrario, acelero porque yo también me siento ir. Sus dedos tocándome entre las piernas me hacen explotar. Grito porque me corro de una manera brutal; creo que solo él es capaz de hacerme volar de esta manera. No quiero que acabe nunca. No quiero separarme jamás de su piel húmeda. Gabriel sale de mi interior porque quiere alargarlo también y sonrío socarrón.

—Aún no... nena. Quiero darte más.

Me muerdo el labio inferior y me incorporo hasta que mis pechos quedan a la altura de su boca. Los besa, los muerde, los lame. Me quiero morir de placer en su lengua.

Me sienta en su regazo otra vez y me penetra. Jadeamos con una sonrisa, mirándonos.

—Tú también te acordaste... —afirma.

—¿De qué?

—De ti y de mí aquella tarde en Venice.

Me muerdo el labio y me remuevo en su regazo. Asiento moviéndome de arriba abajo, sintiendo cómo mi cuerpo lo aprieta en toda su extensión hasta introducirlo hasta lo más hondo. Gabriel da la vuelta en el colchón, dejándome bajo su cuerpo. Embiste y me muerde el cuello con suavidad. Le siento en todas partes, abordándome. Gime, emitiendo una suerte de ronroneo junto a mi oreja y añade:

—Nena..., qué bueno.

Siempre me ha calentado mucho esa expresión. Pero solamente en su boca, con su voz, en sus manos. Me arqueo y le digo que haga lo que quiera conmigo. Y él quiere que me corra de nuevo. Se agarra a las sábanas y sus caderas se mueven rítmicamente, haciéndome cada vez más suya, deshaciéndome en él. Estoy muy húmeda y él resbala dentro de mí. Le engullo y cierra los ojos porque, como aquella vez en nuestro piso de Venice, si me mira se corre. Y eso me encanta. Me acaricio un poco y él vuelve a girar para verme desde abajo, para que yo mande sobre su cuerpo. Aprieto las yemas de mis dedos en su pecho y me corro con la fricción. Busca mi boca y, durante ese beso, se corre también. Me muevo más despacio y él me agarra las nalgas con fuerza. En la última penetración, empezamos a empaparnos de la humedad de los orgasmos; él se deja caer hacia atrás y yo me tiendo sobre su pecho, escuchando cómo late su corazón, bombeando fuertemente la sangre hacia el resto de su cuerpo. Sale de mi interior y su semen se desliza entre mis muslos. Deberíamos movernos, lavarnos, vestirnos, pero solo respiramos así, recuperándonos del orgasmo.

—Siempre lo he sabido. En el fondo, siempre lo he sabido —susurra.

—¿El qué?

—Que era cuestión de tiempo. Que nos quisimos demasiado para que no fuera real.

—Hacía años que no me sentía así —le digo.

—¿Cómo?

—Así, vulnerable y cómoda después del sexo. Esto solo lo siento contigo.

—No se nos ha olvidado nuestro cuerpo. Cuando me corro dentro de ti... ¡Dios, Silvia! La vida tiene sentido.

Me quedo callada y acaricio con la yema de mis dedos su pecho húmedo de sudor.

—Tengo miedo a que nos queramos mal.

—Querer a alguien no es ceder a todas sus peticiones, mi vida —dice suavemente, mientras me acaricia los hombros—. Querer es pasar dos años separado de una persona y no poder sacártela de dentro. Querer es lo que hiciste por mí y lo que quiero hacer contigo hasta que me muera.

—Pero tú y yo... con la historia que llevamos detrás..., no puede ser.

—¿Por qué? Si casi hicimos que funcionara incluso cuando estaba enfermo. ¿Por qué no iba a funcionar ahora?

—Porque estas cosas no suceden.

Gabriel me besa la frente y susurra que no se irá sin mí.

—He venido para llevarte a casa, Silvia. Y los dos sabemos que tu casa no está aquí. Está en los planes que hiciste y que yo estropeé. No puedo devolverte el tiempo,

pero puedo dártelo ahora. Lo que soy es tuyo.

Me incorporo y le miro. Sus ojos oscuros brillan.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

—Ahora tienes que recoger tus cosas, cariño. La vida entera nos está esperando desde hace dos años.

Me cuesta tanto separarme de él ahora como convencerle de que no venga conmigo. Necesito hacer esto sola. Nunca fui valiente para las rupturas de las que yo era parte activa, pero esto es diferente. Lo cierto es que Álvaro merece que esto lo haga bien.

De camino a casa voy pensando en si no sería mejor, más sano, cerrar la boca para siempre y seguir con mi vida tal y como está ahora. Pero siendo sincera... mi vida es una vida completa lo mismo que los palitos de surimi al marisco. Os hacéis a la idea, ¿no? Mi vida solo es vida si tengo a Gabriel.

Voy haciéndome a la idea de lo que voy a tener que hablar con Álvaro. Debo confesarle que me he acostado con otro hombre. Y, al contrario de lo que creía..., me siento mal por él, pero no por lo que he hecho. Serán palabras difíciles, seguro.

¿Cómo hacerlo? Siento que todo, el resto de mi vida al completo, depende de la reacción que tenga Álvaro a lo que acaba de pasar.

Cuando meto la llave en la cerradura, la puerta se abre a la primera, lo que quiere decir que él ya ha llegado a casa. Oigo un ruido de platos, así que voy directamente a la cocina, donde lo encuentro colocando en los armarios la vajilla que dejé secando.

Me pregunta si quiero una copa de vino sin mirarme, pero como no contesto, se gira hacia mí. Me mira en silencio de arriba abajo y, de pronto, suelta un suspiro y se tapa la cara.

—Lo sabía —dice con rabia—. Lo sabía, joder.

Y solo con su tono yo vuelvo a sentirme pequeña, frágil, débil y de prestado. Así, como me he sentido con él durante todos los años que hemos estado juntos. Quise lo que tuve con él, con la intensidad con la que fue, pero ahora está todo deslavado, aguado y no tiene sentido. Y no quiero sentirme así el resto de mi vida. Quiero el amor como es en realidad; con toda la brutalidad. Amor demente y cierto. Del de verdad, que es hasta tangible y se respira, haciendo el aire denso a tu alrededor.

Trago saliva con dificultad y voy hacia la habitación.

No me sigue. Nadie me molesta mientras hago las maletas.

Cuando me voy, lo único que dejo allí es un leve eco de mi perfume en el dormitorio y el anillo de compromiso, que en el fondo nunca fue mío.

Álvaro es bueno, pero no para mí.

EPÍLOGO

Hoy es un día grande. Un día muy importante. Anoche apenas podía dormirme. Creo que recorrí todos los kilómetros de esta cama *king size*. Cómo son los americanos. Todo a lo grande. Las camas, los briks de leche, los paquetes de patatas fritas. Todo como si estuviese fabricado para una raza de hombres mucho más grandes que nosotros.

Suena el despertador en el lado contrario de la cama, lo que supone al menos dos o tres kilómetros. Pi-pi, pi-pi, pi-pi. Repetitivo y monótono. Abro los ojos perezosa y me encuentro con que, entre las varillas de madera que cubren las ventanas, una luz gris que augura niebla se cuelga hasta llenar la habitación. No me importa. Me gusta este clima. Pero aún no me quiero levantar.

Un manotazo termina con el insistente soniquete del despertador. Le sigue un gruñido; no le gusta madrugar, porque sigue teniendo una estrella del rock dentro. Sonrío. Un bulto se abre paso hacia mí bajo las suaves sábanas y un sonido juguetón sale de su garganta a la vez que su mano tira de mi ropa interior hacia abajo. Me río medio en sueños.

—Ven aquí, pequeña..., dame los buenos días.

Me coloca boca arriba y me besa. Ya da igual que ninguno de los dos nos hayamos lavado los dientes aún. El beso es intenso y le facilito la tarea de bajarme las braguitas. Después bajo su pantalón de pijama con los pies, como si fuera un monito y abro las piernas, esperándole. La sacudida de placer casi consigue espabilarme, pero sé que, en el momento en el que acabemos, volveré a dormirme.

—Joder, nena. Qué bueno...

Dios. ¡Lo que me sigue gustando ese ronroneo! Me agarro a la almohada y él hunde la nariz en mi cuello, gimiendo. Me parece una buena manera de empezar el día. Es así muchas veces. Son rutinas del matrimonio, pero de las buenas. Nadie dijo que todo lo rutinario fuera sinónimo de aburrido.

Me pregunta si estoy bien y yo asiento. Me pregunta si lo está haciendo demasiado fuerte y yo niego. Estoy demasiado dormida como para contestar con palabras. Solo levanto las caderas, porque quiero más.

—Espacio, espacio... —pide cuando me muevo con celeridad.

Aprieto las yemas de mis dedos en su espalda viendo acercarse el orgasmo. Es lo bueno de estos polvos mañaneros. No son nada presuntuosos. Son lo que son y no suelen alargarse en el tiempo. Y Gabriel y yo nos tenemos cogida la medida. Gruñe y se hunde en mí rítmicamente, una, dos, tres, siete veces. Clavo las rodillas alrededor de sus costados y, en un alarido de satisfacción, me dejó ir. Después, siento cómo se va dentro de mí, apretando la carne de mis nalgas mientras me arquea. Se queda unos segundos apoyado sobre mi vientre, que besa repetidas veces mientras de su garganta sale un sonido similar al de un ronroneo.

—Me quedaba todo el día en la cama con vosotras.

Pero no hay tiempo de arrumacos, no porque no nos apetezca, sino porque tiene que trabajar. Aquí madrugan mucho.

Cuando Gabriel se levanta completamente desnudo, le lanzo una palmada al trasero que suena en toda la habitación y que le hace quejarse sonoramente de camino al baño. Lo miro hasta que desaparece de mi vista y pienso que yo también debería ir al cuarto de baño, pero la modorra vuelve a invadirme y, cogida a uno de esos almohadones adaptables, me sumo en el sueño.

La ducha. Los sonidos de la casa al despertarse. Unos ladridos en el jardín. Olor a café. Y yo sigo durmiendo un rato, porque hoy va a ser un día muy importante y debo estar descansada y preparada.

Cuando me despierto, Gabriel ya no está en casa. Creo recordar que, antes de irse, me besó en la frente, el cuello y el vientre. Siempre lo hace y empieza a ser un hombre de costumbres. Me doy una ducha, me pongo una batita de andar por casa, hago la cama, encuentro mi ropa interior y bajo a la cocina, donde Tina está preparando algo de comer. Echo la ropa sucia a la lavadora y miro el reloj. Aún es buena hora para desayunar.

—Buenos días, Silvia —me dice con su voz cantarina—. ¿Qué le preparo?

—¿Hay café?

—No sea usted así. Gabriel dejó dicho que usted no tome café; no puede.

Pongo los ojos en blanco mientras ando hacia la nevera, alcanzo el zumo de piña sin azúcar y me sirvo un vaso. Después, Tina me hace unas tostadas con aceite y sal y un plato de fruta, que le agradezco con un beso en la frente.

Jugueteo con mi anillo de compromiso, que casi no rueda alrededor del dedo.

Pasa lo mismo con el de casada, que llevo, tal y como dicta aquí la tradición, en la mano izquierda.

Tuvimos una bonita ceremonia en la que nos prometimos amor eterno y todas esas cosas que la gente espera de una boda, pero entre risas. La celebramos en una playa, en Isla Mauricio, hace poco más de un año con mi madre, mis hermanos, Bea, Volte y Tina; la lista de invitados más sui géneris de la historia.

Cuando dejé la casa que compartía con Álvaro pensamos en tomarnos nuestro tiempo para hacer las cosas con calma, pero lo cierto es que sabíamos muy bien qué era lo que queríamos y ya habíamos desperdiciado demasiado tiempo. Me mudé a San Francisco a toda prisa, mientras mis hermanos me llamaban «loca del coño» y mi madre preguntaba si estábamos seguros. Seguros no es la palabra, porque se queda corta.

Lo primero que pensé al entrar en la que ahora es mi casa es que yo ya la conocía. Huele exactamente igual que la casa de Toluca Lake. Es una mezcla de lo que Tina usa para limpiar, el perfume de Gabriel y su propia piel. Huele a hogar, a arroparse en la cama, a leer un buen libro, a hacer el amor, a ser feliz. Todo era familiar para mí, a pesar de que no conocía ningún rincón de su interior ni los muebles que la llenaban. Él me pidió que cambiara todo lo que quisiera, porque iba a ser nuestra casa de por vida. Di ilusionada el toque femenino y contraté a un jardinero que hiciera por Gabriel lo que el pobre no había sabido hacer. La parte trasera parecía un patatal. Y en ese mismo jardín, cubierto de césped y de pequeñas flores trepadoras, me pidió una noche que me casara con él. La cuarta vez que alguien me pedía la mano. Quizá no fue la más romántica, pero fue la más sincera. Me envolvió la cintura con sus brazos, me besó el cuello y susurró:

—Cásate conmigo, mi vida.

Yo me reí.

—Estás loco.

—Por ti, por cómo te ríes. Loco por la forma en la que te mueves cuando hacemos el amor, por el brillo de tus ojos, por cómo me miras, por lo feliz que me hace el simple hecho de despertarme a tu lado.

Me di la vuelta para mirarlo.

—Moñas.

—Cásate conmigo —repitió con una sonrisa—. Vestida de blanco y de largo o con aquel vestido de lentejuelas que llevaste en nuestra primera boda; en el lugar más bonito del mundo o en el jardín de esta casa. Donde quieras y como quieras, pero hazlo.

Cogió mi mano, la besó y, después, sacó de su bolsillo, con la mano izquierda, mi anillo. El que siempre fue para mí, el que llevé, al que le recé y del que tanto me costó desprenderme. Lo deslizó en mi dedo y yo solamente dije:

—Sí.

Viajamos durante un mes y medio entero después de la boda e hicimos el amor en tantos sitios como pudimos para averiguar que lo que tuvimos no fue un espejismo, pero sí la milésima parte de lo que podíamos hacer juntos con tiempo y paciencia.

Tina me espabila, apremiándome a que termine el desayuno.

—Llegará usted tarde, Silvia.

Me levanto con esfuerzo y le doy las gracias. Ni siquiera me deja llevar el plato al lavavajillas. Está tan ilusionada que me trata como si necesitara llevar papel burbuja rodeándome entera.

Delante del armario pongo los ojos en blanco. No me apetece ponerme nada de lo que hay dentro y no tengo nada que me quepa y que haga honor al día de hoy, que va a ser la bomba. Al final me decido por un vestido negro de algodón y, a pesar de que estamos en julio, me pongo unas medias negras tupidas y mis botas Hunter del mismo color.

Cuando llego al estudio, me reciben con una sonrisa. Me quejo del frío y la chica de recepción que me coge el paraguas, me dice que es parte del encanto de la ciudad.

—San Francisco es soleado solo cuando tiene que serlo —bromea—. No como esa California de pacotilla que hay al sur.

Yo me río y pienso que prefiero estar aquí aunque llueva a menudo y de pronto nos sorprenda el frío en pleno verano, antes que volver a Los Ángeles. No la añoro en absoluto, con sus laberínticas carreteras, su polución, la frivolidad invadiendo las calles y un montón de recuerdos desagradables pululando por allí.

Me encuentro con Gabriel dentro del estudio, en la parte del control. Un técnico está a cargo de la mesa de mezclas mientras él, con el ceño fruncido y los brazos cruzados en el pecho, escucha la voz del cantante. Dan ganas de comérselo. Hace ya tiempo que se quitó la barba de «he muerto y he resucitado». Ahora, con el pelo desgreñado, como siempre, luce una de esas barbitas de tres días tan sexis. Lleva una camisa a cuadros y un vaquero estrecho, con unas zapatillas Vans. Me recibe con un beso apretado y una caricia.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien por ahí dentro? —me pregunta.

—Todo en orden. He ingerido y almacenado convenientemente el desayuno.

Tengo programado deshacerme de los desechos dentro de un rato.

Chasquea la lengua contra el paladar y, después de llamarme «guarra», me pide opinión sobre la canción.

—Suenan bien, pero déjame escuchar el montaje entero antes de decirte que eres un genio.

Sonríe y me palmea el trasero.

—Dame un beso. Me voy —le digo.

—¿Ya? ¿No quieres que te acompañe?

—No, mejor quédate y llévalo a casa. —Señalo al chico que está ahora mismo cantando al otro lado del cristal.

—Aún estoy decidiendo si me gusta que conduzcas ahora.

Me toco el vientre y lo tomo por loco. Si por él fuera, viviría en una urna de cristal. Se agacha, besa la curva en la que se ha convertido ahora parte de mi cuerpo y algo dentro se mueve con intensidad.

—Está despierta —sonríe.

—Hola, papá —me burlo yo, poniendo voz aguda—. Esta mañana me has dado un pollazo en la cabeza.

Gabriel se echa a reír irguiéndose de nuevo y me besa en los labios y en la frente.

—Ve con cuidado. Nos vemos en casa.

Cuando llego al aeropuerto, el vuelo de Bea ya ha tomado tierra, así que no tengo que esperar demasiado para verla aparecer. La recogida de maletas se hace casi junto a la puerta de salida. Cuando aparece lleva una maleta que parece una autocaravana, pero paso de volver a reñirla por lo mismo de siempre. Así, a ojo, calculo unos dieciocho pares de zapatos dentro.

—¿Qué? ¿Por fin te mudas? —le pregunto.

—¡Dios! ¡Qué gorda estás! —contesta antes de echarse a reír como una loca.

—Inmensa, ya lo sé.

—¿Tu marido te folla de esa guisa?

—Pues sí —gruño—. Claro que me folla, imbécil.

—Joder. Eso es puto amor, no me jodas.

Le doy una colleja antes de que le dé tiempo a esquivarla y la abrazo.

—Hoy va a ser un gran día —le anuncio.

De camino a casa hablamos muy animadas sobre mi vida allí. Le cuento tonterías de las que sé que le harán gracia, como que el pasado Cuatro de Julio hicimos una

barbacoa en el jardín trasero y pusimos una bandera de Estados Unidos en la entrada. Ella se meía de la risa y me pregunta si quiero cambiarme de nombre y rebautizarme con alguno como Mary Jane o Cindy.

Es la segunda vez que viene a verme desde que Gabriel y yo nos casamos. La primera fue apenas dos meses después de la boda. Lo dejó con su novio en medio de un estruendo de platos y cuadros rotos. Esa es mi niña, a lo Rocío Jurado. Dice que si no hay estrépito, no hubo amor. Hoy vuelve y aunque no lo sabe..., es un día que quedará grabado por los siglos de los siglos.

Me pregunta muchas cosas sobre Gabriel, como siempre. Que si ya está bien, si vuelve de vez en cuando a terapia y esas cosas. La verdad es que no ha sido fácil. Gabriel no es un exadicto. Es un adicto y lo será siempre. Lleva ya cuatro años sin beber, fumar ni tomar drogas y puedo decir que lo que más le ha costado ha sido dejar el tabaco. De vez en cuando, se pone irascible, pero nada que no arregle un rato abrazado a su guitarra. Es un trabajo de dos. Él camina y yo voy a su lado, por si tiene miedo a caerse y tiene que sujetarse de mi brazo.

—¿Es difícil? —pregunta sin mirarme, con los ojos fijos en la ciudad que se va deslizando tras las ventanillas.

—No. La vida es muy fácil con él. Muy llena de cosas bonitas y de verdad.

—¿Habláis sobre lo que pasó?

—Sí —asiento con una sonrisa, atenta al tráfico—. Pero no nos ponemos de acuerdo en la versión de los hechos. Yo le digo que nos conocimos, nos casamos, nos enamoramos, sufrimos, nos separamos y nos reencontramos; como tantas veces pasa en la vida, pero con boda loca de por medio.

—¿Y él?

—¿De veras quieres saberlo?

—Claro —contesta como si fuera lo más evidente del mundo.

—Gabriel dice que encontrarnos en una playa en plena madrugada cuando los dos estábamos destrozados no fue coincidencia; él lo llama destino. Dice que nos enamoramos muy pronto, antes incluso de casarnos como dos locos. Dice que le salvé la vida, que lo traje de vuelta cuando estaba muerto y que alguien debería escribir un libro sobre nuestro amor. Que soy la mano que le mece, que le sostiene, que le acompaña y que él es el hombre que me llena, me completa. Si no nos hubiéramos encontrado, Gabriel estaría muerto y yo tendría una vida gris con alguien a quien quise pero no amo. Y nunca me habría quedado embarazada y no viviría cada día como un acto de amor.

Veo por el rabillo del ojo que Bea me mira sin parpadear, con sus enormes ojos

verdes sorprendidos y brillantes. Una sonrisa asoma a sus labios, pero la controla y la hace desaparecer antes de responder:

—Qué asco me dais.

Cuando llegamos a casa le digo a Bea que no se preocupe por la maleta.

—Ahora mando a Gabriel a que la suba —le digo pasándome la mano por el vientre casi en un acto involuntario.

—Oh... Gabriel, el superproductor musical, va a subir mi maleta. ¡Ohhh yeah!

—Él o una grúa, porque vaya tela con lo tuyo...

—Una nunca sabe a quién se va a encontrar. Tengo que estar siempre que me rompo.

No lo sabe bien. Voy riéndome cuando abro la puerta de casa.

—Gab..., mi vida... —le llamo jadeante. Maldita escalinata de entrada—. Ya estamos aquí.

Gabriel sale de la cocina con un botellín frío de cerveza sin alcohol en la mano. Me sonrío de oreja a oreja.

—*What's up, babe?* —contesta.

—Bea trae una maleta que parece una UVI móvil. Tendrás que bajar a por ella y aparcarla en el garaje.

—Claro, nena.

Me besa y después se acerca a Bea, la abraza y le besa la frente.

—Espero que no te importe, Bea —le dice en un susurro—. Pero invité a un amigo a tomar algo.

Adam Levine se asoma por el quicio de la puerta de la cocina y Bea lanza un exabrupto.

—Joder, la puta madre que os parió a todos —e inmediatamente viste su mirada de ese pestañeo acicalado que nunca podré imitarle—. Cuatro jodidos años os ha costado.

Gabriel y yo nos miramos mientras Bea y Adam se dan la mano amistosamente. Ella, con una voz de lo más zalamero que he oído en mi vida, le dice que le encantan sus tatuajes.

—Ya me contarás dónde puedo hacerme uno —dice con aire coqueto.

Escucho a Gabriel aguantarse la risa de camino a la cocina, donde entran todos.

—¿Qué quieres beber, Bea?

—Tequila, aguardiente, absenta. No sé qué tendrás por ahí que se adecúe a la situación.

La madre que la parió.

Hoy es un día glorioso. Después de tantos años. Es como si Gabriel y yo hubiéramos cumplido al fin la última promesa de entre todas las que nos hicimos. A partir de ahora, lo que venga es nuevo. Y nuestro. Al fin Bea dejará de acosarme con sus fantasías locas. Le pongo en bandeja conseguirlas, como un día lo hice yo. Quizá de esto solo salga una anécdota con la que reírnos en cada reunión familiar, pero ¿qué más da? La vida, al final, está para vivirla.

Suspiro sintiendo cómo cerramos el círculo. Queda poco para completarlo del todo, pienso mientras me acaricio el vientre. Quién me iba a decir a mí, después de tantos años corriendo sin sentido, persiguiéndome a mí misma, que iba a frenar y ser feliz. Quién iba a adivinar que terminaría encontrando a Silvia.

NOTA DE LA AUTORA

ALGO QUE NO ESPERABAIS

Soy una persona un pelín cobarde para ciertas cosas. Bueno, quizá cobarde no sea la palabra. Más bien... angustias. Sor Angustias de la Cruz para más señas. Muchas veces vivo acongojada por ideas que me rondan la cabeza, por miedos e inseguridades que, como buena coqueta, me persiguen por el día y a veces hasta se disfrazan por la noche y se cuelan en sueños que podrían ser mucho más placenteros. («Oh, sí, Milo, sigue dándome el masaje...» ya sabéis)

El caso, que me pongo a escribir y me lío, es que tengo miedo a perder la capacidad de sorprender. Me gusta hacerlo, arrancar una sonrisa porque sí un día a mi marido con una nota totalmente absurda y delirante pegada a su tupper de la comida, un mensaje al móvil de mi padre o una nota de voz por whatsapp a alguien que sé que se reirá a la gana.

Con esto de escribir, pasa lo mismo. Temo como a la muerte el día en que todo lo que escriba se vuelva predecible. Hay cosas que por más que quieras enrevesar, siempre acaban viéndose venir, pero lo que me preocupa es no conseguir, jamás, en ningún giro, ningún diálogo, ningún capítulo, un latigazo de emoción en quien me lea.

¿Y a qué viene todo esto? Viene a que, *hola, estoy aquí, y tengo una sorpresa para vosotras*. Si eres una de las coquetas que aún no ha terminado las dos novelas del #UniversoSilvia, mejor deja de leer. ¡Pero vuelve algún día! ;P

A las que terminaron el libro y se emocionaron con los personajes, decirles que las comprendo muy bien cuando me cuentan en sus mensajes que no consiguen quitarse de la cabeza a Gabriel. A mí me pasa lo mismo. Y tanto ha sido así que, a pesar de que es una de esas cosas que no me gusta hacer... he sentido la necesidad de escribir un poco más. Sólo una pincelada. Un solo capítulo más, a modo de epílogo, para darnos la oportunidad de despedirnos bien de los personajes, de decirles adiós y, como ya

dije en su día sobre Valeria y Víctor, dejarles en su intimidad, viviendo sus vidas. Pobres, con lo que han pasado lo merecen, ¿no estáis de acuerdo?

Pues eso, aquí está. Aquí está eso que me dije que no haría pero que no he podido evitar hacer. Espero que disfrutéis. Yo vuelvo al trabajo, a que mis dedos tecleen algo que, ojalá, pueda haceros sonreír el día de mañana.

Se os quiere,
Elísabet

EPÍLOGO INÉDITO

DESPEDIDAS

Tengo los ojos abiertos de par en par. Está empezando a hacerse de día fuera; se adivina a través de las trabillas de madera de la ventana. Miró el reloj despertador. Pronto serán las siete de la mañana, pero hoy no sonará la alarma. A decir verdad, tendría que haber sonado hace casi media hora, pero él mismo la desactivó anoche con una extraña ilusión en la cara.

—Todo el día en casa, con vosotras —dijo con una sonrisa.

Le miro. Sigue durmiendo plácidamente. Siento una punzada dentro de mí, en la boca del estómago. No me gusta verlo dormir muy profundamente porque me inquieta. Tan quieto. Tan... como aquel día. Sin embargo, mis labios van tensándose, sonriendo, porque esta mañana tiene los morritos puestos como si fuera un bebé de pecho que duerme en la cuna.

Como si pudiera intuir que me estoy riendo a su costa, se remueve bajo la sábana y se pone boca arriba con un suspiro profundo que lo deja con la boca abierta. Tengo que morderme el labio inferior con fuerza para no lanzar una carcajada cuando empieza a roncar con sordina.

—Ay, por dios —musito descojonada, volviéndome hacia el otro lado, porque si empiezo a reírme no podré parar y se despertará sobresaltado.

Sus ronquiditos van haciéndose más y más profundos hasta que uno de ellos resuena hasta en el pasillo. Por el movimiento que escucho a mi espalda, se ha despertado. Sí, querido, este estruendo eras tú roncando cual cochinillo.

—Mmm... —murmura, acercándose y abrazándose a mi cintura.

Qué barbaridad. Antes de que su propio cerebro despierte, el de su otra cabeza se ha tomado ya dos o tres cafés. La tengo apretada a mi trasero, pidiendo mimosa que le haga casito. Se mueve un poco y yo me río.

—Estás despierta —me informa.

—Gracias por esta información tan de valor.

—¿Qué haces despierta?

—No puedo dormir; la funda de almohada huele a café.

Noto la vibración de su risa.

—Vas a tener que comprarte un cacharro de esos... ¿cómo se llaman?

—¿Un ambientador para almohadas? ¿Existen?

—No. Un predictor. Ya empezamos con los olores...

—No estoy embarazada —respondo airada—. Es que la almohada huele a café.

—Ajá. La almohada, inexplicablemente, huele a café.

—Sí. Y me irrita.

—Y te irrita. Vale.

Se frota conscientemente contra mi trasero y la irritación se me va un poco cuando acompaña el movimiento con un mordisquito en mi cuello y una especie de ronroneo de invitación. Oh, por Dios, después de tantos años, ¿sigue preguntando? ¡Claro que quiero!

Me giro sonriente y levanta un par de veces seguidas las cejitas. Me da la risa, pero no levanto demasiado la voz.

—Shh... —me reprende.

Nos besamos y sus manos van directas debajo de mi camisón. Una de ellas, más atrevida, se aventura dentro del algodón de mi ropa interior. Suspiro.

—Me entretendría mucho ahora, ¿sabes? —susurra con malicia—. Con mis dedos, con mi boca, mi lengua... Pero debe estar a punto de levantarse.

—Nos hemos hecho muy prácticos —contesto arqueándome, buscando sus caricias.

—Demasiado.

Sin decir nada nos movemos a la vez, cogiendo posiciones estratégicas para acoplarnos el uno al otro. Me quita las braguitas, abro las piernas y se coloca encima, entre ellas. Bajamos su pantalón de pijama, se coloca a mi entrada y me penetra. Echo la cabeza hacia atrás porque me gusta tanto... y él vuelve a empujar dentro de mí.

—Eso es, nena...

No me da tiempo a responder porque el chirrido de la puerta de la habitación de al lado nos pone sobre aviso de que hay movimiento en el pasillo.

—Joder... —masculla.

Una manita empuja la madera de nuestra puerta y cuando sus pasitos rápidos la han llevado ya hasta nuestra cama, Gabriel está en su lado y yo en el mío, fingiendo

que somos padres sin necesidad de pasar tiempo solos.

—Mami —dice, como anunciando su presencia.

—Buenos días —su padre la tiene ya en brazos y la recibe con besos sonoros—. ¡Pero qué madrugadora! ¿Quieres que hagamos tortitas?

Me incorporo asustada. «Deja las sartenes donde podamos verlas y aléjate despacio de ellas», me dan ganas de decir. Un sonido de llaves me relaja; ahí viene el séptimo de caballería en rescate. Los pasitos de Tina sobre la vieja madera del suelo se encaminan hacia la cocina.

—Ven, vamos a lavarnos la cara y a darle los buenos días a Tina. Le das un besito y le dices que quieres tortitas.

—Dile que tu padre quiere tortitas, más bien —respondo repantigándome en la cama.

Desayunamos los cuatro. No es algo que suela pasar muy a menudo, así que lo disfrutamos con tranquilidad. No hay prisas, solo café, zumo, fruta y tortitas. Bueno, Tina picotea de su plato mientras hace cosas en la cocina, pero es que creo que es físicamente imposible que se esté quieta.

—¿Quieres sentarte? ¡Me estás poniendo nerviosa! —le pido entre risas.

Ni caso, claro.

Gabriel tiene sentada a la niña en sus rodillas mientras bebe café y trastea con su iPad, consultando unos correos electrónicos. Ella aprovecha la distracción para guarrear a sus anchas con una tortita que Gab tiene a medio comer. Desde aquí le veo las manitas rechonchas aceitosas, llenas de restos de mantequilla y está haciendo bolitas con la masa. Doy un toquecito con las uñas en la mesa y él me mira; le señalo el estropicio que hay en su plato y suspira.

—Alba, con la comida no se juega. Y menos con la que no es tuya. ¿Y ahora qué desayuna papá?

Ella coge decidida un pedazo de la tortita manoseada y se lo tiende con cara de adoración. Las niñas y sus padres... lo está observando como si Dios le estuviera hablando. Miro a Gabriel para que no flaquee; le cuesta un mundo mantenerse serio. Quiere sonreírle, comerse la masa apelotonada que le ofrece a pesar de que tiene un pelo y bastante roña adherida y abrazarla, pero niega con la cabeza, despacio. Ella le da un beso baboso en una mano y aprovechando que está concentrada, repasando por enésima vez los tatuajes de colores de su padre, él me lanza a mí una mirada como de auxilio, de esas que dicen «es tan mona que no lo puedo soportar». Y lo entiendo, a

mí también me cuesta mucho regañarla, pero tenemos que hacerlo.

Gabriel y Alba se entretienen mucho en la rutina de la mañana. Cuando él está en casa le gusta hacerlo todo él, dedicándole horas a la labor más sencilla, disfrutando de cada segundo. Yo suelo tener la oportunidad de pasar mucho más tiempo con la niña, porque mi trabajo es mucho más laxo que el suyo, por eso le doy el gusto y le dejo hacer. La tarea de peinarse se demora tanto, tantísimo, que cuando quiero darme cuenta, son las doce pasadas y aquí ya es casi hora de comer. Eso sí, Alba lleva unas trenzas impolutas. Descubrir a Gabriel viendo tutoriales de Youtube sobre cómo hacer una trenza de espiga fue... interesante. Eso es el amor. Me gustaría hacer un viaje en el tiempo y decirle al Gabriel oscuro y meditabundo que un día, no muy lejano, disfrutará poniendo pegatinas de gatitos de colores en una libreta rosa.

A pesar de las horas que son, salimos a pasear con Rayo a un parque cercano a casa. Me encanta ver la cara de tonto que pone cuando corre y las orejas le bambolean a los lados, con la lengua fuera. Rayo, no Gabriel, claro. Ay, dios, adoro a este perro aunque sea feo hasta decir basta. Alba juega con él, se revuelcan por el suelo y nosotros, sentados en la hierba los miramos en silencio, disfrutando también. Gabriel me besa sobre el pelo.

—Tienes mala cara —me dice.

—El sirope de arce me da ardor.

—Estás embarazada —canturrea.

—No estoy embarazada. Ni siquiera sé si quiero estarlo.

—Como si eso fuese un buen método anticonceptivo.

—Esas pastillas que te empecinaste en que dejara, esas sí son un buen método anticonceptivo.

—No las necesitas.

—Te va a salvar que me parece que tienes menos puntería de la que crees —bromeo.

—Claro —responde con una nota petulante en su voz.

—Lo de Alba fue suerte, vaquero.

—No —levanta mi barbilla hacia él y me besa—. Lo de cruzarme contigo fue suerte.

Pasamos por una farmacia de camino a casa y Gabriel agita las cejas, recordándome que opina de verdad que debería comprar un test de embarazo. Niego con la cabeza y cojo a Alba en brazos. Tengo hambre y quiero llegar pronto a casa. No me hace falta

comprar nada.

Me gustan los días como hoy que, aunque no son una fecha señalada, acaban siendo especiales. Despertarme con él sin prisas, porque en el estudio nadie le espera. Desayunar sentados, poder perder una hora en mirarle, sin decir mucho. Pasear. Correr con Rayo, que me persigue enloquecido y después me llena de babas. Dejar que Alba se manche de hierba y después me muerda las rodillas porque aún no sabe muy bien cómo expresar que está contenta y que me quiere. Comer en la parte trasera del jardín y que Gabriel se quede dormido en la hamaca. Que salga el sol y luego llueva. Ver una película antigua en el salón. Hablar un rato con Bea por teléfono y reírme a carcajadas de su última ocurrencia. La vida a veces es maravillosamente poco emocionante.

Ya es casi de noche. Después de pelear con la cena («guisantes no, mamá, que los guisantes son pequeños y seguro que tienen papás que no quieren que se los coman...» en fin) Gabriel y Alba se están preparando para el baño y, aunque no quiero perdérmelo, me escapo un segundo al despacho para poder mandarle un mail a mi madre con las últimas fotos de la niña. Crece muy deprisa hasta para mí, que la veo todos los días. No quiero que mamá se pierda nada a pesar de los kilómetros.

Me recibe el sonido del buzón de correo lleno. Tiro a la papelera de reciclaje tres o cuatro newsletter de tiendas online. Aunque espera... este me lo guardo, que me ha gustado la chaqueta. Leo uno de mi hermano Varo, que acaba de ser papá y que ha decidido escribirme, en una especie de «diario del padre desquiciado», sus experiencias entre pañales.

—¿De qué te reirás tanto? —pregunta Gabriel en el pasillo, llevando a la niña hacia el baño.

—Varo.

—¿Ha vuelto a mancharse de caca un ojo?

—Parecido.

Sigo leyendo. Una de mis amigas ha enviado una cadena de esas que «si no envías a cinco amigos en los siguientes tres minutos hará que te salga una verruga en el pene (y si no tienes pene hará que te salga uno, por supuesto)». Le contesto con una foto de Christian Castro con las mechas rubias en todo su esplendor. Sé que gritará de horror cuando lo abra. Y entonces, mientras hago limpieza entre los correos no deseados, encuentro algo que no esperaba. Encuentro a alguien que no esperaba.

Mi primer impulso es borrar el correo, pero lo cierto es que no es lo que realmente deseo hacer, así que lo rescato. No lo leo enseguida. Me demoro minutos enteros, con la mirada perdida y los dedos jugueteando con mi pelo. Me pregunto muchas veces

seguidas si será positivo leerlo y por qué ahora. Al final decido que los porqués han dejado de importarme. Y entonces, leo.

Querida Silvia,

La verdad es que no sé cómo empezar esta carta. Escribirte me parece raro, aun a través de uno de estos impersonales correos electrónicos. Pero me he dicho a mí mismo que lo hice durante largo tiempo en el pasado y que no he podido perder la costumbre, por muchos años que hayan pasado desde entonces. Escribirte una carta, es escribirte a ti. Y tú siempre haces lo difícil, fácil.

Empezaría con los típicos, «¿qué tal? ¿cómo va todo?» pero tratándose de nosotros no hace falta. Nunca nos gustó mucho el protocolo, al menos a nosotros dos. Luego lo que hubo a nuestro alrededor ya fue otro cantar.

Mejor me centro en contarte que... soy feliz. Puede que no te interese o incluso que hayas decidido borrar este mail antes de leerlo, pero algo me dice que... estás leyéndome. Durante un tiempo, hasta que me repuse de lo nuestro, fui feliz solo. Pero entonces... la conocí. Fue saliendo de una cafetería. Se le enganchó un tacón en una baldosa y me tiró un café por encima. Sabes cómo soy, creí que le arrancaba la cabeza, pero... fue un flechazo, supongo. Tres meses después, estaba embarazada. Sé que nunca quise tener hijos, pero a veces la vida da esos giros por nosotros. Ahora que soy padre, sé lo que me hubiera perdido de haber tomado otra decisión.

Las cosas nos van muy bien, a pesar de que las relaciones con mi familia son tensas. ¿Puedes imaginar a mi madre cuando le dijimos que íbamos a ser padres sin casarnos? Casi le salió espuma por la boca pero... si algo aprendí estando contigo fue que cometer siempre el mismo error encadena nuestras vidas. Hubieras estado orgullosa de mí. Me acordé mucho de ti aquella tarde.

A decir verdad, me acuerdo bastante de ti, a pesar de que ya aprendí a no quererte. Llevo mucho tiempo retrasando esto, pero lo cierto es que tengo la necesidad de decirte que entendí cuál fue nuestro error y que no te culpo por marcharte con él cuando volvió. Tratamos de volver a tener algo que se esfumó, probablemente porque yo lo estropeé. Nos empecinamos los dos, creímos que era la respuesta, pero no lo fue ni para ti ni para mí. Una huida hacia delante, sin duda. Debimos estar solos. De lo único que doy gracias a Dios es de que apareciera a tiempo; casarnos nos hubiera hecho, a la larga, sumamente desgraciados.

A ella le he hablado de ti. La primera vez lloró, porque decía que ningún hombre habla así de una mujer de la que no está enamorado. Pero yo ya no te quería, lo que no significa que haya dejado de tener cariño a nuestra historia, a nuestras idas y venidas y hasta a esos «errores placenteros» que cometimos tantas veces (a veces hasta cuatro veces por noche; qué barbaridad, puedo decir que me he hecho viejo). Lo único que no me gusta de entonces, soy yo. Pero ya no soy de esa manera. Crecí.

El otro día, me traje una revista. Venía como con miedo. «Quiero que la veas, quiero saber si sigues sintiendo algo». Al abrir las páginas, allí estabas tú. Pelo largo y de ese color tan indescriptible que a veces tiraba a dorado y otras tantas a naranja. Aún recuerdo cuando te paseabas por casa con el tinte puesto y me preguntabas si estabas sexi. Siempre lo estabas. Me costó reconocerte dentro de esos vaqueros rotos con tachuelas. Blusa blanca con tachuelas en el cuello y en los puños, una sudadera gris con el dibujo de una calavera. A tu lado él, camisa vaquera abierta, pantalones negros, camiseta negra, zapatillas negras, pelo negro... me dio hasta la risa. Nunca había visto a nadie hacer tan buena pareja, joder. Me repateó saber que siempre tuvisteis razón al quererlos, pero me alegré. Sobre todo cuando la vi a ella. Es una mezcla perfecta de los dos. Enhorabuena, Silvia.

Espero que tu vida allí sea plena, que seas feliz y que hayas encontrado tu sitio en el mundo. Tendrá que ser un lugar muy especial, como siempre lo has sido tú. Me encantaría que me contestaras este correo, para

saber de ti y para cerciorarme de que tú también recuerdas aquellos años con cariño. Para saber que me has perdonado.

Te adjunto un par de fotos, para presentarte formalmente a mi familia: a mi compañera y a mi hijo Damián y para que veas lo cambiado que estoy, porque sé que te hará gracia verme así tan... desenfadado. Cuando te digo que he cambiado, no bromeo. No en balde tengo más canas en la barba y unas buenas patas de gallo.

Nada más. Solo, sé feliz.

Fdo: Álvaro

Pd: ¡Por cierto! ¿Qué es de Bea? Me encontré con vuestra amiga Nadia y me dijo que ya no vive aquí. Dale recuerdos de mi parte. Sigue siendo la única mujer que me ha amenazado de muerte por sodomía con una botella rota. ;)

Lo leo un par de veces antes de abrir las fotos adjuntas. Me entra hasta la risa. Me cuesta reconocerlo en la imagen. Tan sonriente, tan despeinado, tan... mayor. Sigue pareciéndote guapo, me confieso mentalmente. Sigue teniendo eso que... que brilla en sus ojos y que hace que las mujeres miremos en su dirección cuando nos cruzamos con él. Después de unos minutos mordiéndome las uñas, mirando la pantalla, pongo los dedos en el teclado y... empiezo.

Querido Álvaro;

Madre de dios santísimo. ¿¡El de la foto dices que eres tú!!? Creo que si te viera por la calle no te reconocería. Estás muy guapo con barba, sí señor. Y te queda muy bien el niño en brazos. Ese niño no puede negar quién es su padre (tu madre estará más tranquila con eso, al menos). Es un bebé precioso y la mamá también lo es. Hacéis una pareja preciosa y... me alegra ver que sonríes como nunca antes lo hiciste. Es buenísima señal.

Te diría que no me sorprendió recibir este mail, pero lo cierto es que he tenido que mirar cinco o seis veces el remitente para asegurarme de lo que estaban viendo mis ojos. Con eso de la maternidad he dejado la absenta, pero por un momento pensé que me duraba el efecto de alguna borrachera pasada.

Me ha alegrado mucho leerte.

Estoy de acuerdo en que, pasado lo que tenemos a nuestras espaldas, es mejor ignorar el protocolo. Me tranquiliza mucho saber que entendiste mi marcha. Estoy de acuerdo contigo en que nos habría hecho muy infelices a la larga seguir con nuestro proyecto de vida en común. Nos casábamos resignados, no enamorados y ese no es un buen punto de partida para nada. Además, nos habríamos perdido con total seguridad la experiencia de ser padres. Tú no tendrías a Damián y no podrías ver tus ojos en los de otra persona. Joder, estoy aún alucinando. ¡Ese niño es un mini-yo tuyo!

Como pudiste ver en la revista, sí, he sido mamá. Cómo pasa el tiempo... es una barbaridad. Somos muy felices, a pesar de que Gabriel se resiste un poco a aceptar que su hija crece. Quizá tenga que hacerme a la idea de que para él siempre será un bebé. Pobre Alba, menuda adolescencia le espera con un padre como el suyo. Creo que saldrá a la calle con escolta, no por la fama, sino para que no se le acerque ningún niño. A menudo rumia entre dientes que podíamos haberla hecho más fea.

Estamos pensando en darle un hermano o una hermana, pero no sé. Los niños quitan tanto tiempo que a

veces, entre trabajo, nuestra hija y demás, nos cuesta encontrar un rato para nosotros. Ahora al menos las noches las duerme enteras. Tener todas esas horas para los dos es un lujo que hemos redescubierto hace poco... Pobre Gabriel. Se ha acostumbrado a dormir una cantidad ínfima de horas. Soy una esposa exigente.

La vida aquí es muy cómoda, ¿sabes? Y la gente tan amable... es fácil acostumbrarse. Sigue asombrándome el tamaño de las cosas. Deberías verme en el supermercado; parezco Paco Martínez Soria. Da igual cuántos años pasen... nunca va a dejar de asombrarme el hecho de que el zumo se comercialice en garrafas de cinco litros o que haya cincuenta tipos diferentes de cereales de desayuno. ¿Dónde están los chococrispis de toda la vida, leche?

Supongo que te preguntas también cómo le va a Gabriel después de todo. No lo has preguntado, pero me imagino que es algo que en su momento te preocupó. Es duro, no te digo que no. Cada año es un poco más fácil y cada año aprendemos más sobre el otro. Sé que de vez en cuando necesita abrazar solo a su guitarra; sé que otras veces necesita que no se le deje solo; sé que necesita ser constantemente consciente de que su vida está llena de cosas que le dan sentido. Nunca dejará de ser alguien melancólico y, además, ha tenido una vida dura. No creo que le sea posible olvidar nunca que estuvo clínicamente muerto durante unos minutos por una sobredosis de heroína. Ni que yo lo encontré. Todas las mañanas se siente agradecido de despertar y de hacerlo a mi lado. Y yo doy las gracias también.

Yo también soy feliz. Los dos conseguimos serlo, qué curioso. Durante mucho tiempo creí que no lo conseguiríamos.

Por cierto, dile a tu mujer que, si le sirve de consuelo, Gabriel casi gruñe cada vez que escucha tu nombre. Acepta que formas parte de los recuerdos de muchos años de mi vida, pero le martiriza pensar que puedo añorar aquella parte de nuestra historia. No te dolerá saber que no lo echo de menos. Durante mucho tiempo la infelicidad se convirtió en nuestra forma de vida y nos cegamos, evitando pensar que pudiera haber algo más fuera de aquello. Romper fue doloroso también para mí, pero fue la mejor decisión que tomamos. En realidad la tomamos juntos, Álvaro, a lo largo de los años, pero no nos dimos cuenta.

Te adjunto una foto del último Halloween, para que veas que hasta he aprendido a coser. El disfraz de gato negro de Alba se lo cosí yo. Gab y yo vamos disfrazados de pareja de atractivos treinteañeros que se quieren con locura, que odian ir a coger caramelos y que están esperando que se hagan las doce para ponerse a follar como locos. Nos quedó bien, ¿verdad? ;P

Un beso enorme,

Silvia

Pd: Bea... Esto... Sí. Se mudó. Ahora vive en Los Angeles por... cuestiones de trabajo. Sí, de trabajo. Digamos que... conoció a alguien que... le hizo una oferta que no pudo rechazar.

Llego tarde a la hora del baño. Ni siquiera los encuentro allí dentro, pero sé con certeza dónde estarán. Me cruzo con Tina, que me da un beso antes de irse y voy al cuarto de la niña, donde Gab está acostado sobre la alfombra, con ella. Ella lleva solo unas braguitas con arcoiris y él solo lleva unos pantalones de pijama negros. Se han debido bañar juntos porque a Gabriel se le ha olvidado el horror de tener que explicarle por qué papá no tiene lo mismo que mamá y mamá lo tiene todo más grande que ella. Están hablando a media voz.

—Este —dice ella señalando el tatuaje *old school* de un corazón que Gabriel lleva en el pecho.

—¿Este? —pregunta él—. Ayer me dijiste que este —se señala una flor colorida que destaca en su brazo izquierdo.

—No. Este. *The red one*.

—El rojo. Ahora estamos hablando en castellano.

—*Lojo* —repite ella a media voz—. ¿*Jubamos* a pintar?

—No es hora de jugar, es hora de dormir.

—Pero no quiero.

—Ay, hija, en esta vida vas a tener que hacer cosas que no quieres.

—¿*Cuálas*?

—Las pascualas.

—¿Por qué has *decido* eso?

—Dicho. Se dice, «por qué has dicho eso» y no «cualas»; se dice «cuáles».

—¿Cuáles?

Gab me mira y pone una falsa cara de mortificación. Le encantan estas conversaciones absurdas. A menudo me dice que no sabe si sabrá hablar con ella cuando sea adulta.

—¿Por qué tiene que crecer? —bromea a veces apesadumbrado—. Yo quiero que me mire siempre así.

—¿Así, cómo?

—Como si yo lo supiera y lo pudiera todo.

—Siempre te mirará así. Eres su padre.

Gabriel se levanta del suelo con ella en brazos y me la acerca para que le dé las buenas noches.

—No quiero dormir —me dice frotándose los ojos.

Él me pasa el pijama y se lo colocamos como podemos, entre los dos. Se retuerce como una lagartija regordeta entre nuestros brazos.

—Tienes que hacerle caso a papá. ¿A que sí?

—Sí. Pero no quiero dormir. Quiero *jubar*.

—Mañana jugaremos. Es sábado y papá también estará en casa.

—Mañana no. Ahora.

—Ahora no puede ser.

—A mi cama no —dice amenazando con coger una pataleta—. ¡¡Con vosotros!!

—Ay, no. Eso sí que no —se ríe él. Y me imagino por qué—. ¿Para qué tienes una cama tú entonces?

—Para cuando sea mayor.

—¡Pero si ya eres mayor!

—¡¡¡Que no quiero dormir!!! —grita y estalla en llantos.

Gabriel la coge en brazos otra vez, muy serio. Alba se enjuga las lágrimas de cocodrilo con pesar, pero él no cede.

—Papá —llora.

—No. Papá no. Tú y yo teníamos un trato. Y el trato era que tú hoy no llorabas y a cambio leíamos «Monitos». —Gabriel odia con toda su alma el puñetero cuento del mono, así que la negociación ha debido de ser dura—. ¿Ahora qué hacemos?

—¡¡Papá!! —balbucea, empapada en lágrimas, moquitos y babas.

—Eh... así no, ¿eh? —le digo firme pero con cariño—. Las promesas se tienen que cumplir.

—¡¡Monitos!!

Me entra la risa al ver la cara desencajada de Gabriel y me giro hacia el marco de la puerta. Una patada en el culo me avisa de que se ha dado cuenta de que me estoy riendo.

—Tráeme la guitarra, mi vida —me pide.

—¿La guitarra ahora?

—Sí, tráemela, por favor. Alba, escúchame. Como has llorado, no puedo leer el cuento de «Monitos», pero podemos hacer otro trato, ¿me escuchas?

Ella se retuerce en sus brazos, llorando. Me parece escucharle decir que somos muy malos. No, hija, malo va a ser cuando tu padre le cuente a tu primer novio que nos hiciste leer cada noche un cuento sobre una familia de monos que hacen tartas y que decías que el mono era guapo y que te querías casar con él.

Voy al estudio y me planto delante de las guitarras. «Tráeme la guitarra», me dice. Como si solo hubiera una. Cojo la primera que pillo y cuando me ve aparecer con ella Gabriel se descojona.

—Vaya, vaya, la eléctrica, ¿eh? ¿Para qué ibas a coger tú la española? Mejor le damos caña a ver si la niña se nos canta «The final countdown».

Pongo los ojos en blanco y voy a coger otra, pero él la agarra del mástil y me pasa a la niña. Intento tranquilizarla mientras él conecta la guitarra y la prepara. Sí, tiene un amplificador en la habitación de su hija, pero es que le encanta cantarle antes de dormir y le gusta hacerlo bien. Se sienta en una pequeña sillita que le queda bastante ridícula y yo dejo a Alba en la camita, levantando la barrera que la hace parecer enjaulada. Le doy su peluche preferido, que no, no es ni un osito, ni un unicornio, ni un conejito... si no una rata con dos enormes dientes. Es asquerosa, la verdad. Mis hermanos y mi marido tienen mucho sentido del humor; juntarlos da verdadero miedo. Ella abraza a la rata asquerosa y lloriquea, poniéndose de pie, con ese

minúsculo pijama de Eduardo Manostijeras con el que está tan graciosa. Se mete el pulgar en la boca y succiona fuerte, sin parar de sollozar. Qué farsante es; ha salido a su madre, sin duda. Me apoyo en la pared y le acaricio el pelo a él; Gabriel arranca unas notas a la guitarra y sonrío cuando ella parece aplacar el llanto, quedándose expectante.

—Pero tienes que dejar de llorar —dice mientras acaricia las cuerdas—. Porque no escucharás la canción y... es muy bonita. Y ese dedo fuera de la boca ya mismo.

Ella se frota la cara, lloriqueando aún. Las notas llenan la habitación. Mis vecinos estarían hasta el gorro de nosotros si no fuera placentero escuchar a Gabriel antes de dormir a los niños. Mi señora vecina no puede evitar que se le note que igual le gusta un poco demasiado. Yo creo que hasta se toca...

Y sin más... Gabriel empieza a cantar, suave.

—I heard there was a secret chord. That David played and it pleased the lord, but you don't really care for music, do you? Well it goes like this: the fourth, the fifth, the minor fall and the major lift, the baffled king composing hallelujah...

Cierro los ojos. Adoro esta canción. Adoro la voz de Gabriel cantándola. Adoro que mi hija pueda tener el recuerdo de su padre tocando la guitarra para ella antes de dormir. No quiero ni moverme, porque el momento es especial y quebradizo, como las notas que rebotan en las paredes y nos envuelven. Aleluya, pienso yo también. Respiro con cuidado. Han pasado años, bastantes y aún me conmueve escuchar su voz. Escucharle cantar es recordar cosas que no siempre fueron felices o fáciles. Es echar un vistazo atrás y vernos perdidos. Es recordar que vi a Gabriel morir, que lo agarré, que lo retuve, que lo odié, que lo necesité, que me rompí por completo y hui hacia delante, corriendo, sin querer ver nada más. Pero escucharle cantar es, además, recordar que el hombre que tengo aquí delante se rehízo de nuevo por mí, por él y para que pudiéramos querernos como nos merecíamos.

Alba está sentada en la cama, dormida, con la cabeza apoyada en los barrotes. No ha dejado de luchar contra el sueño ni un momento, pero la ha vencido. Gabriel deja la guitarra apoyada en la pared, desconecta el ampli y demás y después la recoloca dentro de las sábanas, acomodándola. Me guiña un ojo.

—Ahora, señorita, a la cama.

—Pero es pronto —digo, recordándome a mi hija.

—¿He dicho a dormir?

Sonrío.

Durante más de media hora las sábanas de nuestra enorme cama se rompen como olas blancas debajo de nuestros cuerpos. Y dentro de mi cabeza parece que aún suena

Hallelujah y que nos movemos a cámara lenta. Hoy no hay «nena, qué bueno», ni gemidos. El placer es sordo y silencioso. Su boca, entreabierta y apoyada en mi barbilla, jadea despacio, y él se cuele más y más dentro de mí. Solo alcanzo a decir que le quiero, tan bajito que no sé si lo ha escuchado. Pero lo sabe. Sé que lo sabe. Lo aprieto a mí y nos aceleramos. El sexo con él, nunca lo es. Siempre es algo más. Siempre significa algo trascendente, casi sacro. Follamos por deporte pocas veces, pero hacemos muchas, muchas veces el amor. Así. Lento, cuidadoso, placentero, decadente, dedicado.

Me corro con los dientes clavados en su hombro, porque no quiero despertar a Alba. Él se corre después, entre bocanadas de aire.

—Hallelujah —musita cuando la respiración le deja.

Y sí. Aleluya. Gracias. Dios, cosmos, vida, destino, lo que sea que rija el mundo... gracias por devolvérmelo y permitirme saber qué es de verdad el amor. Y joder, qué moñas me he vuelto con los años.

Le miro con ternura. Tiene el pelo negro empapado de sudor, pegado a la frente. Está agarrado a mi cintura, con la mejilla contra mi pecho desnudo. Jadea y frota su nariz contra mi piel. Sonríe.

—Joder... qué bueno, nena.

No puedo evitar sonreír también, aunque me estoy durmiendo. La piel se nos funde, húmeda, pero no me importa. Solo quiero tenerlo cerca, olerlo, poder besarlo. Quiero que pasen años antes de que se haga de día, para poder sentirlo como lo tengo ahora. Tan nuestro... Lo aprieto instintivamente cuando se mueve.

—Shhh. Tranquila. No me voy —dice despacio.

Se acomoda en la cama y es él quien ahora me atrae hacia su pecho. Huele a él, a su perfume, a mí y a sexo. Quiero morirme en él, como un día, hace muchos años, me dijo a mí. Pero me estoy durmiendo. Y quiero decirle cosas, como que tiene razón y los dos lo sabemos, como que no me suelte, que le echaré de menos si lo hace, como que quiero que me asfixie con la almohada por ser tan moñas. Beso ese rincón con mi nombre, cierro los ojos y...

AGRADECIMIENTOS

Siempre quise ser escritora, pero como suele pasar con los sueños que parecen complicados, lo sepulté debajo de un montón de otras cosas. Cosas y excusas y mucho miedo. Pero Valeria me enseñó que no hay que hundirse cuando las cosas salen mal porque siempre que se cierra una puerta se abre una ventana. También aprendí que el amor hay que cuidarlo y que tus amigas pueden salvarte hasta de ti misma.

Y aquí sigo, gracias a toda esa gente que me rodea y que me quiere.

Y quiero dar las gracias a los abrazos que me habéis dado, a los besos, a la publicidad que hacéis cada día con el boca a boca, a los «me he leído tus libros en dos días», a los «espero con ansia tu próximo libro» y a los «sabía que lo conseguirías». Yo no tenía tanta fe, así que supongo que he vivido un poco de la vuestra.

Gracias por la confianza, por los ánimos, por enseñarme qué es ser escritora, por darme una oportunidad, por seguirme en redes sociales, por acompañarme en el día a día y arrancarme una carcajada. Gracias por el cigarrito de las once de la mañana, los almuerzos entre risas, por el café de después de comer y los viernes de cañas. Gracias por los consejos, la paciencia para escuchar mis agonías, los «esta es mi chica» y las cenas con un buen vino. Gracias por hacer mi vida más plena, por ser mis padres, mi hermana, mi familia, mi familia postiza, mis amigos, mis niñas, mis coquet@s, mis editores... A cada uno su parte y a todos un enorme GRACIAS.

Especialmente a Óscar, que soporta mis vaivenes, mis dudas, mis pataletas. Que me mimas, que me riñe y que me comprende. Que completa mi vida y me hace más fuerte. Es así como entiendo yo el amor y todo lo que sé sobre ello lo he aprendido con él. Gracias por vivir estos dos libros con la intensidad con la que lo has hecho. Gracias también por los viajes que hemos compartido y que inspiran páginas y capítulos. Nuestro Los Ángeles también está en este libro: el restaurante japonés en el *penhouse* de aquel edificio de negocios donde vimos atardecer; aquel local lleno de

aspirantes a actores donde comimos las tortitas más grandes del mundo; ese paseo entre las lápidas del Westwood Memorial Park... y Venice Beach.

Gracias, Óscar, por construir la vida conmigo.



ELÍSBET BENAVENT (Valencia, 1984) es licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad Cardenal Herrera CEU de Valencia y máster en Comunicación y Arte por la Universidad Complutense de Madrid. En la actualidad trabaja en el Departamento de Comunicación de una multinacional. Su pasión es la escritura. La publicación en 2013 de sus novelas *En los zapatos de Valeria*, *Valeria en el espejo*, *Valeria en blanco y negro* y *Valeria al desnudo* se ha convertido en un éxito total de crítica y ventas con más de 120 000 ejemplares vendidos. Los derechos audiovisuales de la saga Valeria se han vendido para televisión. En la actualidad se ocupa de la familia Coqueta y está inmersa en la escritura.

Sigue a la autora en Twitter @betacoqueta